



SARAH HENNING

LA
BRUJA
DEL MAR

Antes de apoderarse de la voz de la sirena,
renunció a su propio corazón.

LA
BRUJA
DEL MAR

LA
BRUJA
DEL MAR

SARAH HENNING

Traducción de María Laura Saccardo



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Sea Witch*

Editor original: Katherine Tegen Books, an imprint of
HarperCollins Publishers

Traductora: María Laura Saccardo

1.ª edición: junio 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2018 *by* Sarah Henning

Published by arrangement with HarperCollins Children's Books,
a division of HarperCollins Publishers

All Rights Reserved

© de la traducción 2019 *by* María Laura Saccardo

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17545-93-2

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.



Para Nate y Amalia

Las únicas embarcaciones en mi mar.

Y para Justin

*La próxima vez habrá
más persecuciones de coches.*



Tengo espuma de mar en mis venas, comprendo el lenguaje de las olas.

Jean Cocteau, *El testamento de Orfeo*



Prólogo

Dos pequeños pares de botas hacían eco sobre el suelo de piedras; uno de ellos, con prisa; el otro, a los tropezones y arrastrándose. Una niña rubia, de no más de cinco años, jalaba de otra con el cabello negro como un cuervo, unos centímetros más alta y un año mayor, por el camino de la costa hacia una pequeña cabaña.

Los pulmones de la niña de cabello oscuro habían empezado a colapsar, le faltaba el aire al respirar.

Estaba ahogándose en tierra seca.

En cuanto la casa apareció frente a ellas, la niña rubia abrió la boca con la intención de pedir ayuda, pero, antes de que pudiera emitir sonido alguno, la madre de la otra niña atravesó la puerta. Como si supiera lo que había ocurrido; siempre parecía saber cualquier cosa que tuviera que ver con ellas.

—¡Evie! —exclamó la madre mientras acunaba a su hija contra su pecho y corría hacia la cabaña—. Anna —le indicó a la pequeña de cabellos rubios, que jadeaba por haber tenido que cargar con su amiga hasta tan lejos—, busca al médico real...

—Pero...

—¡Ve!

La niña no protestó de nuevo, sus finas botas resonaron contra el camino adoquinado cuando recuperó la velocidad.

Cuando su madre cerró la puerta de la cabaña detrás de sí, la niña del cabello oscuro como un cuervo ya sabía que las medicinas del médico no la sanarían.

Solo una cosa lo haría.

—¡Gianni! —llamó la madre, y el padre de la niña asomó la cabeza desde la habitación, con el rostro agotado por la falta de sueño luego de su último viaje para cazar ballenas.

—Evie... qué...

—Una costilla rota. Puede que un pulmón perforado. —Tumbó a la niña en su cama y le desgarró la blusa hasta el ombligo. La sangre estaba negra sobre la extensión de las costillas por debajo de la piel de la pequeña, fisuras como de telas de araña que atravesaban su cuerpo desde la espina dorsal hasta el esternón. La madre intentó leer los ojos oscuros de su hija—. ¿Qué ha pasado?

La niña humedeció sus labios antes de inhalar con dificultad un poco de aire.

—He salvado a Nik.

Eso era verdad. Y la niña estaba orgullosa por ello. Se atrevió a sonreír a pesar del dolor.

Habían pasado la mañana juntos (las dos niñas y el joven) corriendo por la orilla, trepando rocas, danzando en la arena. Pero entonces, llegó la tarde y con ella la hora de separarse. El niño tenía que volver a su castillo, las niñas, a casa; la más joven, a su mansión, diez veces más grande que la cabaña en la que vivía la otra niña.

Quemados por el sol, corrieron traviosos con desgana, el niño al frente, con las dos niñas de la mano mientras jugaban entre las piedras escalonadas que llevaban hasta la cala. Reían y chillaban, saltando de piedra en piedra, la niñera del joven los reprendía desde la costa.

Pero una roca cubierta de musgo provocó que el niño resbalara, cayendo de espaldas y con la cabeza apuntando hacia el filo de una gran roca.

La niña tomó la decisión en un solo instante.

Lanzó su cuerpo entre el extremo afilado de la roca y el niño. Su espalda recibió el golpe con un gran chasquido. Su cabeza cayó hacia atrás, su cráneo se salvó del golpe por un centímetro. El joven al caer, tan solo impactó contra el suave algodón de su corsé en lugar de golpearse contra la piedra.

Fue algo mágico que lo consiguiera a tiempo.

Entonces, la niñera los hizo volver a la playa y los regañó, advirtiéndoles que no volvieran a hacer aquello. Después la mujer mayor se llevó al niño sin decir ni adiós y dejó a las niñas allí solas en la arena.

Al dirigirse a casa, la pequeña del cabello oscuro tropezó, la emoción del momento se desvaneció y el dolor la invadió por completo. Irradió por su espalda, rodeó sus costillas hacia el frente de su vestido. No conseguía respirar, cada inhalación resultaba entrecortada. Al darse cuenta, la otra niña intentó llevar a su amiga a casa, pero cuando llegaron al camino de la costa, la pequeña apenas conseguía mantenerse en pie.

—Ah, Evie... —dijo la madre. Como si lo hubiera visto todo. De inmediato, envió a su marido a por sus frascos y sus tintas. Rebuscó entre ellas, intentando encontrar alguna que pudiera ayudarla. Tumbó a la niña en su cama y encendió una llama con el chasquido de sus dedos.

Y probó cada hechizo de sanación que conocía.

Solo le tomó segundos saber que ninguno funcionaría. La respiración de la niña se estaba debilitando hasta el punto de casi desaparecer.

La madre sollozó, anhelaba a su hermana, la bruja más poderosa. Sanadora de reyes, que revivía a aquellos que estaban en el poder y que miraban hacia otro lado cuando sus vidas dependían de la magia, pero que la prohibían cuando no era así. Ella era la razón por la que el médico aún podía desplazarse hasta allí; aunque ya era demasiado tarde. Al igual que Hansa, que se encontraba a un día de distancia, sanando a otro noble.

El padre de la niña apoyó una mano en el hombro de su esposa y le secó las lágrimas. Luego apretó la mano de su hija, que ya estaba enfriándose, su circulación había empezado a fallar.

—Iré a buscar al ministro...

—Aún no —indicó la madre, con determinación en su voz. Se detuvo al borde de la cama de su hija, con los hombros erguidos, la voz directa y tranquila—. Hay un hechizo más que puedo probar.

Con delicadeza, pintó las mejillas de la pequeña con tinta de pulpo, bajó por su cuello y sobre su torso. Después apoyó las manos con cuidado sobre su pecho.

—No te preocupes, Evie.

Las palabras que pronunció a continuación eran antiguas y oscuras, y la niña no las entendió. Hicieron que su sangre crepitara como el fuego al otro lado de la habitación. Robaron todo el aire de la cabaña. La madre tembló violentamente mientras mantenía las manos sobre la piel de su hija.

La pequeña no podía dejar de mirar a su madre mientras sus venas cantaban. Pronto, las palmas de sus manos se volvieron más húmedas sobre su piel. Comenzaron a arder.

Y de pronto el dolor se detuvo. El aire entró como una oleada en los pulmones de la niña y su pecho se elevó, sus ojos se quedaron en blanco.

Era demasiado. El pecho de la madre se comprimió, tomó aire con fuerza, pero su respiración se detuvo.

—¡Greta! ¡Greta! —El padre de la niña apoyó las manos en el rostro de su esposa, sus manos ardieron por el calor que desprendía y las apartó, repentinamente enrojecidas.

El cosquilleo en la sangre de la pequeña se volvió punzante por el miedo. Se esforzó por sentarse; las manos de su madre resbalaron sobre su cuerpo cuando su figura se desplomó y su mejilla se precipitó contra las sábanas. La niña no lo dudó ni por un instante y fue en busca de las pociones de su madre. Giró su cabeza para que mirara hacia arriba antes de pintar con tinta sus mejillas pálidas, los dedos le ardieron ante el contacto. Su propia piel estaba ardiente, rosa y llena de vida, mientras que la piel de su madre se volvía tan blanca como la nieve, tan caliente como la ceniza.

Pero la niña era lista. Había visto a su madre hacer aquello muchas veces. Sabía cómo funcionaban aquellos hechizos. La magia era un intercambio; solo había que saber las palabras, las acciones y las pociones correctas para conseguir los resultados deseados.

Colocó las manos en el rostro de su madre y comenzó a repetir aquellas raras palabras.

Palabras de vida.

—¡Evelyn, no! —Su padre no se movió, solo gritó, el miedo lo había congelado a los pies de la cama.

Pero la niña continuó repitiendo aquellas palabras, lo suficiente como para que su piel comenzara a calentarse. El dolor retornó.

Su respiración se volvió superficial. Luego, los ojos de su madre se abrieron y revelaron de nuevo su bello color avellana.

Estaba funcionando.

Su padre las miró a ambas. Aquellas palabras eran oscuras. Antiguas. Poderosas. Él sabía aquello, tanto como conocía su lengua natal.

Los labios de la madre comenzaron a moverse, tomó aire con fuerza.

—¡Gefa! —Y con esa simple orden, robó las palabras de los labios de su hija. De pronto ya no podía escucharse ningún sonido salir de la garganta de la pequeña, ninguna palabra oscura, nada de magia.

La niña continuó gritando, intentando recitar aquellas palabras, pero nadie podía escucharla. Las lágrimas, oscuras como la noche, brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus pequeñas mejillas. Todo se volvió negro y ella comenzó a sollozar, todo su cuerpo tembló aunque no pudiera emitir sonido alguno.

Con la última gota de energía que le quedaba, la madre miró al padre.

—Trae a Hansa a casa... Cuéntaselo todo, prométemelo.

Mientras él asentía, la madre susurró un último hechizo y los gritos de la pequeña llenaron el aire. Las oscuras lágrimas gotearon sobre su vestido.

—¡No, madre, no!

La niña tomó las manos de su madre, que aún quemaban al tacto, y vio cómo la luz abandonaba aquellos ojos color avellana.

Capítulo

1

El mar es una bruja caprichosa.

Tan capaz de concederte un beso como de robarte el aliento de los labios. Bella y cruel, y todas y cada una de las variables que se encuentren en medio. Llena nuestros estómagos y nuestras arcas cuando se siente generosa. Observa fríamente cómo nos vestimos de negro y sumamos lágrimas a sus aguas cuando decide no apiadarse de nosotros.

Solo la marea sigue su temperamento; da y quita con su mismo ritmo salado.

Aun así, el mar es más que nuestra bruja; es nuestra reina.

Con todos los caprichos y los hechizos que la rodean, ella es una de nosotros. La joya de la corona de Havnestad, que acaricia nuestras costas; para bien o para mal.

Esta noche, vestida con su atuendo más fino de fiesta, parece estar tranquila y haber enterrado su furia muy por debajo de su brillante superficie. De todas formas, un cambio se siente en el aire cuando las estrellas parpadean con la llegada del solsticio de verano y se aproxima el decimosexto cumpleaños de Nik.

Formalmente: Príncipe Heredero Asger Niklas Bryniulf Øldenburg III, primero en la línea de sucesión al trono del soberano reino de Havnestad.

Informalmente: solo Nik.

Pero «solo Nik» tampoco es precisamente correcto. Él no es solo alguien más para mí. Él es mi mejor amigo. Mi único amigo, en realidad.

Y ahora mismo está bailando con Malvina sobre la cubierta del

gran barco a vapor de su padre. Eso si es que se le puede llamar «bailar» a lo que están haciendo. Mi estómago se revuelve cuando Malvina fuerza un giro con demasiado entusiasmo y Nik está a punto de caer sobre la barandilla del barco. Ante semejante espectáculo, me gustaría que ella se rindiera.

Malvina, formalmente condesa Malvina Christensen, es una eterna pretendiente real. Ella y su padre han estado luchando por tener la atención del rey Asger durante años, con esperanzas de que él favoreciera la unión entre Nik y Malvina. De todas formas, a pesar de la educada paciencia que tiene Nik cuando tiene que bailar con ella, dudo que vaya a llevarse a cabo una boda real en un futuro cercano.

Quiero apartar la vista de la mancha sedosa y de color rosa que es Malvina, pero los ojos de Nik no dejan de observarme pidiéndome que lo rescate. Rogándome. Llamándome silenciosamente en la distancia: *Eviiiiieee*.

Soy la única que puede salvarlo. Todas las jóvenes del pueblo están aquí, pero nadie más puede interrumpir a una chica como Malvina. Para cualquier otra persona, habría consecuencias: perderían sus invitaciones a las galas, les darían el caballo más viejo en la cacería del fin de semana, los sentarían en la mesa junto a la tía abuela senil y no junto a la condesa. Conmigo no pasaría nada de eso. No te pueden desplazar si no eres parte de la sociedad.

Después de ver cómo Malvina gira de nuevo de forma agresiva, finalmente avanzo hacia la improvisada pista de baile mientras ignoro todo el eco de muecas cuando lo hago; ya me han visto hacer esto antes. Malvina será la víctima, yo seré la villana, y Nik como siempre, dejará que eso suceda. Ser la confidente del príncipe

heredero al trono puede resultar problemático; el precio por ello es tener que soportar estas pequeñas humillaciones. Pero no voy a disculparme por ayudarlo. Todo el mundo se sacrifica por sus amistades, y tener la lealtad de Nik, cuando nadie más se digna siquiera a mirarme a los ojos, vale cualquier crítica a la que me tenga que enfrentar.

Llamo la atención de Malvina, frunzo mi rostro con un pánico exagerado y señalo a la monstruosidad de azúcar de ocho pisos color azul que ella misma se ha empeñado en hacer.

—¡Ah, por los ángeles, Evie! ¿Qué pasa? —protesta Malvina.

—La cobertura de la tarta...

—*Fondant* —me corrige, como si hubiera escupido en la lápida de su abuela.

—El *fondant*... se está hinchando.

Sus facciones se tiñen de verdadero pánico mientras sus pies se niegan a moverse. Debatándose entre bailar con Nik y rescatar su obra de arte de un nefasto destino, sus ojos se fijan en mi rostro durante un momento, incrédulos. Le preocupa que mi intención sea la de quitarle su sitio junto al príncipe. Es la clase de cosas que las chicas de Havnestad creen que yo podría hacer; todas las que ahora mismo están susurrando sobre nosotros entre las sombras. Solo que en este caso, tienen razón.

—Haz lo que debas, Malvina. Ha sido un placer bailar contigo. — Nik se inclina en una ligera reverencia, activando sus modales reales y sin un rastro de disconformidad en sus facciones.

Cuando aparta la mirada, Malvina echa un vistazo en mi dirección, su desdén por mí es tan claro como su preocupación de que pueda estar diciendo la verdad. No necesita decir lo que está pensando; y no lo hará, no si quiere tener la oportunidad de volver

a bailar con Nik. Así que simplemente le regala una ensayada sonrisa cuando él acaba con su reverencia y sale corriendo con su pelo dorado al viento y envuelta de resolución.

Nik se inclina hacia mí ofreciéndome una reverencia, como si yo fuera su nueva pretendiente, y su mata de cabello negro oculta brevemente sus ojos oscuros como el carbón.

—¿Podría concederme lo que resta de esta pieza, mi lady?

Mis labios se curvan en una sonrisa y mis piernas automáticamente se flexionan en una respetuosa reverencia. *Mi lady*. A pesar de lo bien que pueden sonar esas palabras, son suficientes para que me gane la ira de todos lo que se encuentran a bordo de este barco. Para ellos, solo soy la hija de uno de los pescadores del reino que abusa de la amabilidad del príncipe y que lo utiliza por su posición. No creen que solo somos amigos, como siempre lo hemos sido, desde que usábamos pañales. Antes de que yo supiera lo que era y que él supiera lo que estaba destinado a ser.

—Por supuesto, príncipe heredero Niklas —respondo.

Él me mira a los ojos y ambos nos reímos con sinceridad. La formalidad nunca ha funcionado bien entre nosotros, a pesar de la instrucción a la que se ha tenido que someter Nik.

Nos ponemos en posición y comenzamos a danzar por la cubierta. Él es bastante más alto que yo, pero está acostumbrado a inclinarse; hablarnos en susurros siempre ha sido nuestra forma de comunicarnos por excelencia.

—Te has tomado tu tiempo —comenta mientras me guía con los últimos acordes de la canción.

—Quería ver cuánto tiempo eras capaz de mantenerte seco. —Él jadea con falso horror en mi oído, con una evidente sonrisa detrás.

—¿Enviarías a tu mejor amigo a nadar con las sirenas el día de su cumpleaños?

—He escuchado que son muy bonitas; sería un regalo adecuado para un adolescente.

—También se dice que ellas prefieren que sus ofrendas no respiren.

Mis ojos se dirigen hacia los suyos. Puedo sentir un ligero temblor en mi mandíbula. Hoy también sería el cumpleaños de nuestra amiga, Anna. Todavía lo es, aunque ya no está aquí para celebrarlo. Ella era exactamente un año más pequeña que Nik. Cada uno de nosotros recibió su llamada durante aquellos días, la gran y poderosa diosa Urda parecía querernos a todos para ella. Pero perdimos a Anna. Miro hacia abajo al sentir como las cálidas lágrimas se deslizan desde mis pestañas al recordarla, aunque ya hayan pasado cuatro años. Nik suspira y aparta un rizo de mi rostro. Espera hasta que finalmente levanto la vista. Hay una suave sonrisa en sus labios y sé que lamenta haberme hecho recordar aquel momento.

—Bueno, gracias por salvarme, Evie. Como siempre.

Es un cambio de tema tan bueno como cualquier otro, pero no es suficiente; y ambos lo sabemos. Tomo aire con fuerza y echo un vistazo por encima del hombro de Nik, prefiero mantenerme en silencio por miedo a decir algo más. Respiro profundamente e intento concentrarme en la fiesta. Todo se ha preparado con sumo cuidado para su celebración; el barco, el constante suministro de *hvidtøl*, los músicos, dos sirvientes y un carbonero; y resulta muy bonito. Me concentro en los farolillos que adornan la cubierta, el tejido dorado de mi único vestido de fiesta refleja el brillo que desprenden.

De pronto, Malvina se sube a la mesa de postres, sigue intentando controlar frenéticamente la protuberancia que no deja de crecer en la tarta. Espero a que Nik se ría, o que al menos suelte un bufido real, pero en cambio está mirando por encima de mi hombro, hacia babor, al mar. Sigo su mirada, y mi corazón se detiene al distinguir una ligera embarcación en la que puedo distinguir el contorno de un hombre que me resulta muy familiar ajustando la vela.

—Iker... —Su nombre se escapa de mis labios como un suspiro antes de poder contenerlo. Me encuentro con la mirada de Nik, con el rubor subiendo por mis mejillas—. No tenía ni idea de que él fuera a venir.

—Yo tampoco. —Él se encoge de hombros y alza una ceja—. Pero Iker no es precisamente de los que confirman su invitación. Faltó a clases ese día en la escuela para príncipes. A la lección sobre la puntualidad, también.

—Creo que a eso se le llama «una demora elegante» —comento.

—Sí, bueno, supongo que yo no lo sabría —dice Nik con una risa.

La pequeña embarcación se acerca y puedo ver que Iker viaja solo en ella; no ha vuelto a aparecer acompañado por una multitud desde lo de la bahía Rigeby; tampoco es que esperara que lo hiciera. Es un pescador abatido por el clima, atrapado en una vida diseñada para la seda y el caviar. Redirecciona la vela principal a la perfección, sus músculos se tensan mientras apunta directamente hacia la figura de su primo.

—Y ahora perderé a mi compañera de baile —afirma Nik en mi oído.

—Eso no lo sabes —le digo con un golpe en su brazo.

—Cierto, pero sí sé que lo miras de un modo especial desde que

mi tarta de cumpleaños tenía por lo menos diez velas menos.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar que una sonrisa aflore en mis labios. En cierto modo tiene razón, aunque no es el mejor momento para aclararle que mi forma de mirar a Iker cambió hace cuatro años y no diez.

—Estoy segura de que a Malvina no le importará —afirmo después de aclararme la garganta—. Ya casi ha terminado con tu tarta —agrego, y señalo la monstruosidad azul, pero sin apartar la vista de Iker que se prepara para lanzar una cuerda hacia el barco a vapor en el que nos encontramos.

Nik me abraza un poco más y se inclina en mi oído:

—Eres una amiga realmente buena.

—Siempre lo he sido, y siempre lo seré.

—Cierto. —Nik sonrío antes de levantar el brazo por encima de su cabeza para saludar—. ¡Mirad, el príncipe heredero de la bahía Rigeby ha decidido honrarnos con su presencia!

—Y yo que esperaba sorprenderte —comenta Iker entre risas—. Supongo que no soy capaz de sorprender a un hombre en su propia embarcación. —Nik ríe también y endereza aún más su postura.

—No si estoy mirando en la dirección correcta.

Iker ríe más. Tiene sal en el cabello y una barba de varios días cubre su fuerte mentón, pero avanza por su cubierta con la elegancia de un príncipe. Me mira, sus ojos delatan un rastro de duda sobre la solidez de mi complexión, pero lanza la cuerda en mi dirección de todas formas. La atrapo y la aseguro con un nudo que aprendí de mi padre.

Iker salta sobre la cuerda hacia la embarcación y consigue caer en el pequeño espacio de la cubierta que hay entre Nik y yo. Una

pequeña multitud se ha reunido detrás de nosotros.

—Feliz cumpleaños, primo. —Con una sonrisa en sus ojos, Iker palmea la espalda de Nik y ambos se abrazan; sus brazos tonificados rodean completamente la figura delgada pero fuerte de Nik.

Cuando se separan, los ojos de Iker se dirigen hacia mí. Son de un azul muy claro; como el hielo antiguo de los fiordos del norte.

—Evelyn —pronuncia, aún con un rastro de formalidad por su linaje, pero después, me sorprende con un abrazo.

Me quedo helada, con la mirada fija en Nik, mientras él y todos los demás en el barco nos miran. Iker parece no notarlo o no le importa, y me sujeta con más fuerza, con los brazos alrededor de mi cintura. Su cuerpo aún conserva la calidez por el esfuerzo de manipular la embarcación, huele a sal y a limas. Su camisa está salpicada con gotas de agua, ónix en la almidonada tela gris; el mar que deja su marca.

Cuando me libera, un brazo permanece sobre mis hombros. Intento ignorar la pregunta que me importuna, la misma que estoy segura de que todos están haciéndose también. *¿Por qué yo?* Nos conocemos desde que éramos niños, pero él nunca antes me había demostrado esta clase de afecto. No soy su tipo. No soy el tipo de *nadie*. Aun así, Iker sigue actuando como si todo fuera completamente normal. Se dirige a Nik, a la multitud, y les ofrece una perfecta sonrisa.

—Buenas personas de Havnestad —expresa, su voz imponente pero sincera. Después su sonrisa se vuelve más amplia—. Ofrezcámosle al príncipe una celebración tan grande que nunca sea capaz de olvidar.

Siento como si estuviera viviendo un sueño.

Aún con la calidez del abrazo de Iker en mi cuerpo, giro por la pista de baile en sus brazos. He intentado decirle que no deberíamos, pero él no ha querido escucharme.

—Deja que hablen —me ha dicho. Si él supiera cuánto hablan ya.

Puedo sentir los ojos de Malvina siguiéndome. *Sí, Malvina, así se baila sin poner en riesgo la vida de nadie.* Pero intento no pensar en ella. Quiero recordar este momento, incluso los detalles más pequeños. Todo en él resulta suave como el cuero o el adorable terciopelo. Sus manos son ásperas y están deterioradas por el mar, pero aun así son gentiles, su pulgar acaricia delicadamente el mío.

Mis fantasías a los doce años no solían ser tan detalladas; no iban mucho más lejos de imaginarme a mí con un vestido púrpura, a Iker en su atuendo real, tomados de la mano y paseando por los jardines del palacio. La realidad es muy diferente, más intensa, y no estoy segura de estar asimilándola bien. Sé que no lo estoy. ¿Podrá sentir el sudor de mis manos? ¿Y mi corazón palpitando con fuerza en mi pecho?

—Te he visto desde mi cubierta, ¿sabes? —susurra en mi oído—. Antes de abordar. Nunca te había visto tan bonita como hasta ahora, Evie. Y nunca les había pedido a los dioses que impulsaran mi barco más rápido.

No sé qué decir, mi voz se ha quedado obstruida en alguna parte de mi garganta. En cambio, echo un vistazo a mi alrededor e intento organizar mis pensamientos. El sol ya se ha puesto por completo, los últimos rayos de luz se han ido desvaneciendo tan de prisa como nuestros platos, con un runrún de pequeños huesos de codorniz, colas de bacalao, vainas de guisantes y hojas de fresas. Y,

a pesar de que la cubierta de la embarcación sigue iluminada por la luz que nos brindan los farolillos, la oscuridad que nos envuelve es suficiente para que casi parezca que estamos solos.

Solo un chico, una chica y el mar.

La canción termina y él me abraza con fuerza. Cuando me libera, recorre mi mentón con sus dedos.

—No debería haber permanecido lejos de Havnestad durante tanto tiempo —afirma con uno de mis rizos entre sus dedos—. Tu cabello sigue siendo igual que cuando eras niña. —Su mirada se encuentra con la mía—. Tus ojos aún me recuerdan a una noche estrellada.

Me esfuerzo por no bajar la vista hacia donde él todavía conserva un mechón de mi pelo entre sus dedos con delicadeza. Me muerdo el labio para silenciar un suspiro. Sus dedos se cierran más alrededor de mi rizo. Me da la sensación de que ni siquiera él sabe lo que está haciendo; que este chico de grandes sonrisas y demostraciones no controla lo que está pasando en este momento.

Los ojos de Iker se desvían hacia los músicos, que se han cerrado en un círculo alrededor de alguien que ha comenzado a tocar una guitarra. Aunque no podemos verlo, los alegres y precisos acordes son claros delatores de que esa música proviene de Nik. Desde que éramos niños, siempre ha tenido la habilidad de tocar cualquier instrumento que cayera en sus manos. Está tocando la canción que yo solía cantar en los muelles cuando era niña, para desearle a mi padre un buen viaje en sus incursiones de pesca. Nik siempre me decía que aquella melodía se le había quedado grabada en la mente.

Iker suelta mi rizo.

Aclara su garganta.

Separa su cuerpo del mío.

Se acabó. Lo sé. Tal vez las fantasías solo pueden hacerse realidad durante un instante. Seguramente no sea más que un juego de los dioses.

—Evie, me encanta venir de visita a Havnestad, pero no me gusta la idea de interponerme en el camino de mi primo. —Sus ojos no dejan de observar a los músicos mientras habla, pero su tono ha cambiado.

Vuelve a fallarme la voz. *¿Por qué Nik tenía que tocar esa canción?* Respiro profundamente.

—Pero no lo haces —afirmo, con la esperanza de que no note la súplica en mi voz—. Además, no creo que a Nik le moleste verte por aquí, y el festival de Lithasblot tendrá lugar en tan solo unos días.

—Ah, sí, ese festival en el que todos vosotros os volvéis locos por Urda, le lanzáis pan a cualquiera que no tenga sobrepeso y corréis en círculos hasta desmayaros.

—*¿Vosotros?* —comento, y le doy un ligero toque para llamar su atención. Iker puede ser del otro lado del estrecho, pero es tan Øldenburg como Nik. Su familia ha reinado en Dinamarca y en Suecia durante cuatrocientos años. Saben mejor que nadie que no deben desestimar las cosechas que los dioses han decidido concedernos—. No te burles de los juegos. Nos los tomamos muy en serio.

—Oh sí, un juego de vida o muerte en el que se compite por lanzar la roca más pesada.

—O se compite por correr sobre un tronco. Todas habilidades muy útiles. —Río, feliz de haber aligerado el ambiente entre nosotros de nuevo.

—Si me quedo para esta extravagancia vuestra de Lithasblot, debes prometerme que te tambalearás sobre un árbol recién cortado para entretenerme.

—Si ese es el precio, entonces lo prometo —respondo con una profunda reverencia.

Una sonrisa se escapa de mis labios, pero la atención de Iker está fija en mi rostro. Casi como si no pudiera evitarlo, su pulgar vuelve a acariciar mi mejilla, baja por mi mentón, hasta mi boca. El contacto de su dedo en mis labios hace que me sonroje al mirar sus ojos azules.

—Iker, yo...

—¡Buuuueeeena gente de Havnestad! —Nuestras cabezas giran cuando la voz de Nik resuena por toda la embarcación. La guitarra continúa en sus manos, pero ahora tiene una corona hecha de hojas de limón sobre su mata de cabello ondulado. Una enorme sonrisa curva sus mejillas y mantiene sus largos brazos elevados en el aire. La verdad es que parece estar personificando la imagen de Iker, aunque hay que tener en cuenta que se ha bebido ya unas cuantas copas de la cerveza especial del rey Asger—. Como su príncipe heredero, en este acto emito el decreto real de que cantemos *por mí* en este, el decimosexto año de mi vida.

—¡Así se habla! —exclama Iker, seguido por el resto de la multitud, que de pronto ha vuelto a aparecer en mi visión periférica.

—Excelente. Ruyven ha enviado la señal para que den comienzo los fuegos artificiales. Pero primero, un tan... —La voz de Nik se interrumpe cuando la fuerte mano de Malvina lo obliga a agacharse para poder hablarle al oído. La otra mano señala hacia la tarta. Nik vuelve a enderezarse lentamente y levanta su guitarra—.

La adorable lady Malvina me ha informado de que no hay velas suficientes. —Apunta el cuello del instrumento hacia mí, con su forzada formalidad aún en su tono—. ¿Evelyn? —Alza una ceja.

Yo alzo una ceja también, en respuesta.

—Vamos, sé que tú sabes dónde están.

Y lo sé. Exactamente donde Nik las dejó cuando decidió «tomar prestado» el barco del rey para el primer día de calor después de un largo invierno colmado de hielo.

—Sí, lo sé, buen príncipe.

Por más que no quiera apartarme de Iker, me alejo, y su calor se aferra a mi piel durante un segundo cuando nos separamos. Sujeto uno de los farolillos que cuelga en la línea que ilumina la cubierta y me alejo de la multitud.

Con mis botas retumbando en las escaleras, desaparezco por debajo de la cubierta, dentro de la cabina del capitán. El lugar es mucho más grande de lo que sería cualquier otra cabina de capitán; es casi más grande que la casa que comparto con mi padre y *tante* Hansa. El farolillo no alumbra lo suficiente para un espacio tan amplio, solo alcanza un halo más allá del espacio que ocupa mi vestido de fiesta. Es muy irritante.

Echo un vistazo hacia atrás, hacia las escaleras, confirmando que estoy sola; nadie me ha seguido hasta aquí abajo. De espaldas a la puerta, llevo una mano hacia el farolillo. De mis labios escapan antiguas palabras mientras mis dedos acarician la punta de la vela.

—*Brenna bjartr aldranri. Brenna bjartr aldrari. Pakka Glöð.*

La vela comienza a brillar con más fuerza.

Es un acto pequeño; algo tan sutil que probablemente podría haberlo hecho arriba a la vista de todos. Pero aquí, incluso algo tan corriente como un hechizo de fuerza es peligroso.

En el pasado, las mujeres ardían en las hogueras por mucho menos en los reinos de los Øldenburg.

Mis parientes ardieron por mucho menos.

Lo que significa que hay cosas sobre mí de las que Nik e Iker nunca podrán enterarse.

Además, ya me he arriesgado demasiado esta noche, cuando silenciosamente he hecho que la tarta de Malvina se echara a perder. No había intentado algo así desde que era una niña, pero ha funcionado bien. Avivar la llama de la vela habría sido un abuso de mi suerte y la verdad es que nunca he gozado de mucha.

Ahora, el halo de luz es más que suficiente. Me abro camino a través del amplio espacio, hacia el par de sillas y la mesa decorada con un tablero de ajedrez que se encuentran bajo uno de los ojos de buey de estribor.

Había visto a Nik guardar la provisión de velas extra en la gaveta de la mesa mientras lo ayudaba a esconder cualquier evidencia de que habíamos estado allí. No es que su padre no supiera que habíamos organizado aquella pequeña reunión; la deshonestidad nunca ha formado parte de las características reales de Nik; simplemente no quería cargar al personal del puerto con más trabajo.

Con las velas y las cerillas en la mano, sujeto el farolillo y giro hacia la puerta. Pero repentinamente, en mi visión periférica, veo dos destellos de un increíble blanco y azul. Vuelvo a girar hacia donde un pequeño halo de luz atraviesa el ojo de buey.

Mi corazón se detiene al darme cuenta de que no conozco ningún pez de dichas características.

Parecen unos ojos humanos.

Con mis pulmones instándome a recordar cómo respirar, levanto

el farolillo hacia el ojo de buey; mi mente intenta asegurarse de que todo el mundo se ha quedado arriba en cubierta cuando he bajado las escaleras.

De todas formas, cuando el haz de luz alcanza el grueso cristal, son los ojos de una amiga los que me observan sorprendidos desde el otro lado, azules, enmarcados por una piel luminosa y con sus ondas rubias oscurecidas por el agua.

«¿Anna?».

Pero en el instante en que pronuncio su nombre en la húmeda cabina, el rostro se desvanece y me quedo observando el profundo mar oscuro.

Mis pulmones sueltan todo el aire y después toman una gran bocanada mientras avanzo de un ojo de buey a otro, con la respiración acelerada mientras repito su nombre una y otra vez. Pero en ninguno de ellos encuentro rastro de su bonita cara.

Estoy de pie en mitad de la extensa cabina del capitán, el corazón me palpita con fuerza, el aire me arde en los pulmones y un profundo sollozo escapa de mis labios. Las lágrimas se escapan de mis ojos al descubrir que, a pesar de la sincera amistad de Nik y el nuevo afecto que parece demostrarme Iker, solo soy la humilde hija de un pescador.

La solitaria hija del pescador que lo único que desearía es haber podido salvar a su dulce amiga. Lo deseo con tantas fuerzas que estoy viendo fantasmas.

Lo deseo con tantas fuerzas que estoy perdiendo la cabeza.

Capítulo

3

Me seco los ojos con la muñeca, con las velas y las cerillas aún aferradas entre mis dedos. Respiro profundamente y me obligo a salir por la puerta y subir las escaleras, las piernas me pesan como si fueran de plomo.

—¡Mi buena amiga ha vuelto con las velas! —anuncia Nik con su voz cantarina al verme, mientras toca la guitarra.

—Y las cerillas, mi príncipe —me escucho decir, con una voz mucho más estable de lo que había esperado.

—Mi querida Evie, siempre rescatando a su príncipe tan poco precavido.

—Alguien tiene que hacerlo, primo. —Ríe Iker, y se pone de pie mientras Malvina me arranca las cosas de las manos. De inmediato, corretea por detrás de Nik para clavar las velas en las bonitas capas de *fondant* de la tarta. Sin agradecimiento alguno por su parte, a pesar de que, para alguien como ella, sus entrenados modales lo habrían requerido.

Nik comienza a cantar antes de que todas las velas estén encendidas. Su voz resuena sobre la de todos nosotros, incluso sobre el barítono de Iker. Como es usual, yo solo balbuceo las palabras; mi voz para cantar se arruinó el día en que perdí a Anna. *Tante* Hansa dice que soy afortunada de que eso sea todo lo que el mar se llevó. Nik mantiene los ojos cerrados y ni siquiera le presta atención a la tarta, las llamas parpadean y ondulan detrás de él, manipuladas por el fuerte viento que proviene de las profundidades del estrecho de Øresund.

Mi mirada persigue al viento en la profunda distancia. En el

horizonte, el oscuro cielo se ennegrece y las nubes se mueven a un ritmo furioso.

—Iker —suspiro.

—... *Hun skal leve højt hurra...* —Nik alcanza la línea final de la tradicional canción de cumpleaños, se gira para soplar las velas y abre sus ojos al mismo tiempo que los primeros fuegos artificiales se disparan desde la playa. Todo el cielo se colorea de blanco y rojo e ilumina todo Havnestad, y el aro de montañas que rodean la propia ciudad.

—Iker —repito. Mis ojos aún están fijos en las nubes que han comenzado a cerrarse. Él gira, su mano se mantiene firme alrededor de mi cintura, y yo señalo la línea de la tormenta mientras un bucle de rayos se dispara hacia el agua justo por detrás de los límites del puerto.

Un destello de reconocimiento atraviesa su mirada cuando analiza la distancia entre la lluvia y la embarcación.

—¡Tormenta! —grita, y el estallido de un trueno corta el final de la palabra—. ¡Todos bajo cubierta, ahora!

Pero, por supuesto, la gente dirige su atención hacia la tormenta, la curiosidad humana es más fuerte que la seguridad. Iker, Nik y yo nos ponemos en acción cuando las primeras gotas de lluvia caen sobre la superficie.

Nik comienza a dirigir a la multitud bajo cubierta. Iker toma el mando del timón, intentando guiar el barco hacia el puerto, después de haber enviado al encargado del carbón abajo para que alimente el motor del barco a vapor.

La lluvia cae con intensidad y el barco se inclina mientras yo subo las escaleras hacia la popa. Me aferro a la barandilla. No hay magia que pueda hacer abiertamente para detener esto, lo que

hace que me alegre de ser la hija de un pescador y estar hecha de la sal del mar. No estoy indefensa, al menos.

Los truenos rugen con fuerza, directamente sobre nosotros. Las velas de la tarta y los farolillos se han apagado a causa de la fuerza del viento, y doy las gracias cuando un relámpago ilumina el cielo lo suficiente como para enseñarme la escena.

Iker: está intentando llevar la embarcación en la dirección correcta, sus músculos vibran y sus pies pisan con fuerza.

Nik: ha subido las escaleras tras haber cerrado la puerta que queda bajo la cubierta. Su corona de hojas de limón ha volado hacia el mar a causa del fuerte viento.

La tarta: ha caído al suelo cuando todo el barco se ha sacudido a estribor.

Otro estruendo de truenos nos invade cuando consigo alcanzar a Iker y lo ayudo a sostener el timón. Él es lo suficientemente fuerte como para hacerlo solo, pero el rumbo de la embarcación se endereza notablemente cuando lo ayudo a mantener el control.

—¡Un placentero crucero de cumpleaños! —exclama Iker a través de los estruendos que nos ofrece el cielo, y yo le sonrió con mis dientes apretados. Sus ojos danzan incluso mientras cada tendón de su cuello arde para mantener el curso correcto—. Bebidas elegantes y un cielo despejado. ¿Eso es lo que Nik prometió?

Con todos los músculos de nuestro cuerpo en tensión, ambos nos concentramos en el faro al otro lado del puerto, aún a unos minutos de distancia. Una fuerte ola golpea la cubierta y se lleva los restos de la tarta con ella. Nik consigue aferrarse a la barandilla de la escalera, su camisa blanca se pega a su piel.

—Vamos demasiado lento —grita Iker en mi oído entre el sonido de los truenos.

Asiento y aprieto más los dientes cuando una ráfaga de viento empuja el barco a babor y jala del timón con ella.

—Lo tengo —le digo—. Pero no iremos más rápido, a menos que... —Señalo su preciada nave, un obsequio de su padre. Iker asiente al comprender mi sugerencia.

—¡Nik! —exclama sobre el viento y las furiosas olas—. ¡Mi velero! ¡Ayúdame a liberarlo!

De alguna forma, Nik consigue escucharlo y se dirige a babor, donde la pequeña embarcación de Iker nos suma demasiado peso.

Otra ola impulsa el barco hacia arriba y nos arroja a estribor. Mis botas resbalan, pero consigo mantenernos firmes y fijar el timón en su sitio con todas mis fuerzas. En la cubierta principal, Nik ha conseguido alcanzar la barandilla de proa. Engancha uno de sus largos brazos en ella para estabilizarse y luego trabaja intensamente con su brazo libre para deshacer mi nudo. Iker va de camino.

El barco vuelve a saltar, yo cierro los ojos y anhelo que la tierra se acerque. Al abrirlos, aprecio que estemos más cerca de los muelles de Havnestad, pero tan solo unos metros. Giro mi cabeza y veo que Nik ya casi ha conseguido deshacer el nudo.

La espuma blanca de una ola salpica sobre el lateral del barco y empapa a Nik. Él sacude la cabeza y su cabello ondulado vuela a los lados. Se endereza; la barandilla resbaladiza y el suelo recientemente mojado no lo ayudan a mantenerse en pie. Con un último tirón, la cuerda se libera por completo y resbala por el lateral de la embarcación. Nik, mucho más fuerte de lo que parece, se mantiene firme mientras el equilibrio del barco cambia con la pérdida de la embarcación de Iker.

—¡Trescientos metros hasta el embarcadero real! —grita Iker

mientras avanza hacia el timón. Vuelvo a dirigir mi mirada hacia la tierra. El faro esta cada vez más cerca al fin, la ráfaga sobre la torre se cierne por debajo de la cubierta de acero que han creado las nubes.

Pero no tan cerca como la mayor ola que hemos visto hasta ahora.

Tan negra como el cielo que se encuentra sobre nosotros, la cortina de agua salpica fuerte a babor y lanza a Nik de rodillas. Le grito que intente permanecer agachado (un centro de gravedad más bajo es más seguro), pero la tormenta consume mi débil voz.

Él se levanta.

Un relámpago atraviesa el cielo.

El barco salta al caer con el peso de la ola y lanza a Nik de cabeza a las profundidades.

—¡NIK! —grito su nombre tan fuerte como puedo. El barco se estabiliza, pero no hay señales de él por ninguna parte. Solo hay madera mojada y espuma de mar donde él se encontraba.

—¡NIK! —grito otra vez, y abandono el timón. Esquivo a Iker y corro hacia las escaleras de la cubierta principal.

Mi mente se mueve más rápido que mi cuerpo azotado por el agua, una línea de pensamientos que corren juntos en las tinieblas mientras corro, sin importarme ni prestarle atención al viento, a la lluvia, al curso, ni tan siquiera a Iker.

No.

No PUEDES llevártelo a él, maldito mar.

Tendréis que elegir a otra persona, sirenas.

Nik me pertenece a mí.

—¡Evie! —grita Iker—. ¡No lo hagas! ¡Vuelve! No es...

—¡NIK! —Me lanzo por las escaleras. Las tablas de la cubierta resbalan bajo mis pies, pero corro hacia la zona por la que lo he visto caer. El viento revuelve mis rizos delante de mi cara mientras miro entre la lluvia y la oscuridad hacia el alborotado mar por debajo de nosotros—. ¡NIK!

Grito su nombre una y otra vez, mi voz se vuelve áspera y débil, hasta el punto en que es casi un murmullo. Finalmente, alcanzamos el embarcadero real. Salto al muelle antes de que Iker o el encargado del carbón tengan tiempo de echar el ancla siquiera. Escaneo el horizonte en busca de un rastro que me indique algo.

Iker salta por la barandilla y cae al muelle a mi lado; deja que el encargado del carbón se ocupe del resto de la tripulación que aún continúa en la cabina del capitán.

—Evie —dice, con la voz más tranquila de lo que debería; el

capitán que hay en él supera su linaje—. Mira allí. —Señala al horizonte, donde las estrellas vuelven a brillar, liberadas por las nubes—. La tormenta ya casi ha terminado. Nik es un gran nadador.

Asiento, mis esperanzas se aferran a la razón que veo en sus ojos.

—Pero tenemos que encontrarlo —afirmo. Todo lo que mi padre me enseñó sobre el mar acude a mi mente y señalo un punto entre las olas—. Estábamos por allí. —Extiendo mi dedo en una línea oblicua con la dirección del viento y la continúo hasta que apunta hacia la cala en la playa de Havnestad—. Lo que significa que probablemente esté... allí.

No miro a Iker para esperar confirmación; solo desciendo por el muelle, bajo hasta la arena y corro por la costa en esa dirección.

—¡Nik! —exclamo en un grito ahogado. Mi voz se impone áspera e impotente contra el viento. Iker me pisa los talones durante un momento, pero enseguida me alcanza y se adelanta.

El golfo de Havnestad está formado por una zona de rocas y otra de playa sedimentada. Tiene una ligera forma de W y algunas rocas grandes forman islas por donde se puede caminar hacia el centro, antes de que la marea suba y las aguas se vuelvan demasiado profundas. Con buen clima, es un sitio muy bonito al que escapar si paseas por el puerto. Con mal clima, es un huracán en un bebedero de aves.

—Iré por allí a ver lo que pueda. —Iker señala la isla más grande: Picnic Rock.

El viento ya ha comenzado a calmarse, la lluvia está menguando. Incluso los relámpagos parecen haber quedado atrás y desaparecen en las montañas junto con la tormenta. La inmediatez con la que se ha producido la poderosa tormenta me intriga. La

magia en mis venas cosquillea ante su rara naturaleza, pero no tengo tiempo de pensar en nada más allá de este mundo.

Señalo con el mentón hacia la masa de rocas que se alejan de la costa, el punto que forma la W y que penetra en la zona más profunda de la bahía. Es tan alta que nos bloquea la vista del resto de la costa.

—Subiré hasta allí para poder ver del otro lado.

—¡Espera! —dice Iker, con preocupación en su rostro. Durante un momento, no parece saber qué decir. Pasa su mano por mi pelo y me atrae hacia él. Mi corazón se acelera ante su contacto.

—Iker, no... —Las palabras salen de mi boca en forma de susurros; quiero decirle que no podemos retrasarnos, que no debería retenerme; pero entonces él eleva mi mentón y posa sus labios sobre los míos.

Me deleito ante su contacto, larga y profundamente y, durante un momento, no estamos en esta playa arenosa, mojados hasta los huesos, buscando a Nik. Estamos en algún otro sitio lejos de aquí. Uno en donde la clase, los títulos, nada de eso importa. Y que seguramente no exista más allá de este instante. Otro juego de los dioses.

Él se aleja y todo el calor abandona mi cuerpo mientras observo sus fríos ojos.

—Ten cuidado —dice.

De regreso a la realidad, levanto mi falda mojada y corro por la costa hasta el muro de rocas. Las ligeras nubes ya casi han alcanzado el extremo, apenas se divisa por encima de la entrada a la cala. La noche estrellada vuelve a cubrir el extenso mar más allá, con sus aguas tranquilas por debajo. Mis ojos analizan constantemente las olas en busca de alguna señal de Nik.

Pero no hay nada.

Lanzo una mirada en dirección a Iker. Él ya ha llegado a Picnic Rock y empieza a ascender. Respiro aliviada porque la tormenta no se lo haya llevado también a él y después continúo mi camino hacia el peñasco que tengo a pocos pasos de mí.

He trepado por esta enorme roca cientos de veces desde que soy pequeña, al igual que la mayoría de los jóvenes de Havnestad. Conocería la ubicación de todos y cada uno de los huecos en los que puedo colocar mis dedos para ascender hasta con los ojos cerrados; mis botas se dirigen automáticamente hacia los puntos idóneos para apoyarse antes de dar el siguiente paso. La lluvia ya se ha detenido por completo y el peñasco está húmedo, pero no resbaladizo.

Me impulso hacia la cima y vuelvo a analizar las aguas, miro en detalle cada irregularidad, me esfuerzo por usar la limitada luz de la luna para distinguir lo que puede ser otra roca de la costa o lo que podría ser Nik. Cierro los ojos y el pánico se aferra a mis pies cuando me inclino hacia la parte que queda oculta de la bahía. Cuando los abro, tengo que volver a parpadear para asegurarme de que mi mente no esté jugando conmigo. Un destello de tela blanca flota en la distante línea que bordea la arena.

Mi corazón se llena de esperanza. Bajo por la roca hacia el otro lado de la playa. Mis pies se esfuerzan por impulsar mi cuerpo hacia delante, mientras la arena mojada succiona mis botas a cada paso.

Los relámpagos vuelven a irradiar sobre las montañas, iluminan el cielo durante un momento, suficiente para que mi mente registre el contorno del cuerpo de Nik sobre la arena.

Y el de una chica inclinada sobre él.

—¡NIK! —grito, con mi voz que ha vuelto.

—¡Evie! —me llama Iker en respuesta.

Pero no lo espero. Ni siquiera giro en su dirección, mis ojos se mantienen solo en Nik y en la chica que está inclinada sobre él, la mitad de su cuerpo se encuentra sumergido. Sin otro relámpago, no pude distinguir mucho más que su largo cabello; tan largo que se extiende sobre la blanca camisa de Nik.

La cabeza de la chica se eleva bajo la luz de la luna, como si acabara de notar que corro hacia ella a toda velocidad. Los relámpagos se reanudan repentinamente y, a pesar de que mis piernas siguen moviéndose, mi corazón se detiene.

Sus grandes ojos azules. Sus rizos dorados. Su piel suave como la seda.

Es la misma chica que he visto hace un rato a través del ojo de buey en el barco.

¿Anna?

No, no puede ser.

La mirada de la chica parece llenarse de reconocimiento y las facciones de su rostro pasan de una tranquilidad contenida al pánico. Un pánico que la obliga a ponerse en movimiento. Una ráfaga de viento lanza su pelo sobre la curva de uno de sus hombros mientras le echa una última mirada a Nik antes de sumergirse por completo en el agua.

—¡Espera! —grito lo más alto que puedo, pero es inútil porque ya se había marchado.

En menos de un suspiro, alcanzo a Nik y me desplomo en la arena a su lado, llevo su pecho junto al mío, mi oído a su boca. Una bocanada de aire llega a mi mejilla desde sus labios al tiempo que Iker grita nuestros nombres desde atrás.

Los pulmones de Nik no están a pleno rendimiento, pero funcionan. Sus ojos están cerrados, pero parece estar consciente.

—Evie...

—Aquí estoy, Nik. Aquí estoy.

—Evie... —El rastro de una sonrisa llega a sus labios—. Sigue cantando, Evie.

—Nik, yo no... —comienzo a corregirlo, confundida—. Yo no...

Mi boca se reseca. Analizo el agua en busca de alguna señal de la chica. La que se parece a Anna, pero como si fuera mayor. La chica a la que debe gustarle cantar como lo hacía mi amiga cuando era niña.

Al principio, sigo sin ver nada. Solo las olas tranquilas y un cielo estrellado, iluminado por la luna del solsticio de verano.

Pero entonces, justo en el extremo de la bahía, lo veo.

El cabello rubio, plateado bajo la clara luz de la luna, que asoma por un breve instante antes de que la chica vuelva a sumergirse bajo el agua. Salpica agua de mar en su inmersión, y con ella, asoma algo más.

La perfecta forma de una cola de pez.



Cuatro años atrás

El sol estaba en su punto más alto y resultaba tan cálido y feroz como era posible en Havnestad. No tanto como en otros sitios, pero sí memorable para aquella época en los templados reinos Øresund, más acostumbrados a la cara fría de la Madre Naturaleza que a su apasionada sonrisa, a pesar de que estuvieran en pleno verano.

Dos chicas, una con ondas doradas, otra con rizos negros, saltaban en la orilla del mar. Sus voces se elevaban hacia el desnudo sol de junio y eran transportadas por el profundo viento del interior del estrecho.

Un chico, tan alto como un hombre, las perseguía con un flautín en sus labios, creando una melodía para acompañar los alegres bailes de las chicas.

A pesar del sol, la playa principal estaba vacía, la mayoría de la gente en Havnestad estaba pescando y cazando ballenas en el mar, el ajetreado ritmo de una economía moderna viviendo su auge. Pronto llenarían las costas con sus presas y sus historias, cuando volvieran durante la noche para los días del festival de Lithasblot y la luna llena del verano. Pero en aquel momento, toda la extensión de arena pertenecía a las dos chicas y al joven.

Las olas, pesadas y exuberantes, se alborotaban con la fuerza del viento y golpeaban los tobillos de las chicas, desnudos sin que nadie las reprendiera. El chico tenía las botas puestas; sus pies habían cambiado, ahora eran desgarrados y peludos y no quería que las chicas los vieran. Se mantenía sobre la arena seca, fuera del alcance de las olas, con sus oscuros ojos como el carbón fijos en los delicados dedos de ellas. Las chicas también parecían haber cambiado en un año, pero de un modo en el que él no podía apartar la vista de ese pequeño trozo de piel que se alcanzaba a ver bajo sus faldas.

Continuaron así hasta que las chicas se detuvieron (dejaron de cantar, de saltar, de todo) tan repentinamente que el joven chocó contra la espalda de la chica del cabello oscuro como un cuervo. Ella rio, pero los ojos de ambas estaban fijos en el

mar. Estaban observando la espuma con asombro y aventura en sus ojos.

La de las ondas rubias y los ojos azules como el océano habló primero.

—Está tan enfadado que le sale espuma por la boca.

—¿Estás insinuando que el mar es como un perro rabioso? —preguntó la de cabello oscuro—. A él no le gustaría.

—Supongo que no.

Una ceja negra se elevó sobre sus ojos azules como la medianoche.

—¿Hasta el banco de arena y de vuelta a la costa? —Sonrió, sus labios en una ligera curva—. Te reto.

La chica rubia lo consideró mientras se mordía el labio y leía las olas. Finalmente, comenzó a desatarse el corsé del vestido como respuesta.

El chico se sentó detrás de ellas a tocar su flautín para que pensaran que estaba distraído y que nos les prestaba atención mientras ambas se desvestían hasta quedarse en enaguas. Aunque les lanzara miradas furtivas. Sus hombros y sus brazos eran muy bellos, suaves como las estatuas de mármol que su madre había encargado para su jardín de tulipanes. Las chicas eran tan bonitas que hacían que se enrojecieran sus mejillas. Sabía que observarlas de ese modo no era correcto, pero de todas formas, las miró.

La chica rubia miró hacía atrás y sus ojos se encontraron con los de él, sus mejillas se sonrojaron aún mas cuando sus ropas cayeron sobre la arena. La chica del cabello oscuro como un cuervo le dio un golpe en el hombro, con la perspicacia dibujada en su rostro. No había secretos entre ellos, excepto lo que ahora quedaba a la vista.

Cuando las chicas estuvieron listas, se levantaron, dejaron sus ropas cuidadosamente dobladas sobre la arena y apuntaron sus delgados dedos hacia el mar.

A la cuenta de tres, desaparecieron.

Capítulo

5

No creo en las sirenas. No lo hago. Solo son abominaciones que las personas mayores como *tante* Hansa inventan para evitar que los niños hagan cosas especialmente insensatas. *Si tocas la olla caliente... si te comes toda la tarta... si tomas demasiados dulces... las sirenas vendrán a por ti.* Los niños del mar somos supersticiosos, pero no nos lo creemos todo.

Las sirenas no existen.

Pero sé lo que vi. Sé a *quién* vi.

Nik, por su parte, no parece recordar demasiado. Piensa que yo lo rescaté. Cree que era yo la que cantaba.

Ha pasado más de un día y aún no le he dicho que ha perdido la cabeza si cree que eso fue lo que ocurrió. Más que nada porque no tengo una respuesta a lo que realmente sucedió. No es que tenga algo de sentido.

No, no creo en las sirenas.

Pero tengo una gran fe en la amistad; más que nada en el mundo.

La tenía con Anna.

Y la tengo con Nik.

Iker... No sé que pensar de Iker, aunque está de pie justo delante de mí en el embarcadero real, preparándolo todo para salir con la embarcación y la tripulación que le han concedido y que se encuentra detrás de él.

—Ven conmigo, el mar nos llama. —Iker aparta algunos rizos de mi rostro y ahueca su mano en mi oído como si quisiera amplificar la antigua voz del mar. Se inclina, su mejilla acaricia la mía y siento sus labios cálidos junto a mi piel mientras susurra—. Evelyyyyn.

Su entusiasmo hace que mi corazón se detenga, deseo marcharme con él, pero mi padre también parte esta misma mañana y odia la idea de que yo pueda estar en una embarcación al mismo tiempo que él. Es muy supersticioso, aunque solo sea por un breve viaje hasta Jutland y esté de vuelta antes de Sankt Hans Aften y el comienzo del festival de Lithasblot. Iker está encantado por los avistamientos de una gran ballena; una que podría alimentar a la bahía Rigeby, gracias a su carne y al comercio, durante semanas. No me gusta la idea, pero sé que Iker tiene que ir; la temporada marítima no espera a nadie, ni siquiera a un príncipe.

—Lamento mucho decepcionarte —afirmo. Y así es. El tiempo que hemos pasado juntos ha sido curiosamente mágico, aunque todo lo que hayamos hecho sea sentarnos con Nik y contarle historias para hacerlo sonreír mientras se recuperaba.

—Demasiado tarde, el mar ya está decepcionado; las habilidades que demostraste durante la tormenta fueron excepcionales. Eres toda una marinera y él te necesita sobre sus olas. —Sus ojos brillan, pero la curva de su boca parece seria. Incluso me atrevería a aventurar que lo veo vulnerable, por raro que parezca. Pero no, no puedo permitirme pensar que es él quien me necesita y no el mar. La realidad no funciona de ese modo.

—El mar tendrá que esperar.

—Y yo también. —Entonces, se inclina para besarme y, aunque es la segunda vez, me vuelve a tomar por sorpresa; como una inmersión profunda en aguas cubiertas de hielo.

—No tienes que irte —le digo al separarnos, con la voz baja y pausada.

—¿Qué es eso? —Finge no haberme escuchado—. ¿No tienes que

quedarte?

Toma mi mano entre las tuyas y comienza a jalar de mí hacia la embarcación, donde la tripulación espera sus instrucciones.

—Fantástico, vámonos; tú navega, yo beberé oportuno mientras vigilo por si aparece la ballena.

Río y dejo que me arrastre un poco más de lo que debería sobre la pasarela. En el fondo de mi corazón, no creo en las supersticiones de mi padre. Pero de todas formas, tengo mis propias supersticiones. Nik aún se está recuperando. No puedo irme. ¿Y si empeorara mientras yo no estoy?

No, debo quedarme.

Iker volverá. Dice que lo hará.

Sé que lo hará.

Algo cambió entre nosotros aquella noche en el barco. Durante la tormenta nos descubrimos en nuestro elemento. La sal del mar, en cada uno de nosotros. Y, a pesar de que elijo quedarme, no quiero que Nik lo sepa. Especialmente la parte de los besos. Guardar este pequeño secreto con mi amigo no debería resultarme demasiado difícil; después de todo, he estado ocultándole mi magia toda la vida.

Desciendo de la pasarela hacia el muelle.

Dedicándome un último adiós y dándole órdenes a la tripulación, Iker se marcha, llevándose nuestro secreto a kilómetros de distancia, mientras yo lo encierro profundamente en mi interior. Lo observo mientras abandona el puerto y espero el tiempo suficiente para verlo darse la vuelta y volver a despedirse. Después me encamino a una nueva despedida y a realizar mis tareas diarias, con la pesada amatista de *tante* Hansa en mi bolsillo.

No, no creo en las sirenas. Pero quiero creer en lo que sea que

ocurra cuando beso la proa del barco de mi padre con la amatista antes de cada expedición. Lo que ocurre cuando conjuro el hechizo que he creado gracias a la sabiduría mágica con siglos de antigüedad.

Solo han pasado unas pocas semanas, pero ya ha funcionado y hasta ahora ha traído muchas más presas que el año pasado por esta época. Ahora puedo sonreír al ver a los pescadores celebrando de nuevo en los muelles. Tras cuatro años sufriendo por el Tørhed, la sequía tan grave por la que la flota pesquera del pueblo se redujo a la mitad, este animado vitoreo es un sonido muy bienvenido. No lo había vuelto a escuchar desde antes de la muerte de Anna; los rugidos de pescadores agotados, que volvían a la costa para reabastecerse de limas y carnes saladas, llenaban nuestro oídos en su lugar.

Tras tres años de Tørhed, el rey Asger supo que pagar a los dioses ya no era suficiente. Havnestad tenía que encontrar una nueva forma de mantenerse a flote. Así que se ordenó la construcción del barco a vapor real para dar trabajo a todos los hombres que no se encontraban en el mar, desde la temporada final del verano hasta las primeras heladas; moldeaban madera y láminas de metal en las chimeneas.

Pero, incluso aquella embarcación, erguida por la fuerza de este gran pueblo, no había sido suficiente para mantener alimentadas a todas las bocas de Havnestad. El barco a vapor fue una medida única. Ni siquiera la corona podría permitirse la construcción de una nueva embarcación así cada año.

Tenía que hacer algo.

Así que, tal como lo había hecho desde el verano de la muerte de Anna, me colé en la habitación de *tante* Hanse mientras ella no

estaba. Cada semana se reunía con *fru* Agnata en su choza para jugar al *whist*. La habitación de Hansa es un sitio sofocante porque siempre mantiene el fuego encendido, incluso en verano. Un montón de rosas secas adornan sus paredes formando un círculo; cientos de ellas como prueba de su creencia en que la belleza y la esencia de estas es superior a la de los tan populares tulipanes en los reinos Øresund.

Debajo de las rosas, en una esquina opuesta a la chimenea, hay un cofre envuelto en una antigua piel de alce y oculto por las sombras. En su interior alberga todo lo que los øldenburgueses temen, todo lo que han prohibido por ley: gemas, libros teñidos por el tiempo, botellas de cobalto selladas con tapones de caucho y cera. Los mismos elementos que *tante* Hansa tuvo que utilizar conmigo cuando cuatro años atrás desperté en los brazos de Nik, después de que Anna desapareció, cuando tuve que estar en la cama, casi sin vida, durante días bajo los cuidados de Hansa, alimentada por antiguos elixires con sabor a perfume. Tan antiguos que han ido pasando generación tras generación en las sombras durante siglos y que algún día me pertenecerán, supongo.

Aquel día tomé una piedra de color púrpura; una lo suficientemente pequeña para que Hansa no notara su ausencia, pero lo bastante grande como para poder llevar a cabo lo que pretendía. También tomé prestado un viejo libro con el lomo desgastado, lo deslicé con cuidado de su sitio, que se encontraba debajo de una masa de cera de abejas y un mortero de mármol.

Esperé a que todas las luces se apagaran y entonces bajé hasta la playa, adentrándome mucho más allá del golfo de Havnestad. Donde la costa se hace más delgada hasta confundirse con las montañas y las rocas afiladas se elevan desde el mar. El agua es

más profunda allí y las olas se agitan con más fuerza, pero entre las sombras de dos grandes rocas hay una pequeña playa. Por encima, las rocas que limitan con Havnestad forman un arco perfecto, el resultado de que Urda haya estado lanzando el mar contra esta grieta durante miles de años.

Por lo que sé, este sitio no tiene nombre y se encuentra oculto a la vista desde la playa por las rocas del mar. Nunca he visto a nadie por aquí. Me he acostumbrado a llamarla laguna de Greta, por mi madre. Sé que a ella le hubiese encantado este sitio. En las profundas sombras de la laguna hay una pequeña cueva, con espacio apenas para dos personas, pero lo bastante grande como para guardar las pocas tinturas que *tante* Hansa me ha confiado hasta ahora.

Aparté las rocas que uso para bloquear la entrada y encendí una vela. Con la amatista en una mano, abrí el libro bajo la tenue luz. Las palabras, familiares y antiguas, brotaron de mis labios para evocar a nuestra gran diosa Urda y los poderes que posee sobre la tierra y el mar. Repetí las palabras una y otra vez, dejando que los hechizos se de-senvolvieran en mi lengua mientras en el exterior de la cueva las olas rompían contra las rocas. Me llevó casi hasta el amanecer, pero finalmente pude sentir la magia revoloteando por mis venas.

Después de casi tres meses de práctica, conseguí hechizar el barco de mi padre por primera vez.

Tres días después, mi padre volvió a casa con la primera ballena, tras casi dos años sin pesca. Era delgada, pero tenía el tamaño suficiente como para traer de nuevo la alegría a casa.

Ahora el hechizo se ha convertido en una obligación.

La necesidad de mantener a mi padre seguro y sano me obliga a

levantarme cada mañana con fuerza y llena mi corazón de ansiedad hasta que puedo hacer mi trabajo y cumplir con mi parte.

Incluso después de haber cumplido con mi deber y cuando mi padre ya lleva algunos días en alta mar, me acerco al puerto con la intención de hechizar cualquier embarcación que se encuentre atracada y quieta. Los pescadores ya están acostumbrados a verme por aquí recorriendo los viejos y desgastados cascos de los barcos con mis manos.

Y hoy al fin ha llegado el día en el que podré hacer más. Además de lo que *no* puedo decir, he estado trabajando en algo que sí puedo compartir con todos. Algo que todo Havnestad reconocerá como provechoso y no como un nuevo capricho de Urda.

—¡Evie, mi niña! —Mi padre está arrastrando un contenedor hacia la cubierta de su barco, *Pequeña Greta*, nombrado así también en honor a mi madre. Solo queda un contenedor de provisiones por transportar en el muelle junto a la embarcación. He alcanzado a verlo, aunque sea a última hora—. No estaba seguro de si llegarías a tiempo.

Río ligeramente, con mis dedos firmes sobre la gema que contengo en mi mano.

—Solo porque quiero que te quedes no me perdería tu partida.

Los labios de mi padre forman una línea seria, las manchas de sol que marcan su frente se arrugan hasta su cabello negro; es italiano de nacimiento, aunque es danés de pies a cabeza.

Caminamos por la pasarela juntos. Él deja la caja a medio metro del invento que he creado para que la pesca resulte mucho más fácil en estos mares desolados; una cura permanente que la magia no puede ofrecer. Allí, sobre el mástil principal, mitad arpón, mitad rifle, y orgullo de mi padre, la lanza arpón se ve tan brillante y

perfecta como había esperado.

—Mi Evelyn, la inventora. —Mi padre me abraza con fuerza.

—No es nada —digo, aunque ambos sabemos que eso no es verdad. He pasado todo el invierno creándolo, a partir de un viejo rifle y de un arpón reformado, pero, si mis cálculos son correctos, el artefacto lanzará un fusil y un arpón con cuerda, lo que reducirá las posibilidades de que una ballena escape. Si todo todo sale según lo planeado con el viaje inaugural de mi padre, podríamos revolucionar la forma en que Havnestad captura a sus ballenas.

—Sí que es algo. Será una revolución.

—Seguirá siendo una revolución si esperas una semana. — Levanto la cabeza hacia él y elevo mis cejas.

Mi padre resopla en el espacio que queda entre nosotros. Él no es el único pescador que se marcha durante el festival, aunque son muchos más los que se quedan que los que se van, respaldados por su reciente suerte; mi reciente ayuda. Pero él es el único que me importa. Y, como el pescador real, él es el único que le importa al rey Asger, también.

—Habrá otros festivales de Lithasblot, Evelyn. Si te arrojan pan una vez, te arrojarán pan un millar de veces.

—Pero...

Él me silencia colocando un dedo sobre mis labios.

—Pero nada. Tengo que aprovechar mi suerte mientras esté aquí.
—El pulgar envejecido de mi padre se detiene en mi labio inferior
—. Volveré para la clausura del festival, el baile.

A pesar de mi decepción por otra despedida, le regalo una sonrisa tras escuchar sus palabras.

—Si me has visto una vez en mi único vestido de fiesta, me has visto un millar.

—Cuida de Hansa, mi niña. —Se inclina y me besa rápidamente en la mejilla, su barba resulta suave y áspera al mismo tiempo sobre mi piel. Yo lo abrazo contra mi pecho y su fuerte olor a tabaco penetra en mis pulmones.

—Si ella me lo permitiera, lo haría.

Él me libera con un ligero apretón sobre mi brazo. Giro hacia la pasarela, lo miro una última vez y me concentro durante un instante en mi primera incursión en la innovación para la caza de ballenas. En el muelle, observo a mi padre dar órdenes a sus hombres para que levanten la pasarela y eleven el ancla.

Antes de que zarpen, me aseguro de que todos están distraídos por sus tareas y apoyo la pequeña piedra contra la embarcación, justo por debajo del nombre de mi madre, pintado con letras mayúsculas en el casco. Cierro los ojos y susurro el hechizo hacia la brisa que llega desde el estrecho de Øresund.

Es una noche perfecta para quemar brujas.

Después de todo es de lo que trata Sankt Hans Aften. Una celebración con el propósito de liberar al mundo de personas como yo a través de las llamas, ahogándonos o con el destierro, lo que resultara más apropiado según el momento.

Afortunadamente, hoy en día la quema de brujas solo es algo simbólico. El acto de apertura de nuestra tradicional versión de Lithasblot en Havnestad. Nuestra celebración es la primera que tiene lugar en todo el estrecho de Øresund, pero nuestros festivales también suelen ser los más largos. Durante cinco días muchísimas personas vienen para disfrutar de los juegos, cantar canciones para venerar a Urda y degustar nuestros platos de *tvøst og splik*: carne negra de ballena, grasa rosa y patatas. Incluso durante el Tørhed, la gente en Havnestad siempre ha estado dispuesta a sacrificar sus limitadas provisiones de comida en honor a la diosa.

Mientras el fuego arde cada vez con más fuerza y lanza lenguas de llamas hacia el cielo de color salmón, el festival se prepara para comenzar. En el pasado se iniciaba con el discurso del rey Asger sobre el amor y la competencia.

Ahora, es Nik el que nos deleita con su honorable visión del amor y la competencia.

Afortunadamente, la noche de la tormenta, Nick cumplía la mayoría de edad y tal como demanda la tradición, ahora tiene la responsabilidad de tomar las riendas del festival; haber estado a punto de ahogarse no lo exime de ello.

Por lo tanto, desde que recobró casi todas sus fuerzas ha estado organizándolo todo y memorizando las sabias palabras de su padre. Lo he escuchado recitar su discurso dos veces; antes y

después de su cumpleaños, y las dos veces lo hizo excelentemente, puede que algo apresurado. De todas formas, eso solo se debe a que es la primera vez que se enfrenta a ello y sé que hoy lo hará bien.

Pero el Príncipe Heredero Asger Niklas Bryniulf Øldenburg III, primero en la línea al trono del reino soberano de Havnestad, no comparte mi apreciación.

Nik está blanco a causa de los nervios. Sus largos dedos tiemblan cuando los desliza por su cabello. Hoy es un día duro para nosotros dos (hace cuatro años de la muerte de Anna) y, con la presión del discurso añadida, Nik parece no poder mantenerse en pie.

Extiendo mi mano y acaricio son delicadeza sus dedos. De alguna forma, verlo a él tan nervioso tranquiliza mis propios pensamientos; sobre el invento que creé para mi padre, sobre la ausencia de Iker. Presiono la mano de Nik.

—No has hecho más que practicar en las últimas semanas. Todo va a salir bien.

—Pero no estoy hecho para esto, Evie.

—¡Por supuesto que lo estás! Estás hecho de material Øldenburg. Reyes por mil años. —Me enfrento a él y lo obligo a mirarme—. Este discurso está en tu sangre.

—Creo que esa parte en particular de mi sangre se derramó cuando me golpeé la pierna contra aquella roca a los diez años.

Estoy a punto de reír, al pensar en Nik desmayándose al ver su propia sangre. Justo en mitad de un camino ascendente por el paso Lille Bjerg. Anna y yo nos quitamos nuestras medias y las amarramos con fuerza sobre el corte de su pierna antes de levantarlo entre las dos y bajarlo de la montaña.

—Piensa en tu cumpleaños. No parecías para nada nervioso mientras canturreabas con la guitarra y llevabas una corona de hojas de limón en la cabeza.

—Allí no estaba todo el reino. Aquí, sí.

—¿Y? ¿Qué son unas cuantas personas más?

—¿Desde cuándo «unas cuantas» significa cien veces más? — Suelta un bufido muy real—. Y quizás la imagen de mi desastroso cumpleaños no sea la mejor idea para tranquilizar mis nervios.

—Ah, no seas dramático. —Nik frunce el ceño.

—Ah, pero ¿tú no eres para nada dramática cuando miras hacia el puerto con ojos soñadores, en busca de cierto marino de la bahía Rigeby?

No digo nada, mi pensamiento se aferra al nudo que tengo en el estómago. A pesar de todo, no puedo dejar de mirar hacia el agua anhelando que Iker aparezca en su barco. Pero el mar más allá del puerto se encuentra completamente vacío. Todas las embarcaciones están ya atracadas y fuera de servicio.

Nik suspira y sé que está reprendiéndose a sí mismo por el comentario que me ha hecho; y, una vez más, agradezco que no sepa nada de los besos que Iker y yo compartimos. Vuelve a abrazarme, el temblor de sus nervios se ha reducido.

—Él llegará a tiempo. Iker tiene sus propias reglas, pero nunca rompe su palabra.

Es todo lo que me puede decir antes de que la reina Charlotte se lo lleve para ultimar todo antes del discurso. Yo desciendo por la arena y me siento con una pequeña muñeca vestida de blanco y negro sobre mi falda. Lista para la hoguera. Apenas consigo forzarme a seguir con todo este juego. Y, sin Nik a mi lado, este año tengo que hacerlo sola.

Supongo que *podría* unirme a los trabajadores del castillo; los conozco desde que era pequeña. Pero no soy realmente una de ellos. ¿Y las otras chicas de mi edad? Bueno, ellas nunca han sido una verdadera opción; lo han dejado bastante claro a lo largo de los años.

Puede que el destierro no fuera algo tan malo después de todo; podría liberar mi magia mientras los demás se dedican a quemar a sus muñecas como si fueran brujas y alejarme de este sitio para siempre. Pero entonces también tendría que abandonar a Nik y a toda mi familia.

Así que me siento sola, como la bruja en secreto que soy, como la amiga del príncipe que no ha encontrado su lugar.

Desde aquí puedo ver a Nik mientras se prepara para hablar y sin perder de vista el mar desde mi periferia.

Él vendrá.

Dijo que lo haría.

De todas formas, no debería importarte.

Vuelvo a dirigir mi atención hacia la familia real. Y a las llamas que debo encarar antes del gran momento de Nik.

También tenemos un discurso en honor a esta «celebración». Y, aunque el rey le ha cedido sus deberes a Nik, la reina Charlotte nunca renunciaría a la oportunidad de hablar en contra de los horrores de la brujería.

La reina es una mujer muy bella, de delicada estructura y la gracia de un cisne. Se ha recogido el cabello rizado en un halo intenso y rubio sobre la cabeza, alrededor de una corona de zafiros y diamantes. Cuando avanza sobre la arena, parece la imagen sacada de un cuadro a la luz del fuego.

En sus manos lleva la primera muñeca ceremonial; vestida de

color rojo sangre.

Como si la muerte de cada danés en el pasado se debiera a la existencia de las brujas.

Como si los øldenburgueses no hubieran sometido a la hoguera a cientos de mujeres sin prueba alguna.

Como si el «rey cazador de brujas», Christian IV, no hubiera estado orgulloso del nombre que se ganó y de las vidas que arruinó.

—Buenas noches, mis estimados súbditos. —La reina Charlotte sonrío a la multitud con su mirada de hielo—. Esta noche, no solo celebramos el comienzo del Lithasblot de Havnestad, sino que recordamos todas las adversidades que han superado nuestros ancestros.

En las sombras, mis nudillos se vuelven blancos al aferrar a la muñeca que sostengo sobre mi falda. Este momento resulta casi aún peor que tener que arrojar una réplica de mí misma al fuego.

—Vivimos seguros y en armonía en el reino de Øresund gracias al coraje del rey Christian IV. Vivimos seguros y en armonía gracias a las leyes que él promulgó. La brujería no tiene lugar más que en las profundidades del Infierno.

La reina sacude la muñeca roja sobre su cabeza, con tanta fuerza que su pequeño sombrero de bruja vuela y el fuego lo consume con sus llamas.

—De haber algún demonio en estas costas, que sepa que no pertenece a este sitio ni a este mundo. —Puedo jurar que sus ojos se concentran en mí—. La luz triunfará, los demonios serán consumidos por las llamas y volverán con su coronado creador.

La multitud estalla y la reina Charlotte se gira hacia la hoguera para lanzar su muñeca al fuego; nos derroca con su realeza, porque

nuestro poder es una amenaza para el suyo.

Debemos formar una cola ordenada rodeando el fuego, pero no puedo hacerlo. No lo haré. En cambio, me levanto y arrojó la muñeca por encima de quienes avanzan, ansiosos por lanzar a la hoguera las pequeñas réplicas de madera que representan todo lo que soy. Que era mi madre. Que es mi tía. Y toda la familia de mi padre.

Entonces, busco a Nik con la mirada, él me corresponde con una sonrisa en su rostro. En algún sitio, *tante* Hansa se ríe y su característica carcajada llega a mis oídos. Sé que solo es una fachada para protegernos, pero no sé cómo puede disfrutarlo tanto. Incluso se esfuerza mucho por que su muñeca sea la más colorida, utiliza toda clase de pegamentos y tinturas para asegurarse de que será la que más brille en la playa. Este año, su muñeca es de un llamativo color naranja, gracias a un cliente que sin saberlo colaboró con ello al pagarle con cúrcuma.

Es irónico: son las mismas personas que recurren a ella cuando se queman la piel, agradecidos por sus antiguos tratamientos medicinales, las que lanzan pequeñas réplicas de madera de nuestros ancestros al fuego cada año en estas fechas. Y ella solo se limita a reírse como si no tuviera importancia. Mientras cientos de personas alimentan el fuego, yo vuelvo a la arena y me seco las manos en la falda. Solo es sudor, pero lo siento como si fuera sangre.

Cuando terminan de arrojar al fuego todas sus brujas en miniatura, la multitud se retira. Nik ha dado un paso frente a sus padres, hacia el punto más prominente en la arena, con el fuego a sus espaldas. Incluso bajo la luz anaranjada de este, su piel está pálida de un modo sobrenatural. Lo busco con la mirada y me

concentro, casi sin parpadear hasta que él la encuentra. Le sonrío y asiento.

Lo harás bien.

Sus labios se elevan y aclara su garganta con una respiración profunda.

—Buenas personas de Havnestad, bienvenidas a la noche inaugural del Lithasblot, donde honramos a Urda y le damos las gracias por todas sus bendiciones y la abundancia, ya provengan estas del mar o de la tierra.

El fuego crepita alegremente detrás de él, las llamas más altas acarician las estrellas. A pesar de la cantidad de personas reunidas, solo el sonido del fuego y el oleaje del mar llenan la ensayada pausa en el tradicional discurso. Todos nos lo sabemos de memoria; y podríamos unirnos a Nik para recitarlo, si fuera apropiado. La mayoría de los días, él es solo uno más entre nosotros. Solo Nik. Pero esta noche, él es nuestro príncipe heredero, y nuestro deber como sus súbditos tiene que estar por encima de nuestra familiaridad.

Así que permanecemos en silencio.

Nik levanta la vista durante la pausa y vuelve a mirarme a los ojos. Asiento para animarlo, aunque su color ha vuelto repentinamente.

—Los próximos cuatro días serán de celebración. Juegos, carreras, canciones y festines en nombre de nuestra diosa. No olvidemos que todo es por ella. Es diversión. Es júbilo. Pero tiene una utilidad, una razón. Urda.

Se escucha un murmullo entre la multitud; Nik se ha salido del discurso. Está hablando desde el corazón y yo no podría estar más orgullosa.

—El año pasado, hicimos lo mismo que haremos esta semana —continúa, y su voz gana convicción—. Daremos pan a los más débiles. Cantaremos para Urda. Veremos cómo levanto la piedra más pesada mientras corro por la playa.

Con esto, hincha su bíceps y nos deleita con una sonrisa; ha reemplazado todo su nerviosismo con fanfarronadas. Se escuchan algunas risas entre el público y una fuerte carcajada que proviene de Hansa. Nik la mira con una amplia sonrisa, frunce el ceño y vuelve a ponerse serio.

—Sí, soy consciente de que mis breves demostraciones de fuerza causan histeria. Pero eso es algo que está a la vista de todos a diario. —Vuelve a sonreír—. Y no es por eso que llevamos a cabo esta celebración año tras año. Hacemos esto por Urda. Y algunos años ella nos da una lección y nos recuerda su poder. —Hace una pausa, el aire es pesado y silencioso. Ni siquiera el fuego se atreve a crepitar—. Mi padre estuvo de pie en este mismo punto hace unos años recitando el mismo discurso que ha dado durante treinta años. El que su padre antes de él recitó durante treinta años antes. Y aun así, de igual modo hemos sufrido el duro Tørhed. ¿Y acaso mejoró cuando nos reunimos para cantarle canciones a Urda hasta que nuestras voces se agotaron y nuestros dedos sangraron de tanto tocar la guitarra? No. ¿Mejóro cuando puse todo mi empeño en levantar las rocas durante los juegos? No.

Solo *tante* Hansa es tan audaz como para reír esta vez. Pero nadie se gira para mirarla. Todas las miradas están puestas en nuestro príncipe heredero. Incluso el rey y la reina siguen cada una de sus palabras.

—Recordemos que, a pesar de que todas estas celebraciones son en su honor, Urda no nos debe nada. Al igual que la marea que

baña nuestras costas, su marea, sus costas, ella puede quitarnos con la misma ligereza todo aquello que nos da.

Nik se detiene, sus ojos oscuros como el carbón están puestos en el puerto más allá de nuestras cabezas. Sé que también está refiriéndose a Anna. Honrándola como algo que Urda reclamó para sí, con el mar a merced de sus órdenes.

—Así que honremos a Urda esta semana, no solo celebraremos en su nombre, la honraremos realmente. Ella es nuestra reina; con el perdón de mi madre. Es la tierra que nos da abundancia. El mar que nos da alimento al igual que procura monedas para nuestros bolsillos. Ella es más que una diosa; ella es nosotros. Havnestad. Ninguna magia puede engañarla. No hay palabras que puedan aplacarla. Ni nosotros podemos persuadirla. Ella es reina y nosotros somos simplemente sus súbditos.

Entonces, se detiene por completo, con la mirada puesta en las olas más allá de la multitud, su postura firme y erguida; real.

Probablemente sorprendido por su originalidad y por su honestidad, todo Havnestad se toma unos momentos para procesar que ha terminado. Me levanto y comienzo a aplaudir y a alentarlo. Los ojos de Nik me encuentran y un rastro de alivio atraviesa las facciones de su rostro antes de que lo pierda de vista por completo; todo el mundo se pone de pie aplaudiendo desenfrenadamente. Y de algún modo, lo siento como si estuviera a kilómetros de distancia.

Capítulo

7

Es imposible verlo después de eso.

Todos quieren estrechar su mano. Decirle lo sorprendidos que están por su sensatez. Por lo equilibrado que ha resultado su discurso. Lo real que ha sonado. Lo impresionados que están.

Nik es consumido por todo el afecto de la gente.

Y, aunque espero en la playa a que venga en mi busca, no lo hace. Ahora debe atender a la multitud de súbditos por la que se ha visto arrastrado. A lo largo de la noche la gente se retira poco a poco, hasta que solo quedan una pila de leña caliente, las pocas almas que han perdido la batalla contra la *hvidtøl* en algún rincón de la playa y yo.

Me pongo de pie, con las piernas firmes dentro de mis botas, miro hacia el mar y respiro con fuerza el aire salado. Mi garganta se cierra y las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos.

Él será rey, Evie.

Quiero reír ante mi inocencia por pensar que siempre podría contar con él. Por supuesto que todo va a cambiar.

La luna es tan brillante que puedo ver toda la extensión de la playa sin la ayuda de cualquier otra iluminación. Demasiado brillante para mi oscuro ánimo, pero puede que caminar un rato me haga bien y me ayude a despejar la mente. Después de todo debería estar contenta por él.

Para empezar recorro los muelles, avanzo por sus desgastadas placas de madera con cuidado, mientras las embarcaciones, grandes y pequeñas, oscilan balanceándose a merced del mar.

Naturalmente, el muelle real es el más extenso del puerto; con

sitio suficiente como para albergar el enorme barco a vapor del rey, la embarcación de mi padre, y la docena de barcos reales, veleros, botes y otras embarcaciones. Sin embargo, hay un poste vacío al final; el espacio donde debería estar el barco oficial del rey.

Observo el agua en ese punto durante un momento, mientras deseo por segunda vez en el día que el barco se materialice entre las delicadas olas e Iker aparezca ante mí sonriendo y con brillo en sus ojos, dispuesto a prometerme que no volverá a alejarse de mí mientras me toma en sus brazos para robarme un beso.

Parpadeo, y el pensamiento se desvanece.

El poste continúa vacío y sin ninguna atadura.

No hay ni una sola embarcación en el horizonte.

Me retiro del muelle y le doy la espalda a las olas que se llevaron a Anna, con el deseo intenso de que ella también vuelva. De recuperar a mi amiga. De no sentir la necesidad de ligar todos mis sueños y mis esperanzas a unos chicos que solo demostrarían interés por mí hasta que alcanzaran el objetivo impuesto por su linaje y que luego me abandonarían. Aunque tal vez, al ser de alta cuna, con Anna hubiera pasado lo mismo.

Estoy demasiado inquieta como para volver a casa y dormir. Para asentir y sonreír ante la alcoholizada historia de *tante* Hansa sobre la grandiosa velada de la que ha podido disfrutar con sus grandiosos amigos; como si esos amigos no hubieran arrojado al fuego una representación de miles de *nosotras*. Así que camino por el agua hacia la cala, la luz de la luna guía mis pasos al crear un sendero de arena brillante a lo largo de la costa.

No tengo un plan, y no lo necesito. Solo necesito cansarme lo suficiente como para quedarme dormida sin que me perturbe la tristeza que hace que mi corazón esté por los suelos.

Tengo amigos que no son de la realeza. Los tengo.

Están los chicos de la escuela, que solo me toleran por Nik y cuando su príncipe está presente, pero la realidad es que me desaprueban.

La chica que no pudo salvar a su madre.

La chica que sobrevivió cuando su amiga se ahogó.

La chica que piensa que tiene acceso al castillo gracias al trabajo de su padre.

La chica que cree que es algo más que un entretenimiento pasajero para el príncipe heredero.

Cuando alcanzo las primeras rocas de la cala, me detengo y dejo que el viento salado alborote mis rizos. El aire aquí siempre parece ser purificante; como si se llevara la suciedad, tanto física como mental, con una exhalación del estrecho de Øresund.

Esta noche, la bahía está tranquila. Las olas golpean la costa con suavidad y besan con la misma delicada precisión la arena y las rocas. No hay nadie más a la vista y este vestido no es nada especial (nada de lo que poseo es especial), así que me deshago de mis botas y de mis medias y las acomodo en un punto de la playa que es muy poco probable que alcance la marea. Con la arena pegándose a mis dedos, salto de roca en roca hasta llegar a Picnic Rock.

A pesar de que el sitio está húmedo a causa de la reciente marea alta, la roca no está tan mojada como para incomodarme. Recojo mi falda, me siento y me llevo las rodillas al pecho, con los ojos cerrados para dejar que el mar me purifique.

Finalmente, mi corazón se tranquiliza y el sueño comienza a alcanzarme. Pero no puedo dormir aquí. Me obligo a levantarme y recojo mis cosas. Apenas corre un poco de brisa, pero un escalofrío me atraviesa la columna. Cruzo los brazos sobre mi pecho, pero no

puedo deshacerme del frío. Miro hacia la noche, a la sombra donde el mar se encuentra con las rocas que dividen la cala, y entonces juro que veo un destello de piel blanca.

«¿Hola?», llamo, mi cuerpo tiembla.

Solo el viento responde, lentamente gana fuerza desde más allá del puerto y se adentra profundamente en el mar.

De pronto reacciono y concentro mi atención en el muro de piedra. Pero no hay nada que ver más que sombras y olas.

Quizás haya sido el pulpo que ha hecho de esta cala su hogar, mofándose de mí del mismo modo en que se mofa de *tante* Hansa, a quien nada le gustaría más que embotellar hasta la última gota de su tinta.

Pero probablemente no. Mis ojos están engañándome de nuevo.

Como lo hicieron el día del cumpleaños de Nik.

«Tal vez deberías evitar la cala cuando hay luna llena, Evelyn», balbuceo. A la luna le gusta jugar con las brujas.

Y entonces escucho de nuevo la voz que susurra en mi cabeza:

La chica que ve apariciones bajo la luna llena.



Cuatro años atrás

El chico escuchó los golpes en el agua, uno tras otro, y se puso de pie, olvidó su caballerosidad y se concentró solo en el mar. Contuvo la respiración mientras esperaba que la primera chica saliera a la superficie. Ambas eran buenas nadadoras, pero la del cabello oscuro siempre acostumbraba ganar.

Había cien metros hasta el banco de arena. Una gran distancia para nadar cualquier día, pero mientras el joven analizaba el mar de nuevo, se dio cuenta de que aquel día el mar no era el de siempre.

El mar estaba enfadado.

El chico contuvo la respiración y dio un paso hacia el agua, con cuidado de no acercarse demasiado; su madre le había hablado frecuentemente del daño que el agua podía causarle a sus finas botas de cuero.

La chica rubia resurgió primero. Tomó aire con fuerza y luego volvió a sumergirse, con el banco de arena a la vista, aún a setenta y cinco metros de distancia.

El joven revisó el agua en busca de la otra chica. Tomó aire. Miró al punto en el que debería haber aparecido. Aún nada.

La rubia volvió a aparecer. Esta vez, diez metros más cerca del banco de arena y sin mirar atrás.

La del cabello oscuro seguía sin estar a la vista.

Él dio un paso más. Una ola tomó ventaja y tocó sus pies. En un acto reflejo, bajó la mirada. Sí, el cuero había quedado totalmente empapado. Pero no le importó. Sus ojos volvieron de inmediato al mar. Su corazón se aceleró. Ya estaba quitándose la bota mojada.

Allí. En la distancia, a treinta metros. No vio que asomara una cabeza de pelo oscuro.

Una sola mano, en busca de aire.

El chico se sumergió, retuvo el aire en sus pulmones, y abrió los ojos. Solo pudo

sentir la oscuridad y el punzante escozor de la sal en su piel.

La imagen de las chicas, de la mano, lo impulsó a salir demasiado rápido. Seguiría avanzando sobre las olas, con la cabeza cerca de la superficie. Era un buen nadador, y su nueva estatura no había disminuido aquella característica en él, pero la corriente era más intensa de lo que la había sentido jamás, jalaba constantemente de sus piernas. Una fuerza lo reclamaba desde la profundidad para llevarlo hacia el harén de sirenas que a todos los niños de Havonestad les decían que vivían en el fondo del mar.

En la superficie, no vio nada. Ni un mechón de cabello, ni el rastro de una mano. Pero él sabía dónde estaban. Sabía a dónde debía ir.

Nadó veinte metros más y volvió a abrir los ojos dentro del mar. Miró hacia abajo. Hacia donde lo había arrastrado la corriente.

Vio cómo el cabello negro de la chica flotaba como una nube de tinta y sus pálidos dedos se extendían hacia él. No podía ver su rostro. Se sumergió con la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

Cuando sus pulmones le pidieron aire, salió a la superficie arrastrando a la chica con él. Al nadar, el mar había apartado los rizos de su rostro. Sus facciones estaban enmarcadas de azul, y no podía distinguir si estaba respirando.

Todo lo que sabía era que la tenía.

—Vamos, Evie. Vamos —suplicó a los antiguos dioses al igual que al luterano cuando tuvo aire; su cuerpo se enfrentaba a la marea por los dos, la costa aún estaba lejos, pero podía verla.

Mientras avanzaba, giró la cabeza tanto como el peso y el esfuerzo se lo permitieron, con esperanzas de ver a la otra chica a salvo en el banco de arena.

No vio nada.

En la costa, pidió ayuda lo más fuerte que pudo. Dejó a Evie en la arena, apartó sus rizos y acercó un oído a su boca.

No respiraba.

La giró y golpeó su espalda. El agua salada escapó de sus labios y de su nariz, y

se deslizó hacia la playa.

Entonces, empezó a llegar gente. Hombres de los muelles, mujeres que se encontraban en el camino. Se amontonaron a su alrededor; hablaban en susurros sobre la chica. Nunca tenían cosas buenas que decir de ella, ni siquiera cuando estaba en aquel estado.

El joven les explicó a los hombres que había otra chica y señaló hacia el banco de arena y las olas vacías. Los hombres lo escucharon y obedecieron sus órdenes porque lo reconocieron enseguida.

Él sopló aire en los pulmones de la joven y volvió a golpear su espalda después de apartarle el cabello con la intención de generar algún impacto. La chica expulsó más agua en aquella ocasión y respiró con fuerza.

Sus ojos se abrieron, oscuros y cansados.

—¿Nik?

—¡Sí! ¡Evie, sí!

Con una gran sonrisa, la abrazó, aunque fuera inapropiado, por el hecho de que él era un príncipe y ella se encontrara medio desnuda. Pero no le importó, porque ella estaba viva. Evie estaba viva.

—¿Anna? —preguntó ella.

Ambos dirigieron su mirada hacia el mar.

Capítulo

8

Havnestad bulle con energía.

La claridad del verano y la emoción del festival por Urda se combinan creando una especie de carga en el ambiente muy similar a la de una tormenta. Hace que me despierte temprano, sintiéndome ligera y libre después de una noche tan oscura.

Mientras camino hacia el puerto, con la amatista en mi bolsillo, veo al pasar el carruaje de Nik. Lo saludo con la mano, pero no puedo saber si él me ha visto. Seguramente se dirija al valle a visitar a los campesinos en nombre de su padre, una de las tradiciones de Lithasblot. Le damos las gracias a Urda, pero también a aquellos que trabajan en nuestros campos.

Las embarcaciones en el puerto están vacías, pero recorro sus cascos con la palma de mi mano cerrada mientras formulo los hechizos, a pesar de que no irán a ninguna parte ni hoy ni mañana. En un día tan glorioso como este, no es difícil conjurar palabras para Urda, pero no puedo evitar recordar el discurso de Nik. *Ninguna magia puede engañarla. No hay palabras que puedan aplacarla. Ni nosotros podemos persuadirla.* ¿Es mi hechizo un engaño? Repentinamente, me envuelve el pánico. Mi corazón late con rapidez y los pies me pesan como si fueran de plomo. Los muelles comienzan a dar vueltas delante de mis ojos. ¿Este es mi castigo? Cierro los ojos para recuperar el equilibrio. Estoy siendo una idiota. Mi magia no está hecha para engañar. Mis palabras tienen intención de honrar a Urda, de honrar su mar. De dar vida. Seguramente, ella tiene conocimiento de ello. Mi ritmo cardíaco comienza a reducirse y dejo los muelles. Necesito una distracción.

Nik no debería volver de los campos hasta media tarde y, aunque las calles pronto cobrarán vida con los visitantes del festival, la verdadera fiesta no comienza hasta la noche, cuando él tendrá que juzgar el ganado. Así que camino por la calle Market y desayuno aunque sea tarde, lo pago con la cuenta de mi padre (suculentas fresas, un oloroso queso *samsø* semiduro, un bote de sardinas en conserva al que llamamos *slid* y una crujiente hogaza de pan de centeno, tan denso que podría parecer una roca del mar) y vuelvo al golfo de Havnestad.

Está tranquilo, solo algunas parejas caminan entre las rocas, pero nadie percibe que estoy aquí. Me quito las botas y las medias, las dejo en el mismo sitio que ayer y salto entre las islas hasta llegar a Picnic Rock, que ha vuelto a ganarse su nombre. La intensidad del sol y la marea sosegada han dejado la roca casi seca por completo, así que me tumbo sobre mi espalda, de cara al sol, y cierro los ojos.

Contra mi voluntad, mi mente piensa en Iker. Aún no ha vuelto y estoy nerviosa, la sensación de pánico se reanuda.

¿Y si algo ha ido mal?

¿Y si el motor del barco ha estallado?

¿Y si la ballena se ha estrellado contra el casco de la embarcación cuando la capturaron?

¿Es culpa mía?

Sé que estoy siendo ridícula, pero lo peor de todo es que es algo que no podemos saber, estamos aquí concentrados en nuestras vidas sin prestarle atención al mar.

Eso lanza a mi mente en una espiral en picada sobre mi padre, y entonces, repentinamente, una sombra cubre mis párpados, una nube repentina me bloquea el sol. Es como si el clima se preocupara también...

—¿Disculpe, señorita?

Esa voz.

Mis ojos se abren en busca del rostro de una amiga que en lo más profundo de mi corazón sé que ya no está.

Pero aquí, inclinada sobre mí, hay una chica.

La chica que rescató a Nik.

Pero eso tampoco puede ser. Hoy estoy perdiendo realmente la razón.

Me siento e intento adaptar mis ojos al sol, pero cuando consigo enfocarlos, la joven continúa aquí. Se mueve hacia atrás y su largo cabello rubio se balancea.

Su rostro es como el canto de su voz; muy semejante al de Anna, pero más maduro. El conjunto de pecas que rodean su nariz también me resulta familiar. Lleva un vestido más bonito que todos los míos juntos y el cuero nuevo de sus zapatos brilla.

Zapatos. Pies. Sin cola; ella no puede ser lo que vi. Mi estómago da un vuelco, pero no sé por qué.

—Esto es algo vergonzoso, pero... —La mirada de la chica baja hacia la fresa que sostengo en mi mano—. Llevo más de un día sin comer.

Me encuentro tan sorprendida que simplemente le extiendo la fresa. Ella la acepta y la gira entre sus manos antes de darle un bocado. Le acerco toda mi comida.

Anna amaba el queso y la fruta.

—Ah, no, no tienes que hacerlo, yo...

—Insisto —digo, y me sorprende que eso sea lo que sale de mi boca, porque hay muchas palabras queriendo salir en este momento de mis labios. Tantas preguntas. Pero no quiero hacerlas, porque temo la respuesta; *Anna*.

La chica come, y yo intento pensar qué decir a continuación.

¿Fuiste tú quién salvó a Nik?

¿Eres una sirena?

¿Eres Anna?

¿No me recuerdas?

Todas sus respuestas me harían salir corriendo si fueran afirmativas. Así que, mientras ella mastica un trozo de pan de centeno, yo abro el bote de sardinas.

—¿Te sientes mejor? —le pregunto.

—Sí, mucho. Gracias. Lo siento tanto. Estoy satisfecha.

—Come, por favor. —Niego con la cabeza y acerco el bote abierto hacia ella, las pequeñas sardinas se mecen en su salmuera.

Al ver el pescado, retroce y dice que no con la mano. Saco una sardina del bote y me la como, tiro de la espina hasta la cola antes de arrojarla al suelo. Ella me mira como si acabara de morderle la oreja.

Solía hacerle lo mismo a Anna. Tampoco le gustaban las sardinas. Sonrío, pero en mi interior, la tristeza me resulta agobiante. Debo dejar de buscar a mi amiga muerta entre los vivos.

—¿Estás segura de que ya no tienes hambre? —arriesgo—. Hay más queso.

—No. Estoy bien. —Un sollozo consume la palabra *bien*. Su ceño se frunce y la piel por debajo de sus pestañas se enrojece; no hay lágrimas, pero parece como si estuviera llorando.

Mi mano vuela a su hombro para consolarla. Cuando la chica recupera el aliento, comienza a hablar de nuevo, su voz parece casi un susurro. No parece importarle que la toque.

—Me he escapado de casa.

—Ah, Anna...

—Annemette. —Sus ojos se concentran en los míos—. ¿Cómo...?

—Yo no... yo solo... Me recuerdas a alguien que conocía.

—Me gustaría ser esa chica. —Suelta una risa sollozada.

—No, no te gustaría —respondo rápidamente mientras Annemette se seca la nariz.

—¿Tu padre es mentiroso? ¿Que inventa historias sobre dónde ha estado y qué ha hecho, que vende todo vuestro ganado sin traer nunca una moneda a casa?

Niego con la cabeza, porque no sé qué decir.

—He tenido que vender la mitad de nuestras cosas para pagar su deuda y traer algo de comida a casa. Ya no puedo soportarlo más. Hace un día que me he ido de mi casa en Lille Bjerg.

Sus palabras no resultan naturales, parecen forzadas. No puedo evitarlo, vuelvo a mirarla. He visto miles de rostros desde que Anna murió, pero nunca había visto uno tan familiar. Nunca había escuchado una voz con el mismo timbre. Si no la hubiera tocado, si esta chica no fuera claramente de carne y hueso, pensaría que es un fantasma.

Ella frota su rostro con las manos, sus uñas están limpias y arregladas. Abre los ojos, y entonces sujeta mis manos.

—Soy terrible. Aquí estoy, interrumpiendo tu desayuno, quitándote la comida, contándote mis problemas y ni siquiera te he preguntado por tu nombre.

—Soy Evie —respondo.

—Evie —repite, prueba mi nombre en sus labios—. ¿Inglés?

—Evelyn, sí. Mi madre se enamoró del nombre en Brighton.

—Puedo ver por qué. —Annemette sonrío, sus dientes claros y rectos, como los de una princesa o una lechera.

Me vuelvo a repetir que no es Anna. Ni siquiera es la chica que vi

a través del ojo de buey, ni la de la playa, ni la de ningún otro sitio. Ella es una campesina que vive al otro lado del paso. Mis mejillas se sonrojan. Annemette aprieta mi mano.

—Gracias por tu generosidad, Evie; esto es como un regalo. En serio. —Sus ojos vuelven a enrojecerse y sus labios tiemblan—. Dudo que la suerte me acompañe de nuevo.

No sé qué hacer con su franqueza. Con esta sensación rara que aflora en mi estómago.

—¿Realmente no tienes nada, ningún sitio adonde ir?

—Solo lo que llevo puesto y mi orgullo. —Annemette sacude las manos delante de su cuerpo.

No puedo explicarle a esta joven mis sentimientos, ni por qué tengo la necesidad de creer su historia, pero lo hago. Y quiero ayudarla.

—Ven conmigo.

Capítulo

9

La pequeña cabaña que mi padre construyó no está muy lejos del golfo de Havnestad; prácticamente se encuentra junto al agua, al final de un camino a la sombra del Castillo Øresund. Se apoya en una cubierta de árboles que la separa de un risco de rocas que se eleva desde el mar.

—Es tan pintoresco —comenta Annemette.

—Es mi hogar —respondo y empujo la puerta principal. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me presenté con alguien en casa. Cuando era niña, solíamos acoger niños mientras sus padres estaban en el mar. Pero eso dejó de ocurrir cuando mi madre murió.

En la chimenea, *tante* Hansa está revolviendo algo; por su aroma, probablemente sea la sopa de jamón y guisantes que lleva a cada Lithasblot para colocarlo junto al cerdo asado que se ofrece en el segundo día del festival. Porque «nunca hay suficiente cerdo en este mercado saturado de pescado». Hansa está de espaldas y siento la necesidad de anunciar que tenemos compañía; nunca es seguro para una bruja estar inadvertida.

—*Tante* Hansa, me gustaría presentarte a mi nueva amiga.

Hansa seca sus manos y sé, por la posición de sus hombros, que estaba removiendo la sopa sin cuchara. Los hechizos domésticos no son nada espectacular, pero son sus preferidos, aunque nunca estuvo dentro de sus planes tener una familia propia; mi padre y yo le damos más trabajo del que quisiera admitir.

Cuando se da la vuelta, su rostro está iluminado con una sonrisa, sus ojos azules brillan por la emoción de verme haciendo algo tan

inusual en mí. Hansa es la hermana mayor de mi madre, casi dos décadas mayor y con muchos hermanos, entre una y la otra, que perdieron sus vidas a manos del mar siendo demasiado jóvenes. Ella suele decir que es tan mayor como la pena de haber tenido que enterrar a todos sus hermanos. Pero nunca he conseguido ocultarle nada.

Lo que significa que su reacción frente a Annemette es la misma que la mía. Solo que ella realmente dice lo que está pensando.

—¿Qué es esto, Anna? Hemos vuelto de las profundidades, ¿no es así?

Annemette se queda con la boca abierta, como si hubiera perdido la lengua; su actitud alegre desaparece con ella.

—*Annemette, tante* —la corrijo—. Ella viene de una granja en el valle.

Hansa da un paso al frente y alza una ceja; toda una proeza, por lo tirante que siempre lleva su cabello recogido.

—¿Sí? —Hansa la mira de arriba abajo—. Esas manos no han visto un día de trabajo duro en toda tu vida. Ese rostro tan pálido no ha visto en su vida la luz del sol. Y ese vestido cuesta más que la mejor vaca del valle. —Da un paso al frente y sujeta la suave mano de Annemette—. ¿Quién eres en realidad?

—*Tante*, por favor, déjala en paz, ha tenido un viaje duro...

—Calla. Tú solo ves lo que quieres ver. —Se da la vuelta hacia Annemette y la observa como si pudiera romper su voluntad tan fácilmente como estaba removiendo la sopa—. Así que, vuelvo a preguntar, ¿quién eres en realidad?

Los ojos de Annemette se enrojecen otra vez, pero no llora. Si algo hay en su expresión, es una mirada desafiante. Como si hubiera aceptado el reto de Hansa por lo que es. Pero cuando habla, dice lo

último que habría esperado.

—La sopa está hirviendo.

Pero la sopa está más que hirviendo. El líquido, verde por los guisantes, sisea mientras gira en olas violentas y sobrenaturales por encima del borde de la olla de hierro.

—¡Ajá! —Hansa ríe—. Ya conozco a las de tu clase.

Estoy perpleja. ¿*Su clase*? ¿Annemette es una bruja?

La miro.

Otra bruja. De mi edad. Junto a mí.

De todas las cosas que no puedo creer sobre Annemette, esta posiblemente sea la más inverosímil.

Algo se abre en mi pecho cuando el secreto que habíamos guardado tan cuidadosamente como familia vuela por los aires en forma de sopa. Observo su rostro tan familiar y aun así tan extraño, y mi mente no puede parar de dar vueltas. Anna no era una bruja, pero Annemette podría serlo realmente.

La joven asiente, y el líquido vuelve a hervir con suavidad.

Las manos manchadas de mi tía vuelven a aferrar a Annemette, pero esta vez tiene un curioso brillo en sus ojos, todo su escepticismo ha desaparecido.

—Evie, niña, has hecho una amiga muy interesante, de hecho.



Tras un buen rato y solo después de haber interrogado con detenimiento a Annemette sobre su familia, *tante* Hansa al fin nos deja escapar. Curiosamente, el linaje de ambas proviene del pueblo de la bruja más famosa de Ribe y Dinamarca, Maren Spliid. A la que amarraron a una escalera y arrojaron al fuego por órdenes del rey Christian IV hace 220 años y que acabó convirtiéndose tanto en una leyenda como en una lección. Su talento era inspirador, pero en

última instancia, su audacia la llevó a su fin. Su muerte y la de tantas otras, en manos del rey cazador de brujas, dispersó a las brujas de Dinamarca como cenizas en el viento. Y nuestra clase nunca consiguió recuperarse; nuestros aquelarres se dividieron y la magia dejó de compartirse, manteniéndose dentro de las familias.

Dado el tiempo y la distancia, no debería ser una sorpresa que haya más de una familia con magia en Havnestad relacionada con Ribe y Maren, pero, de todas formas, no puedo creerlo. Hemos estado solas durante mucho tiempo.

Cuando Hansa consigue finalmente toda la información que necesitaba sobre su árbol genealógico, Annemette y yo nos marchamos. Caminamos por el bosquecillo que hay detrás de la cabaña, donde quedamos ocultas desde cualquier ángulo, incluso del Castillo Øldenburg y sus vistas panorámicas, y emprendemos nuestro camino hacia el mar.

El suelo está cubierto de intrincadas raíces y ramas, un peligro para cualquiera que no mire por dónde va. Pero yo conozco este camino escarpado mejor que nadie y aprovecho este momento para echarle otro vistazo a Annemette. Su familia podrá ser de otras tierras, pero su rostro pertenece a este sitio.

Anna no tenía magia en su sangre, al menos hasta donde sé. Ella tenía dos padres «normales» y una abuela que la amaba más que a nadie. Sus padres se marcharon poco después de su funeral. Tomaron sus títulos y fueron hacia Jutland; a kilómetros y kilómetros de este pueblo y de la hija que habían perdido. Su abuela sigue aquí, pero con los años ha ido perdiendo la cabeza a causa de la pena, la pérdida de su familia fue demasiado para ella. La veo en la pastelería algunas veces, y ella llama Anna a todas las personas con las que se encuentra. Incluso a mí.

—¿Qué? —pregunta Annemette al verme mirándola mientras pasamos entre dos árboles gemelos y resbaladizos por la savia. No puedo decirle lo que estoy pensando, pero sí tengo preguntas para ella.

—Es solo que... ¿cómo has averiguado que éramos brujas? Si te hubieras equivocado, podríamos haberte denunciado y te habrían exiliado.

—Simplemente puedo sentirlo —responde, y agacha la cabeza para pasar por debajo de una rama.

Al igual que *tante* Hansa.

—Yo no debo ser una gran bruja. No me he dado cuenta. Es decir, ahora mi sangre no deja de cantar, pero ¿hace una hora? No. —Hay muchas cosas que no sé de la magia que hay en mis huesos.

—Estoy segura de que eres una buena bruja, Evie.

Resulta agradable que lo diga, supongo, pero no necesariamente tiene que ser cierto. *Tante* Hansa se ha limitado a enseñarme hechizos mundanos, pero cuando leo sus libros y los de mi madre, descubro que hay mucho más. Con pocas palabras y su voluntad, Annemette sacó a la luz todas esas posibilidades.

—¿Cómo lo has hecho? Me refiero a la sopa.

—Solo ha sido un hechizo de animación —responde, como si haber impresionado a *tante* Hansa no fuera nada. Se encoge de hombros, engancha un brazo en uno de los árboles y gira a su alrededor como si fuera una cinta en el palo de mayo.

La facilidad, la comodidad y el entendimiento que tiene con su magia hacen que mi sangre cosquillee de envidia. Es todo lo que quiero. Me ha llevado meses de estudio y práctica crear el hechizo para combatir el Tørhed e, incluso ahora, no estoy segura de que realmente funcione. Mi evidencia es solo anecdótica y *fru* Seraphine

me ha enseñado que las anécdotas no son una medida del éxito.

No tardamos mucho más en alcanzar la fracción de playa rocosa que queda oculta en el golfo de Havnestad, mi propio atajo hacia la laguna de Greta. Intento calmar mi corazón para que no lata tan fuerte, pero nunca he ido a la laguna a la luz del día, y estoy nerviosa. Echo un vistazo a la playa. Está desierta hasta donde puedo ver, todos están preparándose para las festividades de esta noche.

—Con cuidado —le advierto al llegar al final de la playa y de las dos grandes rocas—. El agua es profunda aquí.

Me quito las botas y las medias y sumerjo los pies. Al tocar la arena, giro, pero ella sigue de pie junto a las rocas.

—Ven —le digo, vuelvo y extendiendo mi brazo—. Toma mi mano. Te ayudaré. —Con pasos tentativos, avanza y aferra mi mano con fuerza. Yo le sonrío—. Ven, está bien.

Una vez que llegamos al punto preciso, aparto las pequeñas rocas que ocultan la entrada y la llevo adentro. Aunque es de día, la cueva sigue envuelta en sombras. Enciendo una vela. Algunos utensilios corrientes cuelgan de los salientes de las paredes y, en el suelo, hay ostras en una cubeta, resultado de mi último fracaso. En una cornisa en la roca se encuentran mis tinturas, botellas llenas de tinta de pulpo y de calamar, veneno de medusa y polvo de caparazón de cangrejo.

—Te has hecho una guarida aquí.

—«Taller secreto» sería un término más apropiado —comento y río.

—Ah no, esto es una guarida. —La mano de Annemette se dirige automáticamente hacia la cornisa. Levanta cada una de las botellas hacia la luz y admira la viscosidad o pringosidad de sus

contenidos. Su bota golpea la cubeta de ostras.

—¿Y cuáles son tus planes para estas amiguitas? —Levanta una y la acuna en su mano, como si fuera un cachorro y no una inagotable fuente de frustración para mí.

—Son estériles, pero esperaba poder hechizarlas con la intención de que produzcan perlas y aplastar... —Annemette me interrumpe sacudiendo una mano. Balbucea algo que no entiendo por lo bajo con los ojos fijos en la ostra que tiene en la mano.

En un momento, la ostra se vuelve de un color rosado tan vibrante como el atardecer y se abre. En su interior hay una increíble perla, redonda, perfecta y con un brillo iridiscente.

—Es preciosa —afirmo, aunque la palabra no es suficiente. Es indescriptible, sobrenatural. Quiero tocarla, pero también me da miedo. Parece... viva.

La sonrisa de Annemette se vuelve malévola.

—Demasiado bonita como para aplastarla, supongo. —Con una simple orden en nórdico antiguo—: *Fljóta*. —Hace que la perla flote sobre su palma. Luego, sin decir una palabra, toma un trozo de cuerda de la pared y a continuación lo cubre junto a la perla entre sus manos, ocultándome la magia que claramente está conjurando, y se concentra en lo que está haciendo. Segundos más tarde, sus manos se separan para revelar un perfecto collar de perla.

»Date la vuelta y aparta tu cabello —indica.

Hago lo que dice y ella enlaza el hilo alrededor de mi cuello, lo coloca de modo que la perla descansa en la base de mi garganta. Nunca he tenido joyas ni me he probado ninguna, a excepción de la alianza de mi madre y que mi padre mantiene guardada en un pequeño cofre junto a algunas cartas, dibujos y otros recuerdos de su vida juntos.

Toco la perla y levanto la vista hacia ella, pero está ocupada haciendo un nuevo collar con más cuerda y otra ostra. Pasados unos minutos, Annemette coloca un nuevo collar alrededor de su cuello.

—Y ahora ambas tenemos uno igual —comenta.

Mi garganta se cierra. Me invade el recuerdo de Anna diciendo las mismas palabras cuando en aquella ocasión nos hicimos unos collares con las cuentas de madera que el sastre había descartado. Eran ordinarios e infantiles, pero especiales. Prometimos no quitárnoslos nunca, pero tras la muerte de Anna no fui capaz de volver a ponerme el mío. Ahora se encuentra en la pequeña caja que guardo bajo mi cama.

Le dirijo a Annemette una sonrisa forzada. La perla que descansa sobre mi cuello palpita con vigor. Resulta curioso que la sensación no sea completamente placentera, y me pregunto si la perla siempre palpitará de este modo. De algún modo y, por raro que parezca, me encuentro deseando que lo haga.

—¿Puedes enseñarme? —pregunto, las palabras se escapan de mis labios.

—¿Qué tengo que enseñarte? Eres una bruja, ¿no?

—Yo... *Tante* Hansa nunca me ha enseñado a hacer algo así. Lo que sé hacer se asemeja más bien a una receta para hacer queso; si fallas en algo, todo se convierte en requesón.

—No debería ser tan difícil. —Annemette arruga su nariz y recoge una ostra—. Toma. Inténtalo. *Fljóta*. —Nota la resistencia en mi rostro e inclina la cabeza—. Solo es una orden. Dilo con confianza y tendrás la magia para hacerlo.

Con dedos temblorosos, sujeto la ostra en mi mano. Es tan gris y estéril como siempre, y apestosa también, tiene un matiz de

podredumbre en ella.

—*Fljóta*.

La ostra tiembla entre mis dedos, pero no se eleva. No consigo establecer la conexión necesaria, como lo hago al hechizar el barco de mi padre. Me falta algo.

—Tú controlas la magia, Evie. Es tuya. Tómala.

Hay algo en su tono de voz que es como una sacudida; como si me lanzara del muelle hacia el agua.

Endezco los hombros y concentro toda mi atención en la pequeña perla. Siento la sangre de mi madre en lo profundo de mí. La sangre de Maren Spliid. La sangre de *strega* oculta detrás de la fachada «ordinaria» de mi padre. Siento el espíritu de Urda, por fuera, por dentro, a mi alrededor, que crea la energía natural que utilizamos. Combino estas sensaciones con el deseo que guardo en mi interior; el deseo de tener la clase de poder que podría haber salvado a Anna y a mi madre. La clase de poder que realmente podría acabar con el Tørhed para siempre, no solo enmascararlo con un hechizo diario. La clase de poder que Annemette parece tener.

—*Fljóta* —pronuncio con todo ese deseo. Con la herida que vive en las profundidades de mi vientre desde el día en que perdí a Anna. El día en que casi también pierdo a Nik. Cuando lo que más deseaba era poder utilizar mi magia para arreglarlo todo.

La ostra se mueve.

—*Líf* —susurra Annemette. Vida. Debería darle vida.

—*Líf* —ordeno. La ostra comienza a cambiar de color, su valva gris se vuelve primero de un color rosa cálido y luego adopta el color del ardiente anaranjado del atardecer.

La ostra se calienta. Tanto como para equipararse con su vivo

color. Su calor acaricia mi palma.

En un momento, la ostra se abre y una perla perfecta se encuentra en su interior.

Es bella. De nuevo, demasiado bonita como para romperla y llevar a cabo los planes que tenía pensado, pero hay tanta magia que podría hacer con ella.

—Y así, amiga mía, es como haces magia —ríe Annemette.

A pesar de que el hechizo se ha terminado, aún puedo sentir la magia danzando por mis venas como un fuego azul tan caliente que produce frío. Nunca antes había sentido algo así. No quiero que termine, pero sé que es peligroso aferrarse a esta sensación durante mucho tiempo.

Dejo la ostra sobre la mesa que me hice con un trozo de madera que encontré en la playa y que uso para mis inventos. Está cubierta por botellas y viales, pero hago espacio y sostengo la perla entre mis dedos. A diferencia de la que Annemette ha creado, esta aún puedo sentirla cálida al tacto, no con un calor frío. La magia responde de manera diferente en cada una de nosotras, supongo; no lo sé. Pero quiero aprender.

Es hora de aceptar quién soy realmente. *Tante* Hansa me ha mantenido en la oscuridad durante demasiado tiempo. Mi madre ya era una curandera consolidada a mi edad.

—Annemette, ¿te quedarías y me enseñarías? —le pregunto.

—No puedo —responde rápidamente, sus labios tiemblan y están rígidos. Gira, extiende los brazos hacia la entrada de la cueva y observa cómo la marea entra y sale.

Pero no lo entiendo. ¿Por qué está tan alterada? ¿Por qué debe marcharse repentinamente?

—*Puedes* quedarte —insisto—. Estás a salvo de tu padre y

tenemos espacio más que suficiente. Y estarás con nosotras. Una familia que se interesa por ti y que te *comprende*. No tienes que huir para encontrar eso. Para ser tú misma.

Annemette me mira a los ojos con una expresión que conozco y, con toda la fuerza de un hechizo vikingo, repite:

—No puedo. —Se inclina, pasa sus manos por la arena y deja que caiga entre sus dedos—. No puedo quedarme aquí.

Es ella. Ya no puedo seguir negándolo. Ella tampoco lo intenta. La mirada que estoy viendo ahora mismo es la misma que vi aquel día en la playa. La del rostro de la chica que se inclinaba sobre Nik. La misma que pude ver antes de que se sumergiera en el agua y desapareciera, dejando solo atrás una cola que asomaba entre las olas.

—No puedes quedarte —digo.

Ella asiente, sus ojos se mueven nerviosos.

—No eres una bruja, ¿verdad?

Niega con la cabeza.

—Eres una sirena.

—¿Cómo se encuentra... el chico? —Annemette inhala profundamente y da un paso hacia mí.

Instintivamente doy un paso atrás, choco con la mesa que hay detrás de mí y derribo un vial de tinta de pulpo. No estoy segura de si son las viejas leyendas de *tante* Hansa las que me dicen que corra o el hecho de que Annemette es a todas luces más poderosa de lo que cualquier historia podría habernos contado. Mi mano se extiende y sujeta el vial antes de que caiga al suelo. La perla en mi cuello palpita. Quiero marcharme, pero puedo ver el dolor en su rostro y ahora sé que ha estado conteniendo esta pregunta desde su llegada.

Entiendo que ella no ha venido hasta aquí por mí o por mi magia. Ella ha venido hasta aquí por Nik.

La sorpresa me deja muda. Annemette continúa.

—¿Él está bien? Respiraba cuando lo traje de vuelta hasta la superficie, pero no tuve tiempo para..., apareciste tú y después ese otro hombre, y tuve que marcharme. Necesito saber si está vivo, Evie. ¡Por favor, dime algo!

—Él está bien. Lo salvaste —asiento. Mi garganta se cierra y las lágrimas descienden por mis mejillas. Si no fuera por Annemette, ahora mismo estaría de luto—. Él se encuentra bien. Fuerte. ¡Probablemente esté ordeñando una cabra en este preciso momento!

—¡Ah, gracias a Dios! —Prácticamente se tira en mis brazos—. Cuando cayó al mar, conseguí sujetarlo, pero la marea y la tormenta eran tan fuertes, yo...

—Para. No deberías contármelo. No deberías decir nada más. Es demasiado peligroso para mí que...

—Pero tú no eres más bienvenida aquí que yo —afirma y se endereza—. Tu magia está tan prohibida como la mía. —Y, cuando mis ojos se encuentran con los suyos, que son claros y duros, sé que hemos intercambiado algo peligroso.

Sé su secreto y ella sabe el mío. Traicionar este tipo de confianza nos destruiría a ambas. Deslizo el vial que he estado guardando dentro del bolsillo de mi vestido.

Solo sobreviviremos a nuestros secretos juntas.

—Prometo que no diré nada —le aseguro, con un rastro de arrepentimiento en mi voz.

—Gracias —responde—. Mis labios también están sellados. —Enrosca un delgado dedo en su cabello rubio y riza una larga onda—. ¿Cuál es su nombre? El chico, ¿cómo se llama?

—Nik. Su nombre es Nik. Y es mi mejor amigo. Me alegra tanto que estuvieras allí. Vi la ola demasiado tarde y él desapareció. — Por primera vez me doy cuenta de que, tras haber salvado a Nik una y otra vez, aunque solo fuera en la pista de baile, no había nada que pudiera haber hecho aquella noche. Que él me había salvado del mar, pero yo le habría fallado. Mi sonrisa se debilita y bajo la vista a las ostras grises que hay a nuestros pies—. Me gustaría poder darte las gracias con algo más que comida y un collar de perla.

Annemette enlaza un dedo con el mío. La sensación me resulta rara, demasiado familiar, pero no quiero alejarla.

—No he hecho nada especial —afirma—. Las sirenas no son los monstruos que vosotros, los humanos, creéis. Simplemente no podía dejar que se ahogara.

Se ahogara. Como había sucedido con Anna. Como creía que había sucedido con Anna.

En este momento, Annemette está preciosa. Tan inocente. Levanta la vista para encontrar la mía.

—¿Te gustaría conocerlo? —pregunto.

—Por favor —dice.



Dejamos mi «guarida» y volvemos por las rocas, Annemette sale primero y aún está nerviosa. Es muy triste y raro ver a una sirena asustada por el mar. Al salir, me detengo en el agua durante un momento (quiero echar una última mirada a la cueva para asegurarme de que todo permanece oculto) y es entonces cuando los siento. A mis pies, tres pececillos muertos saltan entre mis tobillos y la roca; seguramente el mar los ha arrastrado hasta aquí a causa de una ola salvaje y se han golpeado contra las rocas. Sacudo la cabeza al recordar la última vez que unos pececillos similares flotaron a mis pies, pero no puedo pensar en ese día. No ahora.

En la costa, Annemette y yo nos secamos y nos ponemos nuestros zapatos. Después volvemos por el camino a través del bosque. Una vez que los árboles se separan lo suficiente para que podamos caminar una junto a la otra, siento que finalmente puedo preguntarle algo más.

—Así que, ¿siempre has sido una sirena?

—¿Tú siempre has sido una chica? —pregunta mientras me lanza una mirada.

—Sí —respondo—. Pero tú ya no eres una sirena. O al menos no veo tu cola. Quizás no lo hayas sido siempre.

Ríe y casi me alejo, porque suena igual que Anna, de nuevo. Nuestros hombros chocan cuando recupero el equilibrio y deseo haberle preguntado lo que quería desde un principio.

—Lamento decepcionarte —afirma—. Nací como sirena, aunque espero no serlo para siempre. —Danza hasta obtener una grácil pose arabesca. Yo dejo de caminar. Frunzo en ceño y recupero el coraje.

—Pero ¿es posible que un humano se ahogue y se convierta en una persona-sirena?

Ella niega con la cabeza y yo continúo.

—¿Durante cuánto tiempo puedes permanecer así?

Annemette baja la vista durante un momento y luego su mirada se eleva y se fija en la mía.

—Durante unos minutos —responde, con una pierna aún elevada en el aire.

—No, es decir, ¿durante cuánto tiempo puedes permanecer como *humana*?

Sus ojos tiemblan con la palabra. Se detiene y se estira.

—No mucho —dice tras una pausa—. Al menos no como soy. Pero depende.

—¿Depende de qué? —Me alejo.

—Prometo decírtelo —afirma, aunque puedo ver en su vacilación que aún no confía en mí. Su rostro se vuelve pálido y parece estar asustada, perdida incluso—. Es solo que tengo que ver a Nik primero, o nada de esto tendrá ninguna importancia.

La pequeña perla vuelve a palpitar sobre mi pecho; *líf*. Su magia es fuerte, pero buena. Ella salvó su vida. Lo mínimo que puedo hacer es presentarlos. Observo rápidamente al sol en su descenso hacia las montañas.

—Deberíamos ponernos en movimiento. Las festividades de Lithasblot comenzarán pronto. Viene gente de todas partes. Han oído hablar de nosotros hasta en Copenhague, lo juro.

—Suenan divertido —comenta Annemette—. ¿Y Nik estará allí?

Asiento con la cabeza. Si ella intentara algo, cuento con la magia de *tante* Hansa y de mi madre corriendo por mi sangre. Ella aferra mi mano con fuerza.

—Vamos.



Al llegar a la playa, donde se celebra la festividad de esta noche, el personal del palacio y algunos aldeanos locales aún están organizando los preparativos. Llegamos algo temprano. Están ensamblando el escenario para el ganado y hay muchas personas dando vueltas de un lado para el otro disponiendo la decoración, preparando la comida y encendiendo el fuego donde pronto asarán a un cerdo gigante.

—No es Copenhague, pero es un reino, supongo. Cuando el sol baje, la playa estará tan atestada que apenas podrás ver un grano de arena.

—En el sitio de donde vengo, también tenemos muy buenas fiestas en la arena.

De pronto, Annemette se acerca al fuego y extiende las manos. Olvido que nunca ha visto un fuego así antes.

—Oye, cuidado, jovencita —advierde Herre Olsen, el sastre, y aleja a Annemette antes de que yo pueda alcanzarla—. Si te acercas un poco más acabarás asándote como el cerdo.

—Gracias —dice con una reverencia—. Lo siento.

—¿Con quién estás aquí? —pregunta él.

—Estoy de visita en las festividades con...

—Conmigo —intervengo, y la aparto del sastre que la observa con el ceño fruncido—. Gracias, Herre Olsen.

»Tenemos que conseguirte una historia mejor —susurro mientras

la guío hacia las tierras del castillo.

A los pueblerinos les gusta hablar, en especial sobre mí, pero el rey y la reina necesitarán algo contundente si van a ver a su hijo hablando con ella. Una chica de clase baja, sin apellido, no es suficiente; estoy segura.

Decidimos darle el título de la hija de un barón, el mismo que Anna tenía: *friherrinde*. Una friherrinde de un sitio lejano, Odense, que ha venido a disfrutar de un Lithasblot diferente. Su doncella se ha puesto enferma y *tante* Hansa está cuidando de ella. Yo estoy reemplazándola en sus funciones y ejerciendo como su guía. Sí. Funcionará. Otra mentira más que añadir a mi lista. Supongo que hay algo de verdad tras las habladurías locales cuando dicen que propago falsedades y que el príncipe no debería confiar en mí. Pero decir la verdad para ganar su aprobación no es un riesgo que esté dispuesta a correr.

—¿Cuándo veremos a Nik? —pregunta Annemette, cansada de recitar su historia conmigo.

—No te preocupes. —Señalo la gigante monstruosidad de piedra que se asienta sobre la colina—. Él me espera allí arriba.

Annemette sigue mi dedo.

—El Castillo Øldenburg —explico—. De quinientos años de antigüedad y tan turbulento como un barco.

La guío por el jardín de la reina, lleno de tulipanes de todos los colores. Annemette se detiene a cada instante para proclamar que son lo más bonito que ha visto nunca.

—Me encantan los jardines —comenta.

Se queda boquiabierta cuando llegamos al orgullo de la reina: las estatuas de su familia, más altas que un caballo, que forman un círculo alrededor de los tulipanes. El rey y la reina están tallados

tal como iban el día de su boda, el mármol suavizado y brillante por el paso de los años. Y allí, junto a ellos, la versión más reciente de Nik; de más de tres metros de alto y cincelado como si avanzara por la proa de un gran navío.

—¿Ese es... *él*?

Ella se pone de puntillas y sus dedos no alcanzan siquiera el cuello de la camisa de él, atractivamente desabotonado.

—Sí, sí, ese es él.

—Parece diferente a cómo lo recuerdo. Más seco, supongo —dice y ríe.

Subimos por la escalinata y allí, esperando y observando el puerto de Havnestad, está Nik. Acaba de arreglarse después de su viaje a los campos, con la ligera corona que le obligan a llevar para los días del festival sobre su cabello húmedo. Siempre me ha parecido que está ridículo con el tradicional traje azul y dorado de Havnestad, pero la reina Charlotte es de los fiordos del norte y muy conservadora. Insiste en que él represente su retrato oficial para las altas festividades del nórdico antiguo.

—Evie, ahí estás —dice cuando se gira y entro en su campo de visión. Cuando su mirada llega hasta Annemette, su rostro se congela al reconocer sus facciones. Todo a excepción de sus labios, que siguen moviéndose muy ligeramente—. Y has traído a una amiga...

Sonrío y la guío hacia él.

—Su Alteza Real, ella es Friherrinde Annemette. Annemette, él es el príncipe heredero Niklas.

Una luz atraviesa la mirada de Nik al encontrar la de Annemette. Al principio creo que él la reconoce; que de inmediato reconoce que ella fue quien lo salvó. O que ve a la vieja amiga que perdimos, con

la primera mitad del nombre resonando en sus oídos.

Pero entiendo casi de inmediato que no está pensando en nada de eso porque ocurre algo que nunca antes había visto que le sucediera. Se ruboriza, intensamente. Juraría por Urda que el calor sube por sus mejillas con tal *intensidad* que tiene que mirarme antes de bajar la vista.

Cree que es bella.

Y lo es; es magnífica, pero esto... esto no tiene precedentes.

Me avergüenza darme cuenta de que un brote de celos crece dentro de mi pecho al reconocerlo. Normalmente, soy la única chica a la que Nik le presta atención, y él nunca me ha mirado *así*. Pero supongo que si lo hubiera hecho, no seríamos amigos. ¿Esto mismo siente él cuando me ve con Iker? *Uf*, no quiero pensar en Iker. Les sonrío a ambos, incómodamente entre ellos, con deseos de salir corriendo, pero con temor a lo que podría suceder si lo hiciera.

—Encantado —dice Nik, cuando finalmente encuentra las palabras, con sus mejillas aún ruborizadas—. ¿De qué conoces a Evie? Creía que conocía a todas sus amigas.

—Su doncella se ha puesto enferma durante su viaje desde Odense —intervengo—. *Tante* Hansa está cuidando de ella. Annemette tenía muchas ganas de participar en un digno festival de Lithasblot, así que me he convertido en su guía. —Toco el brazo de ella—. Y conocer al príncipe heredero es un gran comienzo, ¿no es así, Annemette?

—Sí, ciertamente lo es —responde sonriente.

El color de Nik comienza a normalizarse, toda la preparación que ha recibido hasta ahora corre en un caballo blanco para rescatarlo. Su humor también.

—Bueno, soy todo un espectáculo de feria. Más de un metro

ochenta y sólidos músculos. —Levanta un delgado brazo y palmea su bíceps—. Tengo toda una bandada de seguidores que me persiguen como patos, solo para que los deleite mientras abro botes de conservas pegajosos.

—Es verdad. —Le guiño un ojo a Annemette—. No dejaría que nadie más abriera mis problemáticos botes. —*Eso es*, estoy siendo una buena amiga. Para ambos. Estoy bien con esto. En serio lo estoy.

Annemette sigue sonriendo, pero parece algo confundida. Sabe mucho sobre este mundo, pero no tanto como para distinguir un bote de conservas de uno regular. Le sonrío a Nik y hago mi mejor esfuerzo para ayudarla.

—Así que, ¿hay algún bote ahora mismo en su agenda, príncipe heredero Niklas, o podremos ir a admirar el ganado?

—No tienes que llamarme príncipe heredero Niklas realmente, solo Nik —afirma, con la mirada puesta en Annemette—. Evie solo está de broma. No me interesan mucho los títulos. —Toca su corona y se ruboriza de nuevo—. Las coronas tampoco...

—¿Y por qué te interesas? —pregunta Annemette.

—Por la música, mayormente.

—A mí me encanta cantar. —Trago saliva al escuchar eso, mis ojos no pueden ver más que a la amiga que ella insiste que no es. La chica que tenía la voz de un ángel; cualquiera en Havnestad lo diría.

Pero, más que parecer sorprendido por eso, Nik comienza a ruborizarse otra vez. Una sonrisa avergonzada se despliega en su rostro.

—Entonces no dudaré en usar el poder que se me otorga como príncipe para buscar un instrumento más tarde y acompañarte.

Mi estómago se retuerce. Esto es perfecto. Simplemente perfecto.

Bajamos por la escalinata y caminamos hacia el jardín. Lo veo alejarse un momento y arrancar un tulipán de color rosa al final de la hilera, donde la reina no podría notarlo. Annemette se agacha para oler sus favoritos.

Doy un paso atrás para ver cómo él se acerca a la figura inclinada de ella con la flor en su espalda. Cuando ella se levanta y se da la vuelta, él saca el tulipán rosa de donde lo había escondido y desciende en una ligera reverencia real.

—¿En serio? ¿Puedo quedármelo? —La boca de Annemette se abre en una amplia sonrisa y sus ojos se concentran en los de él.

—¿Qué utilidad tendría ser un príncipe si no pudiera arrancar un tulipán de mi propio jardín?

—¡Ah, gracias! Este es mi preferido.

—Por nada, Annemette.

Sus dedos lo toman y lo eleva hasta su nariz para inhalar su aroma con fuerza.

Cuando sus ojos se abren, la miro y sonrío.

—El festival, ¿nos vamos?

Nik devora el que debe ser su décimo bollito de fruta y el dulce de masa hojaldrada se pega a sus labios. Mientras caminamos por el festival, detienen a Nik prácticamente en cada esquina para que pruebe las ofrendas que hay en cada mesa. Ya sean quesos añejos y olorosos, bayas o frutos de las plantaciones del valle, crujientes panes de centeno y cebada, exquisiteces de guisantes que podrían competir con la famosa sopa de Hansa, o las mesas y mesas de postres, a Nik lo requieren para probarlas todas. Les asegura a los vendedores que lo que sea que haya consumido es lo mejor de Havnestad, posiblemente de todos los reinos Øresund.

—Sálvame, Evie —balbucea tras su último bocado.

¿Por qué no se lo pides a Annemette?, quiero decir mientras ella camina a mi lado, pero en su lugar le entrego el pañuelo de mi madre.

—Prueba pequeños bocados de cada plato y después usa esto.

Mi humor no ha mejorado mucho, aunque me estoy esforzando. Ayuda que el rostro de porcelana de Annemette se haya puesto gris porque los mariscos por los que nuestro pueblo es reconocido revuelven su estómago. Pasamos junto a las mesas que venden carne de ballena negra como la noche y rosa pálido, cangrejo de carne suave, huevos de salmón salados, incluso trozos de carne de anguila cocidos a fuego lento.

En la mesa siguiente, Annemette sujeta mi mano y se acerca a mi oído.

—¿Por qué aniquilan a toda la vida marítima si tenéis muchas más opciones?

—Es nuestro modo de vida. —Me encojo de hombros—. Havnestad vive y muere por sus redes y arpones. —Supongo que debería ser comprensiva, pero hace demasiado calor y dar tantas

vueltas de una mesa a otra no hace más que incrementar mi amargura.

—Pero hay muchas más cosas que comer —insiste con el ceño fruncido. Se inclina y susurra más suave mientras Nik intenta apartar a otro hechicero culinario local.

—Mi padre siempre nos dice que nos mantengamos lejos de la superficie, nos asusta con historias sobre los nuestros abiertos en canal por los arpones, discursos sobre los humanos como el castigo de los mares, que siempre nos cazan y nos asesinan. Pero esto...

—Así es como es, Annemette —le digo, con tanto cuidado como a un niño. De algún modo, eso es lo que es, aunque tenga mi edad. El tiempo que lleva entre nosotros puede medirse en horas—. Todos sobrevivimos lo mejor que podemos. No tenemos intenciones de dañar la vida marina, o a los cerdos, ni a nada.

—No estaba preparada.

—Yo tampoco estaba preparada para conocer a una sirena hoy —susurro, apenas a centímetros de su oído—. Pero lo he hecho.

Ella ríe hacia la noche. Nik nos mira, yo alzo una ceja hacia él, con un mohín. Él le sonrío a Annemette, pero después me mira de nuevo y sé que sospecha que estamos teniendo una charla de chicas. Dejaré que siga pensando eso.

Nik se aleja de la siguiente mesa con un plato lleno de bacalao frito que chorrea grasa y emana calor. El pescado aún conserva la cabeza y sus ojos vacíos miran hacia el infinito.

—*Fru* Ulla insiste en que este es el mejor bacalao en todo Havnestad; posiblemente en toda Dinamarca, según ella. Si buscas una verdadera experiencia de Lithasblot, Annemette, se empieza con esto.

—Ella no come pescado. —Toco el plato y lo empujo contra su

pecho, donde queda seguro fuera de su camino.

—¿Quién no come pescado? —Nik ríe—. Somos daneses...

—Alergia —agrego—. Si come pescado, se hinchará como uno de esos globos voladores franceses.

—Es terrible —afirma Annemette. Vuelve a la vida y expulsa el aire de sus mejillas.

La pregunta desaparece de los labios de Nik. Sin dudarlo, deja el plato en las manos abiertas de un pequeño niño regordete, que sonrío abriendo mucho los ojos y corre detrás de su familia.

—Entonces, me comprometo a protegerte de la afinidad de Havnestad hacia la fauna marina.

—Un valiente príncipe heredero, la verdad. —La mirada de Annemette se dirige a mí, luego vuelve a concentrarse en Nik rápidamente.



Mucho después de que el fuego se haya consumido y el toro más grande de la granja de Aleksander Jessen haya resultado coronado como el ganador de este año, Nik, Annemette y yo nos sentamos al final del muelle real, con la mirada puesta en el océano y música de fondo en el aire.

Nik toca una pieza básica con la guitarra y Annemette escoge la letra; elige viejas canciones de marineros que aparentemente conocen debajo del mar al igual que en tierra. En este momento es *Venid, audaces marineros*.

—*El rey confía en sus audaces marineros y han de verse como solían hacerlo; nuestras vidas hoy estamos listos a arriesgar, por padres, madres, hermanas y esposas...*

Me siento junto a ellos con la mirada puesta en las olas y, sorprendentemente, disfruto de la claridad que posee el tono de

voz de Annemette. Es tan bella como alguna vez había sido la de Anna, rica y aguda, con un adorable aire de inocencia en la base de cada nota.

—Por damas danesas, de ojos tan azules, haremos lo que los marineros han de hacer. Y, con Dannébrog sobre nuestros mástiles, hasta el fin de los tiempos hemos de navegar...

Están sentados uno tan cerca del otro que los pliegues de la falda de ella tocan los pantalones de él. A ninguno parece importarle y, si algo hacen, es acercarse más con el paso de los minutos. Yo estoy al otro lado de Nik, y con cada canción, risa y momentos de complicidad que comparten, la grieta que ha comenzado a formarse entre los dos sigue creciendo.

Me alegra que Nik esté feliz y que Annemette parezca haber encontrado lo que buscaba, pero no puedo apartar esta nube gris de autocompasión que me consume como la neblina que desciende sobre el muelle. Para Annemette ha sido muy sencillo establecer una conexión con Nik y nadie ha tenido nada que decir al respecto. Todo el mundo les sonreía mientras caminaban tomados del brazo, cada lugareño ha remarcado su belleza, lo bien que se veían juntos. Yo caminaba junto a ellos. La doncella.

En este momento sé que no encontraré lo que ellos tienen si permanezco en Havnestad. En cuanto me atrevo a cruzar palabra con alguien que está fuera de mi esfera, todo el mundo pide que me encierren en las mazmorras. Me gustaría que Iker estuviera aquí, pero está claro que, aunque a él le guste estar conmigo, lo nuestro siempre será una fantasía infantil. Puede que no le importe lo que piensen los demás cuando está conmigo, pero cuando llegue el momento, se casará con la hija de alguien de buena familia y todo lo que tenemos llegará a su fin. Volveré a quedarme sola.

Si al menos Anna estuviera aquí. La verdadera Anna. Tal vez las cosas serían diferentes.

La canción llega a su fin de un modo natural, y Nik y Annemette caen uno sobre el otro en un ataque de risas.

—Tienes una voz adorable, Mette —dice él. Utiliza una versión abreviada del nombre que no sabía que fuera de su preferencia. Me pregunto en qué momento le dijo que podía llamarla así. O quizás solo es el fruto de esa familiaridad que ella desprende y que yo también he podido sentir.

—Te lo agradezco, Nik. —Se dobla por la cintura. Una reverencia sentada. Eso es nuevo.

—Deberíamos volver a hacer esto mañana, Mette. Por favor dime que estarás aquí mañana.

—Sí, sí, claro que estaré aquí. —El rostro de Annemette brilla bajo la luz de la luna.

—Excelente. ¿Podría enviar un carruaje a recogerte a tus aposentos por la mañana? ¿Dónde te quedas?

—Conmigo —respondo, con la mentira que planeamos—. Su doncella está muy enferma.

El ceño de Nik se frunce de preocupación, o tal vez a causa de las dudas. Se queda en silencio un momento y yo espero a que hable de nuevo.

—Pero entonces Mette podría enfermarse —dice finalmente, y yo suelto la respiración que no me había dado cuenta que estaba conteniendo—. Y tú también, Evie. Ambas podéis quedaros en el palacio. Insisto. —Se dirige a mí, sonriente, aunque mi rostro solo debe reflejar sorpresa. Es mi mejor amigo, pero la línea invisible entre nosotros siempre ha sido el palacio. Nunca me he quedado allí; la reina Charlotte me envió a casa incluso la noche en que casi

nos ahogamos—. Enviaré un mensaje a Hansa para que traigan vuestras cosas.

No. Eso no funcionaría. Porque así sabría que Annemette no tiene nada; no tiene nada más que lo que lleva puesto.

—¡No te preocupes, yo las recogeré! —suelto—. Hansa está demasiado ocupada como para preparar todas nuestras cosas. —Nik asiente al haber conseguido lo que quería, nuestras cosas no eran más que una simple formalidad.

—Gracias. —Annemette toma mis manos y me mira a los ojos. Hay sinceridad en su voz, teñida con una desesperación que no había escuchado desde la primera vez que me preguntó si Nik estaba vivo.

Bien. Ella lo salvó y ha venido para verlo. Tenía sus razones.

Podría patearme a mí misma por haber sido una petulante amargada durante toda la noche, aunque yo sea la única que ha podido apreciarlo. Pero al menos yo también he conseguido mi objetivo. Pagar su buena acción con su presentación. Y parece valer mucho para ella. Para ambos. Pero, de todas formas, mi estómago está revuelto, el muelle se mueve como si estuviera a la deriva más allá del estrecho, solo en mar abierto.

Capítulo

12

No quiero preguntas. Solo quiero llegar al castillo antes de que la reina se entere de que Nik nos ha invitado. Nuestra mentira acerca de la herencia noble de Annemette ha pasado el escrutinio de Nik, pero solo porque él quería creernos. Su madre, bueno, no descartaría que supiera los nombres de cada uno de los nobles en este lado de Prusia.

Entro disparada en la cabaña como si fuera a lanzarme por la ventana trasera, a través de los árboles y hacia la colina, pero, en el último momento, giro por el pasillo hacia mi habitación.

Mi espectacular entrada no se le escapa a *tante* Hansa, a pesar del hecho de que seguramente estuviera inmersa en sus pensamientos, mientras destilaba tinta de pulpo a la luz de las velas.

—¿Esa ha sido una tormenta o la hija de mi hermana corriendo por la casa? —pregunta desde el pasillo.

La ignoro y cierro la puerta antes de vaciar mi armario en busca de toda la ropa apropiada que tenga; corsés, ropa interior, medias, botas, vestidos. Guardo el último libro de magia que tomé de la biblioteca de *tante* Hansa también, *Mitos del mar*. Podría haber algo acerca de las sirenas allí que pueda merecer la pena tener en cuenta.

En un minuto, Hansa abre la puerta. De inmediato, sus brazos se cruzan y su ceño se frunce.

—No podrás guardar todo tu armario en un arcón, mi niña.

—¿Quién dice que estoy guardando nada?

Tante Hansa da un paso hacia adelante, sus labios se cierran en una línea perturbada.

—Tu ropa interior asoma por delante.

Efectivamente, el borde fruncido de unas de mis prendas interiores asoma de mi arcón, como la lengua de un hombre muerto. Hansa inclina la cabeza, elevando una de sus cejas de un modo imposible.

—¿Me vas a explicar por qué estás guardando ropa suficiente como para pasar una semana entera en alta mar? No tendrá que ver con tu nueva amiga, ¿o sí?

Por un momento se me viene a la cabeza la idea de contárselo todo. Si alguien puede creer que Annemette es una sirena, esa sería *tante* Hansa. Pero no puedo.

—¿Y bien, niña? ¿Has creado ya la mentira perfecta en tu bonita cabecita? Has tenido tiempo más que suficiente.

—No es una mentira. Nik me ha pedido que me quede en el castillo, también a Annemette.

Eso provoca una auténtica carcajada de Hansa.

—Sus deberes para el festival tienen a ese joven tan nervioso que necesita tener apoyo moral por los pasillos, ¿no es así?

—Algo así —respondo, aunque sé que *tante* Hansa no me cree.

—¿Estás segura de que ese canalla de bahía Rigeby no ha llegado con promesas en sus labios y una noche de alojamiento en el castillo? —Sus cejas se elevan incluso más.

Mis mejillas se sonrojan.

En mis sueños.

—Iker no ha llegado aún. —*Ni siquiera estoy segura de que lo haga,* agrego en mis pensamientos, pero consigo mantener mis facciones inexpresivas a pesar del golpe que siento en mi pecho—. Y Nik ha solicitado mi, nuestra, presencia esta noche en el castillo.

—Ah, ha *solicitado*, ¿eh? —Baja su larga nariz como una garza

azulada—. ¿Muy noble de su parte, después de un discurso preparado, que ahora *solicite* la presencia de su pequeña amiga pez rata?

—Sabes que Nik no es así. Además, *tú* te presentas cuando te llaman, Sanadora del Rey, ¿no es así?

—No hagas que esto se trate de mí, niña. Sé lo que estoy haciendo. —Vuelve a reír mientras yo arrastro el arcón hacia la puerta. Espero que Nik y Annemette hayan terminado ya de recorrer el palacio, si cualquier miembro del personal los descubre, la reina no se iría a dormir sin hablar antes con Nik.

—¿Has terminado conmigo? —Doy un paso hacia la puerta que ella está bloqueando.

—No, no he terminado contigo. —Se cruza de brazos durante un momento y me mira con preocupación, después se aparta de la puerta y deja que salga—. Pero eres tan testaruda como tu madre y discutirás conmigo tanto como lo habría hecho ella, estaría en esta puerta hasta el amanecer.

Doy otro paso hacia ella, me estiro tanto como mi equipaje me lo permite y le doy un beso en su reseca mejilla.

—Buenas noches, *tante* Hansa.

Paso junto a ella, junto a sus olorosas tintas, y atravieso la puerta. No he dado ni un paso más allá del umbral cuando la escucho.

—No accedas a todos los deseos del príncipe, mi niña. Los hombres siempre piden más de lo que deberían.



Aunque no estoy con mi padre en una de sus entregas de pescado, me resulta demasiado raro atravesar la entrada del Castillo Øldenborg. Hay ciertas cosas que simplemente no están hechas para mí como plebeya. Malvina Christensen y todos los de su clase

podrían creer que no conozco mi lugar, pero se equivocan, tengo muy claro que no pertenezco a su mundo. Es evidente cada día.

Estoy atravesando el jardín de tulipanes, arrastrando el arcón a mis pies, cuando escucho mi nombre.

Es casi medianoche, pero la reina Charlotte aparece ante mí tan majestuosa como siempre, aún lleva el traje de noche que se ha puesto para el festival, con la corona acunada en su cabello perfectamente arreglado. Veo a Nik acercándose detrás de ella.

—Evelyn —dice la reina. El disgusto en su voz no es fácil de pasar por alto—. Niklas me ha dicho que vas a quedarte con nosotros. —Mira a su hijo y sé que ha tenido que discutir con ella para que permitiera que me quedara—. Ha sido muy atento por parte de Friherrinde Annemette solicitar que compartas la habitación con ella.

—Ella es muy atenta, de hecho, al igual que usted por recibirnos, su Alteza —respondo. La reina asiente como si hubiera pasado una prueba; sé cómo prefiere que se refieran a ella.

—El placer es mío —afirma y se aleja. Pero después hace una pausa y se da la vuelta—. Por favor, mantente en esta ala.

Asiento con la cabeza. Sí, conozco mi lugar.

Una vez que la reina se ha marchado, Nik se da prisa para alcanzarme.

—Déjame ayudarte.

—Estoy bien. —Pero, mientras lo digo, él aferra ambas manijas y levanta el arcón hacia su pecho, con tan poco esfuerzo como sería posible.

—No deberías. ¡Aún estás recuperándote!

—Estoy bien, así practico para la competición de levantar rocas; tengo que defender mi título.

—¿Desde cuándo te importa tanto ganar? —comento para evitar que tengamos que hablar de su madre.

—Resulta que el saborear la victoria era todo lo que necesitaba para que me importara.

—O la necesidad de impresionar a una chica. Hablando de eso... ¿dónde está?

Nik da un paso hacia la puerta y yo me doy prisa para adelantarme y abrirla.

—Mette estaba tan encantada con su habitación; ha sido tan dulce, no quería molestarla. Además, mi madre...

Baja la voz cuando un guardia aparece junto a nosotros para ayudarlo y toma el arcón de las manos de Nik. Él sostiene la puerta sobre mi cabeza y me libera de esa obligación. Durante un momento, me quedo allí de pie intentando leer su expresión, pero no es tan clara y abierta como siempre. Sus emociones son ahora mismo un torbellino, como la tinta mágica de Hansa que se arremolina sobre la superficie del agua.

—Lleva su arcón a la habitación Barroca, por favor, Oleg —le indica al guardia.

Oleg asiente y Nik me conduce de nuevo hacia fuera, hacia las escaleras. Él se sienta en el escalón superior y yo lo sigo. Su hombro se acomoda junto al mío y baja la voz.

Mi corazón comienza a palpar y mi mano encuentra su hombro.

—Nik...

—Mi madre está contenta porque Annemette es la primera de las «chicas» en llegar.

Mi boca se seca, debería haber visto venir todo esto; como muchas otras cosas en los últimos días. Annemette tiene que haber pasado el escrutinio de la reina, sin necesidad de mi ayuda.

—Ha hecho que sus damas enviaran cartas a todas las altas casas de Dinamarca, para invitar a cada princesa, condesa y friherrinde al baile de Lithasblot y dios sabe qué más. Ahora que tengo dieciséis años, ya tengo edad para cortejar, pero mi madre ha pensado que es más astuto traer a las chicas hasta mí.

—Ah, Nik. —Comienzo a decir, pero luego él me mira y la expresión en sus ojos me cierra la garganta.

—Su intención es atraer a las chicas con la presencia de Iker también...

Por supuesto: el príncipe conquistador, dos años mayor, con valientes historias de alta mar. Estoy segura de que toda chica con un título de nobleza se encuentra en un barco ahora mismo de camino hacia aquí.

—Dos príncipes por el precio de uno; somos el especial del mercado. Ahora entiendo la razón por la que Iker continúa en el mar —agrega.

Sonríe con cuidado al hacer la broma; está intentando proteger mis sentimientos. Pero no puedo corresponder a su sonrisa, ni siquiera un poco. Ahora mismo me gustaría ser de piedra como las estatuas del jardín de su madre. Seguro que existe un hechizo para eso, ¿no? Al menos, así no tendría este sentimiento de decepción que no deja de crecer en mí. Resulta que tener conocimiento de las cosas no ayuda. Las empeora.

Es curioso, sin embargo; tal vez *curioso* no sea la palabra correcta, pero Nik y yo estamos atrapados. Yo siempre seré la hija del pescador, atrapada en una red de susurros y mentiras, divulgadas por aquellos que están demasiado asustados como para abrir sus ojos y ver más allá de lo que tienen delante de ellos. Y Nik; él está obligado a verse encerrado por las tradiciones reales, forzado a una

unión sin amor, solo por la corona. Nik siempre estará a la sombra del castillo. Y nada de lo que yo pueda hacer lo salvará de eso.

A menos que... si la reina ha creído la historia de Annemette, ella ciertamente es mejor que esas condesas que llegan en bandadas hasta nuestras costas. Parece que hace feliz a Nik. Sé que solo ha pasado un día, pero incluso yo puedo admitir que nunca lo he visto sonreír tanto como cuando está con ella. Eso no es todo, pero es un comienzo. Y ella no ambiciona su corona. Eso lo sé. Su interés es genuino. Ella lo salvó. Además, a todos nos ayudaría tener algo de magia en el palacio, finalmente, para, tal vez, poder ponerle fin de una vez a las brutales advertencias de la reina Charlotte y a su quema absurda de muñecas. Tal vez, como una leal amiga del príncipe y de la princesa a la vez, dejarían de relegarme a la puerta de las cocinas. Mi familia no tendría que vivir en secreto. Si Annemette hace realmente feliz a Nik, ambos podríamos ser libres. *Para, Evie. Estás soñando.* Pero una sonrisa se dibuja en mis labios de todas formas.

—Vamos —le digo—. Todo irá bien. Annemette nos espera.

Me despierto con la luz azul de la mañana y me siento en la cama. Pensaba que una noche en el ala real, en el colchón más cómodo en el que he dormido jamás, me sentaría bien, pero no ha sido así. Estoy nerviosa.

¡He metido a una sirena en el palacio, por amor de Urda!

Al otro lado de la habitación, Annemette todavía duerme en su cama, una maraña de ondas rubias cubren su rostro. Un pie sobresale de la manta y sus cinco dedos se extienden ociosamente hacia el techo.

Cuesta hacerse a la idea de que nunca antes había dormido en una cama. Aparto las sábanas y camino de puntillas hasta mi arcón, que Oleg dejó anoche junto al armario doble. Y allí, debajo de la ropa interior, se encuentra el libro que decidí guardar en el último momento. Aunque el nombre no es muy sospechoso (*Mitos del mar*), supongo que ha sido toda una suerte que llegáramos tan tarde y la criada no haya podido deshacer nuestro equipaje. Pero tendría que haber tenido más cuidado.

Me arrastro hasta el asiento de terciopelo rojo de la ventana, abro el libro a la luz del nuevo día y recorro las páginas en busca de cualquier información que pueda contener sobre sirenas. Conozco todas las leyendas que nos cuentan durante la infancia, obviamente. Aún puedo escuchar la voz de *tante* Hansa mientras nos recitaba historias en el campamento.

Las sirenas atraen a los marineros a las tormentas, sus cantos y su belleza son difíciles de ignorar. Probablemente, un mito. Annemette es bonita, pero no atrajo a Nik para que se adentrara en el mar, y si estuviera usando la magia con él, supongo que me daría cuenta.

Después está: *las sirenas pueden invocar tormentas con un solo parpadeo y*

sacrificar marineros para satisfacer al todopoderoso mar. Espero por Urda que esto no sea cierto. Un escalofrío atraviesa mi espalda al pensar en mi padre y en Iker.

Pero la que nos hacía gritar a mí y Anna era: *las sirenas roban a los niños malos y con ellos alimentan a los tiburones a cambio de protección.* ¡Ja! Le concederé esa a Hansa. Evitó que yo tomara muchas decisiones insensatas, aunque supongo que no las suficientes. Ojalá Anna y yo la hubiéramos escuchado en serio.

Ninguna de estas leyendas calma mi intranquilidad. La única historia de sirenas positiva que conozco es la que vi con mis propios ojos: *una sirena puede llevarte hasta la costa.*

Pero tiene que haber más que unas pocas advertencias infantiles sobre las sirenas.

Después de mucho leer, finalmente encuentro una sección sobre sirenas, tras una extensa discusión acerca del kraken. No dice mucho; tiene apenas unas pocas descripciones más de lo que ya conozco. Me enfoco en un párrafo:

Los testimonios de sirenas en la superficie siempre llegan con historias de rescates; el marinero salvado abre sus ojos en el preciso momento en que la sirena vuelve a sumergirse entre las olas. Siempre se dice de ellas que deben quedarse en el agua, que no pueden dejar el mar completamente.

Así es exactamente cómo ocurrió. Quizás haya más sobre lo que ocurre a continuación. Paso a la siguiente página, con la esperanza de encontrar una sección acerca de la capacidad de las sirenas de cambiar su forma por la humana. Pero no hay nada. Ni descripción, ni testimonio, ni suposiciones de ningún tipo.

Observo a Annemette. Ella no puede ser la primera sirena que se transforma en una persona. No puede serlo. Debe ser un hecho poco frecuente y por esa razón no se ha podido documentar.

Probablemente al sentir el peso de mi mirada sobre ella, Annemette se mueve, sus brazos se extienden sobre su cabeza. Sus ojos se abren y me ve observándola. Espero que se sobresalte, que olvide dónde está y lo que es, pero no lo hace. En cambio, solo bosteza.

—Podría acostumbrarme a esto. —Gira por completo hacia mí. Un delgado dedo señala su pantorrilla—. Pero ¿es normal que esta parte duela? Arda. Y mis dedos están... hormigueando.

—¿Como aguijonazos? —arriesgo.

—Más como cuchillos —responde, dudosa—. Pero estoy bien. — Se levanta un poco y vuelve a bostezar. Yo guardo el libro entre mi camisón y la ventana.

—Tal vez sea un efecto secundario. Ya sabes, por tu transformación —arriesgo. Y esta es mi oportunidad—. ¿Otras sirenas se han convertido en humanos antes?

—No soy la primera —responde. Se pone de pie y me da la espalda para abrir el armario y revelar su interior lleno de vestidos.

—¿De dónde ha salido todo eso? —pregunto boquiabierta mientras camino hacia el armario.

—Los conjuré anoche, mientras dormías.

Quiero regañarla por haber hecho algo tan descuidado, pero son increíbles. Vestidos de día de seda rosa, celeste y púrpura oscuro, cada uno de ellos con delgados cuellos blancos y botones de perlas. Toco mi collar y me pregunto si esas perlas palpitarán como la mía. Los vestidos de noche son incluso más espectaculares. Con amplias faldas y largas colas, bordados dorados e incluso cuentas. Pensarán que ella es la friherrinde más rica de toda la región.

—¿Te gustan? —pregunta. Yo asiento emocionada—. Si tenemos suerte, harán su magia.

—¿Qué magia?

—Dejar que me quede —responde y escoge un vestido del tradicional azul de Havnestad con incrustaciones de madreperla—.

¿No quieres que me quede?

—Por supuesto que quiero, Mette —afirmo, y pruebo su sobrenombre por primera vez. Y me doy cuenta de que realmente lo creo. No solo para que pueda salvar a Nik de las erróneas intenciones de su madre, sino para tener una amiga que sepa de magia, que conozca a mi verdadero yo. No sabía lo mucho que deseaba eso hasta que la conocí—. ¿Cuánto tiempo tienes? —pregunto, con la esperanza de que me dé una respuesta sincera esta vez—. Quiero ayudar.

—La magia dura cuatro días completos —responde—. Me quedan tres.

—¿Eso es todo? —Mi expresión se entristece.

—Pero tres días se vuelven para siempre si, antes de la medianoche del último día, consigo que mi amor verdadero se enamore de mí también.

También.

Nik.

Por siempre.

—Estoy enamorada de él, Evie. Te lo prometo. —Annemette se desploma en la cama, ya no es la chica furtiva que reserva todo lo que piensa. Se parece más a la chica con la que solía hablar de chicos y curiosear en su propia habitación elegante—. He vuelto por él. Sé que puede enamorarse de mí. ¿No nos viste anoche?

—Pero ¿qué ocurre si no es así? —inquiero. Ella se da la vuelta y echa un vistazo por la ventana, hacia el mar a lo lejos.

»¿Qué sucede? —Me acerco a ella y me siento en su cama—.

Dime, Mette.

Ella niega con la cabeza y entierra el rostro entre sus manos. Al responder, es como si estuviera repitiendo algo que ha leído en un libro; y tal vez así sea.

—Para venir a la tierra con forma humana, una sirena debe firmar un contrato mágico; su vida como sirena a cambio de cuatro días en tierra. —Hace un pausa y se estremece, su pecho se agita ligeramente—. No puede regresar al mar después de esos cuatro días porque ya no puede volver a ser una sirena.

—Mi estómago prácticamente se desploma hasta mis pies.

—Espera... ¿tú *mueres*? —¿Qué clase de magia oscura ha conjurado? Nik es increíble, maravilloso, el mejor chico que conozco; pero ¿arriesgar su vida por alguien que apenas conoce?

—Lo sé. —Se incorpora y asiente—. Es una locura. Pero no lo entiendes. Él es lo que le faltaba a mi vida. Supe que me pertenecía cuando cayó al mar, en *mis* brazos. ¿Y ser humana? Evie, no sabes lo afortunada que eres.

Ni siquiera sé qué pensar. Por supuesto que quiero que viva y que ambos sean felices, pero ¿cómo podría funcionar? Enamorarse en cuatro días parece... irreal, como mínimo.

—¿Cómo puedes saber que realmente te ama? —Mido mis palabras con cuidado.

—Un beso de amor verdadero es todo lo que necesito. —Vuelve a perderse en su mirada soñadora. Estoy a punto de reír. Ahora es irreal y ridículo. Tanto que no puedo creérmelo.

—Un beso, ¿en serio? ¿Tu vida por un beso? ¿Eso es todo? Sí que es magia.

—Es el sentimiento en el beso. Lo sabré. La magia lo sabrá.

Pienso en la conversación que tuve con Nik en las escaleras;

encantado, sí, pero ¿enamorado? No. No aún, al menos.

Vuelvo al asiento de la ventana. Necesito espacio para respirar, para pensar. Si Annemette no hubiera arriesgado su vida por esto, no sé cómo me sentiría si Nik realmente se enamorara en tres días. No me gusta nada de esto; que su vida dependa de algún modo de que él consiga despertar una poderosa magia, simplemente demostrando tener suficiente amor en su corazón por una chica a la que acaba de conocer. Una chica que me gusta, que a él le encanta, una a la que le estaré agradecida de por vida. Pero no lo sé..., tiene que haber otro modo de mantenerla con vida sin forzar a Nik a *enamorarse de ella*.

Al levantar la vista, Annemette se está acercado a mí de prisa. Se acomoda en el asiento junto a mí y toma mis manos. Todo rastro de color ha desaparecido de su rostro.

—Evie... no estoy entrometiéndome, ¿verdad? —La preocupación frunce su ceño—. Aquella noche lo estabas buscando... él estaba esperándote en el castillo anoche. ¿Él no...? ¿Tú no...?

—No estoy enamorada de Nik y él definitivamente no está enamorado de mí. —He tenido que repetir esta misma frase en muchas ocasiones, más recientemente a Malvina—. Solo somos buenos amigos.

Ella suspira, sus manos se agitan cuando se recoloca el cabello.

—Es que hay tanta confianza entre vosotros y yo ni siquiera te he preguntado.... Debes pensar que soy horrible.

—¡En absoluto! Nik y yo hemos sido inseparables durante años. —Me esfuerzo por hacer contacto visual, su cercanía es apabullante otra vez—. Es un error común.

—¿Tienes a alguien, entonces? —El alivio la invade y vuelve a

hundirse sobre los almohadones del asiento de la ventana—. ¿Alguien que haga que tu corazón palpite tan fuerte que piensas que podría salirse de tu cuerpo?

El rostro de Iker aparece en mi memoria, con una amplia sonrisa que alcanza el hielo de sus ojos.

—Lo tengo... lo tenía. No lo sé. —Annemette me mira esperando que le cuente algo más, así que continúo de mala gana—. Lo has visto, se trata del otro chico que estaba aquella noche en la playa. —Ella asiente en señal de que lo recuerda—. Bueno, él es el primo de Nik, el príncipe heredero de la bahía Rigeby. Pero eso no importa. Ahora mismo se encuentra en el mar y tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos. *Tres días...*

—Ah, Evie, eres tan buena amiga —afirma y me envuelve en un abrazo.

Tres días para enamorarse. Tres días para vivir. Tres días hasta el baile al que asistirá cada dama noble de los reinos Øresund. Niego con la cabeza. Encontrar el amor verdadero ya es lo bastante complicado sin tener que sumar a la competencia.

No entiendo cómo consigue actuar con tanta tranquilidad mientras caminamos por el castillo para encontrarnos con Nik en el desayuno. Debe ser el mar en sus venas, que fluye contra la marea sin importar el clima. Yo estoy hecha todo un manojo de nervios, pero Annemette sale al balcón bañado por el sol de la pista de baile del tercer piso y parece tan encantadora y confiada como si no pasara nada, su vestido azul le arroja a sus ojos un tinte oceánico y su cabello rubio brilla bajo el sol.

Parpadeamos ante la intensa luz y nos encontramos con una vista espectacular del puerto. Conozco muy bien nuestro rincón del mar, pero es diferente desde este ángulo, casi con toda la costa a la vista. Es un paisaje fortalecedor, desde aquí pueden ver todo lo que gobiernan. La corriente se mueve más rápido de lo normal para esta época del año y le doy la espalda; no quiero reflatar viejos recuerdos.

—Buenos días, señoritas. Tomen asiento. —Nik se pone de pie y aparta la silla a su derecha—. ¿Mette?

Annemette se sonroja y ocupa el sitio indicado. Yo calmo mis nervios y lo saludo con un guiño mientras él aparta mi silla. Entonces noto que él mismo está algo sonrojado, como anoche cuando conoció a Annemette. Nik, el romántico. Una buena señal, seguro.

En cumplimiento de su palabra de protegerla de los males de nuestra dieta marítima, Nik le ha ordenado a los cocineros del palacio que evitaran el desayuno tradicional de sardinas y lo cambiaran por embutidos, panecillos dulces bañados en mantequilla fresca y frambuesas bañadas de rocío. Acompañándolo hay té negro, caliente y humeante.

Mi estómago gruñe ante la imagen de tanta comida. Ha estado revuelto toda la mañana, mi ansiedad se lleva lo mejor de mí. Me estoy muriendo de hambre.

—Por Dios, Evie. ¿Tienes un tigre escondido en tu corsé? —Nik se ríe dentro de la delicada porcelana china de su taza.

—Ya me conoces, me gusta traficar con animales salvajes para el desayuno —bromeo.

—No esperaré nada menos de tu oscura magia. —Nik vuelve a reír y tiene que dejar la taza en el platillo para evitar derramar el té en su camisa.

Mientras tanto, Annemette no puede esconder su sorpresa. Me observa, confundida. Después de todo el alboroto que armé sobre el hecho de que debíamos mantener nuestra magia en secreto, el príncipe heredero está riéndose de eso en este preciso momento.

—Nik ya debería saber lo peligroso que es divulgar rumores de ese tipo. —Le doy un ligero codazo. Es un juego que tenemos entre nosotros, Nik y yo. El bromear sobre la «magia» en mi familia; incluso a pesar de que la magia sea más real de lo que él cree —. Mi *tante* Hansa...

—Ella convierte a los hombres en sapos y hace sopa con ellos — comenta Nik y alza las cejas dramáticamente por debajo de su cabello. Annemette ríe, lo que solo lo anima más—. Es una suerte que no probaras su sopa de guisantes anoche.

Annemette abre su boca.

—Es verde por una razón. —Guiño.

Nik y yo estallamos en un ataque de risa, y relajarme un poco me sienta bien. Los dedos de él caminan para tocar la piel desnuda de la muñeca de Annemette. Tal vez esto funcione.

—Estamos de broma, Mette —continúa Nik—. *Tante* Hansa es

una maravillosa curandera; ha salvado a mi padre unas cuantas veces, cuando nuestro propio médico no podía, y nunca lo olvidaré. Ella cuidará bien de tu doncella; pero no puede convertir hombres en sapos. —Annemette asiente, con una sonrisa incrédula en sus mejillas sonrojadas. Nik baja la voz, con un tono conspirativo, y me da la espalda—. Aunque no descartaría que la anciana haya encantado a mi primo el conquistador para que se enamorara de su sobrina.

Vuelvo a golpearlo, esta vez algo más fuerte, y ambos se ríen.

—Pues si ella tiene realmente magia, algo no ha salido bien, considerando el hecho de que él no ha vuelto para el festival —digo.

—Seguramente eso es a causa de un error de Iker —afirma Nik y toma un panecillo dulce.

—Yo no cometo errores, primo.

Levantamos la vista. Iker está de pie en el umbral, con la espalda apoyada de manera casual contra el marco de la puerta. Su piel está bronceada por los días que ha pasado en cubierta bajo los fuertes rayos del sol, lo que hace que su cabello parezca más claro de lo habitual. Sin pensarlo, frota la descuidada barba que cubre su fuerte mandíbula, algo por lo que estoy segura de que la reina Charlotte insistirá en que se afeite. Yo espero que se niegue.

Mi corazón me late en la garganta cuando él me mira y nuestros ojos se encuentran. Él sonrío.

No sonrías. No te levantes. Él prometió que volvería hace días. Sé fuerte.

Flaqueo. Una pequeña sonrisa se cuela entre mis labios y, en respuesta, la sonrisa de él se amplía más. Se acerca a grandes pasos y de pronto temo que vaya a besarme justo aquí, delante de todos. Delante de Nik. Se detiene ante mí y se inclina, sus dedos acarician

mi barbilla mientras su rostro se acerca más al mío.

Por favor, no.

Dios, desearía que lo hiciera.

Sus labios aterrizan delicadamente sobre mi frente. Exhalo un suspiro, si es de alivio o desilusión, no lo sé.

—Hola, Evelyn —dice y vuelve a enderezarse—. Lamento llegar tarde.

Antes de que pueda decir algo, se acerca a Nik y le arranca el panecillo de las manos.

—Hola, primo. Me alegra verte tan bien —comenta, después le da un mordisco a su panecillo. Nik se pone de pie y ambos se abrazan.

—Mi madre ha estado bastante nerviosa por tu retraso; espero que hayas encontrado a esa ballena rey que estabas buscando.

—Eso quisiera —responde Iker, con frustración evidente en su voz. No está en su naturaleza no conseguir lo que desea—. La hemos seguido más allá de Jutland, pero es una bastarda escurridiza.

—Supongo que por eso la llaman «ballena rey», primo.

Iker sonríe y palmea el hombro de Nik.

—Somos un grupo escurridizo, ¿no es así? Siempre corriendo de y hacia la llamada del deber.

—Y tú siempre vas tarde en ambas direcciones.

—Nada que no pueda arreglarse con una gran entrada y una historia encantadora.

—Ese ciertamente es el lema de tu vida —comento con una ceja en alto. Las palabras resultan más duras de lo que pretendía y su sonrisa se congela en respuesta.

—Diría que hasta ahora me ha funcionado bien.

—Si tú lo dices —interviene Nik. Ahora está de pie junto a la silla de Annemette, rozándole el hombro con su mano—. Pero dejémoslo así, primo. Me gustaría presentarte a Friherrinde Annemette.

Ella se pone de pie y se acerca a Iker. Extiende la mano, como si lo hubiera hecho cientos de veces antes. Él toma los dedos de ella entre los suyos y los besa.

—Encantado de conocerte, Annemette. Debo decir que recordaría a una chica tan maravillosa de mis viajes a través de Øresund. Dime, ¿de dónde vienes?

Con el corazón en la boca, miro a los ojos de Annemette. Él solo está siendo amable, lo sé, pero de todas formas.

—Odense —responde ella, claramente cómoda a pesar de que mi corazón está a punto de salir por mi boca—. Evie y yo nos conocimos ayer y ella accedió a enseñarme el pueblo. Nik ha sido tan caballeroso como para unírseos.

—¿Y quién no lo sería? —replica él—. Yo diría que sí en un instante. —Iker le sonríe, pero hay sospecha en sus ojos. Es solo un destello, pero ahí está; ni siquiera intenta ocultarlo. Nik y yo lo notamos antes de que sus practicados modales vuelvan y le haga una reverencia a Annemette—. He viajado por todo el mundo y no hay dos damas más bellas que las que se encuentran ahora mismo en este balcón.

De inmediato, ambas nos sonrojamos, el cumplido es digno del perfecto nivel de grandeza de Iker. Y, cuando levanto la vista, Nik está fuertemente sonrojado también; su mirada nunca se ha apartado de Annemette.

La atención de Iker nos recorre a los tres.

—¿Qué? —pregunto. Luego él niega con la cabeza.

—Ninguno de vosotros sobrevivirá a la juventud si no aprendéis a recibir un cumplido o a pedir lo que queréis. —Después se dirige a Nik—. Primo, tú claramente no puedes apartar la vista de esta encantadora chica. ¿Por qué no le pides a la bella friherrinde que te acompañe a explorar las festividades de hoy? Estoy seguro de que tiene mucho que aprender de ella.

Annemette se gira hacia él, con un mechón de cabello rubio enroscado alrededor de su dedo. Nik suelta una risa nerviosa.

Iker, sin prestar atención, continúa.

—Mientras lo haces, Evie y yo podemos caminar por los jardines.

—¿En serio? —digo—. ¿No crees que deberías preguntármelo primero?

—Perdóname, Evie. ¿Me harías el honor?

Debería decir que no. Después de todo, ¿qué sentido tiene? En un día, él estará bailando con la mitad de las condesas que han invitado al baile, y una de ellas seguramente se convertirá en su esposa. Pero no puedo evitar desear lo que deseo. Miro a Annemette, cuyos ojos están suplicándome que lo haga. Ella también necesita tiempo. Dos criaturas mágicas y dos príncipes. Tengo ganas de reír. Tal vez sea tiempo de dejar de aceptar lo que todo Havnestad ha considerado apropiado para una chica como yo y de que comience a actuar como la chica que ya piensan que soy.

—Será un placer, Iker —afirmo y me levanto de mi silla.

Nik se pone de pie repentinamente, sus orejas se han enrojecido también y parece incómodo.

—Iker, no creo que esa sea una muy buena idea.

La mirada de Iker se ilumina y luego se transforma con la misma expresión de sospecha con la que ha mirado a Annemette. Lee la postura y el rostro de su primo, claramente intentando discernir si

se trata de que él esté a solas conmigo o de que Nik esté a solas con Annemette, o de algo por completo diferente. Las palabras que me dijo en el barco resuenan en mi mente: *no me gusta interponerme en el camino de mi primo.*

—No deshonraré a la chica, primo, solo nos besaremos y nos pondremos al día. —Nik prácticamente suelta una risa, pero Iker solo sonrío—. Nada que no hayamos hecho antes.

Nik me busca con la mirada y ya sé que lo sabe. No le cuesta mucho imaginarlo todo; puede verme besando a Iker como cualquier otra chica de las que él está acostumbrado a dejar a su paso.

Bajo la vista; desearía que no fuera así. No me gusta la idea de hacerle daño.

Iker se esfuerza por mirar a Annemette con las cejas en alto, todo en su gesto sugiere que Nik debería llevarse a su chica y quedarse tranquilo por todo lo demás. Yo también lo espero. El brazo de Iker se desliza por mi cintura y se enlaza en mi codo. Después me guía hacia la puerta.

—Sigue mi camino, primo, pero no sigas mis pasos.



La luz de la mañana nos deslumbra cuando salimos de la sombra del castillo hacia el jardín de tulipanes de la reina. Nos cubrimos los ojos por el camino de piedra, tropezamos un poco hasta que nuestros ojos se ajustan y nuestros brazos y piernas se tocan momentáneamente; si es por accidente o deliberadamente, solo Urda lo sabe.

Empiezo a caer en la cuenta. Iker está aquí.

Él ha vuelto. Y de inmediato ha querido quedarse a solas conmigo.

Toda la decepción y los miedos sobre lo que lo mantenía alejado parecen escapar de mi cuerpo. Intento no pensar en Annemette ahora mismo también. *No todos son tu responsabilidad, Evie. Tante Hansa* me ha dicho esto unas mil veces. Annemette está a solas con su príncipe y yo estoy con el mío.

Tras años de soñar despierta, mi fantasía de la infancia se ha hecho realidad, en cierto modo: estar tomando la mano de Iker en un jardín. A pesar de mi posición. A pesar de la suya. A pesar de las vidas a las que estamos destinados. Una oleada de calor sube por mi cuello, y mis mejillas se encienden de vergüenza. Iker nunca puede saber con cuánta frecuencia he pensado en esto.

Pero ¿es real? ¿Estoy atrapada en un sueño? ¿O he perdido la cabeza por completo y Annemette es una creación de mi imaginación? ¿Iker también?

No creería que es real si no fuera porque su brazo sigue alrededor de mi cintura, acercándome a él, mientras los dos caminamos hacia un banco de piedra debajo de la sombra de un roble.

Deja de cuestionarte, Evie.

Disfruta del hechizo mientras dure.

Él huele como el mar. A escapada. Y yo quiero escaparme con él y ver cómo su piel se broncea por el sol, con ballenas a la vista y el aire libre enredándose entre nuestros cabellos. Él se da la vuelta hacia mí y me rodea ahora con ambas manos la cintura, su rostro se inclina hacia el mío y una sonrisa curva sus labios mientras analiza mis ojos.

—Te preocupaba que no volviera —dice y aparta un rizo de mi mejilla.

Yo no lo niego.

—La cosa se complicó —continúa, con la mirada perdida en la distancia, la voz más suave—. Perdí a uno de mis hombres. El mar lo arrojó por la borda a la luz del día, después de echar el ancla en Kalø. Pasamos el resto del día y gran parte del siguiente buscándolo.

Se me corta la respiración. Es terrible, aunque no inesperado en una expedición de caza de ballenas. La resolución en la mandíbula de Iker lo refleja: desilusión, pero también aceptación. Luego su mirada se aclara y sigue adelante.

—Finalmente lo encontramos, flotando inconsciente entre dos rocas. ¿Puedes creerlo? Apenas respiraba y estaba abatido, pero vivo. Fue tan raro, encontrar algo que dudabas que pudiera ser posible.

»Al igual que tú no deberías haber dudado de mí —agrega con un tono provocador.

—No dudaba de ti. Dudaba de mis expectativas.

—¿Y cuáles eran tus expectativas? —Alza una ceja y su mirada baja a mis labios.

—Que tú quisieras estar aquí, tanto como yo quería que estuvieras.

Con eso, me enlaza hasta que su pecho toca mi corsé y puedo sentir sus piernas a través de las capas de mi vestido.

—No dudes de esto.

Presiona sus labios sobre los míos y me roba el aliento. Es gentil en un primer momento, pero después nos hace descender hacia el banco.

La esencia a sal y limas me rodea mientras mi corazón comienza a palpar con tanta fuerza que estoy segura de que él puede sentirlo a través de mi corsé y de su camisa.

Sus manos suben por mi rostro, sus pulgares recorren la línea de mi mentón. Me sostiene por un segundo antes de alejarse con cuidado.

—Suficiente prueba, Evelyn. —Lo dice como una afirmación, no como una pregunta, con una pequeña sonrisa pícara en su gesto.

Yo hago un mohín, pensativa.

—Honestamente, no estoy segura de que me hayas dado muestra suficiente como para estar segura.

El rostro de Iker me ofrece una sonrisa pícara y predadora.

—Tengo toda la tarde libre para demostrarte lo que quieras. Nada principesco planeado hasta la cena. —Fuerza a sus facciones a enseñar una seria compostura—. ¿Eso será suficiente, mi lady?

—Para empezar. —Me inclino y le doy un ligero beso en los labios.



Cuatro años atrás

El visitante se encontraba de pie sobre el muelle, sus padres no dejaban de quejarse a sus espaldas, cansados por el viaje, aunque no hubiera sido demasiado extenso. Solo habían atravesado el estrecho de Øresund; una expedición que él podía hacer con los ojos cerrados y en su propio barco, si le dieran la oportunidad.

Y planeaba aprovechar aquella oportunidad ese mismo año, con o sin permiso.

El día era claro, el sol abrasador secaba los listones de madera del muelle más rápido de lo que el mar podía dejarles su marca, las olas habían estado rompiendo enfadadas durante todo el camino desde la bahía Rigeby.

Los hombres del castillo llegaron, se llevaron a sus padres, sus arcones y todo su equipaje, y lo dejaron solo en la costa con sus pensamientos. A los catorce años, esos pensamientos eran mayormente sobre chicas.

Morenas.

Rubias.

Pelirrojas.

Todas ellas revoloteaban en su mente, a pesar de conocer la realidad de su posición; su madre y sus metáforas resonaban constantemente en sus oídos.

«Los tulipanes se marchitan sin importar su belleza; las joyas de la corona brillan para siempre».

«La sangre dura más que un capricho».

«El jarrón real tiene lugar para una sola flor, sin importar la abundancia de la cosecha».

Sus pies lo guiaron hasta la arena, sus ojos fijos en dos chicas que paseaban por la playa, delgadas figuras moviéndose al ritmo de una canción que apenas alcanzaba sus oídos.

Unos metros más y las chicas se detuvieron, sus miradas y sus dedos apuntaban hacia el banco de arena, protuberante entre las alborotadas aguas. Entonces, las

reconoció; dos chicas de la aldea, buenas amigas, siempre dispuestas a una aventura, al igual que él, aunque tenía la sensación de que la rubia era algo difícil de impresionar. Caminando detrás de ellas había un joven, su primo. Otro príncipe.

Y entonces, las chicas comenzaron a quitarse los vestidos, sus enaguas de pronto atrajeron los rayos del sol en toda su blancura angelical.

Él no podía apartar la vista.

No cuando doblaron sus vestidos y los dejaron sobre la arena. No cuando corrieron hacia las olas. No cuando se dio cuenta de que la corriente era tan fuerte como había sido en el estrecho, aunque estaba demasiado distraído por la fantasías de sus enaguas como para advertirles.

Fue unos minutos después, cuando vio que el príncipe se sumergía en el agua detrás de las chicas también, que el visitante se dio cuenta de lo que estaba pasando realmente.

Sus pies le decían que corriera. Que ayudara. Ninguna de las chicas había salido a la superficie; había pasado demasiado tiempo. Dio cinco pasos y se detuvo. Con su padre en sus oídos esta vez, otro gobernante Øldenbug en una tierra llena de ellos.

«No seas un héroe, Iker; ya eres un príncipe».

Su propio reino lo necesitaba con vida. Si algo le ocurría, el futuro de su hogar y de su familia estaría en peligro. Pero aun así, otra voz, una propia, resonaba en sus oídos.

«Pero Nik...».

Su primo había crecido últimamente, al menos quince centímetros ya, pero había visto tulipanes más fuertes que sus brazos, arpones más gruesos que sus piernas. El visitante tenía la misma altura, pero su complexión había sido formada con toda la fuerza de los vikingos. Él era fuerte. Podía ayudar.

De todas formas, permaneció fijo en su sitio. Conteniendo la respiración hasta que su primo finalmente emergió, con una muñeca de trapo de cabello negro

colgando entre sus brazos. Fuerte y estable, Nik nadó hacia la playa.

Mientras los dos aterrizaban en la arena, el visitante volvió a respirar, al ver con asombro cómo el chico de doce años hacía todos los pasos correctos para sacar el agua de los pulmones de la chica. Los ciudadanos se reunieron alrededor de su príncipe, los preparativos para el Lithasblot se detuvieron, todos se acercaron para echar un vistazo a la reciente tragedia en una historia llena de ellas, de un mar bien alimentado en el estrecho de Øresund atestado de ballenas.

Todo el alivio que sintió se desvaneció en el instante en que su primo comenzó a gritar órdenes a los hombres a su alrededor, frustrado por su inacción. Los hombres finalmente se adentraron en el agua, pero Iker conocía a su primo. Conocía su corazón. Sabía lo que haría. Él también volvería.

Esas chicas habían sido parte de él durante años, una su mano izquierda, otra su mano derecha. Ambas eran bellas; incluso Nik lo había admitido durante su última visita. La chica del cabello oscuro era más del estilo de su primo, pero el visitante sabía que la rubia era la que veía a Nik de un modo especial; eso era evidente.

El visitante vio al príncipe sumergirse una vez más entre las aguas y luego echó a correr, con toda la fuerza de su sangre vikinga impulsándolo a atravesar la arena.

Les gritó a los hombres que volvían a la costa con las manos vacías, mojados por sus intentos de encontrar a la chica.

—Hombres, no podéis dejar a vuestro príncipe heredero hacer el trabajo sucio solo. Ha vuelto al agua; vuestra esperanza no se acaba hasta que la del príncipe Niklas lo haga.

De inmediato, los hombres se dirigieron hacia las olas y se sumergieron, sin esperanzas reflejadas en sus facciones. Cada mandíbula presionada con la certeza de que así era como resultaban las cosas en los reinos Øresund. El mar tomaba tanto como daba.

Pero él los quería allí en caso de que Nik se debilitara. Esos hombres eran como

un seguro para su príncipe. Su familia compartida no podía sufrir tal golpe, sin importar cuán heroico fuera.

—Evelyn, ¿estás bien? —Se inclinó a su lado y apoyó las palmas sobre los elegantes hombros de la chica.

—¿Iker? —Parpadeó al verlo, como si él fuera un fantasma, con esos ojos azules como la noche oscurecidos por el terror—. Anna. Nik...

—Lo sé —dijo con su mejor voz de príncipe, la que había estado perfeccionando frente al espejo cuando se quedaba encerrado en el castillo, con su corazón anhelando el mar.

Iker volvió a mirar a Evelyn. Se acumulaban lágrimas en sus ojos y gratitud en la curva de sus labios. Él sabía suficiente de la chica como para saber lo que sentía por él, que quería besarlo justo allí. Sabía suficiente sobre su clase (los pescadores, los trabajadores) para saber que no lo haría.

En su lugar, sus dedos presionaron el antebrazo de él como si aún la arrastrara la marea y él mismo la hubiera rescatado.

—Me mataría perder a cualquiera de ellos.

Bajó la vista a sus manos, como si la respuesta estuviera allí, escondida en esa red de líneas; corazón, vida y destino.

—Hay tanto que desearía poder hacer —dijo, su voz aún tan débil.

Eso fue suficiente. Había tanto que él podía hacer. Nik era su primo, cierto, pero siempre lo había sentido como un hermano. Y, sin importar el nombre indicado para su relación, él era familia. Y la familia hacía lo que debía hacerse.

Iker presionó los hombros de Evelyn durante un breve instante más y luego se marchó, se quitó las botas mientras corría hacia la espumante marea.

Capítulo

15

—*A*h, Evie, eso ha sido maravilloso —dice Annemette después de dejarse caer sobre el asiento de la ventana de nuestra habitación. Sus ondas rubias son tan salvajes como la marea en una tormenta y caen en todos los ángulos alrededor de sus hombros. El color crema de su rostro está teñido de pura alegría, sus profundos ojos azules brillan.

Me hace muy feliz verla así. Iker y yo hemos pasado la tarde enredados el uno con el otro entre palabras dulces y caricias, y solo espero que Nik y ella hayan hecho lo mismo.

—*Nik* es maravilloso —afirmo, pero ella aferra mi mano.

—Más increíble de lo que podría haber soñado, pero también tú lo eres. Nunca podría haber tenido un día así sin ti. —Sus ojos se irritan y la piel que cubre su contorno se vuelve rosada.

—No es nada —respondo y aprieto sus dedos, aunque no puedo imaginar que las últimas horas con Iker hubieran podido suceder sin ella tampoco. No puedo imaginarlo llegando al castillo y luego caminando entre las sombras para venir a buscarme a la pequeña cabaña que hay al final del camino. Es difícil imaginar a Iker confinado en una casa más pequeña que una habitación de este castillo; incluso cuando está en su pequeño velero, su personalidad se mantiene libre de expandirse con el aire del mar.

»¿Crees que se esté enamorando? —pregunto mientras me cambio el vestido para las celebraciones de Lithasblot de esta noche.

—Eso creo —responde—. Espero. Tener más tiempo ayudaría.

—Cuanto más pronto salgamos, más tiempo tendrás. ¿Ya estás

lista?

Termina de abrochar los últimos botones de perlas de su vestido de seda rosa.

—Casi —anuncia, y después echa un vistazo a mi desgastado vestido marinero—. ¿Vas a ponerte eso?

Asiento. Probablemente podría conjurar una variedad de vestidos también, si quisiera, pero eso realmente haría hablar al pueblo. Todos saben lo que hay en mi guardarropa.

—No, no. Usa *esto* —insiste y me entrega un vestido de color púrpura oscuro, bordado con tulipanes dorados—. Lo he hecho para ti. A Iker le encantará.

—Gracias. —Sujeto el vestido y siento la suntuosa seda entre mis dedos—. Es muy bonito, pero no puedo. ¿Te imaginas la cara de la gente? ¿Yo con *esto*? ¿Qué dirá todo el mundo?

—¿Tal vez algo agradable, por una vez? —responde con una sonrisa burlona.

Sé que se equivoca, pero apenas puedo apartar la vista del vestido. Es muy bonito, su trabajo es tan intrincado que solo podría haberse llevado a cabo realmente con un hechizo. Y entonces, una idea me sorprende. *Tenemos magia*.

—Annemette...

—¿Sí? —dice mientras recoge su pelo dorado en un moño sobre su cabeza.

—¿No podrías usar la magia... con Nik? Es decir, solo si las cosas no resultan como lo planeamos. Él puede enamorarse de ti, lo sé. Es solo que... *tres* días, ahora casi dos; no hay t...

—No —responde mientras coloca un último broche en su cabello—. Tiene que ser real, cuando el reloj marque la medianoche después del baile. Así es. Podría disfrazar el amor con magia, pero

a Urda no le gustaría. Las pequeñas cosas, los vestidos y todo eso, es lo más lejos que puedo llegar. Él tiene que enamorarse de mí de verdad. Sin trucos. Prométeme que no harás nada que pueda interferir, Evie.

Asiento, con mis labios fuertemente cerrados. Claro que tiene razón. Yo tampoco quiero manipular los sentimientos de Nik, pero las consecuencias son tan drásticas.

Me pongo el vestido, la fresca tela se desliza sobre mi piel, amoldándose a mi cuerpo a la perfección. Apenas puedo reconocermme a mí misma cuando me miro al espejo, parezco una de las damas de la nobleza. Tal vez un disfraz es todo lo que siempre he necesitado.

—Pareces una princesa —afirma Annemette y me besa en la mejilla—. Vamos. Nuestros príncipes nos esperan.

La tomo de la mano y atravesamos el palacio y sus puertas. Esta noche, la tercera noche, es la más mencionada cuando llega el Lithasblot. Cuando todo lo que ocurre es perfectamente normal, desde un cumplido hasta arrojarle una hogaza de pan a tu vecino.

Como es predecible, Malvina Christensen vive soñando con que llegue esta noche. Le da la oportunidad de exhibirse, y los dioses saben que ella nunca perdería tal oportunidad. Ella no se ha dedicado a bordar o a lo que sea que deben aprender las condesas, en su lugar Malvina escogió dedicarse a la pastelería, siempre bajo las faldas de su cocinera cuando era niña. Tengo que reconocer que no se le da nada mal si dejamos a un lado la monstruosa tarta azul del cumpleaños de Nik, aunque para ser del todo honesta, yo tuve algo que ver con aquel desastre. Está ansiosa por compartir con todo el mundo que hornear es un pasatiempo, a pesar de que está por debajo de su posición, de que es una actividad más apropiada

para alguien como yo. «Si alimentas bien a un hombre, él te será fiel de por vida», la he escuchado decir muchas veces. Es raro, ella desea tanto borrarame de su camino por no estar a la altura de su clase, y de todas formas allí está, pavoneando sus vulgares logros. Supongo que cuando tienes poder puedes ser quien quieras ser.

Aunque falta para que se ponga el sol y los lugareños aún recorren las mesas de ofrendas en busca de sus cenas, Malvina ha conseguido ubicarse en un buen sitio junto al fuego. A su alrededor hay literalmente un mar de dulces: *petits fours*, *scones à la Brighton*, *aebleskiver* fritos fuera de estación, rollitos crujientes de centeno y rollitos suaves de trigo ruso, ambos con la forma de la cruz solar. También hay una gran tarta de arándanos, con su relleno brillante debajo de una dorada masa enrejada.

—Malvina, mi dios, te has superado una vez más —comenta Nik con una sonrisa real cuando la alcanzamos. La chica le sonrío.

—Gracias, Nik. Sería un placer que disfrutaras de algo antes de que comiencen los lanzamientos.

—Esto no... —Nik intenta disuadirla.

—Insisto. Por favor, toma algo, hay más que suficiente para Urda.

Entrenamiento y práctica con la fuerte naturaleza caritativa de Malvina, más que suficiente para que Nik no se siga negando.

—Si ese es el caso, entonces sí. Algo pequeño sería lo más adecuado.

Su sonrisa aún radiante se vuelve más amplia mientras se sumerge en el mantel y escoge un *petite four*, elaborado con un perfecto estilo francés.

—Hay suficiente para tus amigas también —agrega en un último momento.

Estoy sorprendida. Malvina nunca me ha ofrecido nada, y entonces entiendo que no debe haberme reconocido. Es el vestido. Debe estar elaborado con el más poderoso de los hechizos para que consiga engañar a una víbora como ella.

—Qué amable de tu parte —comento, tomo un *scone* y observo sus ojos grises esperando a que me reconozca. Y ahí está, un breve gruñido.

—Ah, Evie —exclama—. Ese vestido es una maravilla. ¿De dónde...?

—Es un regalo. De mi parte, Friherrinde Annemette —interviene Mette mientras toma un rollito—. Por ser una buena amiga y la más amable anfitriona. —Y después hace lo impensable; enlaza sus brazos con el mío y el de Nik y nos acerca uno a cada lado.

Malvina sonrío tan duramente que puedo ver las venas de su cuello.

—Bueno, un consejo, de una condesa a una friherrinde. Si tratas a tus ayudantes con tales lujos, se acostumbrarán a ello.

—Eso espero —responde Annemette—. Tengo muchos más como ese para compartir con ella. Gracias por los dulces.

Y después, nos alejamos. Sin más. Nik parece algo perplejo, siempre como el perfecto príncipe, pero ni siquiera él puede evitar reír.

—La verdad es que estás adorable, Evie.

—Ya está aquí el apoyo —anuncia Iker y toma mi mano.

Les doy las gracias a ambos probablemente por tercera vez esta noche y luego llevamos a los chicos hacia la plataforma para la celebración de la cosecha. Annemette y yo nos sentamos en las pequeñas sillas de madera blanca reservadas para la nobleza; otra nueva perspectiva para mí, que en el pasado solo podía sentarme

en la arena. Mientras el cielo se oscurece, Nik comienza a hablar, pero no puedo concentrarme en lo que dice porque tengo muchas cosas en la cabeza. El festival de Lithasblot siempre ha sido algo que he conocido muy bien, cada año es igual y, durante un tiempo, ni siquiera asistí.

Tras la muerte de Anna me negué a salir de casa durante aquel Lithasblot. Nik, *tante* Hansa y mi padre intentaron sacarme de la cama, seguros de que una dosis de diversión durante el festival ayudaría a animarme.

Pero la música y la danza no pueden cerrar una herida como esa. Es más bien como si arrojaran sal sobre ella; el ver a otras personas cantar y bailar como si nada hubiera ocurrido, mientras tú estas muriéndote de la pena.

No fui. Ni ese año ni el siguiente.

Intenté pasar el tiempo leyendo los libros de hechizos de *tante* Hansa (lo único que me mantenía cuerda por aquellos días), pero incluso eso requería demasiado esfuerzo. Toda la fuerza que tenía la destinaba a bloquear las risas y las canciones.

Apenas hacía un año que había accedido a acompañar a Nik de nuevo.

Él también había perdido a su amiga, pero tuvo que mostrarse en el festival de inmediato, el día después de su muerte. Su deber y su título lo forzaron a caminar por el pueblo en su elegante atuendo y aceptar las ofrendas a Urda. No tuvo que hablar, como lo volverá a hacer esta noche, pero fue igualmente doloroso tener que mantenerse en pie frente a todos cuando estaba tan destrozado.

Pero ahora todo aquello ha quedado atrás; no hemos sanado, por supuesto, pero en tan solo dos días, este festival nos ha hecho

volver a sentirnos como en el último cuando aún teníamos a Anna. Iker asistió aquel año, llegó con sus padres de bahía Rigeby, con catorce años y de pronto muy alto. Anna y yo fantaseamos con él cada noche, hablábamos sobre sus ojos y reíamos mientras nos acurrucábamos en su habitación. Había pasado un año desde que me había confesado que ella prefería a Nik y desde que mi mente se llenara de sueños sobre nosotras como reinas hermanas, la friherrinde-princesa y la plebeya-princesa, amores de los reyes Øldenburg a ambos lados del estrecho de Øresund.

Por supuesto que Annemette no es Anna, pero no puedo ignorar la sensación de que esto es lo que podríamos haber tenido. Miro a Annemette, mientras ella observa a Nik hablar sobre la plataforma que está frente a la hoguera. Sus labios parecen el capullo de una flor, ligeramente abiertos mientras sigue sus palabras con la precisión de un depredador, tan ávida de recordar todo lo que está diciendo. Nunca llegué a ver a Anna mirar a Nik como lo hace Annemette, pero una niña de once años puede ser capaz de ocultar sus sentimientos tan bien como cualquiera de nosotros.

De pronto, los labios de Annemette se elevan en una sonrisa, sus ojos están fijos en algo con agudeza; sigo su mirada hasta Nik. Él está mirándola también, pero luego me mira a mí, mientras hace un gran esfuerzo por concentrarse en lo que está diciendo. Aun así, sus orejas comienzan a enrojecerse. Después Iker le entrega la primera hogaza ceremonial de pan; grande como una bala de cañón, hecha de centeno oscuro y trenzada en la forma de la cruz solar. Nik eleva la hogaza sobre su cabeza.

—Y así, demos las gracias a Urda con la fuente de la vida: el pan. Compartamos nuestras ofrendas de granos con nuestros vecinos. Que ninguna persona que lo necesite se marche con las manos

vacías. Que las hogazas vuelen a ellos con el mayor de los cuidados, la bendición de Urda de la mano de un vecino.

Nik corta un trozo de pan y se lo entrega al rey Asger. Otro trozo para la reina Charlotte y otro para Iker, cuyos padres se han quedado en su hogar este año. Juntos, los miembros de la familia real se colocan frente al fuego, con el pan en las manos.

Nik eleva el suyo sobre su cabeza coronada.

—Que comiencen las ofrendas.

Con eso, los cuatro lanzan el pan en dirección a la multitud. El trozo de Nik aterriza delicadamente sobre la falda de Annemette. Ella ríe y yo estoy tan concentrada riendo también que no le presto atención al crujiente pan de centeno que aterriza sobre mi pecho, y cae por mi corsé hasta mi falda. Levanto la vista y veo la despiadada sonrisa de Iker, que está inclinándose sobre la mesa real en busca de más pan.

Tomo una hogaza de la mesa que hay junto a mí y me pongo de pie. La corto por la mitad y le entrego una a Annemette.

—Apunta hacia Iker.

—Pensé que el pan era para los más desafortunados. —Su ceño se frunce en un momento de confusión.

—Está lloviendo pan. —Señalo el cielo—. Nadie va a quedarse con hambre hoy, te lo prometo.

Annemette levanta la vista para ver que sí, que hay panes de todas las formas y granos volando por el aire. Ella se agacha cuando un rollito vuela desde la ubicación de Malvina. Rebota en *fru* Ulla con un golpe azucarado antes de que un niño lo recoja con sus dos manos regordetas.

—Es todo por diversión —le aseguro, y arrojé el pan en dirección a Iker. Él levanta las manos para cubrirse la cara, pero las baja

demasiado rápido y el trozo que ha lanzado Annemette le da justo en la nariz.

Eso solo sirve para hacerlo sonreír y tomar dos pequeñas tartas de fresa de la mesa. Deja una en manos de Nik y los dos avanzan hacia nosotras, con sus ojos brillantes.

—¡Corre! —grito, y tomo la mano de Annemette.

Zigzagueamos entre la multitud hasta que llegamos a una zona abierta en la playa. Enlazadas, corremos por la costa. Pero los chicos son más rápidos y los pasteles nos golpean en la espalda. Caemos sobre la arena en un ataque de risa; algo que no he hecho en años.

Los chicos nos levantan; Iker desliza un brazo debajo de mis rodillas y me carga sobre su hombro. Recorre mi espalda con un dedo, hasta que mi vestido de clase alta queda cubierto por el relleno de tarta de fresa y estropeado por la arena, y después lo lleva hacia mi boca.

—Tarta arenosa para la dama.

Yo aprieto los labios y niego con la cabeza.

—Por Urda, debes probarlo.

Lo absurdo de la expresión de su rostro separa mis labios y él aprovecha la oportunidad para hacer llegar la tarta hasta mi lengua. Tengo arcadas y me sacudo, toso entre risas y caigo desde sus brazos sobre la arena.

Iker baja también y acaba a mi lado. Sus ojos parecen brillar mientras inclina su cuerpo sobre mí y sus labios bajan hasta los míos. Disfruto el beso, su piel recientemente afeitada, suave como la de un bebé sobre mi mentón. Supongo que no desafía todos los protocolos reales; la reina Charlotte ha ganado esta batalla.

—Mmmmm —dice y lame relleno de fresa de sus labios—.

Delicioso, aunque un poco... grumoso.

—Las tartas arenosas siempre lo son.

—Curiosa costumbre culinaria, habitantes de Havnestad.

—Come. Nik esperará que estés fuerte para mañana.

—¿Y qué pasa si le digo que he estado guardando mis fuerzas para ti? —Alza una ceja, con picardía en sus labios.

Lo aparto y me pongo de pie, de espaldas a él, con los brazos cruzados.

—Estaba de broma —asegura—. *¿Todos los juegos serán mañana?*

Asiento y me sacudo, mientras que él continúa en la arena.

—¿Eso significa que mañana es el día en el que te contoneas sobre un tronco?

Como no respondo, él se levanta, enrosca sus brazos a mi alrededor desde atrás y recorre mi abdomen con dos dedos, como mímica de una rígida caminata.

—Como lo prometí, mi príncipe —respondo con una ligera risa. *¿Por qué siempre cedo?*

—Sí...

Un grito corta la respuesta de Iker. Annemette. Los dos dirigimos la mirada hacia Annemette y Nik. Están más cerca de la multitud, ella está agachada sobre la arena, Nik se tambalea antes de caer de rodillas, aferrando su estómago. De pie frente a ambos se encuentra Malvina, con las manos delante de su cuerpo como si acabara de enterrar una daga en él.

Iker se queda de piedra, todo su cuerpo repentinamente rígido por la tensión.

—¿Primo?

Nik se levanta con esfuerzo, eleva una mano para que no se preocupe y se gira hacia nosotros. Su camisa blanca y su radiante

traje son ahora una maraña negra, como mis lágrimas en alguna ocasión.

Iker da un paso hacia la escena mientras cierra los puños.

Pero entonces Nik señala a sus botas. Hacia la bandeja de la tarta, dada vuelta sobre la arena.

—Urda ha sido muy generosa con la tarta de arándanos de Malvina. La diosa debe haber decidido que mi guardarropa y la playa estaban particularmente necesitados de nutrientes. —Con eso, Nik comienza a reír.

De inmediato, Iker se une a él y yo encuentro la mirada de Annemette mientras se levanta. Una pequeña carcajada escapa de sus labios y se convierte en una verdadera risa cuando su atención alcanza la figura doblada de Nik. Yo estoy demasiado impactada para reírme, he estado conteniendo la respiración durante todo este tiempo, pero después me uno a ellos también.

La única que no lo encuentra gracioso es Malvina, parece avergonzada, pero no arrepentida. No se disculpa al evitar a Annemette (claramente su blanco planeado) y recoge el plato de la arena a los pies de Nik.

Se levanta delante de él. Nik intenta recomponerse lo suficiente como para mirarla a los ojos, pero falla miserablemente, la risa sigue presente en sus facciones mientras deja que la sustancia pegajosa de arándanos y la masa se deslicen por su traje bordado de oro y por toda la playa.

—Espero que disfrutes esta ofrenda en nombre de Urda — anuncia Malvina, con la frente en alto, antes de girar sobre sus talones lo mejor posible sobre la arena, con su cabello rubio al aire.

Cuando se marcha, nos reunimos alrededor de él para analizar los daños. La camisa, el traje e incluso los pantalones están

insalvables.

Pero, fiel a su naturaleza, Nik simplemente sonríe y nos ofrece sus ropas cubiertas de pastel y arena.

— Tarta, damas? Urda insiste.

Capítulo

16

Despierto con la luz del sol a la mañana siguiente, aún con la cálida sensación de todo lo que ocurrió anoche. Ayer fue un sueño de principio a fin del que no me gustaría despertar nunca. Pero, con la clara luz de la mañana, la realidad me golpea y mi humor cambia rápidamente.

Annemette aún está profundamente dormida, con los pies extendidos hacia arriba, los brazos sobre su cabeza, enroscados entre las ondas de su cabello. Permanezco en la cama durante un momento más, escuchando a las gaviotas, antes de darme cuenta de que tengo la idea perfecta para lo que podemos hacer hoy.

Silenciosamente, me acerco al armario y lo abro. El primer vestido a la derecha es uno que usé dos días atrás. Cuando conocí a Annemette. No puedo creerme que solo hayan pasado eso, dos días, pero que de igual modo, el tiempo haya pasado tan deprisa. Hoy y mañana hasta la medianoche, y luego todo podría acabar de la forma más terrible posible; o podría ser el final más feliz de todos.

Annemette aún parece confiada y yo estoy obedeciendo su petición de no intervenir, al menos no de una forma mágica, pero la idea de perder a otra amiga en el mar me resulta casi insoportable. Primero Anna, después casi Nik y ahora Annemette, que lleva en mi vida muy poco tiempo, pero que me ha ayudado a abrir mi mundo de un modo que nunca había podido imaginar. Es la amiga que Anna nunca pudo ser para mí, que Nik no puede ser tampoco. Es la única que conoce mis secretos. Bueno, la mayoría.

He estado reprimiendo esta sensación, diciéndome a mí misma

que es su decisión, que debería valorar la vida que tengo a mi alrededor, como estoy segura de que ella lo hace, pero no sé durante cuánto tiempo más voy a poder seguir sintiéndome tan impotente.

Al menos aún puedo usar la magia para una cosa. Reviso el bolsillo de mi vestido. Mis dedos tocan el vial de tinta del otro día y luego se cierran sobre la pequeña amatista, sana y salva donde la había dejado. Tengo esperanzas de que mi mañana lejos del puerto solo haya provocado un día de mala pesca, o tal vez ninguno; la magia es tan nueva que no sé lo que ocurre si *no* la invoco.

Me visto rápidamente y, minutos más tarde, llego al puerto sin haberme cruzado ni un alma. El empedrado está cubierto de migajas mojadas por el rocío, abandonadas durante la noche anterior, y hasta el momento inadvertidas para las aves de Øresund.

Los muelles se encuentran también en silencio, no hay embarcaciones llegando ni yéndose, aunque eso cambiará en unas horas. Hoy es el día preferido para los asistentes al festival. La glotonería de las noches previas atraen a algunas personas; el último día, de pesca y danza, atrae a otras, pero no tantas como las que hacen cola para participar o presenciar los juegos que tienen lugar hoy.

Nuestros juegos no son precisamente tan sofisticados como los antiguos Juegos Olímpicos que *fru* Seraphine nos enseñó en la escuela, pero son más que suficientes para el pueblo de Havnestad.

Con la palma extendida y llena, cierro los ojos y paso la amatista por los cascos de las embarcaciones amarradas, una a una, mientras balbuceo las palabras que parecen funcionar, más que nada porque, sin nadie a la vista, no es necesario que las pronuncie

en mi mente.

Knorr yfir haf, knorr yfir haf, sigla trygg, fanga prír.

Knorr yfir haf, knorr yfir haf, sigla trygg, fanga prír.

Las palabras me suenan infantiles, tanto más sofisticadas cuando solo se mencionan en el espacio de mi cabeza. Repentinamente, deseo haber confiado lo suficiente en mi magia como para crear una simple y fuerte orden en nórdico antiguo; como algo que Annemette haría. Lo haría ahora mismo, pero me preocupa lo que un cambio podría provocar.

Mis palabras son como una canción de cuna, pero funcionarán.

Al terminar con todas las embarcaciones en el puerto, me detengo en el extremo del muelle real (el más extenso en el puerto de Havnestad) y miro hacia el estrecho.

«Urda, si es de tu voluntad, lleva mis palabras hasta mi padre, allá donde esté en Øresund. Mantenlo a salvo; no te lo lles. Tú no lo necesitas. Por favor, no lo tomes solo porque puedes hacerlo».

El rostro de Anna atraviesa mi mente, abierto y libre, riendo antes de que la absorbieran las olas. Pero lo empujo lo más profundo que puedo dentro de mi cabeza, junto con mis oscuros pensamiento de la mañana. Necesito vivir como Annemette, como Iker, y disfrutar del día al máximo.

Me doy la vuelta con la intención de volver al castillo.

No lo veo al principio, mis ojos se fijan en las nubes que el sol ha teñido de color rosado con el amanecer. Pero después escucho el suave acorde de una guitarra, que alguien toca muy ligeramente en un jardín de tulipanes. Esa canción otra vez, la de la fiesta.

—¿Nik? —Su mentón se inclina hacia mí, sus ojos se apartan del mar. Está en un banco de piedra debajo de la sombra de un árbol, la versión arrugada de su fornida estatua se encuentra al otro lado

del jardín; su ropa de dormir desaliñada, se aparta el pelo despeinado de los ojos con la punta de sus dedos—. ¿Has salido esta mañana para dejar que las aves limpien los últimos rastros de tarta de tus orejas?

—Me di un baño anoche, pero gracias por haberlo notado.

—Entonces, debes haberte levantado temprano para idear un plan para superar a Iker en la competición de levantamiento de rocas.

—El único plan que necesito, mi lady. —Levanta un brazo y palmea su esbelto bíceps.

Yo le doy un ligero golpe en el brazo y nos sentamos en silencio durante un momento. El color rosado del amanecer se ha vuelto salmón, el tono ya está mutando hacia el amarillo dorado que adquiere justo antes de que domine el clásico cielo azul y de que el sol esté completamente sobre el horizonte.

Los dedos de Nik vuelven a apartar el pelo de su frente y de su cara, y baja la mirada hacia las rocas a sus pies. Después de un suspiro, levanta la vista hacia mí otra vez y tengo la sensación de que podría decirme la verdadera razón de su meditación matutina.

—Evie... —comienza, y mi corazón se desploma ante su tono de pena. *Oh, no*—. Evie, ¿realmente has besado a Iker?

Mi corazón se detiene y permanezco allí sentada, con la mandíbula tensa. No sé qué decir. No estoy lista para hablar sobre mí e Iker. No con Nik al menos.

Río y lo golpeo con el codo en las costillas, con la esperanza de que una broma borre la tristeza que hay en su voz.

—La verdadera pregunta es: ¿*tú* has besado a Annemette?

Espero que se sonroje. Que diga que sí. Que lo admita para que Annemette tenga al menos una oportunidad de quedarse (¡de

vivir!) y llenar el hueco que tenemos en nuestros corazones.

En cambio, su rostro se arruga como si hubiera olido algo podrido.

—Por supuesto que no. Soy un romántico, pero no soy un... No soy, no...

—¿Iker? —Mi voz suena más enfadada de lo que había previsto, pero tengo un nudo en la boca del estómago. Algo que arde, como desilusión, no solo por él, por su claro desdén hacia Iker, sino por todo lo que *yo* hago con él.

Él comienza y se detiene y sé que no sabe por dónde empezar. Muy pocas veces me he enfadado con él. Echo de menos que no sea capaz de arreglarlo con una sonrisa principesca o una mirada consciente, sus únicas herramientas en un conflicto, las formalidades reales que su madre le ha inculcado.

—Sé que es estúpido —dice finalmente—. Tengo dieciséis años y soy un príncipe; debería estar divirtiéndome. Mi madre nunca dejaría que algo malintencionado llegara tan lejos. Ella tiene planes para mí, además. Es solo que... Me gusta Annemette. Pero no es... no es... —Me mira, y hay algo más en sus ojos—. Como en los cuentos de hadas. —Después levanta la vista y veo venir el cambio de tema por la determinación de su mentón—. Y que él te bese a ti... —Niega con la cabeza, su postura se debilita—. Dios, debe parecerte que soy un desastre...

—No —afirmo. Tomo aire con fuerza antes de hablar.

—Sí, así es. —Ríe suavemente por lo bajo—. Debes pensar que estoy loco.

—Pareces confundido. Puedes encontrar «locos» en esas historias de amor que leíamos cuando éramos niños. Esos príncipes que encerraban mujeres en una torre para conquistarlas; esos son los

locos.

—Sí. —Nik asiente para sí mismo—. Mette es una chica muy guapa, encantadora en realidad, y bella, y lamento que tenga que volver a Odense, pero no creo que alguna vez pueda llegar a enamorarme de ella como para ser... para ser... su príncipe de cuento de hadas.

Mi estómago prácticamente colapsa. Pero Nik solo está hablando desde el corazón. No sabe que no habrá Odense para Annemette. No habrá... nada. Para él, ella no es más que otra chica de las que su madre lo obliga a cortejar. ¿Y si le contara la verdad? Tal vez eso cambiaría las cosas. *Evie, ¿de qué estás hablando? ¿Decirle que ella es una sirena?* Pero tal vez él vería lo increíble que es ella y querría salvarla, al igual que intentó salvar a Anna. Pero, en realidad, solo conseguiría que todo esto cayera sobre sus hombros. Toda esa culpa. ¿Puede el amor nacer de la culpa? ¿Eso es amor verdadero? No lo sé... ¿cómo podría saber lo que es el amor verdadero? No, si le dijera la verdad, podría arruinar el tiempo que le queda a ella para conquistarlo. Todo esto es culpa mía, por pasearme con Iker mientras Nik estaba preocupado por mí, desviando su mente de Annemette. Tengo que intentar algo diferente.

—Ella me recuerda tanto a Anna... —comento, y siento que las palabras salen de mis labios con timidez.

—Cómo se sonroja, sí —admite, pero no dice más. No es la respuesta que esperaba.

—Y sus facciones. Su voz cuando canta.

Él se encoge de hombros y levanta ligeramente sus rodillas para enderezarse.

—Pero ¿sabes en qué no se parece? En el modo en que me mira; Anna nunca se hubiera permitido pensar en mí como un chico

apuesto.

—¡Eso no es cierto! Ella se sentía muy atraída por ti, y lo sabes. — Golpeo ligeramente mi hombro contra el suyo, aunque me resulta muy raro hablar de los sentimientos de Anna cuando estamos de broma. Permanezco en silencio durante un momento y luego agrego—: Dale a Annemette una verdadera oportunidad, por favor. Por mí.

—Pero ¿qué hay de ti y de Iker?

—¡Deja de pensar en Iker, Nik! Estoy feliz, pero no voy a dejar que me haga daño, que sé que es lo que te preocupa. Soy más lista que eso. —Él se sonroja durante un momento, pero yo continúo—. La única felicidad por la que quiero que te preocupes es la tuya.



Cuatro años atrás

El chico volvió a sumergirse. No podía dejar en manos de otros la tarea de encontrar a su amiga. Había salvado a una; necesitaba intentar salvar a la otra.

Que el mar se cobrara las vidas de sus habitantes era algo muy común en Havnestad (el mar tomaba tanto como daba), pero esto, esto no podía ser.

De inmediato, el agua lanzó sus garras sobre toda la húmeda extensión de su cuerpo, la marea se comportaba como si miles de manos jalaran de su cuerpo hacia las arremolinadas arenas que tenía debajo.

El constante discurso de su padre resonó en su mente. No seas un héroe, Nik; ya eres un príncipe.

Lo decía siempre que Nik hacía algo particularmente descuidado. Un cumplido implícito en un recordatorio. No eres solo un príncipe, eres el heredero. El único heredero.

Y allí estaba la voz de su padre, jalando de él tan fuerte como las olas.

Se extendió sobre la superficie, lo dejó todo a un lado (las palabras, el agua) y llenó sus pulmones. A su alrededor, los hombres surcaban las olas. Ninguno de ellos había encontrado a Anna.

El chico volvió a sumergirse y forzó a sus ojos a permanecer abiertos contra el ardor de la sal.

Azul. Azul por donde fuera.

Parpadeó para ajustar su visión.

Las sombras en el lecho del océano se convirtieron en algas marinas que se movían en la oscuridad. Algas, escombros y diminutos caballitos de mar que flotaban en el mar azul, un mosaico en movimiento.

Sus ojos miraron hacia la izquierda, hacia la derecha. Todo su cuerpo giró.

Ella está aquí. Ella está aquí. Tiene que estar aquí.

Volvió a salir a la superficie, no muy lejos del banco de arena en esta ocasión.

No había hombres gritando. Nadie hundiéndose bajo el peso de una chica rubia en enaguas.

Volvió a la profundidad del océano una vez más, más y más profundo, la corriente lo guiaba bruscamente.

Con los ojos abiertos, analizó el fondo. Con sus pulmones suplicando aire, buceó.

Y allí.

A cien metros de distancia. En una grieta. Un destello blanco. Un pie desnudo entre una maraña de algas y corales.

Con la mirada fija en su ubicación, salió a la superficie; necesitaría aire para alcanzarla. Ocho grandes y agitadas respiraciones.

Puedo hacer esto. Puedo salvarla.

Y una vez más se sumergió, con los ojos abiertos mientras nadaba, fijos en el destello blanco. Tan lejos. Tan abajo.

Sus pulmones ardían. Sus oídos resonaban. Los extremos de su visión se volvieron oscuros.

El destello blanco seguía allí. Pero no conseguía acercarse. No parecía hacerse más grande, más alcanzable. Solo brillaba en el lecho marino, como una estrella que no podía alcanzar.

Su mente comenzó a ir más lento, al igual que sus piernas y brazos, que ya no luchaban contra la corriente.

No tienes que ser un héroe, Nik; ya eres un príncipe.

No eres solo un príncipe, eres el heredero.

El único heredero.

Con la respiración presionando sus pulmones, tomó su decisión.

El príncipe se sumergió más.

Su vida no importaba más que la de ella. Él era quien tenía la oportunidad de salvarla, y esa oportunidad no debía depender de la sangre que corría por sus venas.

Con sus piernas ardiendo, pataleó, ya no quedaba aire en sus pulmones para impulsarlo. Pero estaba tan cerca. Ya podía distinguir sus dedos. Su cabeza palpitaba por la falta de aire, su sangre punzaba por la presión, y volvió a patear y a empujar el agua con sus brazos.

Pero entonces, una presión alcanzó sus pies. Que jalaba de él, hacia arriba. Que lo impulsó hasta que, por un instante, el peso desapareció. En cuanto desapareció, fue reemplazado por unos brazos enlazándose debajo de sus hombros. Un pecho contra su espalda. Y fuerza, mucha fuerza, impulsándolo hacia la superficie.

En ese momento, sus pulmones finalmente demandaron aire y él inhaló involuntariamente, mientras el agua aún lo rodeaba. Una gran bocanada del mar alcanzó su tráquea por una fracción de segundo, antes de que volviera a escupirla hacia el agua.

Sin aliento, sin tiempo, atravesó la superficie. El aire era tan fresco que quemaba; mientras sus pulmones tomaban aire agitados, su lengua escocía por la sal inhalada.

Tosiendo, respirando, finalmente, abrió sus ojos una vez más, con el agua corriendo sobre ellos.

No podía ver bien, pero sabía de quién era el rostro que tenía frente a él.

—¡No! Iker... —comenzó mientras tosía. Tosía tan fuerte. Expulsó más agua salada por su boca. Corrió por su mentón. Secó su boca con una manga tan empapada de agua que solo consiguió mojarse aún más.

—Te tengo, primo. Te tengo. No te preocupes. Estás a salvo.

—Yo... —Volvió a toser y tomó aire con fuerza—. Tengo que alcanzarla.

Con aire en sus pulmones, intentó apartar a su primo.

—Ella se ha ido, Nik. Se ha ido. Y tú casi lo haces también.

—¡No! Ella está allí abajo. La he visto. Tú tienes que haberla visto también. Ella está allí, justo allí...

—No quieras ser un héroe, Nik. —Los fuertes brazos de marinero rodearon al príncipe en un abrazo; los de él permanecieron a sus lados, su único recurso fue

patear, pero eso solo los acercó más a la playa. Alejándolos de ella.

—Iker, por favor. Ella nos necesita. Anna nos necesita. Podemos rescatarla. Podemos...

—No podemos. —La nueva voz profunda de su primo se quebró al decirlo, y su tono se agudizó—. No podemos.

—¡Sí podemos! ¡Podemos salvarla! —Estaba gritando, a pesar de que su voz era áspera y débil.

Su primo solo lo presionó más. Sus labios alcanzaron el oído del príncipe, la voz resultó más suave de lo que parecía posible.

—Si tú mueres rescatándola, eso no dará alivio a tus padres, ni a tu pueblo. Eso solo le dará a Havnestad otro cuerpo sin vida.

—Pero ella no es un cuerpo. No lo es. Ella está allí. Justo allí. —Pero, incluso mientras decía las palabras, sabía que ya había pasado demasiado tiempo. Diez minutos, aunque parecían cien.

Y luego, comenzó a llorar. Lágrimas saladas se deslizaron por sus mejillas y hacia la costa. Él no las secó. Las dejó correr. Dejó que se unieran a Anna en el mar.

Los juegos anuales de Lithasblot comienzan con el sofocante calor del mediodía. Los ciudadanos de Havnestad y los curiosos del otro lado del estrecho de Øresund se dispersan por la playa principal, listos para que los juegos de habilidad y los deportes comiencen en las montañas sobre el mar.

Es la primera vez en varios días que los chicos no están apropiadamente vestidos en público. Con certeza, ambos están perfectamente afeitados (así es más fácil enseñar sus rostros competitivos), pero también visten sencillos pantalones de deporte, hechos de algodón, y se han remangado las camisas. Este cambio de atuendo también es tradición.

El día de hoy consiste en demostrar habilidades. No estaba mintiendo cuando le aseguré a Iker que nuestros juegos eran útiles; de hecho se originaron con una finalidad. La escalada de rocas y las carreras por la montaña. La prueba que consiste en atravesar troncos sobre el arroyo que desemboca en el puerto. La competición de nado en la orilla del mar. Todas ellas son actividades vitales para sobrevivir. Útiles; hasta el levantamiento de rocas, que imita los trabajos del transporte de carga hasta la costa.

Todos los ciudadanos de Havnestad tienen las mismas posibilidades de competir. No importa la edad, si puede caminar, tiene permitido intentarlo; con la familia real animándolo, o posiblemente compitiendo en su contra.

Después de degustar los platos de *samsø*, pan de centeno y melocotones, el padre de Nik le indica que presencie primero los eventos que tienen lugar en las montañas. Esos eventos son los que tienen menos competidores, y el rey Asger prefiere ver la acción de

la playa.

Y el rey Asger consigue lo que el rey Asger desea; incluso de su hijo.

Fiel a su naturaleza, Nik hace una reverencia (sin la corona sobre su cabeza) antes de tomar otro melocotón, una botella de agua y llevar a Annemette hacia el paso Lille Bjerg.

Echo un vistazo a Iker de reajo cuando él no se mueve para seguirlos.

Su fuerte mano enlaza mi muñeca con cuidado y me atrae hacia él. En un instante, me encuentro a un centímetro de su boca. La profundidad de sus ojos es sorprendente bajo el intenso sol, son claros y están tranquilos después de haber tenido una buena noche de descanso en una verdadera cama y no en el camarote de una embarcación.

—Quedémonos aquí solos.

—Solos. —Echo un vistazo a la playa—. Con las más de cinco mil personas que hay aquí, incluso tu tía y tu tío.

Iker ríe y toca delicadamente uno de los rizos que ha escapado de mi moño.

—Tantas personas y ninguna de ellas nos está mirando...

No, están mirando. Puedo sentirlo. Es solo que él está acostumbrado.

Me aparto, muevo el brazo con el que me sujetaba y tomo su muñeca mientras él aferra la mía. Y jalo de él hacia el paso Lille Bjerg.

—Hay muchos caminos alternativos, llenos de arbustos.

—Sería una pena que acabáramos perdiéndonos. —Alza una ceja y finalmente da un paso al frente.

—Una pena terrible. Decepcionaríamos mucho a Nik.

—Solo si se pierde en el mismo arbusto que nosotros.

Es verdad. Nik se ha convertido en una persona diferente desde que hemos hablado esta mañana, concentrado en Annemette con renovada intensidad.

Con las manos enlazadas, caminamos por la calle Market. Estamos a una buena distancia de Annemette y Nik, aunque avanzan a paso de tortuga; ella aún no ha visto la mayor parte del pueblo más allá del festival y se asoma en cada puerta y mostrador para ver las mercaderías. El hombre de la tienda de dulces ya le ha regalado una piruleta, que ha teñido su lengua de un color rojo grisáceo. Se ha atrevido a enseñárnoslo a una calle de distancia; ha sacado su lengua hasta casi el mentón. La imagen ha sido muy reveladora, unas fauces sangrientas bajo el rostro de un ángel. Por supuesto, ella ha pensado que era algo divertido y le he dado las gracias a Urda de que Malvina no estuviera cerca para verlo.

Nik ríe también con la ternura reflejada en su rostro. Él no se hace una idea de lo mucho que ella ha tenido que viajar para ver todas estas cosas que nosotros disfrutamos a diario, para caminar por las calles junto a él.

—He estado en Odense —comienza a decir Iker, el sol irradia con fuerza sobre sus ojos—, y no es Copenhague, pero tampoco es un pueblo pequeño. Por el modo en que ha reaccionado ante la piruleta, podría pensar que nunca ha probado un dulce en toda su vida.

—Demostrar gusto no es un crimen, Iker. —Y no lo es, aunque sé que esa respuesta no respalda la intensa capacidad de asombro de Annemette. Así que lo vuelvo contra él—. No todos son tan difíciles de sorprender como el príncipe marinero de bahía Rigeby.

Sus labios se curvan hacia arriba y sus ojos miran en mi

dirección.

—Sabes que soy el primero en entusiasmarme con facilidad; haya vivido a base de sardinas durante tres semanas o no. —Sus dedos presionan los míos y beso su hombro—. Lo que quiero decir es que hay algo sobrenatural en su nivel de regocijo.

Mi corazón se acelera y mis sienes se acaloran. Esta línea de pensamiento no es buena. No es nada buena en absoluto. Cambio de estrategia.

—Imagínalo desde su perspectiva. —Agito mi mano libre delante de su cara—. Ha llegado a Havnestad con una doncella gravemente enferma, no conoce a nadie aquí. Y, a pesar de todo, se ha visto acogida, le han ofrecido una cama en un bonito palacio, y el encantador príncipe que ha venido a conocer claramente cree que ella es alguien especial. —Levanto nuestras manos unidas para que estén a la vista—. Es normal que sea un torbellino de regocijo, ¿no? Solo con mirarlos casi se me alisan los rizos de la emoción.

Él ríe con cortesía, toma uno de mis rizos rebeldes con su mano libre y lo estira por completo. Después lo libera y observa cómo rebota para volver a su forma espiralada.

—Eso habría sido desastroso. Ni siquiera los salones de belleza de París podrían reproducir unos rizos así.

Mis mejillas se ruborizan al mismo tiempo que llegamos al final del camino de adoquines y comenzamos a andar por el sendero hacia el paso Lille Bjerg. Annemette y Nik han desaparecido tras una esquina. Me adelanto a Iker en el angosto camino y nuestras manos se separan.

—Solo estoy diciendo —continúa—. ¿Qué sabemos acerca de Annemette? ¿Cómo sabemos que es quien dice ser?

Río, para intentar que parezca que lo que dice es rículo y que su preocupación es innecesaria.

—¿Qué dices? ¿Crees que es alguna clase de estafadora prófuga, que se dedica a robar las joyas de la corona en Lithasblot? —Es la cosa más absurda que se me ocurre, a excepción de la verdad.

—No. No. Ella es una chica dulce..., pero hay algo en ella que no consigo descifrar. Y no me agrada esa sensación; en especial cuando involucra a la familia.

—Sé lo que es —afirmo, con la esperanza de terminar con esto de una vez; por Annemette, al igual que por mí—. Ella se parece a Anna.

—¿Tu amiga, la que se ahogó? —Sus pasos dudan detrás de mí.

—La misma.

—Claro. Ella tenía el cabello rubio.

—Sí. Y los ojos azules. Y la tez clara. El rostro en forma de corazón; todo eso. Su parecido casi hace que me desmaye. —No puedo evitarlo: las lágrimas se acumulan en mis ojos—. Pensé que había visto a un fantasma.

Él deja de avanzar. Cuando me doy la vuelta él está mirándome, con el ceño fruncido y serio. Del mismo modo en el que me miraba en el balcón, su piel atravesada por la sospecha, tan fuerte como la luz del sol.

—¿Estás segura de que no hay forma de que esta chica haya podido saber eso? ¿Que haya escogido el nombre Annemette a propósito? Puede estar aprovechándose de ambos; utilizando el recuerdo de Anna en vuestra contra.

La inclinación del camino nos sitúa frente a frente y él pasa sus pulgares por los extremos de mis ojos para secar mis lágrimas. Yo llevo mi mano a su mejilla.

—¿Quiénes son esos canallas que conoces en altamar? ¿Alguien en el mundo realmente hace cosas tan horribles? ¿Tienes algo de fe en tus compañeros?

—Evelyn, soy consciente de que no eres una niña inocente, pero siento que debo recordaros, a ti y a mi primo, que las personas no siempre son quienes dicen ser.

—No te equivocas. —Doy un paso hacia él y apoyo mi frente en la de él, nuestros labios a muy poca distancia, nuestras miradas fijas—. Y, aunque tu preocupación me resulta adorable, ya hemos terminado de hablar de esto. Annemette podrá no ser Anna, pero ella es mi amiga. No me está engañando.

Acabo con la distancia entre los dos y nuestros labios se encuentran. Él me abraza con fuerza, sus manos envuelven mi espalda, sus dedos se enredan en mi cabello. Permanecemos así durante un momento, pero cuando al fin está tan comprometido con nuestro beso como para cerrar los ojos, sé que he ganado esta batalla.

—¿Habéis tomado el camino largo por la montaña?

Me aparto de Iker y encuentro a Annemette de pie a unos metros de nosotros, Nik seguramente a la vuelta de la esquina. Su ceño muestra sorpresa, pero hay una sonrisa en sus labios teñidos de color cereza.

—¿No me habéis escuchado? Nunca llego a tiempo. —Él sonrío ligeramente ante su propia jugada con discreción, pero juro que aún puedo ver una mirada escéptica en sus ojos mientras pasa junto a ella.

Annemette toma mis manos y ambas nos echamos a reír. Realmente me hace sentir como si Anna estuviera aquí.

Nos dirigimos hacia los juegos, pero cuando llegamos, ya han

convecido a Iker y Nik para que compitan en una carrera por la montaña. Los deberes reales y el arte del juego implican que Annemette y yo nos quedemos atrás con la sola compañía de un tronco. Normalmente, yo también correría (soy más veloz de lo que parezco), pero a Annemette le han estado molestando los pies; el ardor de ayer es más doloroso que antes. En su lugar, observaremos a los escaladores en la distancia, mientras esperamos a que los chicos desciendan de la montaña, sudorosos, sucios y llenos de nuevas historias que contarnos.

—¿Cómo lo haces? —pregunta ella en voz baja.

—¿A qué te refieres? —respondo.

—¿Conseguir que Iker te bese de ese modo? —agrega, con la exasperación reflejada en su voz—. Es una tontería, pero estaba observándote...

—¿Para aprender? —Quiero reír; la idea de que alguien me observe por mis habilidades de seducción me resulta ridícula y aún tengo mis dudas de que lo que haya detrás de los besos de Iker sea realmente amor, pero Annemette parece estar desesperada. Ella *está* desesperada.

Las mejillas de Annemette se ruborizan, aunque su tono rosado lo provoque la luz de la montaña.

—¡He hecho todo lo posible para demostrarle cómo me siento y aún no me ha besado! Pero sí tengo la sensación de que le gusto.

—Le gustas. ¡Sé que le gustas! —Aparto esta mañana por completo de mi mente. Nik ha hecho caso a mis palabras. Lo sé. Todo saldrá bien.

Ella permanece en silencio durante un momento, sus facciones se suavizan con sus pensamientos.

—Mi padre, el rey del mar, dice que cuando todo es como lo

esperabas, no puedes ver las imperfecciones.

De alguna forma me silencia la sorpresa de que el rey del mar de las historias de nuestra infancia sea tan real como la sirena que tengo delante de mí. Finalmente, asiento.

—Tu padre es muy sabio.

—Pero yo no soy ciega. Sus sabias palabras resuenan en mis oídos cuando debería estar disfrutando de cada momento. En cambio, miro más allá de la perfecta pareja que parecemos desde fuera y veo todas las razones por las que Nik no está enamorado de mí.

—Sé a lo que te refieres —afirmo.

—No, Iker está enamorado de ti.

—Me gustaría mucho que Iker estuviera enamorado de mí. —Niego con la cabeza—. Pero él tiene reputación de besar a cada chica cuyas rodillas se aflojen al verlo; y yo no soy la única en el estrecho de Øresund con problemas de equilibrio. Lo que tengo con Iker no durará para siempre y yo intento aceptarlo y estar bien con ello.

—Así que ¿tiene otras chicas a las que trata como a ti? —pregunta y mira a sus pies.

—Sí. O las tenía. No lo sé. —Puedo sentir que mi rostro se sonroja—. ¡Lo importante es que Nik no! Hay solo un pez en su mar y eres tú...

—Esa es una analogía ridícula, Evie.

—Y yo que pensaba que era ingeniosa, dada tu situación.

Annemette cierra sus ojos con fuerza y yo lamento haber hecho una broma tan estúpida en un momento como este.

—Mi situación. Sí. —Suelta una breve risa triste—. Toda una situación; amor a primera vista por un chico que jamás se atreverá

a besarme. Estaba tan segura de que él era el camino a toda una vida de felicidad, no...

Ninguna de las dos se atreve a decir cómo resultaría su vida de lo contrario.

Capítulo

18

Quando Iker y Nik vuelven, están más ávidos de probar quién es el más fuerte, el más veloz, el más ágil, sus egos están terriblemente dañados después de que ambos hayan perdido en la carrera por la montaña. Al parecer, el hijo del sastre, el pequeño Johan Olsen, ya no es tan pequeño.

—Nunca he visto a nadie correr como él —admite Nik mientras caminamos hacia el río Havnestad, que atraviesa las montañas antes de desembocar en el mar—. Ha sido algo digno de ver.

—¿Quieres algo digno de ver? —dice Iker—. Desafíame a una carrera de troncos, primo. Podría vencer a diez como ese chico Olsen, y a ti también.

Observo a Annemette, que ha impreso una sonrisa en su cara y se ríe con las ocurrencias de los chicos. Y, como me encantaría ver a Iker remojado en el río Havnestad, los animo también.

Nik ríe; una risa noble, pero risa al fin. Al llegar a la orilla del río, él aún parece estar pensativo. Sube un pie al extremo del tronco derecho. Hay otro disponible a la izquierda, listo para Iker.

—Si no me equivoco —comenta Nik— he escuchado que has venido a este espectáculo de Lithasblot con la promesa de que cierta chica de cabello oscuro atravesara un tronco, y no era yo, primo.

¡Nik! ¿Cómo ha podido? Pero me río como Iker, que tiene la cabeza inclinada hacia el cielo. Nik está perdiendo la compostura también; ríe tan fuerte que su pie ha resbalado del extremo del tronco y está casi inclinado sobre él.

Annemette, sin embargo, conserva la compostura. Me enderezo

en el momento en que ella mira en mi dirección, con una pequeña sonrisa malévola y un brillo en sus ojos.

—¿Qué les parece esto? Nik y Evie corren. El ganador se enfrenta después a Iker.

Las cejas de Iker ascienden y sus ojos brillan, claros y emocionados. Y aplaude con sus grandes y fuertes manos.

—Sí. Eso es. ¡La dama ha tenido la idea perfecta!

—Sí, la idea perfecta para mantenerse seca a sí misma —agrego y niego con la cabeza.

—Soy solo una espectadora. —Annemette se encoge de hombros y retrocede hacia la pequeña audiencia que se ha reunido alrededor de las rocas y los troncos.

Nik ríe y da un largo paso para golpearla dulcemente con su codo.

—Eso pensaba también, querida, y mira a dónde me ha llevado.

—Sí, a ser mi primera víctima. —Alzo una ceja hacia él.

—Oye, ¿por qué estás tan segura de que vas a ganar? —me pregunta Nik, con una sonrisa en sus labios, aunque intenta que su tono suene indignado.

—Algunas veces solo tienes una sensación, mi príncipe. Puedes estar seguro de que vas a perder, Asger Niklas Bryniulf Øldenburg III.

Mientras los espectadores y los demás competidores vitorean el nombre de Nik, él coloca un pie sobre el tronco que hay al otro lado. Ambos se encuentran suspendidos por encima de la corriente, amarrados con cuerdas de marinero a cada lado, con la intención de mantenerlos derechos y algo estables; para que la competencia sea justa, no para dar tranquilidad.

Hay ocho metros entre un extremo y el otro. Debemos alcanzar el

otro lado, tocar la orilla y luego volver. El primero en regresar o el que se mantenga fuera del agua gana. Si ambos competidores acaban en el agua, entonces sería un empate, sin importar quién haya caído primero.

Nuestro banderillero, Ruyven van Horn, un pelirrojo de cabello lacio, con orejas de elefante, se sitúa entre nosotros, con la señal oficial que dará comienzo ya en sus labios.

—En sus marcas... listos... ¡ya!

Subimos a nuestros troncos. Las piernas de Nik son mucho más largas y avanza con un solo paso, pero su centro de gravedad es mucho más alto y se tambalea de inmediato.

—¿Inestable tan pronto, primo? —Iker ríe detrás de nosotros.

—Mófate y solo conseguirás hacerme enfadar. —No puedo verlo, pero estoy segura de que Nik está sonriendo también.

En el tiempo que le ha llevado equilibrarse y responder a la provocación de Iker, yo ya he dado cinco pasos. Los troncos están resbaladizos, pero el mío es del tamaño perfecto para mis pies. Si los apoyo en una posición de ballet francés, puedo moverme rápidamente hacia el centro con pasos firmes. Junto a mí, Nik ha alterado su paso y desafía la gravedad con cada una de sus zancadas, pero utiliza su fuerza y coordinación para mantenerse estable.

Alcanzo el final de mi tronco y toco la tierra al otro lado y con eso gano que Ruyven eleve la bandera.

—¡Excelente, Evie! —festeja Annemette.

Vuelvo a colocar mis pies sobre el tronco en el momento en que Nik salta del extremo del suyo y aterriza seguro en la tierra.

—Mette, traidora —exclama Nik y asciende a su tronco demasiado rápido. Sus brazos revolotean en forma de arco dentro

de mi visión periférica; la multitud jadea.

—Menos charla y más movimiento, primo. ¡Evie está aplastándote!

—Solo me das ánimo porque eres tan estúpido como para pensar que puedes vencerme en la próxima ronda. En contra de ella no tendrías ni la más mínima oportunidad, y lo sabes.

Aún sigo al frente, pero por muy poco; mis pasos son más lentos y más cuidadosos. Con los años he visto a muchos competidores caer a medio metro de la recta final porque su mente ya estaba en tierra. Podría fácilmente invocar uno de los hechizos de *tante* Hansa y secar el tronco sin que nadie lo notara, pero no lo haré. No soy una tramposa. Así que mi corazón se tranquiliza mientras me concentro en el tronco que tengo debajo, el sonido del agua es lo único que pueden oír mis oídos.

Nik está a mi lado, pero mi visión periférica lo ha bloqueado; no sé si sus brazos están volando por el aire o si sus pasos son firmes y camina lentamente sobre el tronco. Todo lo que sé es que, al tocar tierra, Ruyven levanta un brazo y, al mirar al otro lado, Nik también está aquí, con las manos en sus caderas, respirando estable.

—¡La dama, por pocos centímetros! —declara Ruyven. Annemette aplaude, Iker también, aunque su expresión competitiva empieza a ocupar su lugar. El resto de la multitud está mayormente en silencio, hasta que Nik alza las manos sobre su cabeza en agradecimiento; entonces se vuelven locos.

—Bien hecho, Evie. —Nik presiona mi hombro. Después se acerca, para que solo yo pueda escucharlo—. Ignóralos. Solo me animan porque tienen que hacerlo. —Entonces, le habla a la audiencia—: ¡Ahora por Evie!

Un aplauso algo más cordial sigue a su exclamación, pero (nada sorprendente) también algunos abucheos. Y luego todas las miradas se giran hacia Iker. Sus ojos están fijos en mi rostro, el regocijo en el azul de los suyos ya está endureciéndose con concentración. Si Iker compite de la misma manera en que hace todo lo demás, necesitaré mucho más que unos centímetros de ventaja.

Giro y coloco mis pies en el tronco.

—¿Estás segura de que estás lista para volver a esforzarte tan pronto, Evie?

—Deja de retrasarlo, Romeo. Adelante.

Miro a Ruyven, que se está riendo muy a gusto a expensas nuestras. Ruyven me mira a los ojos, su rostro normalmente pálido está completamente enrojecido, y alza la bandera para dar inicio. Iker aún se encuentra a uno o dos pasos de su tronco, de espaldas, jugando con la multitud. Estabilizo mis pies, los músculos de mis pantorrillas se tensan por debajo de mi vestido.

—En sus marcas... —A Iker le lleva más de un segundo registrar las palabras. Ruyven comienza la siguiente parte antes de que el príncipe heredero de la bahía Rigeby tenga tiempo de darse la vuelta—. Listos... —Iker está a treinta centímetros de su tronco—. ¡Ya!

Avanzo en mi tronco, con el pecho bajo, las caderas en línea y las rodillas flexionadas. Ya he avanzado más de un metro cuando Iker finalmente se sube a su tronco, pero, fiel a su estilo, él toma la delantera solo con dos grandes pasos.

El bosque circundante vibra con las voces, tan fuertes que superan mi concentración y el murmullo del arroyo; Iker siempre inspira alborotos en cualquier situación.

—¡Acaba con él! —exclama Annemette.

—¡Lo tienes, Evie! —vitoria Nik.

Pero no lo tengo. Iker ya se encuentra a medio metro del otro lado de su tronco; sus atrevidos pasos son arriesgados, pero no inseguros. Yo aún me encuentro a diez cuidadosos pasos de la orilla y de la oportunidad de dar la vuelta. Cuando los pies de Iker tocan tierra, gira de inmediato, señala al banderillero del otro lado y después levanta sus brazos, grandioso y orgulloso al dirigirse a la multitud.

—¿Nadie va a celebrarlo por el caballo ganador? ¿Tan despreciable soy?

En respuesta, cada dama de la multitud, a excepción de Annemette, grita su nombre. Es el mismo coro que imagino cada vez que toca tierra en cualquier sitio de los reinos Øresund.

Sin embargo, la exhibición de Iker tiene un precio, y yo toco tierra apenas un instante después de que él vuelva a montarse en su tronco. Descubre que ha cometido un error y de inmediato se da prisa hacia el otro lado, casi brincando para quedar delante de mí.

Estoy tentada de acelerar y dar pasos más largos, pero me contengo, el tronco está más resbaladizo que antes.

Avanzo y ya estoy a mitad de camino, con una segunda victoria a la vista. Pero entonces, alguien decide que un príncipe no puede volver delante de mí y una rama vuela por los aires y me golpea en el cuello.

El dolor es agudo y pierdo el equilibrio. Caigo al agua, cerca del otro tronco, antes de poder hacer nada físico o mágico para evitarlo. Mientras lo hago, pienso por una fracción de segundo en el hechizo de flotación de Annemette, y casi pronuncio la orden, pero no puedo hacer eso aquí. Aun así, me mantengo suspendida

en el aire durante un instante más de lo normal antes de encontrar la mirada de Annemette. Veo sus ojos adoptar la mirada de concentración que vi en la laguna de Greta. *No lo hagas, le digo con la mirada. Aquí no.*

Cuando caigo al río la corriente me arrastra hasta el tronco de Iker. Escucho gritos por encima del ruido del agua, pero no puedo distinguir lo que están diciendo. Luego llega un destello de color blanco y azul marino, seguido por un alboroto y las gotas de agua que vuelan sobre mi cara.

La multitud está haciendo mucho ruido, pero no entiendo la razón hasta que unos fuertes dedos sujetan la parte de atrás del cuello de mi vestido y entonces entiendo que Iker ha saltado al agua. Se aferra al tronco con el otro brazo para evitar que lo arrastre la corriente.

—¿Estás bien?

Asiento, tan sorprendida por el agua como por la intensidad de su voz.

Iker me impulsa con cuidado y yo nado los últimos metros hasta el extremo con mucho esfuerzo para vencer a la corriente que descende. Annemette se inclina hacia mí para sujetarme, su bonito vestido está todo manchado de lodo.

Nik está en la orilla, gritando. Más que eso; está empujando al chico que ha arrojado la rama entre la multitud y lo expulsa de la competencia. Nunca he visto a Nik tan enfadado.

Annemette me ayuda a subir hasta la orilla resbaladiza. Iker me sigue, se impulsa hacia arriba, con las manos sumergidas en el lodo. Somos un desastre, ambos, goteamos agua con tierra por todas partes.

La multitud está en silencio y nosotros también. Nik se nos une y,

sin decir una palabra, nos dirigimos hacia el camino. Ni siquiera él habla, su enfado aún es evidente.

Mientras nos alejamos, Nik vuelve la mirada hacia mí y murmura para sí mismo. Casi parece que quisiera tomarme de la mano, pero Iker ha pasado un brazo alrededor de mis hombros, así que todo lo que dice es:

—Me aseguraré de que nunca vuelva a competir, de que nunca vuelva a asistir.

No sé qué pensar; Nik no tiene la costumbre de aprovechar su poder real, pero no niego que la sensación me gusta. Por supuesto, eso solo hará que las habladurías continúen. Más razones para que las personas del pueblo digan que yo no conozco mi posición. Acaricio el hematoma que comienza a formarse en mi cuello, un regalo de la rama, y miro a Annemette. Su expresión está comprimida, su boca en una línea, su ceño fruncido. Camina unos pocos pasos lejos de Nik, para darle espacio, para dejarlo estar.

Lo he hecho otra vez, ¿no es así? He encontrado otro modo de distraer a Nik de lo importante. Solo quiero estar sola, dejar que todos sigan sin mí, pero al llegar al pueblo, Iker me detiene, se toma un momento para sacudir el lodo de sus botas en una saliente de los adoquines. Con las botas limpias, Annemette y Nik lejos, toma mi mano.

—¿Por qué sigues aquí?

—¿Qué quieres decir? —Lo miro sin comprender lo que quiere decir.

—Cuando me marché para cazar ballenas hace unos días, ¿por qué insistes en quedarte en un sitio donde las personas te arrojan ramas y dicen cosas horribles sobre ti?

Iker podría desafiar a *tante* Hansa con su habilidad de

observación, pero sus palabras también suenan vacías.

—No es nada nuevo —respondo—. Además, tu oferta no era real. Ambos lo sabemos.

—Eso no es verdad, Evie. —Niega con la cabeza, su mirada es intensa—. Y es real ahora, me creas o no. En cuanto mis deberes en el baile hayan terminado, vente conmigo. Solo tú y yo en mi barco. Y si cazamos una ballena, mucho mejor.

Suena perfecto. Mis sueños se reproducen delante de mis ojos; de libertad, de Iker, del mar que podríamos conquistar juntos, una ballena tal vez. Pero es demasiado perfecto. No puedo ir, aunque solo fuera por unas pocas semanas, ¿por qué él no puede ver eso?

Pero al mismo tiempo, Annemette aparece en mis pensamientos; ella lo ha arriesgado todo por la persona de la que está enamorada y yo no he arriesgado nada. Aunque ella muera (y duele el solo pensarlo) habría vivido más en estos pocos días de lo que yo en toda mi vida.

Levanto la vista hacia Iker. Mi imperfecto Iker. La decisión correcta no podría ser más clara.

—Cazaremos una ballena —digo.

Iker me besa y yo me envuelvo en él, mi mente ya está llena de sueños de días en el mar y noches abrazados, con mi mejilla en su pecho.



Cuatro años atrás

La niña del cabello oscuro no podía quedarse en la playa. No podía simplemente permanecer allí mientras las personas que más quería, como si fueran su familia, estaban en el agua.

Se impulsó para levantarse, pero se sintió tan pesada como si la marea aún la arrastrara. Sus pies tropezaron, sus pulmones se cerraron y volvió a caer en la arena.

Los lugareños que observaban no la ayudaron a levantarse, no se dieron prisa para asistirle. Murmuraban detrás de sus manos, pero no lo suficientemente bajo. Ella ya lo había escuchado antes, y las palabras se reproducían en sus oídos como recuerdos.

Esta chica; se le permite entrar al castillo y es tan tonta como para creer que vive allí.

El príncipe no es tu hermano, niña.

No descartaría que estuviera detrás de toda esta tragedia; artimañas para ascender socialmente.

La niña del cabello oscuro se obligó a levantarse una vez más, con la mirada sobre la figura de Iker, que nadaba desafiante entre las aguas. Los dedos se tensaron a sus lados. Había tanto que deseaba poder hacer.

Dio un paso adelante. Y luego otro. Avanzó con su propio poder, respiró con fuerza para impulsarse. Su corazón latía en sintonía con los nombres de sus seres amados; Anna, Nik, Anna, Nik, Anna, Nik.

E Iker. Tan fuerte. Él tenía que salvarlos.

Sus pies alcanzaron el agua y se detuvo. Sus dedos volvieron a tensarse. Lo que no daría por tener allí las tintas y cristales de su madre, los libros y el conocimiento de su tía. Por un mundo en el que pudiera hacer uso de su magia; y que no la quemaran o desterraran por ello.

Iker salió a la superficie. Llevó su cabeza hacia atrás para tomar una gran

bocanada de aire y volvió a sumergirse, sus pies salpicaron por encima de las olas.

Él había encontrado a uno de ellos. Tal vez a ambos. ¿Cuánto tiempo llevaban bajo el agua? ¿Sería demasiado tarde?

La niña miró a sus pies, miró a los pececillos que nadaban alrededor de sus tobillos como si no estuviera sucediendo lo peor en el mundo, justo allí, en su porción del mar.

Como si su amiga no se estuviera muriendo y no fuera culpa suya.

Aunque sí lo era. Ella le había sugerido a Anna que Nik podría quedar impresionado por su valentía. Que siempre lo impresionaba la suya, ¿por qué no lo haría la de Anna? Anna, que estaba tan enamorada.

Era culpa suya. Ella había propuesto la carrera. Había plantado esa idea de audacia en la mente de su amiga. Y todo había resultado mal.

Anna. Nik. Anna. Nik. Anna. Nik.

Pero ella no era impotente, ¿o sí? Un recuerdo se hizo presente en su mente, y de pronto las palabras salieron de su boca. Antiguas y oscuras. Y dignas de intentarlo. No tenía tintas, pociones ni cristales. Pero tenía aquellas palabras. Eran un aliento de vida. Y eran todo lo que tenía.

Y así, la niña del cabello oscuro se mantuvo en las sombras y recitó el último hechizo que había invocado su madre.

De inmediato, su piel se acaloró, el agua de mar se evaporó hasta formar líneas secas de sal. Su sangre cantó con la magia, de espaldas a las personas que la quemarían o la desterrarían. Se arrodilló entre las olas, llevó sus manos al agua; mientras más contacto tuviera, más poder conseguiría.

Cerró los ojos.

Las palabras continuaron y ella comenzó a sacudirse. Violentamente. Se elevó sobre el vapor de los rizos pegados a su enagua.

Ruido de agua. Un fuerte chapoteo. Voces masculinas.

Sus ojos se abrieron y miró a la superficie distante.

Nik.

Iker tenía a Nik en sus brazos.

Estaban gritándose uno al otro, ambos llenos de vida. La voz de Nik atravesó el ruido del agua, una sola palabra se elevó por encima de todo lo demás, suficiente para que pudiera escucharla.

—¡No!

El estómago de la niña se desplomó. Las palabras se detuvieron. Había llegado demasiado tarde. Todos habían llegado demasiado tarde.

—Ah, Anna. Lo siento. —Comenzó a llorar, el hechizo murió en su lengua, su piel comenzó a enfriarse.

Parpadeó y vio la oscuridad. Espirales de un líquido negro y viscoso se formaron ante sus ojos. Perpleja, se puso de pie y sus gruesas lágrimas negras cayeron desde sus mejillas hasta el agua.

No, de nuevo, no.

La niña frotó sus ojos y se secó las manos en sus enaguas. Y, cuando pudo volver a ver con claridad, bajó la vista hasta sus pies. Unos pececillos muertos flotaban en la superficie, las algas marinas, marchitas y negras.

Tropezó hacia atrás, hacia tierra seca. La magia fuera de sus labios, un amigo nadando hacia la tierra, otro yaciendo con sus lágrimas en el mar. Lágrimas que habían matado la vida a sus pies.

La niña giró para ver a la multitud, con manchas negras en los dorsos de sus manos, tras frotar sus ojos una vez más. La magia se aferraba a su piel.

Toda la multitud contuvo el aliento.

—Ah, ya basta, es solo tierra del mar. ¡Ella casi se ahoga! —Tante Hansa. La mujer caminó hacia la niña y la acercó a ella para susurrar en su oído—. Debemos irnos. De prisa, tu vida es más importante que ver a esos niños en tierra.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunta Annemette mientras salimos del palacio con un manojito de fresas en nuestras manos. Hemos vuelto a cambiarnos para que yo pudiera ponerme ropa seca y Annemette algo menos cubierto de lodo. Le he propuesto salir a dar un paseo y comer algo para poder despejar mi mente. Me encuentro muy confundida; ¿realmente acabo de acceder a escaparme con Iker? Pero no puedo hablar de nada de esto con ella.

—Estoy bien. No ha sido gran cosa. La verdad.

—Simplemente no comprendo por qué estas personas se portan tan mal contigo —agrega—. Eres generosa, lista, bella, ¡y eres la mejor amiga de su príncipe!

—Ese es precisamente el porqué. —Suspiro y aparto las manos de mi cara—. Verás, soy pobre, pero eso está bien, porque casi todos lo son. Pero en Havnestad, y probablemente en todas partes también, los pobres no hacen amistad con los miembros de la realeza. Son sus sirvientes. Ser amigos mientras éramos niños estaba bien, pero tendríamos que haberle puesto fin hace mucho tiempo.

—¿Y entonces, por qué no lo han hecho?

—*Tante* Hansa. Ella salvó al rey cuando era niño, lo sanó de una terrible enfermedad y después lo hizo una vez más tras un accidente en su barco. Mi familia fue recompensada. Nombraron a mi padre pescador real y a Nik y a mí nos permitieron continuar siendo amigos. Sin importar cuánto se opusiera la reina Charlotte, incluso tras la forma en la que mi madre murió. —Annemette no inquiere más sobre este tema, así que sigo adelante—. La ironía es que *tante* Hansa nunca ha aprobado mi amistad con Nik tampoco,

pero me conoce muy bien como para criticar o prohibirme su amistad. Pero el pueblo, ellos creen que solo estoy utilizando a Nik para sentirme mejor que ellos, para ser más que ellos. Me odian por eso. Y nunca cambiará.

Caminamos junto a una hilera de cabañas de ladrillos, cada una de ellas con un pequeño jardín al frente.

—¿Anna? ¿Anneke? —llama alguien desde atrás.

Annemette parpadea y yo me giro.

De pie allí en el camino, con su peso sobre un bastón de madera, se encuentra *fru* Liesel, la abuela de Anna.

—Anneke, ven, dale a Oma un abrazo. Ha pasado mucho tiempo. —Un dedo encorvado señala a Annemette y una sonrisa atraviesa los labios de la anciana.

Annemette observa a la anciana y luego a mí.

—*Fru* Liesel, ella es mi amiga, Annemette. Ha venido desde Odense.

—Anneke, ven, dale a Oma un abrazo —repite la anciana. Me ignora, como siempre lo hace—. Ha pasado mucho tiempo.

Annemette da un paso hacia la abuela de Anna.

Como tantas otras veces a lo largo de esta semana, me encuentro como si estuviera mirando hacia un presente alternativo a través de un espejo. Uno en el que Anna está viva, bien, bella, y canta sobre chicos y fresas antes de abrazar a su querida abuela en el camino.

Pero para Annemette, esta no es una escena de reencuentro.

—*Fru* Liesel, mi nombre es Annemette, es muy encantador...

Más fuerte de lo que parece, *fru* Liesel se deshace de su bastón y aferra a Annemette contra su pecho con la fuerza de sus nudosas manos. Annemette la acepta sin resistirse, su rostro se sumerge

contra el corazón de la anciana.

—Anna, mi Anneke, ¿por qué no has venido a visitarme? ¿Dónde has estado? Tu padre está tan preocupado; yo estoy muy preocupada.

Annemette se endereza y coloca sus manos cuidadosamente sobre los hombros de la anciana. Su expresión envuelta de amabilidad.

—He estado lejos, Oma. Lo siento mucho. ¿Cómo estás?

Mi garganta se cierra al ver a Annemette ofrecerle a la anciana lo que nadie más en Havnestad le ha concedido jamás: compasión.

—Ah, intento estar bien, pero a mi edad, preferiría volar con las brujas.

—Eso es seguro, Oma.

Fru Liesel aún aferra a Annemette con ambas manos. Ella se inclina ligeramente para recoger el bastón de la mujer y se lo entrega.

—Aquí tienes, Oma. Ahora, ¿a dónde ibas?

La anciana toma el bastón con su mano derecha, pero aún aferra a Annemette con la izquierda, con todo su peso sobre el costado de la chica.

—A casa, querida. Iba a casa.

—Deja que te ayudemos, Oma. —Annemette me mira a los ojos.

Camino unos pasos por detrás, mientras ella y *fru* Liesel avanzan tomadas del brazo por el camino, en dirección al castillo y a través de una fila de grandes casonas del lado soleado de las tierras del castillo Øldenbug. Con certeza, *fru* Liesel la está guiando, el camino a casa es una de las pocas cosas que probablemente no ha olvidado, pero Annemette parece estar tranquila, es difícil no pensar que hay algo más que la impulsa hacia delante.

La casa de la infancia de Anna está a tres casas a la derecha; de ladrillos rojos y líneas limpias. Fue la casa de la infancia de *fru* Liesel y ella se rehusó a dejarla cuando el resto de su familia me marchó hacia Jutland. Observo el rostro de Annemette cuando la anciana la señala y acallo la ligera agitación en mi interior que tiene esperanzas de que ella la reconozca; que espera que esta chica que dice haber nacido en el mar sea realmente mi vieja amiga que ha vuelto en un precioso e improbable envoltorio. Pero si Annemette reconoce las grandiosas líneas de la casa, no lo refleja en su rostro.

—Aquí estamos, Oma. —La voz de Annemette es clara y dulce mientras suben los escalones de piedra hasta la puerta principal.

—Gracias, niña, mi Anneke. —Apoya su bastón contra el umbral y abre la puerta—. Quédate un rato y háblame de tus viajes. Quiero oírlo todo, en especial todo lo que tenga que ver con los jóvenes que deben hacer cola por tu mano.

—Sí, Oma, lo haré. —Annemette ríe cordialmente—. Pero ¿podría ser más tarde? Tengo planes con Evie.

—Ah, tú y Evie, siempre juntas. Solo dos peces en su escuela. El niño de Asger siempre ha intentado formar parte de vuestra unión, pero incluso un noble puede ser el tercero en discordia. —La anciana ríe para sí misma.

—Eso es verdad, Oma. —Annemette palmea el brazo de *fru* Liesel, consiguiendo liberarse finalmente por completo de las manos de la mujer en el proceso. Pero esa libertad solo dura un momento antes de que la anciana vuelva a aferrar su mano.

—Pero ten cuidado con esa chica, Anneke. Cosas malas la siguen. Muerte negra. Pecesillos flotando a sus pies. —Annemette me mira y no sé qué decir—. Esa pequeña bruja será tu muerte si no tienes cuidado.

Capítulo

20

No alcanzamos a perder de vista la casa de Anna cuando Annemette me detiene, me toma de ambas manos, y me lleva a una arboleda fuera del jardín de tulipanes de la reina.

—La primera vez que me viste, me llamaste Anna. Y *tante* Hansa también mencionó a una tal Anna. Ahora esta mujer insiste en que soy su nieta. ¿Quién es esa chica? ¿De qué la conoces?

—La conocía. Ella murió.

La mirada de Annemette se suaviza.

Yo suspiro, pero sostengo su mirada. Mis ánimos se han calmado y mi corazón vuelve a latir tranquilo; la pequeña voz dentro de mi cabeza tiene al fin la oportunidad de que alguien la escuche.

—Ella es la persona que creo que fuiste antes de ser una sirena.

—¿A qué te refieres con antes de que fuera una sirena? —Frunce el ceño—. ¿Como, mi alma? ¿Creéis en eso en tierra... en la reencarnación?

—No, no una reencarnación. La *persona* que eras antes, la persona de la que has surgido.

—Solo he surgido de mi madre y mi padre —dice con seguridad—. No hay otro modo de crear a una sirena.

—Pero ¿y si lo hubiera? —Giro nuestras manos y ahora soy yo la que aferra sus muñecas—. Sé que esto es una locura, pero mi mejor amiga, Anna Liesel Kamp, se ahogó hace cuatro años. Se parecía a ti en todo lo que haces, en todo lo que dices, en la forma en la que actúas, pero más joven; cabello rubio, ojos de un color azul profundo, pecas en la curva de su nariz. Más allá del aspecto, le encantaba cantar. Era alegre, era...

—Evie, ¿a cuántas chicas rubias has visto en los últimos días? ¿Cien? ¿Mil? Estoy segura de que Malvina tiene tres hermanas rubias. Hay más rubias en Havnestad que debajo de todo el océano. ¿Cuántas chicas tienen los ojos azules? ¿Adoran cantar? ¿Dan respuestas atrevidas?

—Lo sé, pero...

—Nada de eso es una prueba, es coincidencia. —Annemette se libera de mis manos y señala en dirección a la muchedumbre en la playa—. Todas esas personas deben recordar a Anna, pero más allá de esa anciana, de tu vieja tía y de ti, ni una sola de ellas me ha confundido con ella en todo este tiempo.

—¡Porque creen que estás *muerta*!

Annemette deja caer sus brazos y presiona sus puños. La frustración se ha llevado lo mejor de mí también, y siento que ahora mismo no soy capaz de medir el volumen de mis palabras. No sé si las he gritado o las he susurrado. Todo lo que sé es que la expresión de Annemette ha pasado de molesta a preocupada. Abro mi boca para agregar que Iker y Nik también han visto el parecido, pero ella ya ha comenzado a hablar.

—Has creído que soy ella; todo este tiempo...

—Al principio sí, y después no. Contigo es con quien he hecho amistad, Annemette, pero ¿una parte de mí ha *creído*, ha tenido la esperanza, todo este tiempo, de que seas Anna? ¡Por supuesto!

En el instante en que las palabras salen de mis labios soy consciente de la fuerza con la que me he aferrado a esa creencia. No solo he estado imaginando cómo habría sido un futuro alternativo con Anna; realmente había llegado a creer que estaba sucediendo. Y que está sucediendo ahora.

—Anna se ahogó. —Bajo la voz y le doy la espalda al jardín de

tulipanes—. Nunca recuperaron su cuerpo. Y después, repentinamente, tú surges de las mismas aguas, la viva imagen de ella. ¿Qué se supone que debería pensar?

El rostro de Annemette parece completamente anonadado. Sus labios están sellados, sus ojos, cerrados; una cortina de cabello cubre sus oídos. Noto que está preparándose para responderme, pero no puedo soportar el silencio.

—¿Cómo recuerdas tu infancia? —pregunto—. ¿Al menos la recuerdas? ¿Qué estabas haciendo hace cinco años? ¿Diez? ¿Quién es tu amiga más antigua?

Finalmente, cuando abre los ojos, puedo ver reflejado su enfado en ellos. A pesar de eso, controla su tono de voz y evita por completo mis preguntas.

—Siento mucho tu pérdida, Evie, pero yo no soy tu amiga. No soy ella. Soy Annemette. —Entonces, baja su voz y se quiebra de dolor—. Además, tu sueño no es posible por la misma razón por la que estoy aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Las sirenas no tienen alma, Evie, no como los humanos. —Está delante de mi cara ahora, su expresión molesta, su nariz sonrojada—. No podrían haberme creado a partir de alguien que la tuviera. Tu amiga Anna está en un sitio mejor, no en este cuerpo, que solo acabará siendo espuma de mar.

Sus fuertes palabras me golpean una a una y destruyen casi todas mis esperanzas. Entonces, uno de los dichos de *tante* Hansa aparece en mi mente: *Lo único que la magia no puede hacer es conocer sus límites*. Todo es posible. Abro mi boca para decir algo más, para contradecir este punto, pero Annemette levanta su mano.

—Para, Evie. Por favor, no sigas. Solo consigues hacerte más

daño a ti misma.

La miro detenidamente. ¿Ella es realmente Anna? Y luego escucho el eco de sus palabras de hace un momento: *Tu sueño no es posible por la misma razón por la que estoy aquí.* Mi sangre comienza a bullir.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto, y la analizo con atención.

—¿Qué quieres decir? Estoy enamorada de Nik —responde.

—No. —Niego con la cabeza—. Estás aquí porque necesitas un alma. ¿No es así? Y cualquier alma te serviría. Así que ese es tu plan, ¿hacer que Nik se enamore de ti, que te bese, y después robar su alma? ¿Todo esto es alguna clase de juego oscuro y siniestro? —Mi corazón late tan fuerte que apenas puedo escucharme a mí misma.

—No, Evie. —Su mirada se suaviza—. Lo has malinterpretado todo. Estoy enamorada de Nik. Y sí, si él me corresponde y me besa, recibiré una parte de su alma. Podré vivir como humana y después, cuando muera, más aún. Pero la generosidad de Nik no es diferente a la que tú demuestras cuando le ofreces una parte de ti misma, a él y a todas las personas que conoces y tratas con amabilidad; las haces mejores. Yo no puedo ofrecer nada así, pero tampoco creo que sea un crimen desearlo.

Mi corazón comienza a latir más despacio, pero respiro como si hubiera participado en la competición de levantamiento de rocas. ¿Cómo he podido decir todo lo que acabo de decir? Ha sido horrible. Annemette toma mis manos y me envuelve en un abrazo, el aroma marino de su cabello calma mis nervios. Levanto la vista al escuchar pasos sobre las rocas. Iker y Nik se acercan a nosotras por el camino. Me separo de Annemette y estoy segura de que mi rostro se ve como el de ella; mejillas sonrojadas, ojos irritados.

—Sonríe —le indico—. Nuestros príncipes esperan.

—Gracias, Evie. —Pasa un brazo por mis hombros y una sonrisa florece en sus labios.

De ese modo, camina junto a mí, hacia los brazos de Nik, se detiene muy cerca de él y toma un tulipán de sus manos cuando se lo ofrece. Él se ha cambiado también, ha sustituido sus botas sucias y su ropa sudorosa por una nueva versión idéntica y limpia.

—Cuando no las hemos encontrado donde las dejamos, hemos pensado que se habían escapado con otros marineros.

—Bueno, *él* ha pensado eso. —Iker me guiña un ojo—. Yo sabía que no encontrarías a uno mejor.

Me ofrece un tulipán rojo y de inmediato me lanzo hacia él. Parece imposible, su nueva camisa huele a sal, a limas y a mar, a pesar de estar recién lavada.

Nik echa un vistazo hacia las casas del camino, la de Anna destaca al final. Sus ojos se fijan en los afilados ladrillos rojos y luego miran hacia mí.

—Aquella era la casa de nuestra amiga —comenta y señala con el mentón—. ¿Evie te ha hablado de Anna?

—Nos hemos encontrado con su adorable abuela hace unos instantes —asiente Annemette—. La pobre me ha confundido con ella.

—Debo admitir que te pareces a nuestra vieja amiga. —Acaricia su mejilla con el pulgar en un delicado arco—. Pero, considerando que *fru* Liesel ha confundido a todos, incluso a mí, con Anna en los últimos años, te diría que no te preocupes por lo que ella piensa.

Nik y yo nos permitimos reír ligeramente con los demás, a pesar de lo difícil que es hablar de Anna. Mi cuerpo está agotado tras la discusión con Annemette, pero me aferro a la esperanza de que en

algún rincón de su interior esté mi vieja amiga. Puedo sentirlo en mis huesos. En mi corazón. Tengo razón sobre esto.

Tengo razón sobre ella.

Mañana no puede ser su último día y, si Nik no puede o no quiere ayudarme a conseguir lo que ella necesita, encontraré un modo de hacerlo yo misma.



Cuatro años atrás

El héroe era demasiado grande para la habitación. Eso había estado ocurriéndole últimamente; su nueva estatura le causaba problemas con cualquier puerta o techo fuera del castillo. Bajo la cubierta del barco de su padre era definitivamente peor; irónico, considerando la sangre vikinga que corría por sus venas.

Había pasado una semana y ya necesitaba volver a verla. Ella se había perdido todo el festival de Lithasblot aquel año, envuelta en sábanas y desolación. Él la había visitado cada noche al terminar con sus obligaciones, se adentraba en una habitación llena de botellas y de incienso, con los famosos poderes sanadores de tante Hansa en marcha. Nunca antes había estado en aquella habitación; ella siempre había acudido a él. Su casa parecía como de otro mundo; y lo era.

Ya habían pasado meses, agosto estaba llegando a su fin. Y ella aún seguía en su hogar, el dolor confinándola en su habitación.

Aquella tarde había mejorado ligeramente. Se había sentado con la espalda contra la pared a leer un viejo libro polvoriento bajo una luz tenue. Levantó la vista cuando él atravesó el umbral y se sentó a los pies de la cama; su correcta madre y sus opiniones sobre que los niños y las niñas debían guardar las distancias.

—¿Cómo es el mundo fuera?

—¿Sigue su curso?

Ella se estremeció. No podía culparla, él casi se estremece también.

Cada vez que alguien lo llamaba «héroe» por haber salvado la vida que tenía frente a él, su estómago se retraía al saber que lo que había hecho no era lo suficientemente heroico. Todos habían visto a Iker sacándolo del agua. Lo habían detenido, pero todos asumían que había fallado. Todos, incluso Evie. Lo veía en sus ojos, en los pozos que había debajo de ellos, tan oscuros como aquella habitación.

Había culpa allí también. Ocupaba el lugar en el que había estado Anna, tan

extensa e incontrolable como una niña de once años. La culpa para él residía en su incapacidad de salvarla; para ella, en el hecho de que había puesto a Anna en peligro. En algún otro sitio del mundo de Havnestad, había desilusión también; de que él hubiera salvado al vástago de un pescador en lugar de a una friherrinde. Él era un héroe, pero sabía lo que se rumoreaba, él era un traidor a su clase, también.

—Al igual que tú, Evie. Estás aquí. Hay muchas cosas fuera de estas paredes.

Para enfatizar sus palabras, dio un paso cuidadoso dentro de la pequeña habitación. Ella lo observó como si fuera a atravesar el techo. Pero él avanzó lentamente hacia la ventana, apartó la cortina que ella había colocado allí y dejó que un rayo de luz de sol entrara, blanco y enceguecedor. La chica parpadeó con tanta fuerza que sus ojos permanecieron cerrados. Él esperó para volver a hablar hasta que ella tuvo la voluntad de volver a abrirlos.

—El mundo está allí fuera. Te echa de menos.

—Eso es mentira. —Y podría haberlo sido. Pero a él no le importaba el mundo. Él la echaba de menos.

Le tomó otros cuatro días de visitas, pero había conseguido que saliera.

Evitaron la playa y la cala, se mantuvieron en las calles del mercado, al principio. A pesar de que él estaba allí para protegerla todo lo posible (para comprar panes de miel, saltlakrits frescos al hombre de la tienda de dulces, con toda la alegría de un día de verano), eso no podía detener las miradas. De cada esquina o entrada irradiaban los juicios hacia ella.

«Actúa como si la que se hubiese ahogado fuese ella».

«El mar toma tanto como da; así son las cosas, jovencita».

«La ha salvado un príncipe y no es capaz de colocar una sonrisa en ese rostro afortunado».

La mirada de Evie se mantenía en los adoquines. No había manera de que pudiera disfrutar del sol con aquellas miradas; ni siquiera con él a su lado.

Así que él la alejó de allí.

La tomó de la muñeca y la guio hasta las montañas. Subieron y subieron, por el camino zigzagueante hacia el paso Lille Bjerg.

Allí, en un claro, a dos kilómetros del camino, él había encontrado una fuerte rama. Una con una vista particular de los campos que se extendían por debajo, en el valle, con el mar y sus conflictos a sus espaldas. Nunca habían estado realmente solos de aquel modo. No desde que eran niños, e incluso entonces, Anna siempre había estado cerca.

La bolsa de papel crujió, él le ofreció un saltlakrit y una sonrisa.

—¿Regaliz a cambio de tus pensamientos?

Ella no tocó la bolsa.

—Sabía que reaccionarían así. —Señaló ampliamente a sus espaldas, a todo el pueblo con un movimiento de su mano.

No tenía sentido negarlo; él lo había visto y escuchado también. Asintió, y ella continuó.

—Fue igual después de la muerte de mi madre cuando mi padre me llevaba al mercado, sin saber cómo hacer las compras para el hogar, antes de que tante Hansa viniera.

Ella tenía seis años en aquel entonces, el héroe lo sabía. Suficientemente grande como para que los recuerdos se fijaran. Entonces, apartó la vista de él, hacia los pastos quemados por el verano y que se extendían a sus pies.

—Solo deseo robar una embarcación y dejarlo todo. Solo quiero ser yo... —Ella casi continúa, pero él aferró su mano y con la otra tomó los dulces.

—Vamos, entonces, a los muelles. Andando.

Ella lo siguió, su ánimo se igualaba al de él con cada paso.

—¿A dónde iremos? ¿Copenhague? ¿Estocolmo? ¿Oslo? ¿Ámsterdam? ¿Brighton? ¡Nombra el sitio al que quieres ir!

—¡Cualquiera, menos este!

—A cualquier sitio, entonces.



El héroe y la niña atravesaron el estrecho hacia la bahía Rigeby ese día. La tía, el tío y el primo del héroe los recibieron con sorpresa en un principio (ante su llegada y ante el hecho de que estuvieran solos), y luego con la cena.

Su madre estaba furiosa cuando volvió al castillo dos días después, con las ropas de su primo; holgada en los hombros, corta en los brazos.

Pero su mente divagaba hacia el tiempo que habían compartido (Evie, Iker y él mismo, al otro lado del estrecho), incluso mientras sus padres lo reprendían en los aposentos reales, lejos de donde los sirvientes pudieran escuchar.

Caminatas en la playa con hvidtøl (la primera vez que lo probaba), las historias de navegación de su primo y el pelo de Evie volando sobre sus hombros con el famoso viento de la bahía. Fue la primera vez que estuvieron todos juntos desde el día en que Anna había muerto. Su primo bebió suficiente hvidtøl como para que sus pasos se volvieran tambaleantes; el héroe se detuvo en una copa, antes de que fuera demasiado.

—Tienes doce años y eres el heredero, ¿en qué estabas pensando?

Los tres recolectando savia para el jarabe en las profundidades del bosque, las sombras más espesas que las nubes debajo de un manto de pinos.

—Tienes obligaciones hacia tu pueblo en Havnestad y tu padre. Ya eres demasiado grande para estar huyendo. Demasiado listo, demasiado importante para tales caprichos.

La sonrisa de ella, las migajas en sus labios después de que la reina insistiera en ofrecerle galletas de mantequilla tras cada comida, para que ganara peso.

—Evelyn es una buena niña, pero te interesas demasiado por ella. Créeme cuando te digo que solo vas a conseguir que acabe haciéndote daño.

Su primo escoltándolos a ambos a casa, él enviando a su cuidador abajo mientras los tres jugaban con las velas, todos con hábiles manos.

—Nik, escúchame. Yo fui joven una vez. Sé lo que es querer a alguien que no puedes tener.

El héroe reaccionó entonces, y sus ojos se concentraron en la reina.

—Ella es mi amiga, madre —afirmó, aunque sabía que sus palabras sonaban vacías, en absoluto como él se sentía.

—Creo que no deberías verla más. Es lo mejor. Es el único modo...

—¡No! —exclamó el héroe.

—Déjalo —dijo su padre al salir desde una sombra en la habitación—. Evelyn es una buena niña. Ni yo, ni Nik, ni tú, mi querida esposa, estaríamos aquí si no fuera por Hansa. Ellos pueden ser amigos. Solo amigos. ¿Está bien, hijo?

—Sí, padre —asintió el héroe.

El sol ya casi se ha puesto, hebras de luz dorada bañan la costa cuando llega la hora de cerrar los juegos de hoy. La multitud vibra con *hvidtøl* y emoción por la clausura: la competición de levantamiento de rocas. El olor de los cuerpos sudados se mezcla con el aroma del vino veraniego del rey y el fuerte hedor del bacalao fresco recién frito.

Annemette y yo comemos lo que queda en un plato de frutas y queso; uvas, unas tajadas de centeno con porciones de *samsø* y Havarti que de algún modo ha escapado de nuestros labios. También compartimos una taza de té de miel; algo que necesito y que me ayuda a calmar mis nervios.

Iker y Nik están en el círculo central realizando algunos ejercicios de calentamiento. Junto a ellos hay otros seis competidores que ya han ganado en juegos anteriores, listos para correr una vez más después de haber tenido que ganar dos eliminaciones para llegar hasta aquí. Los príncipes, por supuesto, solo pueden correr en la ronda final. Nik odia el trato especial, pero el pueblo es feliz al verlo correr, así que lo acepta.

Las rocas que deben levantar se encuentran sobre la playa, en el extremo más cercano a nosotras. Son pesadas, equivalen a cinco piedras aproximadamente, aunque sus formas varían.

El pequeño Johan Olsen también está preparándose para competir. Nik tenía razón: el chico es digno de ver. Tan grande que desafía a Nik en altura y a Iker en fuerza. El mayor de los finalistas es el padre de Malvina, Greve Leopold Christensen. Su hija está sentada en la arena delante de nosotras, ignorándonos, con la atención puesta en su padre o en la tarta que tiene en las manos. Los otros cuatro competidores son pescadores que suelo ver en los

muelles por las mañanas; en sus veinte o treinta años la mayoría.

—¿Qué sucede si dejan caer la roca sobre sus pies o algo así? — pregunta Annemette mientras observa a Nik practicar la salida, levantando repetidamente la roca hasta su hombro izquierdo desde peso muerto. Ha estado casi en silencio desde que los chicos nos dejaron.

—La levantan.

—Y después ¿qué? ¿Se arrastran a casa con un pie roto?

—Probablemente. —Río, aunque sé que es cruel—. No te preocupes, Mette. Nik ha hecho esto antes. Fue el ganador el año pasado, de hecho. Seguramente tendrá dos pies sanos para bailar contigo mañana por la noche.

Desafortunadamente, también tendrá dos pies sanos para bailar con el resto de las pretendientes que han llegado hace una hora, en un barco a vapor tan extenso que podría competir con el del rey. Los muelles estaban llenos de chicas, sus doncellas y algunos padres. Cada estrato de la nobleza de Øresund estaba representado allí, desde reyes hasta terratenientes de todas las clases: hertug, markis, greve, friherre.

Es apabullante y, ahora que ya han llenado las habitaciones del castillo con sus arcones y sus pretensiones, se han reunido alrededor del rey y la reina en la plataforma real. La expresión del rey Asger es indescifrable, pero la reina Charlotte disfruta de la atención, paseándose entre las damas, como si cada una fuera un tulipán más adorable que el anterior. Y Nik, como es usual, actúa como un caballero, repite sus nombres, besa sus manos, pero aún se da la oportunidad de mirar en nuestra dirección. Iker es Iker, ruidoso, grandioso, principesco, pero puedo ver en sus ojos que su corazón no está en eso.

Miro hacia otro lado, finalmente, después de esta tarde, con confianza en lo que Iker y yo tenemos. Annemette, sin embargo, no deja de mirar todo lo que ocurre. En especial a la reina.

—¿Qué crees que la reina piense de mí? —Su mirada gira hacia mí—. Ha sido amable conmigo..., pero ahora es igual con todas esas chicas. —Baja la voz hasta que es casi un susurro—. Y no puede estar tan aislada como para que los rumores no la hayan alcanzado; seguramente Malvina no es la única que ha notado el tiempo que Nik ha estado pasando conmigo.

Y ante eso, sonrío por experiencia. *Todos lo han notado, créeme.*

Con la carrera a punto de comenzar, la reina Charlotte ha pasado a observar a los competidores, pero sé que solo está buscando a Nik para darle un último deseo de buena suerte.

—Ella solo tiene ojos para su hijo. Y solo se preocupa por conseguir una unión adecuada para él.

La mano de Annemette presiona mi hombro. Me doy la vuelta hacia ella y descubro un destello de enfado en la profundidad de sus ojos.

—¿Una unión adecuada? Sé que hemos discutido hace un rato, pero no hay necesidad de ser cruel, Evie. Tengo tantas posibilidades como cualquiera de esas chicas.

—No tenía intenciones de ser cruel, Mette. La verdad. Es una realidad. Para conquistarlo, que sabes que espero que lo hagas, debes saber a lo que él se enfrenta. Ella es una oponente formidable. —Continúo susurrando—. Tu padre es un rey; ¿estaría feliz si llegaras a casa con un joven cualquiera?

—Bueno, no... —El enfado se desvanece. Su rostro pierde el color—. Así que no importa si me quedo..., ella finalmente descubrirá que no puedo probar el título que he asegurado tener... —Observa

a las pretendientes, todas con finos vestidos de seda y adornos en el pelo—. No como esas chicas.

—No he dicho que la decisión dependa de ella. —Espero hasta que sus ojos vuelven a mí y después la miro con una sonrisa—. Si Nik está enamorado, peleará por ti. Pero no hará daño impresionarla un poco más. Debes demostrarle a ella y a esas chicas en el baile qué clase de friherrinde eres.

—Ah, definitivamente puedo hacer eso. —Annemette ríe.

La penetrante llamada de una caracola marina interrumpe la charla, y la carrera comienza. Nuestras cabezas giran para encontrar un alboroto de arena y cuerpos que corren por la pista. Iker lleva la delantera, Nik y Johan pisan sus talones. Sorprendentemente, Leopold Christensen es el cuarto, la experiencia compensa su falta de juventud.

Mi corazón se acelera mientras ellos se alejan, avanzan en línea uno con el otro, hasta que están tan lejos y tan acompasados que es imposible distinguir quién de ellos va ganando.

Nos levantamos de un salto junto con todos los demás, nuestras manos unidas en un manojo de nervios, nuestros rostros tensos por gritar sobre el alboroto y los vitoreos.

—¡Vamos, Nik!

—¡Vamos, Iker!

—¡Johaaaaaaaaaaaaaan! —gritan desde nuestra derecha.

En el camino, Malvina y sus hermanas tienen sus manos por encima de sus cabezas rubias y cantan:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!

Cuando atraviesan la meta, primero se produce silencio. Luego se eleva un festejo, la reina y el rey aplauden. Los brazos de Nik están sobre su cabeza. Él brinca sobre su roca, mientras aplaude y

saluda.

La victoria es suya.

Los demás competidores forman un círculo a su alrededor, chocan sus manos y palmean su espalda con tanta energía que Nik tiene que esforzarse por mantener el equilibrio. Iker es el último en felicitarlo; lo levanta de su roca con un abrazo de oso y lo arrastra de vuelta hasta la línea de salida.

Las chicas en la plataforma chillan y la multitud ríe. Y el amontonamiento de gente es tan grande que nos toma varios minutos dar con los primos. Ambos aún respiran con agitación, corre sudor por sus caras, sus manos descansan en sus caderas. Iker me mira a los ojos y respira rápidamente para expresar sus futuras intenciones.

—El próximo año, lo aplastaré. Qué canalla.

La respiración de Nik aún está muy agitada y solo consigue negar con la cabeza.

—Ha estado cerca —concede Annemette, encendida por la emoción.

—Creo que tu belleza debe haber hecho la diferencia, Annemette. El muy rata tenía que impresionarte.

Me sobresalto, aunque solo un poco.

—Supongo que eso significa que ya hemos dejado atrás ese punto en que tú te esfuerzas por impresionarme.

—Difícilmente. —Iker se acerca a mí, su respiración cálida en mi oído—. Es solo que planeaba impresionarte de otro modo esta noche.

Antes de que pueda poner mis ojos en blanco (o mejor aún, darle una bofetada), Nik lo aparta de mí y recupera su voz.

—Iker, si queremos tener la noche para nosotros, sugiero que nos

marchemos ahora. —Señala a las escaleras con su mentón, donde una bandada de chicas cargadas de adornos y la reina están descendiendo.

—Bien dicho, primo. —Iker toma mi mano y empuja a Nik—. Vamos.

Me tumbo sobre la arena del golfo de Havnestad.

Sobre mí, las estrellas brillan. Es luna llena en Lithasblot en esta, la cuarta noche. Su intensa luz es fuerte solo gracias al reflejo que emite sobre las tranquilas aguas de la cala. Pero es la iluminación perfecta para la noche; lo baña todo en un halo de plata.

Iker está tumbado a mi lado. El corte de su mentón con una barba incipiente, el risueño brillo en sus ojos y las hebras de su pelo dorado por el sol, rizadas en sus sienes, atraen mi mirada. Todo en relieve y de perfil, desde mi punto de vista en el sitio donde descanso sobre su pecho. Es un momento perfecto y aun así mi cabeza se encuentra en algún punto al otro lado del muro de roca de la cala. Donde Nik y Annemette se encuentran. Ella está cantando, su voz de soprano etérea se eleva hacia las estrellas.

Por favor, Nik, solo bésala.

En contra de mi voluntad, su voz me transporta de nuevo hasta el día en el que Anna se ahogó, a la canción que estábamos cantando antes de adentrarnos en el mar. Las palabras de *fru* Liesel se reproducen en mi mente: *Cosas malas la siguen. Muerte negra. Pececillos...* No. Intento no seguir adentrándome en ese pozo. Ya he superado ese día y he aprendido a vivir con la culpa por todo lo que sucedió después. Ya tengo suficiente con qué vivir.

Vuelvo mi atención hacia Iker. Él está hablando sobre nuestro viaje. Las ciudades en las que anclaremos; las presas marinas que cazaremos. Al parecer, yo no he sido la única que ha estado fantaseando.

—¿Qué piensas? —pregunta, y su mano levanta mi mentón para que nuestras miradas se encuentren.

—¿Disculpa?

—¿Hirsholmene o Voerså Havn?

—Ah, lo que tú creas mejor.

—¿Dónde estás, Evie? ¿No quieres esto? —La vulnerabilidad en su voz es una sorpresa, pero es extrañamente reconfortante escucharlo.

—¡Por supuesto que sí! —respondo, y así es—. Solo estoy pensando en cómo decírselo a mi padre y a *tante*. Sabes cómo pueden ser.

—Diles que un príncipe quiere escaparse contigo. Eso debería ser suficiente. —Los labios de Iker descienden hasta estar a milímetros de los míos.

—Eso es lo que me gustaría —susurro. Él cubre la distancia entre los dos y yo me sumerjo en él, en todo su ser. Su pulgar recorre mi mejilla y se mueve hasta que sus manos sujetan mi cara delante de la suya, nuestras respiraciones se mezclan y cerramos los ojos para entregarnos por completo a este beso.



Annemette se desploma en la cama en una lluvia de ondas rubias. Caen granos de arena también, vuelan ligeramente en el aire, con la fuerza suficiente como para que pueda verlos saltar y brillar a la luz de la velas, mientras sacudo los restos de la playa de mis propios rizos sobre el tocador. Pero algo no va bien. Sus ojos están enrojecidos y su rostro, pálido.

—¿Qué te pasa? —le pregunto—. Nos marchamos cuando se hizo el silencio donde estabais. He pensado que tal vez...

Se ha quitado sus zapatos, está recorriendo sus pies con las manos y su rostro está fruncido de dolor.

—¿Puedo traerte algo? ¿Hay un hechizo que pueda calmar el

dolor? Puede que haya encontrado algo en el libro de Hansa. Mira, te lo enseñaré...

Pero entonces Annemette levanta la vista y puedo ver que sus pies no son lo que realmente le causa dolor.

—He fallado, Evie. Fallaré. ¡Lo sé!

Respiro con fuerza, porque en mi interior, en lo más profundo de mi estómago, me temo que también lo sé. He estado arrastrando ese peso conmigo durante todo el día.

—Pero aún nos queda mañana —observo, para mantener las esperanzas—. No puedes rendirte, Mette.

Pero ella niega con la cabeza, casi como si lo hubiera empeorado con mi insistencia.

—No tendría que estar en tierra. ¡Nunca debería haber hecho esto! ¿Cómo he podido ser tan idiota?

Comienzo a llorar, las lágrimas brotan de mis ojos. Mantengo mi garganta cerrada, para que los sirvientes no escuchen mis sollozos. Levanto la vista hacia ella; tiene una expresión perdida en su rostro, sus ojos están hinchados y secos. Y, repentinamente, descubro que ella no puede llorar.

Sin alma. Sin lágrimas. No tiene realmente una forma de sentir. ¿Cómo puede ser esa una manera de vivir?

Pero, si no tenemos éxito, ella no vivirá en absoluto. Y el tiempo se nos está acabando.

Solo queda un día.



Cuatro años atrás

La niña que había sobrevivido comenzaba a sentirse como si le quedara vida por vivir.

Eso era mayormente gracias al niño que la obligaba a salir al sol, a la escuela, a las montañas.

Pero había más razones para que las cosas cambiaran.

Tiempo. Personas. Ella misma.

El invierno se avecinaba, la temporada de ballenas había llegado a su fin, su padre había vuelto a casa, a beber café y sentarse a leer en su silla. Hablaban de navegación, la mente de la pequeña superviviente divagaba con maneras de hacerla más sencilla, de hacer que el año siguiente fuera más próspero. Maneras de hacer que su propio futuro fuera exitoso en su propia embarcación, a su propio tiempo, lejos de los recuerdos de aquel sitio.

También pasaba tiempo con su tante, absorbía cada porción de conocimiento sobre magia que la anciana compartía y robaba lo que no; entraba de puntillas a su habitación y tomaba de vez en cuando algún libro de su desgastado arcón. Las lecciones no llegaban lo suficientemente rápido para todo lo que ella deseaba saber sobre todo lo que algún día sería capaz de hacer.

Algunas veces se descubría a sí misma mirando sus propias manos, deseando, al igual que ese terrible día, poder haber salvado con magia a su amiga perdida. El fracaso aún la consumía.

A pesar de las arcaicas reglas de Havnestad en contra de la magia (dispuestas por la misma generación de øldenburgueses que había expulsado a las brujas de Ribe más de doscientos años atrás), la superviviente sentía la necesidad de armarse para nunca volver a sentirse tan impotente.

Sabía que, con poder, la valentía para actuar llegaría. La magia correcta llegaría en el momento correcto.

Así que leyó todo lo que pudo. Le suplicó a su tía más lecciones, más hechizos.

Desde aquel invierno en adelante, su educación sobre magia se renovó, impulsada por un deseo no solo de conocerse a sí misma y su poder, sino lo que sería capaz de hacer.

La niña incluso intentó encontrar las palabras de su madre y la historia que se escondía tras ellas. Revisó los arcones en busca de libros que su padre había escondido durante años. Su tante finalmente los había descubierto y agregado a su extensa colección de bibliografía mágica. Y luego, la niña volvió a robarlos, uno de vez en cuando; sus cubiertas polvorientas tan raídas que podían fácilmente ocultarse entre las arrugas de su cama.

Y así estudió. Y, por las noches, practicó hechizos rápidos con tante mientras preparaban la cena. Después, cómoda frente a un fuego intenso, escuchaba historias a los pies de su padre.

Tres horas más tarde, solo la luna plateada y yo seguimos despiertas. La medianoche ha llegado y se ha marchado igualmente hace ya bastante tiempo, pero el sueño es elusivo, mi mente está revuelta como el mar más enfadado. Quedan menos de veinticuatro horas para que el tiempo de Annemette se termine, pero me rehúso a sentarme a esperar para ver cómo se convierte en más espuma en el mar. Esta vez no me quedaré de brazos cruzados, mirando impotente.

Me deslizo de las sábanas y camino hacia mi arcón. Lo abro con cuidado y revelo mis enaguas. Debajo de ellas se encuentra la amatista y el vial de tinta negra. Estaban en el bolsillo del vestido que me he puesto hoy y llevaba para la carrera sobre troncos y los he guardado aquí para que las sirvientas pudieran llevárselo y limpiarlo; Nik insistió. Tomo los dos elementos y cierro el arcón, me visto rápidamente, luego recojo mis botas que están junto a la puerta. En vez de ponérmelas, salgo al pasillo y siento el frío mármol en mis pies descalzos.

Cierro la puerta lo más silenciosamente posible y me dirijo al jardín de tulipanes. A pesar de que el ala de invitados está completa, no me cruzo ni a una sola alma por aquí; y Nik, Iker, el rey y la reina afortunadamente se encuentran en otra ala.

Fuera, el aire de la noche resulta cálido, pero el cielo es negro, las nubes ahora cubren la luna. Más adelante, un guardia vigila el pasaje abovedado. No puedo dejar que me vea. Ni siquiera quiero pensar en los rumores que correrían si se supiera que he abandonado mi habitación en mitad de la noche, así que he salido preparada. Con mi mano cerrada sobre la amatista dentro de mi bolsillo, me concentro en mi interior, dejo que la magia se despierte

en mi sangre. Cuando estoy lista, tomo la tinta de pulpo y le retiro su pequeño tapón. El aroma del mar llena mis pulmones y hago una pausa antes de llevar el vial a mis labios. *Greíma*, pienso, después dejo caer el contenido por mi garganta, el líquido salado cosquillea en mi lengua.

Me quedo tan quieta y silenciosa como es posible, mientras espero a que el hechizo funcione. Pero no ocurre nada. No ha funcionado. Mi estómago se revuelve. He pasado toda la noche en la cama repasando este hechizo, intentando hacerlo de la forma en la que sé que Annemette lo haría. Y ahora me he bebido todo el vial de tinta y no puedo volver a intentarlo. Giro para volver a entrar, pero ahora mi cuerpo no se mueve. Mi corazón se acelera y siento una gran presión en mi pecho. Mis piernas se adormecen y mi visión se nubla. Cuando el sol salga, Nik seguramente me encontrará desplomada aquí, muerta, otra amiga perdida.

Luego, en un segundo, todo termina tan rápido como había comenzado. Tomo aire y llevo las manos a mi cara para calmarme, pero entonces aprecio que puedo ver a través de ellas. *¡Ha funcionado!* Sacudo mis dedos delante de mis ojos, pero todo lo que veo son los tulipanes de la reina al otro lado. Soy invisible; o, en realidad, estoy mezclándome, mi cuerpo y mis ropas se camuflan con el mundo que hay a mi alrededor.

Contengo la respiración y camino tan silenciosamente como puedo junto al guardia y atravieso la valla, sin arriesgarme a mirar atrás. Una vez que dejo las tierras del castillo, me dirijo directamente hacia mi calle, solo me detengo para ponerme las botas, con una sonrisa complacida en mis labios.

En casa, me deshago de ellas en la entrada, con los pies descalzos de nuevo, más eficientes para lo que debo hacer. De puntillas, con

los zapatos en mi mano, atravieso el umbral hacia la casa. Un olor familiar a café, la cosquilleante salmuera de *tante* Hansa y restos de tinta de pulpo hervida llegan hasta mi nariz. Desde la habitación de *tante* puedo escuchar sus fuertes ronquidos. La puerta de mi padre está abierta, su cama vacía hasta mañana por la noche. Mi habitación está frente a la de él, la puerta cerrada, pero no es allí adonde debo ir.

Me apoyo contra la puerta de *tante*, por ella sale una esencia a rosas secas junto a un fuerte sonido. Giro el pomo y abro la puerta apenas lo suficiente para que pase mi cuerpo. Apoyo un pie cuidadosamente a cada lado, para mantener la puerta abierta de modo que entre un haz de luz.

Mientras mis ojos se ajustan, entro a la habitación. *Tante* Hansa duerme boca arriba hacia el firmamento. Sus ojos están cerrados y sus ronquidos inalterados, así que desvíó mi atención hacia la razón por la que estoy aquí.

Su baúl.

Para que Annemette se quede, debo ofrecerle a la magia y a la Madre Urda algo a cambio; palabras, regalos, o la perfecta combinación de ambos. Solo necesito que el conocimiento correcto me guíe.

El baúl de *tante* está en una esquina, con una antigua piel de alce ocultándolo, exactamente como estaba cuando encontré la amatista; si en algún momento ha notado que le falta la piedra, es algo que ha guardado para sí misma. Al igual que lo ha hecho desde la muerte de Anna, seguramente consciente de que he entrado a hurtadillas cada semana, para tomar libros prestados con la intención de aprender todo lo que ella se rehusaba a enseñarme.

Con manos cuidadosas, retiro la piel y abro el baúl. Las bisagras chirrían y los ronquidos cambian de ritmo. Me congelo durante un momento antes de girar lentamente para verla. Ella está vuelta ligeramente hacia la pared, la débil luz de la puerta ilumina los plateados mechones de su cabello recogido en la coronilla.

Cuando escucho el ritmo apropiado, vuelvo a moverme, abro más el baúl hasta que la tapa descansa contra la pared.

El contenido es justo como lo recuerdo: botellas de pociones a la derecha, gemas apiladas en alto a la izquierda. Y, debajo de ellas, lo que necesito.

Libros de magia.

Retiro las botellas una a una y las coloco sobre la piel, después las gemas también. A medida que el baúl se vacía lentamente, los libros aparecen ante mi vista.

No sé cuál tendrá la sabiduría que necesito para que Annemette se quede aquí de forma permanente, pero tengo una buena idea; el libro que *tante* Hansa mantiene guardado al fondo. Retiro cuatro libros de pociones, todos de más fácil acceso, dadas las preferencias de Hansa, antes de que aparezcan los libros con los dorsos más delicados. Me inclino dentro del baúl, desde los hombros, mi nariz a pocos centímetros de las cubiertas para poder leer sus nombres.

El grimorio Spliid.

Apoyo el libro sobre mi falda y puedo sentir su peso sobre mis muslos. Es pesado por sus páginas, pero también por su poder. En su interior reúne cientos de hechizos que se han ido recopilando generación tras generación. Paso mis manos por la cubierta para sentir las flores, plantas y símbolos que se tallaron en la superficie. Cierro mis ojos y respiro con fuerza, el aroma a cuero envejecido, pergamino y tintas antiguas llena mi olfato. Siento una oleada de

calor blanco en mi cuello, es la misma sensación deliciosa que recorrió mis venas cuando Annemette me enseñó a hechizar las ostras; *líf*. El libro me atrae hacia él, me llama, me tienta a abrirlo, y repentinamente noto que la habitación se ha quedado en silencio. Los ronquidos de *tante* Hansa se han detenido.

Echo un vistazo detrás de mí. Ella se ha dado la vuelta hacia el otro lado, pero aún está profundamente dormida. No sé cuánto durará el hechizo de invisibilidad, pero estoy perdiendo demasiado tiempo. Escondo el libro entre mi piel y el corsé, justo sobre mis costillas, debajo de mi brazo. Es abultado, pero la oscuridad lo ocultará si me hago visible. Luego vuelvo a guardar los otros libros en orden y comienzo a guardar las botellas y las piedras.

Estoy metiendo la última piedra cuando un aliento cálido y humedo susurra contra mi oreja.

—Tú, traviesa e insolente niña. Robándome en medio de la noche.

Retrocedo, tan perpleja que mi corazón se rehúsa a latir, pero *tante* Hansa acerca su rostro más al mío. Su ceño fruncido y sus labios forman un gesto amargo, las majestuosas líneas de su nariz romana y de su fuerte mentón son aterradoras, nunca la había visto tan enfadada.

—Solo estoy tomándolo prestado. ¿Cómo puedes ver...?

—El préstamo *es* un robo a los ojos de un propietario abandonado en la oscuridad. —Sujeta mi muñeca con fuerza y yo dejo caer la piedra al suelo.

En sus envejecidas manos, mi piel aparece y desaparece, de visible a invisible, hasta que finalmente mi pálido brazo y todo mi cuerpo resaltan en la oscuridad, tan intensos como la luz de la

luna. El hechizo ha terminado.

—Una bruja siempre puede sentir la magia que emana de su propia sangre.

La culpa cierra mi garganta. Su habitación y sus cosas no son una tienda de dulces y yo soy lo suficientemente grande como para no creer que lo sean.

—Nunca te robaría, *tante*. Solo intento hacer el bien; usar tu conocimiento para hacer las cosas bien.

—Si hay bien que hacer, lo haré yo misma. El orgullo y la ignorancia no pueden aprender un hechizo y salvar este mundo; cuando los combinas solo puedes acabar causando daño. —Sus dedos retuercen la piel de mi muñeca mientras continúa—. ¿Por qué estás aquí? ¿Qué intentas hacer?

No puedo contarle la verdad. Sé que ella me creería, pero ese es el problema. Le prometí a Annemette que nunca le contaría a nadie la verdad sobre ella.

—Te lo he dicho, ¡intento hacer el bien!

—No. —*Tante* niega con la cabeza—. Esto tiene que ver con esa chica. La que huele más a magia negra de lo que un marinero huele a pescado. Annemette, ¿no es así?

No digo nada. Ni siquiera respiro, porque parecería que la estoy traicionando. Intento levantarme, pero ella me lo impide.

—No eres ciega, niña, ni tonta; aunque creo que tus planes de esta noche son retorcidos e insolentes. Y creo que tiene mucho que ver con ella. ¿Quién es? —Sus ojos se arrugan en los extremos mientras se corrige—. ¿Qué es?

—Yo...

—No puedes esconderle nada a esta vieja bruja, Evelyn.

No, no puedo. Pero puedo desviar su atención.

—Es solo que no quiero que se marche.

—La soledad es la excusa más débil para la magia y no combina bien con el orgullo y la ignorancia. —Me sobresalto. Ella señala la piedra que ha quedado a mi lado en el suelo. La que se ha caído—. Solo porque crees que me has robado antes y tenido éxito, eso no te convierte en una bruja; te convierte en una ladrona con suerte.

Debería estar impresionada de que siempre haya sabido que he estado haciendo magia (y del hecho de que me haya permitido hacerla a sabiendas), pero mi mente se ha estancado en una sola palabra de esa oración.

Éxito.

¡Lo que he estado haciendo en los muelles realmente ha funcionado! Ha sido magia en serio. Mi magia. Hecha sin las lecciones de nadie.

Lo he hecho ya.

Y puedo hacerlo otra vez.

Mi corazón se emociona. La confianza vuelve a correr por mis venas. El grimorio quema sobre mi piel.

Puedo hacerlo.

Puedo salvar a Annemette. Si puedo revertir el Tørhed, si puedo hacerme invisible, puedo hacer lo que quiera. Solo necesito los recursos correctos.

—*Tante*, lo siento. Prometo que nunca volveré a tratar tus cosas con tan poco respeto. —Presiono mis labios contra su reseca mejilla y dejo la roca en su mano.

—Ah, sí, lo harás, niña. Son familiares. Uno no puede demostrarle respeto a lo familiar. Olvidamos nuestros límites. —Lleva sus manos a mi rostro, presiona mis mejillas y me obliga a mirar profundamente a sus ojos—. Olvidamos nuestros límites con

las personas de la familia también.

—Lo siento.

—También yo, mi niña.

Entonces, me deja ir, y hasta que no estoy poniéndome las botas bajo la luz de la luna no entiendo que no solo se refería a sí misma cuando hablaba de las personas que sentimos como nuestra familia.

Se refería a todas las personas que están en juego; Iker, Nik y, especialmente, Annemette.



Cuatro años atrás

Por debajo del alboroto de la superficie, donde los hombres avanzaban uno tras otro, guiados por las órdenes del joven, cinco chicas de cabello dorado formaban un círculo alrededor de la novedad que acababa de llegar de arriba.

Una pequeña niña, alta pero sin señales de madurez, flotaba entre ellas. Con los ojos cerrados. Era bella. Al igual que ellas.

Una de las cinco, la mayor, había sujetado el pie de la chica cuando la marea la había arrastrado hacia abajo. Ya no había manera de volver a llevarla a la superficie a salvo. No con todos aquellos hombres arriba. No ante la posibilidad de que las descubrieran.

Solo podían llevarla hacia abajo.

La conmoción reunió a sus hermanas. Pronto, su padre las seguiría. Y cada uno de ellos sería necesario si querían salvarla.

—Lidia, debes volver a llevarla a la superficie —dijo la segunda hermana—. El banco de arena está allí y...

—Es demasiado peligroso.

La más joven no lo comprendía. Las sirenas no podían llorar, pero ella desafiaba los límites, con su pequeña mano cerrada alrededor de un dedo de la niña.

—¿La has traído aquí para morir?

—Ella ya se ha ido. —La mayor negó con la cabeza, con toda su determinación—. La he traído aquí para que pueda vivir.

—Ah, Lidia. —Su padre apareció, con desilusión en su voz. Todas las chicas giraron—. No puedes...

—Podemos salvar a esta. Por favor, padre. —Él no se acercó—. Solo mira su rostro.

El tono de su voz, su cara, las entrañas de él; todo lo obligó a acercarse, un rey, gobernado con mucha frecuencia por los caprichos de sus hijas. Como su madre espiritual, como su Mette, que descansa en la marea.

El rey observó el rostro de la niña. Piel pálida. Pelo rubio. Sus ojos estaban cerrados, pero sus pestañas eran espesas y oscuras, y él supo que abiertos serían encantadores, sin importar su color.

Miró a sus hijas, cada una suplicante, cada una tocaba a la niña en alguna parte. Sus espíritus elevándola, evitando que se convirtiera en huesos en su dulce arena azul. Él no quería decepcionarlas, pero conocía los límites de su magia. Los había alcanzado al crear a su madre, Mette, y no había podido salvar a nadie más desde entonces. Pero tal vez, con ayuda de sus hijas, tendrían suficiente energía para conseguirlo. Tal vez.

Esperaba que así fuera.

Con un suspiro, asintió.

Las chicas, todas menos la menor, aplaudieron. Las más cercanas a él usaron una mano para palmear su brazo o su hombro en aprobación, pero sin dejar de tocar a la niña por completo. La más joven estaba confundida. Su atención estaba fija en la niña, casi de su misma edad, y observaba la quietud.

—Pero ¿cómo?

—Magia. —Su padre sonrió. La menor no parpadeó; ya estaba acostumbrada a los trucos de sus hermanas mayores. Sabía lo que la magia podía hacer, y no era eso.

—¿Magia?

—Sí, ven aquí. —La mayor respondió por su padre. Ya estaba organizándolo todo alrededor del cuerpo de la niña. Tenían que hacerlo muy bien. Tenían que hacerlo a la perfección, o la niña se convertiría en huesos a pesar de su esfuerzo. Aunque todas, a excepción de la menor, conocían la historia de su madre, regalo de una tormenta tantos años atrás. Ella estaba en peores condiciones que la niña, pero no mucho más.

La mayor se dirigió hacia la cabeza de la niña y le indicó a su padre que se colocara a sus pies. Eso lo hizo reír una vez más; el rey del mar recibiendo órdenes. Sus hijas no lo apreciaron a causa de la seriedad de su rostro, siempre invariable.

No veían cuánto se asemejaban a su madre.

Cuando todas estuvieron listas, la mayor finalmente cedió el control y él dio las órdenes, les indicó lo que debían decir: *verða*. Luego apuntó su tritón hacia la niña y tocó la punta de sus pies. De inmediato, una luz emanó de él, lo atravesó desde sus piernas hasta su torso, ascendió hasta alcanzar la punta de su cabeza.

Y se detuvo.

La luz desapareció como si nunca hubiera estado allí.

El rey suspiró. La piel pálida de la niña había comenzado a volverse gris. No quedaba mucho tiempo. Si aquello podía funcionar, solo les quedaba una oportunidad.

—Volvamos a intentarlo. —Él miró a cada una de ellas. Intentó imprimir confianza en sus facciones. Aunque sabía cómo funcionaba la magia. El intercambio implicaba una vida a cambio de otra, a menos que existiera la cantidad correcta de energía mágica. Si él había podido conseguirlo por su cuenta tanto tiempo atrás, podía hacerlo con sus hijas. Seguramente. Tal vez—. Concentraros.

Una vez más, tocó los pies de la niña con su tritón. La observó, hasta que todo lo que pudo ver fue su rostro grisáceo.

—*Verða*. —Las chicas lo repitieron, todas ellas en contacto con la niña, con los ojos cerrados. Con poder en sus voces.

Y, una vez más, la luz se extendió, atravesó sus piernas y su torso, hasta llegar a su cabeza. Luego, mientras ascendía por sus mejillas, algo oscuro y antiguo pareció penetrar el agua a su alrededor, como si un aire helado golpeará la superficie y formara hielo. El tritón del rey tembló.

Pero después llegó; un destello de luz tan intenso y brillante que podría confundirse con un rayo en la superficie. Y, por primera vez desde *Mette*, resultó.

El pecho de la niña se elevó. Sus ojos se abrieron; azules y bellos como el rey del mar lo sospechaba. Levantó la cabeza apenas lo suficiente para ver sus caras, su nuevo cuerpo, antes de que la confusión y el cansancio la consumieran y cayera

en un profundo sueño.

La menor supo que ya no era la más pequeña. Que aquella niña sería su nueva hermana. Recorrió la cola con sus manos, maravillada por su escala de tonos turquesas que brillaba en las profundas aguas.

—¿Cómo vamos a llamarla, padre?

—Mette —respondió él de inmediato.

Las niñas sabían lo que eso significaba. Hizo que la espina de la mayor cosquilleara y que sus dedos temblaran. Tenía que decir algo.

—En la superficie la llaman Anna. Los hombres no paran de gritar su nombre.

El rey del mar leyó los rostros de sus hijas. Bajó la vista a la nueva sirena del mar. La menor de sus niñas. Y sonrió.

—Annemette. La llamaremos Annemette.

Aunque es suave y sutil, la azulada luz de la mañana provoca que me despierte sobresaltada, y el sonido del mar hace eco en mis oídos. *El mar.*

Mis ojos se abren abruptamente. Una vela que aún centellea. Un libro abierto boca abajo sobre mi falda. Mi espalda contra el muro de roca.

Me he quedado dormida mientras trabajaba. *Mi guarida*, pienso con una sonrisa. Pero rápidamente vuelvo a la realidad. Esto no era parte del plan.

Tomo el libro de magia y voy con cuidado hasta la página correcta, el pergamino es delgado y frágil. Estoy buscando la que tiene el tritón. Recorro todas las páginas, pero no lo encuentro a la primera. No hay suficiente luz. Con un resoplido de frustración, tomo el libro y la vela y avanzo por el suelo de tierra hasta la entrada de la cueva.

Está a punto de amanecer, la noche color índigo se desvanece más allá de Havnestad, hacia el oeste, un rayo de intensa luz atraviesa el horizonte. Entre la luz y el brillo de la vela, consigo tranquilizarme y leer con mis ojos cansados por la falta de sueño.

Afortunadamente, anoche encontré lo que estaba buscando antes de quedarme dormida. Casi puedo recitarlo; pero no quiero arriesgarme al recordar el pánico que sentí antes, cuando pensé que el hechizo de invisibilidad había fallado.

Con más luz ahora, me concentro en las páginas, mi atención en la esquina superior derecha.

¿Dónde está?

Después de varios minutos encuentro el tritón. Tallado en la página, el símbolo del rey del mar. Me inclino sobre la página y leo:

El mar siempre es definido por su marea, el dar y recibir es la medida de su intercambio. En la magia, como en la vida, el mar no provee a sus habitantes con ligereza; se requiere de un pago, con un valor equivalente, sin importar la petición. Una valva marina, un pez, la perla más brillante; nada de eso puede obtenerse sin dejar una deuda que pagar.

Conozco el intercambio mágico. Lo he conocido toda mi vida. Lo vi en los ojos de mi madre cuando murió al entregar su vida por la mía. Si existe un modo de liberarse del hechizo que Annemette utilizó para venir a la tierra, lo encontraré.

Levanto la vista hacia el sol que sale.

En dieciocho horas será medianoche.

En dieciocho horas se acabará el tiempo de Annemette.

No puedo volver a perderla.

Soplo la vela, escondo el libro en una hendidura entre la pared y deslizo el contenedor de ostras delante de mí.

Mis dedos tocan la perla en mi garganta, *la perla de Annemette*, ella me enseñó el camino hacia mi propia magia. Le estoy agradecida a Annemette y ahora, si tengo suerte, podré devolverle el favor.

Camino hacia el puerto, el viento que llega desde lo más profundo del estrecho de Øresund airea la multitud de embarcaciones con una fresca brisa y sal marina. Todas estas permanecen en sus sitios, la mitad de ellas partirán durante la mañana. Incluso la de Iker, conmigo a bordo. Un calor crece en mi corazón cuando su pequeño velero (rescatado y reparado tras la tormenta) aparece ante mis ojos, amarrado en el muelle real.

Presiono la amatista sobre el casco de su bote el doble de tiempo que en cualquier otra embarcación. Pero las toco todas, avanzo lentamente mientras repito mis palabras. Debo hacer esta magia antes de probar la que pretendo que mantenga a Annemette en

casa.

En una hora, he terminado mi trabajo. El amanecer ha llegado por completo y ha pintado el horizonte con amplias huellas rojizas y naranjas. La intensidad de la luz me obliga a entornar los ojos cuando llego al muelle real, que se encuentra más adentrado en el mar.

Mi corazón comienza a palpar, un nervioso hormigueo sube por mi espalda. Diecisiete horas. Sé cómo intercambiar palabras para obtener lo que deseo, pero no objetos, así que es el momento de descubrirlo. Llevo una mano a la perla y sostengo mi amatista en la otra. Mis dos posesiones materiales más preciadas. Elementos por los que pelearía; aunque debo echar a la suerte cuál de los dos utilizar. Cierro los ojos y tomo la decisión.

Luego, invoco la confianza de Annemette. La magia de mi madre. Mi propia testarudez.

No hay razón para que esto no funcione.

Puedo hacerlo.

Puedo hacerlo.

«Skipta».

Desde las puntas de mis pies hasta mi cabeza, la magia más antigua me atraviesa como el hielo nórdico penetra el casco de un barco. El mar fluye por mis venas.

Arrojo la amatista hacia las aguas y observo cómo se hunde.

Después, espero. Mi corazón resuena en mis oídos, el miedo se entremezcla con la emoción de la magia. En mi garganta, la perla palpita, congelada. Me obligo a ser paciente y a recordar la noche anterior. Así es cómo funciona, pero cuando el tiempo pasa y no sucede nada, el pánico se apodera de mí y caigo de rodillas.

Veleidoso mar sin nada que ofrecer.

Me inclino por encima del muelle y me aferro a las tablas desgastadas por el paso del tiempo. Acercó mi rostro al agua y agudizo la vista, en busca de alguna señal de mi preciosa gema.

Pero todo lo que veo es mi reflejo. Mi rostro me devuelve una imagen de nerviosismo y cansancio, con la preocupación marcando mis facciones.

«¿Qué he hecho?».

Una punzada de vergüenza alcanza mi corazón. Mis mejillas se acaloran, pero un escalofrío me atraviesa por la espalda. Levanto la cabeza y caigo de espaldas en el muelle, mis rizos se despliegan sobre las tablas. Mis dedos aferran la perla.

Tante Hansa tenía razón; he sido una ladrona afortunada, pero todo lo que he conseguido hasta ahora ha sido a base de trucos baratos. Aún no soy una bruja; no soy como mi tía, mi madre o Maren Spliid. Soy solo...

Gotas de agua interrumpen mis pensamientos, vuelan directamente desde el mar, como la exhalación de una ballena bajo la superficie. Mis ojos se agrandan mientras observan un objeto entre la corriente. Me esfuerzo por sentarme rápidamente y unir mis manos en posición cuando comienza a descender.

Cuando aterriza, cierro las manos, para protegerlo. Para proteger la esperanza que ha crecido en mi corazón.

Tomo aire y abro mis manos.

Una piedra tan azul como el cielo a mediodía y suave como el cristal descansa sobre ellas, del mismo peso y tamaño que mi amatista.

Tan seguro como la marea, ha funcionado.

Yo he ofrecido. Él ha tomado. Él ha ofrecido. Yo he tomado.

Justo como había esperado.

Con la gema en mi mano, me pongo de pie y miro hacia el mar.
«Skipta». Intercambio.

Dejo caer la piedra al agua una vez más y contengo la respiración pensando en mi amatista. En mi corazón, tengo la esperanza de poder negociar con el mar para obtener el intercambio preciso que deseo.

«Skipta», repito, y después susurro la palabra en nórdico antiguo que sé que es la más cercana a lo que deseo: «Bjarg». Roca.

Con las manos unidas, me quedo allí, con la mirada perdida en el horizonte. Dos gaviotas juegan en la superficie del agua, bajan, salpican y se elevan en armonía.

Mientras vuelan sobre mi cabeza, otra oleada surge de la profundidad. Más grande, más fuerte, y salpica el muelle real y a mí, pero me mantengo firme, con las manos extendidas.

Otro elemento llega a mis manos. Con las palmas todavía unidas, me froto los ojos con la muñeca para apartar el agua de mar que ha caído sobre ellos, parpadeo para ver con claridad y luego los abro. Contengo la respiración, mis dedos se abren y revelan el objeto, no es mi amatista, sino algo más radiante.

Una piedra de un profundo color carmesí, con cristales irregulares en la superficie, como una piedra de azúcar. Su corazón es color rojo sangre, como el mío, y parece que albergara fuego en su interior.

No es lo que tenía en mente, pero su belleza es sobrecogedora; mucho más que la de mi amatista. Pero ¿tiene el mismo poder que mi amatista? ¿O arruinaría el hechizo?

No puedo preocuparme por eso ahora. Entiendo que la magia solo intercambia cosas de la misma clase. Y cuando sea Annemette la que esté en lugar de la piedra, el mar pedirá un intercambio

similar. Para llevar a cabo el cambio necesito otro cuerpo, y no lo tengo.

Eso *es* un problema.

Pero tal vez la solución siempre ha estado ahí, desde hace cuatro años. Tal vez ahora pueda llevar a cabo el intercambio final.

—¿Qué hay entre tú y yo y las mañanas?

Nik.

Giro, con la gema entre los pliegues de mi vestido, con la esperanza de poder ocultarla en el ángulo correcto y evitar que Nik vea cómo la guardo en mi bolsillo.

El brillo en los ojos de Nik no revela cuánto tiempo ha estado allí de pie. Está elegantemente vestido y afeitado, sus hombros están erguidos y tiene las manos en sus caderas.

—Te prometo que no te he seguido para fastidiarte hablando de besos de nuevo.

—Ajá, eso es lo que dicen todos.

Las mejillas de Nik se sonrojan rápidamente y sé que hubiese preferido no tener que afeitarse esta mañana.

—De verdad lo siento. No es asunto mío.

—Claro que lo es; eres mi mejor amigo —le digo con una sonrisa.

Él da dos pasos al frente y se sienta en el muelle, con sus botas colgando y pateando por debajo. Yo encuentro una porción de madera seca y me siento junto a él.

—Qué mejor amigo soy —comenta—. Siempre abandonándote por mis obligaciones. Y tú ni siquiera puedes hablarme de chicos; una palabra sobre besos y me convierto en una gárgola roja como una remolacha.

—Para ser justa, estamos hablando de tu mejor amiga besando a un primo al que tratas como a un hermano. —Llevo una mano a su

hombro y uso la otra para guardar la piedra en el bolsillo que ha quedado escondido entre los pliegues de mi vestido.

—Es verdad —asiente—. ¿Por qué no podías escoger a alguien *menos* cercano? ¿Como Ruyven o Didrik o Jan?

No puedo evitarlo, mi nariz se frunce de inmediato.

—Porque Ruyven o Didrik o Jan... —*Piensan que yo me creo demasiado para ellos.*

—¿No son Iker? —Nik alza una ceja.

Ahora son mis mejillas las que se encienden y las señalo entre risas.

—Así es como te pones cuando hablamos de besos.

Nik ríe y solo la palabra *besos* hace que se sonroje también. Cuando nuestras miradas se encuentran, algo en su cara se suaviza. Aparta un rizo rebelde de mi rostro; no es un gesto romántico como el de Iker, sino como el gesto cariñoso de un familiar.

Su pulgar y su dedo corazón permanecen en mi cabello y yo vuelvo a reír, porque no sé qué más hacer. Cuando el sonido termina, no puedo respirar. No puedo hacer nada más que mirarlo a los ojos.

—¿Pisando mi terreno, primo?

Giramos y allí está Iker, vestido, pero no afeitado, con una cuerda enrollada alrededor de su brazo.

—No puedo evitarlo si mi mejor amiga es la chica más bonita en todo Havnestad.

Iker no ríe. Su voz es tan robusta como su embarcación.

—No digas eso demasiado fuerte; sé por experiencia que no te gustaría hacer enfadar a esta rubia —comenta, y señala la cuerda.

—¿También os quemáis con tanta facilidad como yo? —Fuerzo

mis facciones a un dramático mohín.

Una sonrisa diabólica se extiende por los labios de Iker, y aparece esa familiar luz de alegría en las profundidades heladas de sus ojos.

—Sí, y aún duele. —Después levanta una ceja—. Mi madre siempre me ha dicho que un beso puede mejorarlo.

—Tendremos mucho tiempo para eso más tarde. —Me pongo de pie. Aún puedo sentir los dedos de Nik en mi cabello.

—Así es —agrega Nik y se coloca entre Iker y yo—. Ahora, volvamos al trabajo. Tu barco no va a prepararse solo.

—Eso resulta gracioso si tenemos en cuenta que has sido tú el que ha venido al muelle y no ha vuelto.

—¿A dónde vais? —pregunto repentinamente, con la preocupación de que Iker haya decidido marcharse sin mí.

—Mi padre quiere pasear en su barco a vapor a los trabajadores del castillo para conmemorar la Celebración del Mar.

Entre mi falta de sueño y mi concentración en el baile, he olvidado la fiesta que se llevará a cabo esta tarde para la Celebración del Mar, que tendrá lugar en el puerto antes del gran evento. Es divertido, todos en Havnestad anclan sus barcos y permanecen dentro a poca distancia del puerto. Es una forma de acercarnos a nuestro querido mar y al mismo tiempo mirar hacia la costa y apreciar lo bonito que es nuestro pueblo en realidad.

—Da igual —continúa Nik—, mi madre planea reunir a todas sus invitadas especiales y a sus doncellas a bordo del antiguo barco de tres velas. Pero Iker no quiere compartir nuestra fiesta con ninguno de ellos.

—Sería tan absurdo como un caballo de yeso —protesta Iker.

—Así que hemos tomado la decisión real de tomar el velero.

—¿Solo para nosotros cuatro? —Es una tontería, pero mi respiración se corta.

—Así es —asiente Nik—. Siempre y cuando podamos embarcar antes de que mis padres descubran nuestros planes.

Mi corazón se eleva. Solo nosotros cuatro, todo el día en el barco. Riendo, cantando, comiendo, antes de vestirnos elegantemente para bailar durante toda la noche; me parece un final más que apropiado para nuestro Lithasblot y un fabuloso comienzo para la nueva vida que nos espera a los cuatro. El peso de la gema en mi bolsillo me dice que esto está bien.

—Perfecto.

Capítulo

25

Annemette está despierta y vestida cuando llego, de pie en la ventana, observando el mar. A pesar del sol y del cielo que asoman por la ventana, puedo detectar su preocupación por la forma de su silueta, es normal, las próximas dieciséis horas son vitales para ella.

Si me escucha al entrar cuando abro la puerta, no lo sé, pero no se da la vuelta. No pregunta dónde he estado. Después de un momento, finalmente habla.

—Es tan bonito observar el mar desde aquí —comenta y me mira—. Pero nunca podré volver, y no puedo quedarme aquí. Ah, Evie. ¡No debería haber venido! —Un sollozo se cuele en su voz mientras hunde su rostro entre las manos.

No tenemos tiempo para tener esta conversación. No tenemos tiempo para deseos o posibilidades.

—Sé lo que hay que hacer —afirmo.

—No. —Levanta su rostro, furioso bajo la luz de la mañana, y habla con la voz rota—. Te lo expliqué. No se puede usar la magia para el amor, Evie. ¡No entiendes cómo funciona! Lo que he hecho. Lo que he...

—Sí, lo entiendo. —Me acerco un paso, la terquedad mantiene mis hombros erguidos—. Y si Nik no tiene la respuesta, yo sí. He encontrado el hechizo correcto. Entre las dos, podemos conseguir que te quedes aquí. Lo sé. Lo he resuelto...

—No. Tú... No. —Se lanza hacia mí y sujeta mis muñecas. Su rostro angelical florece con profundas manchas rojas—. Cualquier pequeño hechizo que hayas creado no tiene importancia. La magia

no tomará nada más. No lo hará. No lo hará. No lo hará... —Todo su ánimo de pelear se desvanece en un instante, su cuerpo se balancea y luego comienza a hundirse. La sostengo entre mis brazos con la intención de reducir el golpe cuando su cuerpo cae sobre el suelo de piedra.

Su cabeza se desploma sobre mi falda, sus hombros se elevan ante el temblor de su cuerpo y solloza. Acaricio sus cabellos con delicadeza. Respiro con fuerza y dejo que mi voz se calme y se estabilice.

—Pasaremos el día en un barco con Nik. Solo nosotros cuatro. Y después el baile de esta noche. Los bailes son el sitio más romántico de todo el mundo; el amor verdadero es prácticamente una decoración.

Annemette mueve su cabeza de lado a lado sobre mi falda, pero no dice nada.

—Si después del último baile, la magia aún no ha quedado satisfecha, lo haremos a nuestro modo. —Rodeo sus hombros con mis brazos y descanso mi cabeza sobre la suya—. No permitiré que te vayas.



Al salir a la luz del sol, el nerviosismo de Annemette es tan evidente como sus pecas.

Está nerviosa por el tiempo que le queda.

Por los sentimientos de Nik.

Y, más que por todo ello, está nerviosa por estar en el agua. Ahora entiendo que cuando tomó la decisión de abandonar el mar, tuvo que hacerlo en todas sus formas posibles. Él no la volverá a recibir, ni siquiera para que disfrute de un día tranquilo sobre sus aguas.

Tomo su mano y la aprieto en cuanto vemos a los chicos a bordo del velero. Ambos, Iker y Nik, tienen un tulipán en sus manos; rosa para Annemette, rojo para mí.

—Damas —dice Iker—, vuestra belleza hoy es tal que hasta las sirenas estarían completamente celosas.

Ofrezco una ligera reverencia y Annemette se inclina conmigo.

—Por lo que resulta muy conveniente tener a dos príncipes increíbles a nuestro lado para que nos mantengan a salvo de sus garras.

Iker alza una ceja y me acerca a él para besarme en la mejilla.

—Estás hecha para mis garras, no para las de ellas. —Sus brazos rodean mi cintura en un intenso abrazo. Nik, con sus orejas ligeramente sonrojadas, pone los ojos en blanco.

—¿Así va a ser todo el día con vosotros dos?

—Probablemente —responde Iker y me mira a los ojos.

Nik pone los ojos en blanco otra vez. Luego toma el brazo de Annemette.

—Vámonos, antes de que el puerto esté tan atestado que no podamos zarpar. —Levanto las cejas para darle ánimo a Annemette y balbuceo—: Todo saldrá bien. —Ella le ofrece una sonrisa nerviosa a Nik.

Los chicos abordan el velero primero y nos ofrecen sus manos; no hay una pasarela disponible. Subo al velero a continuación y de inmediato lamento no haber esperado para ayudar a Annemette. Su color no ha mejorado y ahora está sola en el muelle. Aferra el tulipán con ambas manos y sus nudillos están pálidos.

—¿Estás bien? —pregunta Nik, y da un paso al frente. Annemette asiente, pero sin credibilidad.

—Está algo nerviosa; sufrió un accidente en el mar cuando era

niña.

—Lo entiendo. —La compasión en el rostro de Nik me conmueve —. No te he hablado de mi reciente incidente, ¿o sí? Fue aterrador, pero la mejor forma de vencer el miedo es volver al agua. Y estás con un marinero experto hoy, Mette. —Nik le da una palmada en la espalda a Iker—. El mejor que hay. Estás a salvo aquí. Lo prometo.

Annemette asiente, pero no se mueve para abordar.

—Ven, salta hacia mí. Te atraparé.

Ella respira con fuerza y, después de unos segundos, salta en sus brazos.

Yo me aparto del camino, justo a tiempo para darles más espacio. El perfecto equilibrio de Nik los mantiene en pie y Mette aterriza con todo el cuidado posible sobre el pequeño velero, con una sonrisa agradecida en sus labios mientras lo mira con brillo en sus ojos y se apoya sobre su pecho. Precisamente donde tiene que estar.



—¿Vino de verano, Mette? Ayuda a calmar los nervios —dice Iker, sentado a mi lado en un banco. Annemette niega con la cabeza. Yo miro a Nik a los ojos.

—¿Tal vez un poco de agua? —Nik le hace una seña a Iker para que saque el agua de la caja que ha llenado con hielo molido.

Alcanzamos la boca del puerto con facilidad y flotamos en el mar plenteramente. Bueno, plenteramente para todos, a excepción de Annemette, que apenas puede mirar por encima del extremo del barco.

Iker vuelve y le entrega la cantimplora a Nik. Él la destapa para Annemette. Ella bebe un gran trago.

—¿Mejor? —pregunta Nik, y ella vuelve a asentir de forma poco convincente.

Iker toma una gran jarra y llena una copa con su contenido; por el olor, es *hvidtøl*.

—¿Comenzando temprano, Iker? —Un destello aparece en los ojos de Nik y bebe un trago del agua como Annemette.

—Comenzando en el momento correcto. ¿Y quién crees que eres para cuestionar a un capitán en su propia embarcación?

—Alguien responsable y que sabe mantenerse sobrio ante sus obligaciones.

—Estamos en un festival y la escasez de la bebida ha brillado demasiado para mi gusto. Tengo dieciocho años y soy un príncipe. Puedo complacerme a mí mismo todo lo que me plazca en mi propio barco.

—Iker, ¿podría beber un poco de agua? —pregunto, porque ellos no pueden seguir así. No es que esté segura de que vaya a conseguir que terminen, pero estoy decidida a distraerlos para detener esta estúpida disputa. Se *supone* que esto es un paseo romántico.

Iker se desploma en el banco y bebe un largo trago de su delgada copa.

—Si tu sobrio príncipe quiere compartir, por supuesto que puedes.

Observo el recipiente; probablemente la provisión de agua personal de Iker y nada más. Es ligero sobre las manos de Nik, un tercio de su contenido se vacía con dos mínimos tragos.

—No es que quiera cuestionar al capitán, pero ¿esto es todo lo que has traído para beber?

Iker niega con la cabeza sobre su copa.

—Como he dicho, hay vino de verano —dice antes de elevar la jarra en su mano—. Y también *hvidtøl*. No soy idiota, sé que hace calor.

—¿Y de comer? —pregunto, y pongo los ojos en blanco.

Iker se pone de pie, abre otra caja con hielo y sumerge su mano libre en las profundidades.

—Ah, sí, queso, fruta y nada más. ¿Qué es esto? ¿Una fiesta para niños? Ni siquiera hay sardinas.

—Mette es alérgica —afirma Nik. Ha sido él el que se ha encargado de preparar la comida.

—Bueno, yo no lo soy. Y alergia mi trasero. Ella solo está actuando para ver cómo te esfuerzas por complacerla.

Annemette se sobresalta y las mejillas de Nik se acaloran; sus venas se encienden con verdadero ánimo de pelea. Si bien me alegra ver a Nik reaccionando por Annemette, no le haría bien a nadie que los chicos se lancen por la borda.

Llevo mi mano al antebrazo de Iker. La disputa entre ellos no tiene ningún sentido y es tan mala como la falta de agua y comida. Si continúan así, nada en este día saldrá según lo planeado. Él se gira hacia mí y yo le ofrezco una sonrisa tranquilizadora.

—Tenemos el sol, el cielo azul y nos tenemos el uno al otro. Tenemos suficiente.

Iker me apoya sobre su pecho; su esencia, además de limas y sal, tiene una nota agria por la *hvidtøl* que arruina el equilibrio. Nik baja la vista.

—Evie y sus palabras. Siempre correctas, incluso cuando está muy equivocada —comenta Iker.

—Siempre tengo razón. —Golpeo su brazo, pero le permito aferrarme contra su pecho y siento cómo su corazón se calma

lentamente mientras el ánimo de pelea desaparece.

—No te embarques sobre ese orgullo, Evelyn. Te hará aún más daño cuando tropieces —bromea.

Después de varias horas, Annemette parece tranquilizarse un poco y se despega de Nik, me atrevo incluso a decir que comienza a *disfrutar* del tiempo que estamos pasando juntos. Se mantiene cerca de él, pero al menos se sienta conmigo a compartir algo de queso y fruta y conversa con todos nosotros.

Iker y yo estamos sentados con nuestras espaldas apoyadas contra el casco, Nik y Annemette están frente a nosotros en el palo mayor. Él se ha quedado dormido tras beber demasiado vino, con ella apoyada sobre su hombro. Iker no ha reducido la ingesta de *hvidtøl*, pero en su caso no le ha causado sueño, más bien parece un felino que disfruta del sol con sus garras desplegadas.

—¿Te sientes mejor, Friherrinde Annemette? —pregunta.

Annemette responde con un serio asentimiento.

—Bien. ¿Has superado tus miedos, entonces? ¿Una mujer nueva ahora que tu príncipe está dormido?

—Suficiente. —Lo golpeo con mi codo, fuerte—. No sé por qué estás comportándote así. Tan... descortés.

—Perdóname, Evelyn. No es cortés, es verdad; soy un príncipe y, aunque no es de mi preferencia, debo seguir las normas sociales la mayor parte del tiempo. Pero si se trata de mi familia, la cosa cambia. —Sus ojos brillan, de un azul helado y caliente—. Cuando se trata de ellos, nunca soy cortés. Es inútil ser cortés cuando algo tan importante está en juego.

Annemette traga saliva y estoy bastante segura de que los tres lanzamos una mirada hacia Nik.

Debería intervenir y poner a Iker en su lugar, pero no puedo. Nik

es tan importante para mí como para él, y que defienda tanto a Annemette podría parecer inoportuno. También podría agregarle más carga a este día; demasiada también para el viaje en el que ambos tenemos la intención de embarcarnos. Con un corazón cobarde, cierro los ojos y lo dejo atacar.

—Por lo tanto, sí. Quiero saber todo sobre ti, Friherrinde Mette. Podrías comenzar por contarme cómo has llegado hasta aquí; y por qué has llegado antes que todos los demás invitados. Y, además de todo eso, me gustaría saber cómo supiste que la mejor forma de llegar hasta Nik era a través de la valiosa amistad de Evie.

Me estremezco. Porque él tiene razón. Pero tengo demasiado miedo como para abrir los ojos y ver la reacción de Annemette ante el alcoholizado cuestionamiento de él y mi cobarde silencio.

—Gracias por tu preocupación, primo. —Mis ojos se abren y Nik está consciente y se estira tras despertarse. Annemette se acurruca contra él mientras Iker le enseña los dientes en algo que parece una sonrisa; pero su intención es más feroz—. Pero interrogar a nuestra invitada no es la manera de resolverlo.

—Ella no está aprobada oficialmente.

—¿Quién eres, mi madre? ¿Cuándo hemos dejado de creer en la palabra de las personas?

—*Tú* nunca tienes esa opción.

Iker se levanta de un salto y Nik lo sigue. Se lanzan uno sobre el otro, sus mentones tensos y sus rostros enrojecidos.

—Eres el único heredero de los reinos Øresund, la aldea más rica de pescadores del estrecho —lanza Iker—. No puedes poner tu futuro en manos de una extraña sin más.

—¿Y eso es peor de lo que haces tú? ¿Que lanzas tus redes en cada rincón del océano y arrastras a cualquier chica que se deje

atrapar?

—Si soy tan horrible, ¿por qué, permites que sea amable con alguien que *amas*, *por todos los dioses*?

Mi corazón se agita ante la referencia al *amor*, aunque en realidad no hay una manera mejor para describir nuestra amistad. Nik observa a Iker por un largo instante antes de responder.

—Pensaba que Evie sería suficientemente lista como para mantenerte a raya. Y, teniendo en cuenta que planeas llevarla a cazar ballenas mañana, creo que ha tenido éxito.

Mi mirada se dispara hacia Annemette. Hay sorpresa en sus ojos; tanto como imagino que hay en los míos al saber que Nik conoce nuestros planes. Hay algo más, pero no tengo tiempo suficiente para dilucidarlo porque los chicos vuelven a comenzar, los puños a sus lados, sus mejillas enrojecidas, sus caras a centímetros de distancia.

—Esto no se trata de Evie. Se trata del hecho de que tú estás tan ciego por tus sentimientos que no ves a esta chica por lo que es; una total y completa extraña, sin pruebas de ser quien dice ser. — Iker toma los hombros de Nik firmemente—. Su historia es débil y sus títulos no existen; eso hace que sus motivos sean sospechosos. He conocido a muchas personas en mis viajes y...

—El hecho de que *tú* tengas más experiencia no hace que *yo* sea inocente. —Nik se libera de Iker y da un paso atrás, fuera de su alcance—. Y prefiero dejarme llevar por mis sentimientos antes que hacerlo por lo que tengo dentro de mis pantalones...

El estallido de un trueno atraviesa el cielo, tan fuerte como para cortar las palabras y el enfado en los labios de Nik. Los cuatro nos tensamos y giramos en dirección al sonido, hacia el noreste. Una nube grande y oscura como una noche interminable cubre el

horizonte. Al igual que en el cumpleaños de Nik, esta tormenta ha surgido de la nada, de forma repentina y rara.

Pero es una tormenta, y los tres sabemos exactamente lo que tenemos que hacer.

Sin decir ni una palabra más, los chicos y yo nos ponemos en movimiento, trabajamos alrededor de Annemette, que se aferra al palo mayor en cuanto el barco comienza a mecerse intensamente.

Hay demasiadas embarcaciones en el puerto y nosotros estamos por detrás de ellas, en el estrecho y casi en mar abierto; mucho más lejos de lo que estábamos la noche de la fiesta, y en un barco mucho más pequeño.

Los tres ponemos el velero en marcha, guardamos la comida y la bebida, los remos están listos. Finalmente, no hay nada más que podamos hacer más que acomodarnos y remar hacia el frente; exactamente lo mismo que el resto de las embarcaciones han empezado a hacer a la vez. Bueno, a excepción del barco a vapor del rey, que navega hacia el muelle tranquilamente, abriéndose camino entre todos los botes más lentos.

El puerto está atestado de embarcaciones y nuestro progreso en el agua es más lento que el cielo que enseguida nos alcanza. La tormenta rompe a nuestras espaldas, el viento sopla en la dirección correcta, pero también es una señal de advertencia. Mientras más fuerte sea el viento, más cerca está la tormenta.

—¡Evie! —exclama Nik entre respiraciones agitadas, mientras Iker y él reman—. Ayuda a Mette.

Dejo mi puesto en el timón y me esfuerzo por llegar hasta el palo mayor, donde Annemette se ha refugiado, aferrándose por su vida. Desciendo junto a ella y presiono mi corsé contra su espalda para cubrirla de la tormenta lo mejor que puedo.

La lluvia comienza a caer y siento cómo tiembla debajo de mí.

—Solo quiero volver a casa.

—Lo sé, Anna... Mette. Mette, lo sé.

Ella no reacciona ante mi confusión. Solo repite lo mismo. Una y otra vez.

Mientras los relámpagos atraviesan el cielo, algo duro y fuerte golpea mi cabeza. Lo sacudo y me giro hacia donde el objeto ha caído al suelo.

Granizo.

Mi corazón se desploma y levanto la vista. Son como piedras blancas que llueven del cielo, rebotan sobre el muelle en forma de diluvio, caen tan rápido y tan abundantes como gruesas gotas de lluvia.

Analizo el horizonte. Estamos al menos a cuatrocientos metros de distancia y hay más de una docena de barcos en nuestro camino hacia el puerto seguro. El velero es lo bastante pequeño como para poder pasar entre las embarcaciones más grandes, pero, aunque los chicos remen con todas sus fuerzas, no estoy segura de que podamos tener la habilidad suficiente como para no acabar aplastados en el proceso.

Miro a la izquierda. Hacia la cala; un refugio natural. Está completamente desierta, no hay embarcaciones allí.

—¡La cala! ¿Podemos hacer tierra en la cala?

Detrás de mí, la voz de Iker resuena sobre la lluvia, el repiqueteo del granizo y otro estallido de truenos.

—Es una oportunidad tan buena como cualquier otra. ¿Primo?

Nik levanta la mirada, sin sobresaltarse ni una vez mientras dos piedras golpean su cabeza mojada.

—No estoy seguro de los obstáculos. Pero es nuestra mejor

opción.

Tomo eso como un sí y abrazo a Annemette con más fuerza antes de correr al timón para intentar redirigir el barco, mientras que Iker ajusta la vela principal para cambiar el curso.

Tomamos la dirección correcta y luego Iker se dirige a mí.

—Evie, quédate. Te necesitamos para fijar el curso contra el viento.

Lanzo una mirada hacia Annemette. Otra hacia Nik. Iker tiene razón.

Rodeamos el barco de tres velas de la reina, pasamos junto a otros dos veleros, una barca y un pequeño bote individual, y fijamos nuestra dirección hacia la cala. Lo primero que aparece ante nosotros es la parte oculta de la playa, después la pared de roca y, finalmente, Picnic Rock.

Entramos en la cala y suelto un profundo suspiro de alivio; mis brazos tiemblan mientras mantengo nuestro curso y en mi piel empiezan a aparecer marcas rojas a causa del granizo.

Luego, Annemette comienza a gritar.

—¡Virad! ¡Virad!

Sigo su mirada, pero no veo nada. No hay más que agua agitada frente a nosotros, nuestro barco aún está muy lejos de las pequeñas islas como para que sean una amenaza.

—¡Banco de arena!

En cuanto las palabras salen de su boca, nos detenemos con un impacto; el agua nos rodea por todas partes.

Encuentro su mirada y sé exactamente cómo sabía que el banco de arena, sumergido y oculto bajo el agua, estaría allí.

Solo una vez en su vida ha nadado en lo más profundo de la cala.

Espero a que las preguntas comiencen. Pero no llegan. En

cambio, Iker está en silencio, inclinado sobre la borda evaluando los daños. La verdad es que espero que no los haya.

—Hora de nadar, tripulación.

—Sí —confirma Nik después de asomarse.

—¡No! —grita Mette, aún aferrada al mástil—. No puedo. —Pero Nik no acepta su negativa.

—Son cien metros. Yo te llevaré. Todo saldrá bien.

Iker arroja el ancla para que su barco no se aleje cuando la tormenta acabe y el banco de arena lo libere. Se acerca a mí y aparta algunas piedras de granizo algo derretidas de mi pelo.

—¿Saltamos juntos? —Toma mi mano y nos acercamos al extremo de la proa. El agua tiene vida, las olas se mecen con un ritmo salvaje y revelan el pulpo que ha acechado la cala desde el comienzo del verano, además de un banco de grandes peces y algunos delfines. La cala está prácticamente desbordada con más animales de los que suelen habitarla; animales inusuales. Mi mente se desvía hacia mi hechizo, mi llamada diaria de abundancia.

No, no puede ser. Yo no tengo nada que ver con esto. Es la tormenta, que arrastra a la vida del mar hacia este sitio.

Antes de pensar más, Iker jala de mi mano para avanzar y saltamos al agua fría.

El granizo se ha detenido y los truenos han girado hacia las montañas que rodean Havnestad. Aún hay tentáculos de luz que atraviesan el cielo y la lluvia sigue estable, pero no es la peor situación en la que he nadado. Tras un camino rocoso, duro y agotador, finalmente llego a la costa segundos detrás de Iker y subo al montículo de arena más cercano con la respiración agitada. Giro sobre mi espalda y lleno mis pulmones una y otra vez con aire salado. La arena cubre los pliegues mojados de mi vestido.

Iker me ayuda a sentarme y veo que Nik está poniendo a Annemette a salvo en la cala. Sostiene su cabeza por encima del agua y su cuerpo contra el de él. Mi corazón se llena de amor una vez más, sabiendo que no mucho tiempo atrás, yo era la chica que llevaba en sus brazos hasta la costa aquel día de marea terrible.

Nik no pierde una brazada y llegan a tierra enseguida. Su respiración está agitada por el esfuerzo, la de ella por el miedo. Estoy segura de que veo en los ojos de él un destello de amor, algo que espero que el baile de esta noche realmente inspire, y que Annemette pueda quedarse para siempre en casa.



Tres años y medio atrás

La nueva sirena se convirtió simplemente en otra hermana real, su memoria tan dañada que creía que siempre había sido una de ellas. Todos lo decían. A pesar de que tenía la agobiante sensación de que su vida era como una gran conversación a la que había llegado tarde.

Era solo una sirenita, que nadaba en la sombra colectiva de sus cinco hermanas mayores: Lida, Clara, Aida, Olena y Galia. Rubias y fuertes todas, llenas de alegría y buenos modales. Juntas, las seis eran el orgullo de su abuela, la reina madre Ragnhildr o, como ella prefería, oma Ragn.

La sirenita adoraba a oma Ragn con una fuerza especial; se sentía en casa al estar con ella. En su hogar, envuelta entre las largas ondas blancas de su cabello, contra el calor de su piel, la canción que tarareaba por lo bajo apenas más fuerte que sus corazones unidos.

Pero oma Ragn era más que un regazo acogedor y una voz reconfortante. Era su guía en la vida del palacio. Su tutora. Su ejemplo. Su meta. Los días comenzaban con lecciones sobre política, sobre cómo reinar, seguidas por clases de ciencias y artes. Las noches, ocupadas por música y magia, las lecciones se mezclaban con las sombras en el agua, volviéndose cada vez menos definidas, más irreales.

Para la sirenita, así había sido siempre. Así sería siempre. Hasta que sucedió algo que no había anticipado.

Una mañana, se produjo un gran alboroto, la tercera hermana, Aida, era la pieza central de todo aquello. Su habitación había sido decorada con guirnaldas de algas trenzadas con valvas brillantes entretrejidas. La sirenita nadó a su alrededor admirando cada detalle, pero no sabía a qué se debía.

Encontró el oído de su hermana más cercana en edad, Galia, de doce años. Se acercó hasta que estuvieron hombro con hombro y susurró mientras las demás rodeaban a Aida y ataban listones en su cabello.

—¿Qué pasa?

Galia abrió su boca como si fuera a hablar, pero volvió a cerrarla hasta que encontró las palabras correctas un momento después.

—Es el decimoquinto aniversario del nacimiento de Aida.

La sirenita pensó que todo aquello era porque tenían la intención de celebrarlo. Galia vio la confusión en su rostro. Una vez más, pareció escoger sus palabras con cuidado y apartó a la sirenita y la condujo hacia atrás en las sombras.

—En el decimoquinto aniversario del nacimiento de una sirena, ella puede ir a la superficie.

—¿La superficie? —Los ojos de la sirenita se agrandaron. Nunca se le había ocurrido que eso fuera una posibilidad; le habían contado muchas historias de los peligros del mundo, de los humanos con sus arpones, sus redes y su terrible realidad. No era algo a lo que quisiera acercarse. Jamás. Pero Galia sonreía.

Estaba sonriendo.

Al igual que todas sus hermanas y la misma Aida. Rebosante de alegría habría sido una expresión más adecuada.

La sirenita tuvo la clara sensación de que eso era algo que debía recordar; dos de sus hermanas mayores ya tendrían que haber pasado por aquella celebración. En cambio, no encontraba recuerdos en su mente de nada que tuviera que ver con aquello.

De todas formas, apartó su pregunta, como si siempre lo hubiera sabido.

—Ah, sí, por supuesto.

No tenía sentido causar problemas.

Niker y Nik se marchan por el pasillo hacia su ala del castillo, caminan cansados y completamente mojados mientras solicitan comida y un baño caliente. Volveremos a verlos dentro de tres horas; de pie en las puertas del salón de baile del palacio, dando la bienvenida a los invitados al Baile de Lithasblot.

Es un gran cierre al festival, pero no es solo para los nobles. Todo el mundo está invitado a participar de la música, la danza y el gran banquete; todos en Havnestad son iguales por esta noche.

Normalmente, Nik solo tiene que escoger entre damas de la nobleza local y chicas plebeyas para bailar, siempre le ofrece a cada una su oportunidad, es un príncipe que lucha por la igualdad. Pero las cosas serán diferentes este año. Además de Annemette, habrá docenas de chicas esperando con la reina, luchando por conseguir la oportunidad de bailar con él.

Esas candidatas aún deben estar a bordo del barco de tres velas, probablemente bajo cubierta, protegidas del granizo y de la lluvia.

Protegidas, a diferencia de nosotras.

Annemette y yo avanzamos por el pasillo de invitados en tal estado que no quiero ni acercarme a un espejo. Agradezco a Urda que la reina no esté aquí para juzgarnos. Pero lo que veo de Annemette no me da esperanzas. Su pelo está enmarañado; tiene profundas marcas rojas en sus brazos a causa del sol y del granizo que nos ha sorprendido después, su frente y su nariz tan rosadas como el rubor natural de sus mejillas.

Solo espero que un baño y las tres horas que tenemos para vestirnos mejoren la situación para ambas. Es difícil tener la noche más romántica de tu vida si pareces un fantasma de la peste bubónica.

Llegamos a nuestra habitación y Annemette se desploma de inmediato en la cama, con sus ropas mojadas y todo. Rebota tanto como la cama lo permite antes de descansar envuelta entre su propio cabello y harapos.

—¿Estás bien? —pregunto, sentada en la cama frente a ella.

—Estoy más que bien. —Responde con una sonrisa—. Nik me ha pedido que abra el baile con él.

Jadeo. Cada año, el rey y la reina comparten el baile de apertura de la noche. Y ahora que Nik es mayor de edad, tiene sentido que él vaya a bailar con ellos; algo que ni siquiera yo sabía. Algo que tal vez Nik no supiera hasta que llegaron las invitadas de su madre.

—Eso es increíble. —Si esa invitación no demuestra que el amor empieza a florecer, no sé qué lo haría. Y, después de toda una noche mirándola a los ojos, no hay modo de que Nik no complete el contrato mágico.

—Lo es —coincide—. Aunque estoy totalmente exhausta. Tenemos tiempo para una siesta, ¿no es así?

Miro mi reflejo en la ventana y todo lo que veo son marcas rojas en mi piel y mi melena de rizos enmarañada. Iker no me ha pedido que abra el baile, aunque con certeza bailará también. Tal vez piense que no necesita pedírmelo. Tal vez piense que está implícito.

—No lo sé; podría llevarnos las tres horas arreglar este desastre...

—*Ljómi* —dice Annemette, y una brisa helada fluye por mi cabeza y baja por mis brazos. Es tan fría que mis ojos se cierran durante un momento, hasta que desaparece.

Al abrirlos y mirarme en el reflejo de la ventana, parezco una persona diferente. Mi cabello está limpio y rizado; mi piel

rebosante, todo enrojecimiento ha desaparecido. Estoy radiante. Mis ropas aún son un desastre, pero todo lo demás está mejor que antes. Y, una vez más, me recuerda que Annemette confía más en su magia de lo que yo jamás conseguiré. Ella *es* magia.

—Gracias... ¿cuánto durará?

—No para siempre, pero lo suficiente para que Iker no tenga problemas para recordarlo. —Ella bosteza—. Te haré un nuevo vestido más tarde. Ahora, necesito dormir.

—Mette, no puedes; tenemos menos de ocho horas hasta la medianoche y aún tengo que enseñarte a bailar.

—Lo resolveré. —Annemette cierra sus ojos—. Las sirenas bailan más de lo que nadan.

No. No. No. ¿Qué está pasando con ella?

—Bailar con tus piernas es muy diferente, Mette. Es decir, sé que eres grácil, pero ¿conoces el vals de Havnestad? Cada una de las chicas en esa habitación lo sabrá de principio a fin. Si no lo haces bien, todos sabrán que tu historia es falsa. El rey, la reina..., Nik. Todo podría desmoronarse antes de que el tiempo se nos acabe.

—Muy bien. —Se sienta y sonríe—. Tú ganas. El sueño puede esperar hasta que tenga su corazón. —Levanta los brazos para que tome sus manos y yo la llevo hacia el centro de nuestra encantadora habitación. De algún modo, se ha hechizado a sí misma sin que yo la viera, su piel está radiante, su cabello cae a la perfección sobre los hombros de su vestido, que ahora está seco. El mío sigue mojado, pero no le pediré que lo cambie. Aún no. No puedo distraerla de esto. Ya estamos casi en la recta final. Y el baile es el momento más importante de todos los que hemos vivido hasta ahora.

Llevo su mano a mi hombro y extendiendo la otra hacia un costado.

Mi mano baja a su cintura. Estoy inmensamente agradecida de que la reina Charlotte nunca haya conseguido hacer que *les lanciers* fuera la danza escogida para el baile; nunca podría enseñarle un cuadrángulo a una sirena por mi cuenta.

—Un, dos, tres... —Comenzamos—. Un, dos, tres...

Ella ajusta su mano en mi hombro, claramente perturbada por la humedad de mi vestido.

—*Purr klædi*.

Mi vestido se seca de inmediato mientras giramos por la habitación. Annemette pisa mis dedos y se corrige, pero no se disculpa.

—Solo espera a ver el vestido que te haré para esta noche. Si hubiera sabido que el primero acabaría cubierto con el pastel de Malvina, no habría hecho uno tan fino, pero tendré que esforzarme con este. Para impresionar en serio a todo el pueblo; y a las chicas de la reina también. Iker no podrá apartar los ojos de ti.

Le sonrío mientras giramos en círculos.

—Gracias —le digo. Y estoy realmente agradecida. La tarde de hoy no ha sido fácil con Iker y nada me gustaría más que volver a donde estábamos esta mañana.

—Parecerás una princesa.

—Pero ya has hecho eso una vez —digo, y río.

—Ah, ahora estamos poniéndonos selectivas, ¿no es así? Bien, ¡haré que parezcas una reina!

Río tan fuerte que es casi como un ronquido. Después nos guío por la habitación dando vueltas con su mano aferrada a mí con fuerza.



Siete días atrás

El cumpleaños de Aida había desbloqueado algo oscuro dentro de la cabeza de la sirenita. No podía ver lo que había allí, no podía acceder a ello, pero sentía que debía encontrar la llave que lo haría encajar todo. Sabía que había algo en ese negro sin fin, escondido. Esperando para consumirla por completo, como un tiburón en un arrecife.

Y, con ese cambio, notó algo más. Una obsesión fatal.

Los humanos.

Sabía que eran peligrosos. Que plagaban el mar y robaban vidas descuidadamente. Que rompían a menudo el equilibrio de las cosas con sus matanzas excesivas y también escasas en otras ocasiones. El natural dar y recibir estropeado siempre por su avaricia, sus embarcaciones, sus redes, sus arpones.

Si la «leyenda» de las personas del agua alguna vez se probara, serían despiadadamente cazadas por los humanos. Serían convertidas en un espectáculo. Vendidas al mejor postor.

La confirmación de su existencia sería su muerte.

Aun así, mientras se acercaba su decimoquinto cumpleaños, comenzó a soñar más y más con salir a la superficie para ver a los humanos. Solía dejar los confines del castillo de su padre en busca de barcos junto a los que pudiera flotar, para escuchar y ver cómo vivían las personas. Y esas excursiones se volvían más frecuentes cuanto más se acercaba su cumpleaños.

Unos días antes de su tan esperado cumpleaños, encontró una embarcación que la fascinó. Una que no iba a ninguna parte, como un monolito que flotaba entre la marea. Mejor que eso, tenía curiosas ventanitas en su casco. Ya las había visto antes, llevaban a pequeños espacios bajo el agua donde los humanos jugaban a las cartas o guardaban sus tesoros, dependiendo de la clase de barco.

Pero las ventanas estaban oscuras. Todo el mundo estaba sobre cubierta, con música tan alta que el sonido se colaba bajo el agua. La sirenita siempre había

adorado la música, y nadó al ritmo de las notas prolongadas, girando y dando vueltas en el agua, justo bajo la superficie.

Pero entonces, después de unas horas, una luz apareció detrás de las ventanas. La más brillante que la sirenita había visto jamás. Una luz generada por algo más que una vela ordinaria. Tal vez por varias velas. O algo más grande: una antorcha.

La sirenita dejó de nadar con la música y se acercó a la ventana más cercana. Acercó su rostro tanto como le fue posible.

Y vio su pasado.

La imagen de la chica que encontró tras la ventana la golpeó como un rayo.

De pronto, la oscuridad de su mente se iluminó y pudo verlo todo. Los recuerdos resurgieron a través de la oscuridad, uno tras otro en una rápida sucesión, y, físicamente, la empujaron con su fuerza.

Pero no antes de que hiciera contacto visual.

La chica la había visto.

La chica la había reconocido.

Evie. El nombre de la chica era Evie.

Y su nombre... no era Annemette. Era simplemente Anna. Anna Kamp. Friherrinde Anna Kamp.

Y el hijo del rey.

Nik.

Nik, con su dulce cara y sus ojos oscuros. Majestuoso a pesar de ser delgado, elegante y grácil. Amante de la música y de las artes. Tan amable. Los primeros recuerdos de él llegaron en una nube dorada, como si su imagen hubiera filtrado luz en sí misma y se hubiera bañado con ella.

Tenía que verlo.

La sirenita reunió todas sus fuerzas y avanzó, de regreso a la pequeña ventana. Evie y Nik siempre estaban juntos. Si Evie estaba en ese barco, Nik debía estar allí también. Podía sentirlo en los huesos.

Pero él no estaba allí. Y Evie estaba subiendo de nuevo las escaleras. Dejándola sola.

Si Nik se encontraba allí, debía estar arriba.

Donde estaban riendo, bailando y cantando.

Sin ella.

Y entonces, los recuerdos oscuros se abrieron paso. Y ardieron tan dolorosamente que tuvo que cerrar sus ojos con fuerza.

Ese día. Evie y las intensas olas. El reto. La corriente. Ella seguiría con vida si Evie no hubiera propuesto la carrera.

La sirenita comenzó a sollozar; consciente esta vez de que ya no podía derramar lágrimas como en su vida pasada, ahora era una sirena. Y, ah, cómo ansiaba esa descarga.

Se había ahogado ese día.

O casi ahogado; estaba claramente viva, aunque le habían arrebatado su vida. Su padre, el rey del mar, tuvo que haberla salvado, o no la habría acogido como su hija.

Le había mentido. Todos le habían mentido. Le habían dicho que era una de ellos. La habían mantenido en la oscuridad.

La sirenita volvió a sollozar, sus ojos ardían mientras observaba cómo el barco flotaba, con la vida que ella podría haber estado viviendo a bordo de él.

Y entonces, el último rastro de oscuridad se evaporó. Y las últimas imágenes que había visto como humana resurgieron.

Evie sumergiéndose hacia ella.

La ágil figura de Nik avanzando a toda prisa hacia el cuerpo inerte de su amiga; arrastrando a Evie hacia la superficie y más allá. Evie primero. Siempre primero.

Luego, varios minutos después, de nuevo la sombra de Nik, sus ojos sobre el cuerpo de ella, tendido cerca del lecho marino.

Él nadando hacia abajo otra vez, pero deteniéndose. Atrapado entre las olas por otro chico. El que le gustaba a Evie: Iker. Otro príncipe.

Nik pudo haberse resistido, pero había dejado que Iker lo sacara. Se había rendido.

Su amistad, lo que ella sentía por él, su vida, nada de eso tuvo importancia.

El brillo dorado alrededor de sus recuerdos de Nik y de su vida humana con él se evaporaron. Sus cálidos recuerdos de Evie, la chica que era como la hermana que nunca tuvo, se borraron. Sus alegres recuerdos de Iker, siempre una atractiva distracción, disipados.

Todo lo que quedó fue dolor.

Furia.

Ira.

Quería romperlo todo. Destruirlo todo. Arruinarlo todo.

Quería una recompensa por todo lo que le habían robado.

A causa de la decisión que aquellos tres habían tomado, ella ya no era humana. Pero ella era magia. Un ser de intensa y bella magia. Para ella no había un límite donde la magia empezaba o terminaba. No tenía la vida que debía tener, su alma, pero tenía su magia y su furia.

Y quería usarlas.

«Veðr».

Tormenta. Sí. Tormenta.

«Veðr», repitió, y sintió cómo la magia se elevó por sus venas, saturó su piel, cosquilleó detrás de sus ojos.

Ella era magia. Ella era la tormenta.

«Veðr». Sobre la superficie estallaron los truenos, tan fuertes como para sacudir sus olas. Fue la música más bella que había escuchado jamás. Pero aún quería ver cómo ocurría. Quería ver la destrucción. Las olas eran interminables, pero aun así se sintió repentinamente confinada.

Pero no lo estaba. Una luz se extendió en la oscuridad y supo que podía ir a la superficie.

El día que le habían dicho que era su cumpleaños, a tres días de ese momento,

no lo era. Ese era el día en el que había perdido su propia vida y había renacido, pero no el día de su verdadero nacimiento. Ella compartía ese día con Nik, así que si estaban celebrando el cumpleaños del príncipe, era el suyo también. Tenía quince años. Podía ir a la superficie.

La sirenita repitió su orden mientras nadaba hacia la superficie. Los relámpagos aumentaron, el viento se intensificó y las olas eran aplastantes. El casco del barco se meció y, repentinamente, se llenó de luz. La gente empezó a correr, escondiéndose de su poder bajo la cubierta.

Pero no todos.

Al atravesar la superficie, vio a las tres personas de sus recuerdos, de aquel día, arriba. Sabía que estarían allí; siempre actuando como héroes.

Excepto cuando se trataba de ella. Su valentía tenía un límite.

Y ella los haría sufrir.

El barco se sacudió mientras Iker y Evie intentaban estabilizarlo. Nik, bajo las órdenes de su primo se dirigió hacia un lado del barco para soltar un pequeño velero.

Era su oportunidad.

«Veðr».

Las olas sacudieron el barco, el príncipe se tambaleó y se sujetó con todas sus fuerzas. Y, justo cuando parecía haber recuperado el equilibrio, la sirenita envió la ola más grande hasta entonces (mayor que el muro de recuerdos contra el que había chocado, más grande que cualquiera que hubiera visto con sus ojos humanos) justo sobre el chico que no la había salvado.

El barco tembló. Y Nik cayó al mar.

Sus ojos estaban cerrados cuando apareció frente a ella; su cabeza se había golpeado contra el casco del velero durante la caída. No había sangre. Solo Nik, flotando frente a ella, casi como si estuviera durmiendo.

Pacíficamente.

La sirenita tomó su rostro entre las manos. Parecía mayor, con el rastro de una

barba que arañaba sus dedos.

«¿Por qué no peleaste por mí? ¿Por qué?».

Nik respondió con burbujas, sus pulmones estaban fallándole.

Pensó en dejar que se hundiera.

Pensó en dejar que se convirtiera en huesos sobre la arena. Su venganza. Pero aquello no la hacía sentir bien. No era suficiente. No la traería de vuelta.

Así que lo llevó hacia la superficie. Lo llevó hacia la costa. Su mente no dejaba de darle vueltas a todas sus posibilidades mientras el pecho de él subía y bajaba en sus brazos.

El rey del mar la había convertido en una sirena; no había sido su elección, no era lo que quería. La sirenita quería vivir en la superficie. Y encontraría la magia para volver a ser humana.

Y entonces, conseguiría su venganza.

Capítulo

27

La línea de recepción para la familia real parece tener un kilómetro de largo; dobla por los pasillos, por la escalera y fuera del Castillo Øldenbúrg. No recorre las escaleras exteriores hasta el jardín de tulipanes, pero lo haría si hubieran esperado otros cinco minutos para abrir las puertas del salón de baile.

Estamos al final de la línea. Algunos de mis compañeros de la escuela también están aquí; incluso Ruyven y Didrik. Malvina está más adelante. Como es normal, recibo miradas frías y de desprecio por parte de todo el mundo. Sus conspiraciones sobre mí me llegan desde sus labios. Todos están convencidos de que tengo un plan y de que mi única intención es la de asegurarme un sitio que no me pertenece en el palacio.

Esta vez tienen razón, supongo. Sí tengo un plan.

Pero no es para mí.

Si un beso no lo consigo, lo haré yo. Llevaré a Annemette hasta el golfo de Havnestad y le diré al mar lo que deseo. Lo que la magia me debe; a nosotras. El mar se llevó a Anna y ahora me merezco que me pague permitiendo que Annemette se quede.

Y Annemette, bueno, ella cree que merezco algo de la magia que me ha regalado esta noche. Ha conjurado el vestido que llevo puesto; de un encantador azul de Havnestad, adornado con encaje negro en el corsé. El de ella es del mismo color, pero coronado con marfil. Con nuestras perlas a juego y nuestros rizos sueltos, somos un estudio de contrastes; luz y oscuridad.

Intento respirar tranquila para calmar mis nervios, pero mi corsé es un poco más ajustado de lo normal.

—El orgullo conlleva sufrir dolor. —Me ha susurrado Annemette en el oído mientras sujetaba el corsé. Pensaría en lo ajustado que debe estar el corsé de la reina, pero reír solo me causaría más dolor.

Se reúnen más personas detrás de nosotras mientras avanzamos a un paso estable pero lento, la cola serpentea en un movimiento constante, pero con la velocidad de un ciempiés. Al girar en el pasillo, la entrada al salón de baile real está finalmente a la vista. Distingo la alta figura del rey Asger, la corona sobre su oscuro cabello; los zafiros destellan bajo la luz de los grandes candelabros que iluminan el salón con un brillo dorado.

Echo un vistazo a su derecha y veo a Nik con su corona de príncipe menos ornamentada. A un lado, cinco centímetros más abajo, está Iker, por primera vez desde que llegó se ha puesto su propia corona, decorada con los rubíes de la bahía Rigeby.

Ya casi hemos llegado.

Justo en frente puedo ver a las chicas invitadas muy entretenidas, finalmente acaparando la atención de ambos príncipes. La reina es toda sonrisas, al igual que Nik; él nunca decepcionaría a toda esta gente. Ni en un millón de años. Iker le hace honor a su fama de Príncipe Encantador con guiños, reverencias y besos en las manos de cada chica.

Después de un largo tiempo de espera, llega nuestro turno con el rey.

—Evelyn, querida, estás más bella que nunca esta noche.

—Gracias, Su Alteza —digo y estrecho su mano.

—Sí, muy bonita —agrega la reina Charlotte, con los ojos entornados—. Tu vestido es encantador.

Estoy segura de que está preguntándose de dónde he sacado algo tan extravagante, si Nik lo ha comprado para mí, o peor, si se

lo he robado a alguna de sus preciadas visitantes. Es demasiado cuidadosa como para mencionar algo aquí, aunque estoy segura de que cualquier rumor que divulgue llegará a mis oídos.

Tomo su mano y hago una reverencia.

—Evie, estás fantástica —dice Nik cuando avanzo en la línea hacia él, y me sorprende que su atención esté fija en mí y no en Annemette, que está detrás, incluso mucho más impresionante. Cuando me enfrento a él, toma mi mano y la besa. Mi respiración se detiene.

—Sí, así es. Date prisa, primo —comenta Iker, fastidiado.

Me acerco a Nik y le doy un ligero beso en su mejilla sonrojada antes de estrechar su mano. Está simplemente increíble en su elegante traje negro, con su cabello arreglado a la perfección bajo su corona.

Junto a nosotros, Iker se aclara la garganta. Nik aprieta mi mano cálidamente una última vez antes de separarnos y después se inclina ante Annemette.

Nik y yo bromeamos sobre la posición de Príncipe Encantador de Iker, pero ciertamente lo representa a la perfección en todos los sentidos esta noche. Mi corazón ya está acelerado, pero verlo ahora provoca que la sangre en mis venas se acalore.

Lleva puestos unos amplios pantalones de marinero y unas brillantes botas negras. Una radiante camisa blanca asoma por debajo de una chaqueta ajustada que brilla con bordados dorados y el escudo de la bahía Rigeby. Los reflejos aclarados por el sol de su cabello brillan de un modo que solo hace que el helado azul de sus ojos sea más impactante. La corona de rubí es un símbolo de su estatus, pero incluso en harapos (incluso sin nada en absoluto) parecería un príncipe.

Iker toma mi mano y la besa, como ha hecho con todas las chicas de la cola. Sus labios son suaves; la aspereza de la creciente barba en su mentón hace que mi piel cosquillee y que el rubor se intensifique.

Se levanta hasta estar derecho, con sus anchos hombros erguidos hacia atrás, una sonrisa en las comisuras de sus labios; un movimiento sutil que hace que mis rodillas flaqueen.

—Espero con ansias bailar esta noche contigo, mi lady. —Hay una mirada traviesa en sus ojos cuando se acerca a mí—. Esta noche eres la viva imagen de una condesa, pero tienes la gracia de una reina. Y en tu sangre llevas a la mujer del mar por la que finalmente he caído.

Debo esforzarme por no besarlo justo allí, delante de todos. Pero ya habrá tiempo para eso después de todo esto. Tras esta noche comienza el resto de nuestras vidas. Juntos.



Seis días atrás

La dificultad no era sobrevivir a los humanos; era volver al castillo en el mar y retomar su antigua vida como si nada hubiera pasado, cuando en realidad todo había cambiado.

La sirenita sabía quién era. Y, mientras nadaba a través de las ornamentadas puertas de coral del castillo, junto a los bancos de peces nuevos en esas aguas, solo podía pensar en una cosa.

Cómo volver.

No había tenido magia en tierra. Eso lo recordaba. Pero Evie la tenía. No la había visto cuando era niña, pero ahora que la magia corría por sus propias venas, era fácil de detectar en la casa de su amiga, en especial con su peculiar tía.

Ah, qué delicioso secreto para que Anna lo hubiera sabido. Siempre leal a su amiga, no se lo habría contado a nadie.

La magia existía, pero era ilegal. Un peligro para el equilibrio y el orden de las cosas; al menos a los ojos de los øldenburgueses.

Lo que hacía que la venganza de la sirenita fuera más fácil. Obviamente.

Usaría la magia de Evie en su contra. La forzaría a usarla en público. Y, aún mejor, haría que las personas que más le importaban fueran los que ejecieran su castigo.

Nik era más complicado. El castigo de Evie lo atormentaría, lo sabía, pero no era suficiente. Ese sería el comienzo, pero no sería todo.

E Iker, bueno, su confianza lo mataría antes de que ella pudiera hacerle nada, era un patán.

Sin embargo, para que cualquiera de sus planes pudiera tomar forma por completo, necesitaba descubrir cómo subir a la superficie. Conocía las historias de su «madre». Ella había sido humana también; una bruja que intentaron ahogar en las costas de Hirtshals. Pero su padre, el rey del mar —no su verdadero padre—, había llegado antes a ella. La había convertido en su reina. Le había contado

que fue algo que solo había podido hacer una vez y que nunca más había vuelto a conseguirlo.

Había mentido.

Todos habían mentido.

Lo que implicaba que debía haber más secretos. Y ella sabía dónde buscar.

Cuando sus hermanas habían ido cumpliendo los quince años, el rey del mar había hecho un gran despliegue para escribir sus nombres en el extenso libro de registro que tenía en su escritorio; el registro oficial del reino de cada sirena que había podido salir a la superficie. El rey del mar gobernaba con estrictas órdenes y reglas, era su modo de proteger a su pueblo de los habitantes de la superficie.

Un trabajo exhaustivo era su red de seguridad y, hasta entonces, había funcionado.

Hacía anotaciones de todas las transacciones mágicas. De modo que, si había una forma de salir, probablemente él la hubiera registrado allí.

Y así, con la esencia de Nik aún en su piel, la sirenita volvió al castillo y de inmediato se infiltró en los aposentos de su padre. Él guardaba todos sus papeles en un salón privado, uno con vistas al gran arrecife por debajo, donde los millones de colores de su reino variaban con la luz del océano.

Podía oír sus ronquidos desde su habitación. Ella no comprendía cómo podía dormir tan tranquilamente. No solo porque había mentido, sino por todo el caos que se desarrollaba en sus aguas. La magia había alterado el orden natural de las cosas. Un hechizo de abundancia estaba atrayendo a criaturas lejanas a sus aguas, criaturas que estaban devorando los escasos recursos que ya estaban afectados por un raro fenómeno que había atacado sus costas algunos años atrás. La plaga negra, la habían llamado. Se creía también que había sido a causa de la magia.

Pero la sirenita sabía que pronto los problemas del mar ya no serían suyos.

Nadando silenciosamente entre las copiosas estanterías del rey, la sirenita se instaló frente a su extenso escritorio. Con cuidado, abrió el libro de registros y retrocedió cuatro años.

No había sido el decimoquinto cumpleaños de nadie ese día, así que no había un nombre. Simplemente, unas pocas entradas del rey acerca de las actividades mágicas reguladas aquel día. Y, en la línea final, escrito con tanta simpleza que la sorprendió, se encontraba su nacimiento:

Annemette se ha unido a nosotros hoy, su cumpleaños número once. Sus hermanas y yo la hemos traído a este reino con la misma magia que me trajo a Mette. Por primera vez en treinta años, ese hechizo ha vuelto a ser un éxito.

Si estaba escrito, ¿por qué habían mentido? La verdad estaba allí, y todos en el reino la conocían. ¿Por qué no se la habían dicho?

Mientras la furia volvía a ascender por su espalda, la sirenita supo exactamente por qué le habían mentido durante todo aquel tiempo.

Sabían que yo querría volver.

Así que hay un modo de hacerlo. Tiene que haberlo.

Siguió avanzando, en busca de alguna entrada más extensa, con esperanzas de encontrar detalles de cómo podía hacerse.

Pero no encontró nada. Solo página tras página de aburridos asuntos de trabajo; «un barco hundido, el cómputo es de veintidós hombres, cinco barriles de aceite, diecisiete barricas de vino y tres rollos de seda».

La sirenita se esforzó por encontrar una idea mejor. Cualquier idea.

Un paso en la oscuridad: retrocedió treinta años, en busca de la entrada que marcará el «nacimiento» de la fallecida reina, Mette.

Encontró el pasaje con fecha del 17 de febrero de 1833; una época del año horrible para ahogar a alguien. La hipotermia debió matarla antes de que el agua tomara sus pulmones. En el registro de tres páginas, el rey del mar había detallado cómo había funcionado la magia que utilizó para salvar a Mette, pero casi lo había matado y lo había dejado tan débil que apenas podía sostener una pluma para documentarlo todo. La magia había sido de hecho un intercambio típico; él pidió

algo y lo recibió, pero el costo fue tan alto que estuvo a punto de perder su propia vida.

Y con su debilidad y su floreciente amor, le había dicho a Mette cómo se había convertido en una sirena. Quería que la bella extraña reconociera su esfuerzo personal para salvarla; tal vez eso alcanzaría para que ella se enamorara de él también. En su lugar, la confesión disparó una oleada de recuerdos; recuerdos que hicieron que ella le suplicara que la dejara volver.

Ella había sido una bruja. Había conocido la magia en la superficie. Y él conocía la magia del mar.

Y, como él aún la quería, le dijo que podía marcharse.

El corazón de la sirenita comenzó a palpar. Con dedos temblorosos, pasó la página.

Finalmente, después de los extensos párrafos en los que el rey documentaba su recuperación, encontró lo que estaba buscando.

Hoy, la reina Mette ha comenzado a probar un hechizo para llevar a las sirenas a tierra en forma humana. En semanas previas, la reina ha hecho pruebas en sujetos leales, pero ha fallado en sus intentos de enviarlos a la superficie, dado que la magia se apaga, dejándola exhausta a ella y atormentados a los sujetos, a pesar de su conocimiento de los intercambios mágicos. Pero esta mañana, ha tenido una epifanía.

Este hechizo es diferente a cualquier otro. La magia necesita asistencia; la energía que utiliza es demasiado grande y mortal de otro modo.

Solo una vida sumada al intercambio podría llenar el vacío. He sido lo suficientemente poderoso para salvarla yo mismo sin sacrificarme, y el amor puede haberme ayudado, pero

otro intento podría matarme. Lo que significa que, para volver a la superficie, ella necesita tomar una vida; una vida humana.

No hubo entradas durante tres días.

Y, después de eso, ninguna entrada al respecto. La sirenita pasó las páginas. Más de un año después, una nueva entrada con escritura temblorosa.

Una tormenta ha traído a un hombre a nuestro camino hoy. Mette ha visto su oportunidad; a pesar de que ha llegado a enamorarse de mí, echa de menos su hogar. Deseaba probar el hechizo.

Mi reina no podía quitarle la vida a un humano. Pero la vida de este hombre ya había acabado. Con sus manos sobre él, repitió el hechizo.

«Líf. Dauði. Minn líf. Minn bjóð. Seiðr. Seiðr. Seiðr».

Los ojos del humano se abrieron repentinamente cuando sus pulmones tomaron aire. Su piel brilló donde ella lo tocó y, pronto, ese brillo fue tan fuerte que no pude ver a ninguno de los dos.

En un parpadeo, la luz se apagó, el hombre había perdido la vida por completo, y allí estaba Mette, justo como la había encontrado; con piernas y pulmones, jadeando en busca de aire. La llevé a la superficie y tomé el fragmento de un barco humano para que pudiera aferrarse, después la acompañé hasta la costa más cercana. No estoy seguro del tiempo que durará la magia, o de qué sucederá cuando se esfume. O si alguna vez volveré a verla. Mette quiere buscar a una bruja que pueda ayudarla. Sabe que una muy poderosa vive en Havnestad; una que guardará nuestro secreto.

Temo que la perderé. Temo que nuestro pueblo sufrirá.

La sirenita pasó la página. Nada.

Dio vuelta otra página. Nada. El rey del mar debió haber pasado días esperando a que su reina volviera. La sirenita sabía que lo había hecho, ya que era la verdadera madre de las chicas que ella misma llamaba hermanas.

Al cuarto día, una nueva entrada.

¡He tenido noticias de mi querida Mette! La bruja de Havnestad le ha dado cuatro días como máximo. Después de eso, tendré que volver a convertirla en una sirena o estará perdida para ambos mundos, el mar y la tierra. Le he dicho que soy demasiado débil. Que no podría hacerlo, pero la bruja simplemente sonrió y me dijo que estaba subestimando el poder del amor en la magia. Mette no estaba enamorada de mí cuando la transformé la primera vez, pero ahora ella me quiere. Y eso puede marcar la diferencia.

La sirenita leyó lo demás por encima. Tenía que haber alguna manera de que ella pudiera conservar sus piernas más de cuatro días. Eso no podía ser todo. Si el precio era matar a un hombre, necesitaba saber que podía quedarse en tierra para siempre.

Siguió adelante. Nada. Nada en ninguna parte.

Frustrada, cerró el libro, con cuidado de no golpearlo, aunque quería hacerlo. Quería arrojarlo a través de la habitación. Levantó sus brazos para hacer exactamente eso, cuando vio la biblioteca de la reina. Y se detuvo al ver lo que quería. Su diario.

Con el corazón acelerado, buscó ese año. Ese día. El día en que la reina había vuelto con la ayuda del rey del mar.

La reina escribió que sabía lo que requeriría quedarse en tierra. El amor no era solo la solución para volver; era la solución para quedarse. Solo el amor verdadero rompería la magia, había dicho la bruja.

Pero también lo haría otra cosa, la muerte. Un sacrificio tan significativo que hiciera que la magia escuchara lo suficiente como para crear una vida humana.

Estaba justo allí, en la arremolinada escritura de Mette. La respuesta a la pregunta de la sirenita. Un camino para recuperar su vida y para obtener la venganza perfecta.

Capítulo

28

El salón de baile rebosa alegría. Detrás de las puertas, un mar de personas (jóvenes y ancianas, de Havnestad y otros sitios) merodean, sus risas y exclamaciones de gozo sumadas al sonido general de los músicos del rey que tocan una animada giga en una esquina.

Por una vez, Nik no está entre los músicos para robar alguno de sus instrumentos y llamar toda la atención de su espectáculo. Esta noche, lo hace desde la pista de baile.

El rey Asger acaba de terminar su discurso, uno que no ha delegado en Nik, y toma la mano de la reina Charlotte.

—Y ahora, el primer baile.

Nik avanza, en línea con sus padres. Sintiendo todo el peso de la habitación sobre sus hombros mientras la majestuosa música comienza. Wilhem van Horn, el padre de Ruyven, se encuentra de pie frente a la orquesta, como el anunciante oficial del rey. Lee un pergamino con el sello real. Todo es tan formal, tan ajeno a nosotros. Un príncipe que alcanza la mayoría de edad es algo serio.

Wilhem aclara su garganta:

—El Príncipe Heredero Asger Niklas Bryniulf Øldenburg III invita para su primer baile a... —Los tambores suenan durante un minuto. Annemette toma mi mano—. Friherrinde Annemette de Odense.

Presiono los dedos de Annemette justo antes de que avance en un mar de aplausos. Todas las miradas están sobre ella, esa bella criatura. *Fru* Liesel vocifera desde algún sitio detrás de mí.

—Mi Anneke, mi Anneke.

Annemette hace una elegante reverencia. La reina parece complacida. El rey también. Nik parece ligeramente avergonzado, sus orejas enrojecidas. Él me mira, pero no entiendo cómo puede apartar sus ojos de ella. Ella es como el sol y las demás somos solo estrellas ordinarias.

Camina hacia Nik. Él extiende su mano y toma la de ella, y los dos se detienen en un lado de la pista de baile, una imagen casi idéntica a la de los monarcas que están junto a ellos. Una generación y después la otra. Mi corazón suspira. Después de este día tan agotador y decepcionante, podríamos alcanzar un final feliz. Para todos nosotros.

Iker da un paso al frente a continuación. Mi corazón comienza a palpar, a vibrar como la vía de un ferrocarril con la llegada de un tren.

Este es el momento.

Wilhem vuelve a aclarar su garganta. Puedo sentir todas las miradas fijas en mí.

—El Príncipe Heredero Christian Olaf Iker Navarre Øldenburg invita para este primer baile a... —Los tambores comienzan y yo no puedo distinguirlos de mi propio corazón—. Friherrinde Oda de Kalø.

Mi corazón se detiene.

¿Quién?

Iker extiende su mano en dirección a una extraña, rubia y fría como el hielo.

La chica avanza, las mujeres a su alrededor tiemblan de emoción. Iker ni siquiera mira en mi dirección. Observa a la chica como si fuera un caballo premiado que galopa hacia él. La reina parece encantada. Muy encantada. Por una vez, el príncipe rebelde ha

cumplido su voluntad.

Mis mejillas arden mientras mi corazón y mi sangre se congelan, paralizados. Tendría que haberlo imaginado. Iker nunca podría bailar conmigo aquí. Al igual que nunca podrá bailar conmigo en bahía Rigeby ni en ningún otro sitio. Aunque nuestro viaje sea real, no serán más que unas pocas semanas. Cierro mis ojos y dejo que la oleada de vergüenza me invada.

Al abrirlos, el petulante rostro de Malvina resalta delante del mío, como si una luz irradiara sobre ella desde el otro lado de la habitación. Esto es lo que ella y todo el mundo ha estado esperando desde que Nik, Iker y yo nos hicimos amigos: ver mi ambición aplastada frente a todo ellos.

Y aquí estamos.

Soy tan mala como las personas del pueblo creen. Siempre he esperado algo de estos dos príncipes, lo mereciera o no. Nik deja caer la mano de Annemette y da un paso al frente. Como si él pudiera salvarme. Pero lo miro a los ojos y espero que la conexión que hay entre ambos traspase la distancia y el peso de todas las miradas.

Mi corazón está roto, pero ahora mismo el de él es el más importante. Los próximos minutos pueden ser vitales.

Pero Nik aún camina hacia mí, hasta que Annemette toma su mano y susurra algo en su oído. Él vuelve a la línea de inmediato y fija sus ojos en la distancia.

Cuando la música comienza y el baile se inicia oficialmente, todo lo que deseo es salir corriendo, pero estoy atrapada, obligada a contemplar a las tres parejas reales mientras bailan con una sonrisa falsa impresa en mi rostro.

La corona de Nik es como un faro en el centro, todos los demás

flotan a su alrededor. La sonrisa en su rostro no pasa desapercibida, es lo más radiante que hay en toda la habitación. Más que los diamantes de la reina. Más que la corona de zafiros del rey.

Las largas ondas de Annemette danzan a su alrededor, vuelan con cada giro, un destello de rubio dorado moviéndose a un ritmo alegre alrededor de toda la sala.

Muchos de los habitantes mayores del pueblo esperan junto a la pista, incluso con más entusiasmo que los jóvenes, de pie tan cerca como para absorber el amor joven en su momento más encantador.

La canción termina y cada pareja hace una reverencia antes de que otras parejas inunden la pista y las rodeen mientras una nueva canción comienza. La familia real es consumida por la multitud, casi todos están bailando. Me confundo entre la gente hasta que finalmente me siento en una silla que encuentro apoyada contra la pared. Casi de inmediato, hay una mano en mi hombro.

—No le he dado el nombre de esa chica al anunciante. —La voz de Iker es fuerte y profunda. Tensa—. Por favor, baila conmigo. Por favor, Evelyn.

—Yo...

—Déjame enmendar este error. —Toma mi mano entre las tuyas—. Por favor. Esa chica no significa nada para mí.

La chica rubia con la que ha bailado no está a la vista. No está pegada a su hombro. No está en ningún sitio. Haber recibido el rechazo de Iker tras solo una canción con seguridad ha sido más que decepcionante.

Cometo el error de mirarlo a los ojos. Él ha conseguido embrujarme tan profundamente como cualquier magia que haya podido llegar a conocer, haciendo uso de los recuerdos y de nuestro

presente. Pero no puedo bailar con él. La vergüenza del rechazo se duplicaría si los lugareños lo vieran como un baile por lástima. Niego con la cabeza.

—Por favor —suplica—. No podría soportar bailar con ninguna de estas chicas. Te necesito, Evie. Solo a ti.

Miro alrededor, a todos los que están disfrutando de la velada. Danzan, giran, ríen. ¿Por qué yo no puedo tener también todo esto? *Deja que hablen.*

Finalmente, asiento y él me levanta llevando una mano a mi cintura. Mi mano encaja a la perfección en la palma de su otra mano. Como si ese fuera su verdadero sitio. Los músicos tocan a un ritmo majestuoso y los dos nos abrimos camino en la pista de baile. Siento como si todo el mundo hubiera desaparecido y solo Iker y yo estuviéramos allí, unidos en una marea invisible y arremolinada.

—Mi tía ha debido poner el nombre de esa chica en el pergamino —susurra Iker en mi oído—. Tiene que haber sido eso. El tuyo es el que he solicitado.

Quiero creerle. Quiero hacerlo. Pero conozco su reputación. Sus hábitos. Y en algún sitio en lo profundo de mi ser me pregunto si ya conocía a esa chica de antes. Él no miró en mi dirección cuando pronunciaron su nombre. No como Nik. Iker solo la miró a ella; como si la conociera.

—Por favor, Evie. —Se inclina hacia atrás para que pueda ver su rostro mientras giramos entre la abarrotada pista de baile. La presión de su voz ha alcanzado sus ojos.

—Iker, está bien —le digo. Aunque no es así.

Él me conduce junto al rey y esquivamos a Malvina y Ruyven. Pasamos junto a Nik y Annemette, y un cosquilleo mágico recorre

mi sangre. Me pregunto si Annemette ha usado un hechizo para evitar que sus pies tropiecen. Con toda su gracia, incluso tras una hora de práctica, sus piernas no respondían como a ella le hubiese gustado, estaba demasiado cansada.

—¿Qué? —Iker sigue mi mirada.

No hay mucho que pueda decir con lo que él vaya a estar de acuerdo.

—Nik y Annemette; son simplemente..., esto es tan...

—¿Cuestionable?

Esa no era la palabra en la que estaba pensando. El espectro de su enfado en el barco vuelve a hacer presencia. No lo he visto beber un solo trago de *hvidtøl* esta noche, pero sus verdaderos sentimientos están expuestos de nuevo con esa única palabra. Sonrío, con esperanzas de que eso suavice la rigidez en sus ojos.

—Romántico. Esa era la palabra que buscaba. Romántico.

Iker ríe, con intensidad, a su manera. Las pocas miradas que no estaban observando nuestro particular drama giran ante el sonido y él hace todo un espectáculo para apartar un rizo rebelde de mi rostro antes de volver a susurrar en mi oído.

—No hay ni una sola pizca de romance en esa relación. —Su voz es ligera, pero sé que no está de broma.

—¿Los has visto? —respondo, con la voz tan dulce como me resulta posible, aunque en realidad mi corazón palpita irritado. ¿Por qué no puede aceptar que Annemette puede hacer feliz a Nik; que *todos* podemos ser increíblemente felices?

—Evie, eres tan brillante como bonita, fuerte y digna marinera; tu ingenio es una maravilla..., pero... —Y mi corazón se desploma con lo que dice, que resulta peor por el hecho de que lo hace como si pudiera ver a través de mí—, ¿todo este tiempo con Nik y aún no

entiendes que el deber real es hacia el pueblo? Somos símbolos con piernas, unos que pueden bailar, cantar y actuar. Hacemos esas cosas por nuestro pueblo, lo queramos o no; los símbolos no tienen opción.

Giramos en otro círculo y él se mueve al otro lado de mi rostro, con su mejilla presionada contra la mía.

—Ese romance que ves solo es pasajero. No puede durar; la corona no lo permitirá.

Y solo así, Iker confirma todo lo que siempre he sabido. Él podrá estar enfadado con Annemette, pero las mismas reglas se aplican conmigo. He querido permanecer ciega a la realidad durante todo este tiempo que hemos pasado juntos. Y, en cada oportunidad que he tenido de alejarme, me he engañado a mí misma voluntariamente confiando en sus promesas y en sus sonrisas que me hacían cambiar de parecer.

Pero lo más cruel es que él piense que yo debería aceptar algo así sin más, que por esa razón, las palabras salgan de su boca como si lo que dice fuera cualquier cosa. Él puede suplicarme que baile, que navegue con él, que esté a su disposición, que sea su... juguete. ¿Y se supone que yo tengo que aceptarlo solo porque *él* tiene una responsabilidad, *él* tiene un deber? No.

Quiero liberarme, pero estamos girando, una vuelta tras otra mientras sus dolorosas palabras giran a mi alrededor. Su mano me sujeta con fuerza.

—¿No ves lo terriblemente peligrosa que es, Evie? —continúa.

—No hay nada de peligroso en el amor, Iker —respondo, las acaloradas palabras suenan frías.

—Todo en el amor es peligroso. Cuando miro a Annemette veo a una persona que no conozco y que tiene un gran interés en mi

primo. Considerando la posición de él, sus responsabilidades y su corazón, eso no es inocente. Es predatorio.

¿*Predatorio*? Tal vez solo en el sentido más puro: Annemette necesita ganarse el amor de Nik para quedarse. Pero considerando que ha arriesgado su vida por esto, que mi magia es un seguro, que ella pertenece a este sitio (sé en lo más profundo de mi ser que ella es una de nosotros), «predatorio» es una palabra equivocada.

«Destino» es la palabra correcta.

Esto es el destino. Esto estaba destinado a suceder. Para que nuestro mundo recuperara el equilibrio.

—¿Y tú me ves como una predatora? —pregunto finalmente—. Soy una chica sin un título. Pero quiero estar contigo.

Él sonrío ante esto y, por primera vez, no estoy segura si es por mí o por las parejas que nos rodean, que giran sobre el mármol. Iker como un símbolo; el Príncipe Encantador. Su papel.

—Por supuesto que no, porque *yo* me acerqué a *ti*. Y *yo* sé que *tú*, entre todo el mundo, puedes ver cómo funciona esto.

Él tiene razón. Siempre lo he sabido. Y, bajo la luz de las cientos de velas que decoran los candelabros que hay sobre nosotros, no hay más espacios oscuros donde esconder esta realidad.

Y, así como yo nunca podré estar realmente con Iker, Nik nunca podrá estar realmente con Annemette. Cuando descubra que ella no es de la nobleza en realidad, se terminará, eso sin contar con la posibilidad de que algún día descubra lo que ella realmente es. Si ella fuera Anna de verdad, quizá. Tal vez. Pero Anna ya no está y ningún hechizo podría hacer que vuelva. No sé en qué estaba pensando cuando le dije a Annemette que Nik pelearía por ella, que desafiaría a la reina. Supongo que quería creer que todo eso era posible para ella porque también lo deseaba para mí misma.

Los observo girar en el centro del salón. Aunque ella solo necesita un beso de amor verdadero y no una propuesta de matrimonio, me preocupa que Nik nunca se permita ofrecer una cosa sin la otra.

Intento encontrar la mirada de Annemette. Debemos irnos. Puedo invocar mi hechizo y conseguir que se quede, podremos ser amigas. Volveremos a encontrar el amor en alguna otra parte. Pero, en su lugar, encuentro la mirada de Nik. Por algún motivo, él interrumpe su ritmo y guía a Annemette hacia nosotros, entre las parejas, en contra de la melodía.

—Primo, ¿cómo va el baile? —Iker lo recibe, tan jovial como siempre.

—Magnífico —responde Nik—. Pero me pregunto si podríamos cambiar de pareja al menos por un baile.

Él no ofrece una razón. Solo me mira a los ojos de nuevo. Sus ojos aún reflejan el peso que tenían antes, cuando mi nombre no había sido pronunciado.

Mi estómago florece con calidez durante un breve instante de tiempo hasta que un ligero sonido por parte de Annemette rompe la conexión que mantengo con Nik. Me recompongo y la miro. Sus mejillas han perdido el color, sus labios rosados están abiertos; está claro que lo último que quiere en el mundo es bailar con Iker.

—Es tan inútil —dice, y un sollozo atraviesa el aire.

Entonces, recoge su falda y nos empuja al pasar, hacia el balcón. Hacia un sitio privado para las lágrimas que no puede soltar.

Sin pensarlo dos veces, corro tras ella.



Cuatro días atrás

La sirenita sabía que no sería tan afortunada como la reina por la que había sido nombrada. Sabía que una muerte era el único modo de recuperar su alma.

El único modo de quedarse.

El amor no era una opción. No para ella. No con el odio que crecía cada vez más en su corazón. Su odio se había replicado hasta que ya no había quedado espacio para otra emoción. Se había convertido en su sangre, su aliento, su carne y sus huesos. La había consumido, la presión aumentó, sin válvula de escape. Si pudiera llorar, sabía que sus lágrimas desbordarían el océano. Destruirían todo a su paso. Barrerían las costas del mundo de una vez.

Deseaba destrucción; no solo en el mundo de arriba, sino también en el de abajo.

Todos los involucrados en alejarla de la vida que adoraba merecían castigo. Ella los arruinaría. A todos ellos.

Tenía un plan de venganza; contra Nik, contra Evie e incluso contra la realeza del mar.

Y el primer paso estaba justo frente a ella.

Había vigilado las costas de Havnestad en los días siguientes a su descubrimiento, a la espera de su oportunidad. Su familia pensó que salía del castillo con frecuencia por los nervios de su primer ascenso a la superficie; que necesitaba nadar para aclarar sus ideas. Ella permitió que pensaran eso.

La mañana de su supuesto cumpleaños, su familia la vio partir con canciones y alegría. Galia, la hermana de edad más cercana a la suya, se ofreció a ir con ella para hacerle compañía. La sirenita le dijo que no, que lo haría por su cuenta. Galia no insistió.

Y entonces, fue libre.

La sirenita nadó hasta el puerto de Havnestad, en busca de embarcaciones en movimiento. Cuerpos fáciles de arrebatar. No era cuestión de tomar una vida. Sabía que podía hacer eso. Era cuestión de no tomar demasiadas.

Espió a Evie en el muelle aquella mañana, había magia a su paso, como un rastro de perfume detrás de una dama noble vestida de seda y encaje.

La sirenita apartó ese pensamiento. Necesitaba a Evie con vida para que su plan funcionara.

Pero el padre de Evie... Observó al hombre preparando su barco, listo para zarpar. Y pensó que esa podía ser la respuesta, algo más con lo que poder hacer daño a Evie, pero luego vio una mejor opción.

Iker.

Iker, que estaba besando a Evie abiertamente. Como si ella no fuera una plebeya. Como si tuviera alguna oportunidad.

Que la muerte lo encontrara podía ser más doloroso para Evie que arrebatarse a su padre; el amor era así de raro.

Había sido Iker el que había evitado que Nik la alcanzara el día que se ahogó. Él había causado su muerte.

Y ella causaría la de él.

La sirenita lo siguió a bordo de la misma embarcación que había seguido aquella noche; la de las pequeñas ventanas. Su pequeño velero estaba en el astillero para que lo repararan. Era sencillo mantenerse en el curso de un gran barco, seguirlo a través del estrecho de Øresund y hacia Jutland, a la espera de su oportunidad.

Al segundo día, se presentó.

El barco atracó en la isla de Kalø. No había mucho más allí que un castillo en ruinas, ella lo sabía. ¿Por qué se detendría allí una expedición de pesca?

Pero pronto, ella lo comprendió.

Una chica abordó, seguida por su doncella y sus asistentes, que cargaban numerosos arcones. La memoria de la sirenita estaba llena de recuerdos de su propia familia noble y su clase; sabía que esa era la hija de una familia de clase alta. Sabía que los arcones estarían llenos de ropas, algo que necesitaría cuando llegara a tierra, cuando estuviera demasiado débil para invocarla ella misma.

La elegante chica recibió a Iker del mismo modo que Evie lo había despedido; con

una sonrisa y un beso. Había sido un beso dulce en la mejilla, pero un beso de cualquier manera. Ellos se conocían. El príncipe conquistador le hacía justicia a su reputación.

La elegante chica lo dejó para ir bajo cubierta y miró hacia atrás, como si esperara que él la siguiera. Él no lo hizo y la sirenita se preguntó si Evie realmente tenía alguna oportunidad. En su lugar, Iker ordenó a sus hombres que levaran anclas.

La sirenita esperó. Pensó que podía usar sus poderes para provocar otra tormenta. Tenía esperanzas de que Iker se emborrachara. Que se tambaleara demasiado cerca de la barandilla del barco. Que le facilitara las cosas.

Y, justo cuando había perdido las esperanzas, una idea mucho mejor acudió a su mente.

El beso de Iker sí que significaba algo. Aunque no hubiera seguido a la chica. Significaba que él tenía la capacidad de hacerle más daño a Evie estando vivo.

Y Evie merecía dolor.

Iker pagaría después.

La sirenita robó un arcón. Por el momento no iría a por el capitán del barco. Luego decidió que tenía que encontrar al padre de Evie.

Capítulo

29

Sigo a Annemette hasta el balcón y la obligo a girar para que se enfrente a mí. Parece que está a punto de echarse a llorar, pero sus ojos no pueden derramar lágrimas. Aprieto sus manos. Estamos tan cerca ahora que nuestros collares de perla reflejan la luz de un mismo farolillo y ambos se encienden como dos faros gemelos en la noche.

—Por favor, Evie. Vete. Déjame tener este momento de paz.

No lo haré. Sabe que no lo haré.

La distancia y los susurros no nos garantizan privacidad, pero es lo mejor que puedo hacer. Mantengo mi voz baja, pero confiada de todas formas.

—Recuerda, tengo un plan.

Annemette arranca sus manos de las mías y las presiona sobre su rostro.

—¡Es inútil! Ni tú ni yo tenemos una magia lo suficientemente poderosa como para poder evitar lo que viene. ¡Solo vete!

—Soy suficientemente poderosa. —Mis palabras son apenas audibles. Pero son fuertes y claras—. Por favor, créeme.

Ella ríe entre sollozos.

—Eres tan ridículamente testaruda. —Ella frota sus ojos, pero no continúa. Tomo su silencio como una invitación.

—Sabes que la magia conlleva un intercambio; a pesar de lo diferentes que somos, ambas sabemos eso. La magia es diferente cuando se trata del mar. Cuando le ofreces algo al mar, él te devuelve algo a cambio. —Annemette no dice nada, está intentando encontrarle el sentido a todo esto y me observa con el

rostro oprimido. Con cuidado, me doy prisa para dar una explicación más detallada—. Ya lo he probado. Sé que mi magia no es tan fuerte como la tuya y que depende de los libros, pero es correcta. Y esta noche, la última noche del festival de Urda, nuestra magia es fuerte. Más que en cualquier noche del año. ¿No lo sientes? —Toco mi collar de perla, cuyos latidos han ido aumentando con el paso de los días—. Estamos en unión con Urda; en equilibrio, y de eso se trata la magia, de equilibrar nuestro poder interior con las fuerzas que tenemos a nuestro alrededor, dar y recibir. Así es para Urda, y ella y el mar requieren equivalentes. Se llevaron a Anna...

—No soy Anna —insiste, claramente molesta—. ¡Si sigues creyendo eso, lo que sea que hayas planeado no funcionará!

—Sé que no lo recuerdas. —Niego con la cabeza—. Probablemente nunca lo hagas, pero es algo que puedo sentir. Puedo sentir a Anna dentro de ti. Pero eso no importa, Annemette; me importas tú, tal como eres. Nuestra amistad puede ser mucho más fuerte de lo que jamás llegó a ser con Anna. ¡Tú y yo somos iguales!

»Mira —continúo, y me esfuerzo por mantener mi voz lo más estable posible—, el mar me arrebató a Anna hace cuatro años. Y, aunque dentro de ti no quede más que una pequeña sombra de ella, el mar se ha llevado su alma. Tú no la has conservado. —Con eso, Annemette se sobresalta—. Y eso es lo que necesitas para sobrevivir. El alma de Anna es todo lo que necesitas para el intercambio. El mar nos arrebató algo a nosotras y ahora me debe, *te debe a ti*, un alma a cambio.

Pero ella no considera ni una palabra de lo que digo. Solo se gira y eleva su voz, entonces veo que ambos príncipes se reúnen con

nosotras y no sé si han llegado a escucharnos.

—Debo marcharme esta noche, Nik —afirma.

Él me mira, pero después su atención vuelve a Annemette y da un paso hacia ella.

—¿Ahora? Pero el baile aún no ha terminado —responde Nik, con tristeza en su voz. Detrás de él, Iker inclina la cabeza.

—Debo irme. Lo siento.

Nik está a punto de decir más, pero Iker se cuela en la conversación y avanza hasta que nos alcanza a las dos.

—No tenía conocimiento de que existiera un tren de medianoche hacia Odense, y ningún carruaje te llevará tan lejos. Imagino que no piensas volver caminando.

Nik le lanza a Iker una mirada de advertencia, pero no dice una palabra. En su lugar, toma las manos de Annemette.

—Si debes irte, entonces hazlo. Lo entiendo.

—¿Así que te desvanecerás en mitad de la noche? ¡Qué gran plan! —Los ojos de Iker destellan y se aleja de la pared—. Rompes su corazón, pero no su espíritu, con la intención de volver en unos meses y que él se lance a tus brazos feliz de volver a verte; ¿con título y todo? Qué mal que hayas fallado en el primer paso...

—¡Suficiente, Iker! Si ella tiene que marcharse, tiene que marcharse —exclama Nik. No sé por qué Nik no sospecha también, pero tengo la sensación de que es porque él confía en mí. Y yo confío en Annemette.

—En verdad debo marcharme —afirma ella, y se acerca a Nik—. Lo siento. —Se acerca para besarlo en la mejilla, cuando Iker la toma del brazo.

—Las brujas son criaturas de la noche. Eso es, ¿verdad? ¿Acaso tu caldero está hirviendo? ¿Tienes que cocinar sapos? ¿Pociones que

embotellar?

—¡Iker! —grita Nik, y lo aparta de ella.

Pero Iker continúa y deja de ser el hombre del que estoy enamorada para convertirse cada vez más y más en un monstruo.

—¿O es solo que tu escoba ha llegado y no debes dejar a tu medio de transporte preferido esperando?

La tranquilidad de Annemette se rompe por completo y muestra sus dientes bajo la luz de la luna.

—¡No soy una bruja, bruto!

—Entonces, ¿qué eres? ¿Un hada? ¿Un fantasma? ¿O tal vez solo una estafadora, como Evie ha sugerido alguna vez? Basura extranjera que ha visto en Nik un blanco fácil. —Los dientes de Iker se aprietan bajo su feroz sonrisa mientras clava sus palabras como un cuchillo.

Aferro su brazo y Nik se posiciona protector delante de Annemette, pero ninguno de los dos puede detener el impulso de Iker.

—¿Cuántos chicos solitarios han caído por tus trucos? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Veinte? Sea cual sea el número, estoy seguro de que este será una gran pluma en tu pequeño sombrero de punta. Definitivamente tiene suficiente oro para un retiro.

—¡Detente! —Nik empuja a Iker y, aunque él apenas se mueve, mis manos pierden su brazo y tropiezo sobre la mesa. Iker se mantiene firme, pero extiende su mano para estabilizarme. Sus ojos se disparan hacia Nik.

—Mira lo que la bruja te ha hecho. —Me aparto de su brazo y me pongo de pie.

—Ella no es una bruja —afirmo.

—No lo soy. —La voz de Annemette es firme. Ya se ha cansado

de echarse atrás—. Y debo irme.

—¿Él no merece saber por qué? —pregunta Iker, y señala a Nik—. ¿El hombre al que has intentado conquistar por amor durante los últimos tres días? Si la razón de tu partida en mitad del mayor baile de Havnestad no tiene ningún propósito perverso, seguramente puedes confesarla. Al menos ofrécele eso.

Annemette no mira a Iker. Ni a mí. Ni siquiera a Nik. Simplemente se da la vuelta en dirección a la puerta. Los chicos están helados por la sorpresa (ninguno está acostumbrado a no recibir respuesta a sus preguntas), pero yo me pongo en movimiento, corro tras ella y aferro su mano justo antes de que abra las puertas francesas.

—¡Evie, es casi medianoche! Déjame ir. No hay nada que puedas hacer. ¡Nada que Nik pueda hacer!

Pero no la dejaré morir así, sostengo su brazo con firmeza. En su forcejeo, Annemette gira lo suficiente para que pueda mirarla a los ojos.

—Si no vas a dejar que te ayude, al menos cuéntale la verdad, él lo entenderá. Tal vez está enamorado de ti y solo necesita un pequeño impulso. ¿No vale la pena intentarlo? Dile...

—¿Decirme qué? —pregunta Nik detrás de mí.

Annemette presiona sus labios y niega con la cabeza mientras intenta liberarse de mis manos.

—¿Evie, qué está pasando? —Nik pone una mano sobre mi hombro.

Annemette me mira a los ojos, suplicante.

—No dejaré que te vayas, Annemette. No lo haré —lamento. Su respiración se detiene, pero soy fuerte y sé que esto es lo correcto. Levanto la voz tanto como para que los chicos puedan escucharme,

pero para que nadie más pueda hacerlo.

»Ella es una sirena. —Entonces, miro a Nik—. Ella fue la que te salvó el día de tu cumpleaños; te sacó del agua.

El impacto se evidencia en su rostro mientras su mirada encuentra la de Annemette.

Iker suelta una gran carcajada.

—Claro que lo es. Y yo soy el fantasma de Leif Erikson.

—No, yo la vi. —Miro a sus ojos sonrientes—. Antes de que tú bajaras el muro de roca. Ella estaba en tierra con él. Ella estaba...

—Cantando. —Una sonrisa se despliega en los labios de Nik al decirlo. Una sonrisa solo para Annemette, cuya expresión solo muestra que su enfado va en aumento—. Estabas cantando. Pensaba que había sido Evie, pero ella no canta. Eras tú.

—No puedo creer que hayas hecho esto —ruge Annemette hacia mí—. Teníamos un trato.

Mi estómago se desploma, mi traición abre mis entrañas.

—¡Annemette, no! —grito, pero sus ojos brillan con furia cuando encara a los chicos.

—Soy una sirena, eso es verdad. Pero Evie... ¡Evie es una bruja! ¡Su tía es una bruja! ¡Su madre era una bruja! ¡Ella hace magia cada día justo debajo de vuestras orgullosas narices øldenburguesas!

Se libera de mi mano con un empujón que me arroja al suelo.

Nik está mirándome, su rostro se ha bloqueado ante la impresión.

—¿Evie, una bruja?

Pero antes de que pueda responder, Iker se coloca delante de mí. Mi Iker. Fuerte, protector, testarudo, leal Iker. La mirada en su rostro es una que nunca he conocido. Luego, sin más, enseña sus

dientes y grita:
—¡Guardias!



Cuatro días atrás

El barco perteneciente al pescador real del reino soberano de Havnestad fue fácil de localizar. En las costas de Østerby Havn; a una distancia suficiente del estrecho de Øresund para encontrar las mejores ballenas, pero tan cerca como para que su capitán pudiera volver a Havnestad para la noche final del Lithasblot.

El sol estaba tardando en ponerse, como era usual en una noche de verano tan al norte. A pesar de la hora, había mucha actividad a bordo del Pequeña Greta; la tripulación se estaba aseando después de un largo día. El padre de Evie estaba en movimiento también, no le dejaba el trabajo a la tripulación; en una embarcación tan pequeña, todos tenían que cumplir con su parte del trabajo, en especial el capitán.

En las sombras, la sirenita pensó en el mejor plan de actuación.

Podía invocar una gran ola, como había hecho para obtener el baúl de ropa que ahora la seguía por el agua, encantado por un simple hechizo de magia de ataduras. O quizás una tormenta más poderosa de la que había usado para derribar a Nik, para hacer naufragar el barco y tomar a toda la tripulación. Pero no, quería que Evie sintiera la agonía de que su padre fuera el único que muriera mientras que los demás hubieran sobrevivido con facilidad. Un dolor más agudo.

Lo sabía por experiencia.

Y entonces, la mente de la sirenita pensó en un modo de enterrar aún más el cuchillo. Un modo de hacer todavía más daño a Evie.

Sin dudar un momento, apuntó en la distancia y envió su magia a través de las nórdicas profundidades.

«Hvalr. Hvalr. Koma hvalr».

Con una breve orden, su poder tuvo éxito y su plan comenzó a desplegarse. Una robusta ballena piloto avanzaba hacia ella como una locomotora en nuevos rieles.

Cuando la ballena llegó, sus ojos estaban vidriosos a causa de su orden. Pero los

marineros no lo verían. No podían oler la magia; solo verían una oportunidad de conseguir otra presa para Su Majestad.

Miró al majestuoso animal a los ojos. Su carnada. Y le prometió que estaría a salvo. Luego, renovó su magia.

«Rísa, hvalr. Rísa».

La ballena siguió su orden y se elevó por la superficie como un obsequio del propio rey del mar.

La sirenita paseó a la ballena por el agua, en una danza por la superficie.

Tentadora. Engañosa. Atrapa al gran pez.

La conmoción entre los hombres fue tal que ella pudo distinguir sus gritos desde el sitio en el que se encontraba en el agua. Sonriente, emergió a la sombra del arco de babor y comprobó que sí, el pez había mordido el anzuelo.

Los hombres corrieron, prepararon las redes, las lanzas y, con optimismo, un gran cuchillo, un mønustingari para cortar la médula espinal. Además de todo, el padre de Evie hizo exactamente lo que la sirenita esperaba.

Preparó su lanza arpón. El invento que Evie había diseñado para mejorar la caza. Habían hablado de ella ese día en el muelle. Evie estaba claramente orgullosa. Y él de ella.

El orgullo debe sufrir dolor, Evie.

Mientras la ballena danzaba al alcance de sus dedos, la sirenita invocó una tormenta con otro despliegue de su poder.

«Veðr».

La tormenta se inició, el viento sopló sobre la tripulación mientras corría por la cubierta, ignorando los rayos que atravesaban el horizonte, con sus miradas únicamente puestas en su presa.

La sirenita se puso en posición, a la espera y observando cómo el padre trabajaba en la lanza y cargaba el arpón en el cañón mientras lo hacía girar para que apuntara a la ballena.

Que apuntara directamente a la tormenta.

Y, en ese momento, el padre disparó la lanza. El arpón estalló en el aire agitado y voló a toda velocidad hacia la ballena que daba otro salto. Una cuerda seguía al arpón, sujeta a la base del arma, para que fuera más sencillo arrastrar el arpón, una vez que hubiera cazado su presa.

Pero no atraparía a ninguna ballena.

Con un movimiento de la mano de la sirenita, la tormenta desató una ráfaga de viento tan fuerte como para cambiar el curso del arpón. Saltó en las aguas agitadas, cambió su dirección, esquivó a la ballena por el aire, y cambió su trayectoria hacia la cubierta del barco. Su extremo mortal apuntando al sitio del que había partido.

Fue tan sorprendente, tan sobrenatural, que al padre de Evie le fallaron los reflejos.

Él no se movió. No se apartó. Ni siquiera gritó antes de que el arpón le atravesara el estómago.

Otro movimiento de la mano de la sirenita y el arpón se sacudió salvajemente, se arrastró a sí mismo y al padre de Evie hacia las furiosas profundidades del océano.

La sirenita se movió entonces, bajo la superficie, para atraparlo antes de que la tripulación recuperara la cordura e intentara levantar a su capitán por la cuerda de la lanza.

Ella le arrancó el arpón, la sangre fluyó en el agua y, cuando lo hizo, él abrió sus ojos. No estaba completamente muerto aún. A pesar de la herida abierta.

En ellos se encendió una ligera chispa de reconocimiento. De que no solo estaba casi muerto, no solo estaba viendo a una sirena, sino que estaba viendo a la amiga muerta de su hija delante de él.

—Anna... —dijo, su voz apenas un susurro y un gorgoteo.

—Sí —respondió ella.

La luz en sus ojos centelleó, la sirenita llevó las manos a su cabello, sacó de allí el cuchillo de coral que había moldeado como un adorno para su pelo y lo enterró en el pecho del hombre, justo en el suave punto entre las costillas y el esternón, donde

penetraría hasta su corazón.

Más sangre en el agua.

La luz dejó sus ojos.

Finalmente, la sirenita sintió alivio. Al menos un poco. Una migaja no podría satisfacer tanta hambre.

No aún.

Tomó el cuerpo, llamó al arcón de ropas que había estado flotando mientras ella trabajaba y nadó tan rápido como pudo hacia Havnestad.

La sirenita llegó cerca de la medianoche, con el corazón agitado tras recorrer tantos kilómetros. De inmediato, se ocultó en la cala, ubicó su baúl en las sombras detrás del extenso muro de piedra que dividía la playa y dejaba a Havnestad sin vistas de su presa. Después buscaría en su interior el vestido perfecto y lo arrojaría de nuevo al mar.

Volvió con el padre de Evie, al que había dejado bajo la vigilante mirada del pulpo gigante que había convertido aquella cala en su hogar.

«Más tarde, bestia. Ahora él me pertenece».

El pulpo se arrastró en una mancha de tinta color índigo hacia una cueva en la roca. La sirenita volvió su atención hacia el hombre que yacía muerto. Su piel color oliva estaba teñida de blanco y todo su cuerpo había comenzado a hincharse.

Esperaba que el hechizo aún funcionara aunque no estuviera muerto en ese instante. Lo esperaba porque había sido ella quien lo había matado, ya poseía lo que la magia necesitaba. Estaba embotellado en su interior, junto con su odio, listo para estallar. Listo para desarrollar su plan.

La sirenita lo tomó de sus manos. Cerró los ojos.

Y pidió que su vida volviera.

«Líf. Dauði. Minn líf. Minn bjoð. Seiðr. Seiðr. Seiðr».

Un calor la invadió de inmediato, la atravesó desde las puntas de sus dedos, por su corazón y bajó por el largo de su cola y su aleta. Se extendió como aquel trago de vino de verano que ella y Evie habían robado cuando cumplió los once años. Se

extendió como la forma en la que Nik había hecho que se sintiera durante aquellos días, como sus ojos oscuros encendían su alma.

Se extendió como la vida. Líf.

En un destello y una punzada de dolor, la sirenita supo que se había producido un cambio. Donde antes tenía una cola y una aleta, ahora tenía piernas de nuevo. Pero no tenía su alma de vuelta. Aún no.

Dejó caer al padre de Evie y salió a la superficie, sus brazos ya no estaban cansados. Y, cuando alcanzó el aire, parecía no ser suficiente. La fresca noche fluyó por ella, cálida y libre. Y dejó salir un poco del odio que la cubría. Pero no mucho. Aún quedaba mucho por hacer.

Y, cuando sus piernas de nadadora caminaron por el agua, vio a una chica en tierra. Estaba saliendo de la playa hacia el puente de roca que llevaba hasta la cala.

Evie.

La radiante chica sonrió desde su sitio en la costa y volvió a colocar el adorno en su cabello, con la hoja de cuchillo escondida entre las húmedas hondas de su pelo.

Sí, mi plan funcionará.

Salgo disparada por las puertas del castillo hacia el jardín de tulipanes, detrás de Annemette. He abandonado el balcón justo después de la orden de Iker y no he vuelto a mirar atrás, pero puedo escuchar a los guardias tras nuestros pasos.

—¡Annemette, por favor! —grito. Sé que la he traicionado, pero, aunque me desprecie por haber compartido nuestro secreto, no puede negar que lo he hecho porque la quiero. Y aunque su traición ha estado inspirada por el rencor y no por el amor, no me hace daño. No en realidad. Porque todo lo que puedo pensar es en cómo arreglar esto. Puedo hacerlo. Lo haré.

Puedo salvarla, podemos usar nuestra magia para escapar, lejos de aquí. Es doloroso, pero es la única opción que nos queda.

Mis pulmones tienen que seguir el ritmo de mis pasos, de la adrenalina pura que me impulsa a avanzar mientras corro sobre los adoquines. Giro a la derecha al cruzar una valla de rígidas rocas negras cuando me dirijo hacia la suave arena de la cala.

La luna brilla en todo su esplendor en esta zona y se refleja sobre cada superficie con un brillo perlado. Annemette ha dejado de correr, ha caído de rodillas sobre la arena, a centímetros de la ondeante marea. Los hilos dorados de su vestido atraen la luz de la luna mientras sus hombros se agitan en un sollozo sin lágrimas. Se encuentra cerca del sitio en el que rescató a Nik; en la zona que conduce a la playa que hay en la cala, con un muro de piedra que se eleva desde la parte que queda oculta.

—Annemette —llamo a tientas. La arena reduce mi ritmo, ya inhibido por mi pesado vestido de noche. Ella no se mueve (su mentón apunta hacia la marea) ni parece escucharme. Estoy a punto de volver a llamarla cuando me deja claro que ya sabe que

estoy aquí

—Vete.

—Lo siento. —Desciendo sobre la arena a su lado, mantengo una distancia prudencial entre las dos—. He dejado que la esperanza dominara mis palabras. Creía que si le decíamos la verdad a Nik, él nos ayudaría a satisfacer a la magia.

—No lo ha hecho. Es el fin. Es mi fin —dice sin mirarme.

—Será el fin de ambas si no nos marchamos ahora. Los guardias se acercan. Déjame ayudar, por favor. —Como ella no responde, me pongo de pie—. El mar me dará lo que quiero. Y quiero que tú te quedes.

Entonces, finalmente me mira. La expresión en su rostro está llena de preguntas, pero parece aliviada. Eso creo.

Doy un paso dentro del agua. El mar está frío, y de inmediato toma mis botas, mis medias, mis tobillos, la falda de mi vestido, todo, como propio. Me entierra en su poder.

Una sombra cae sobre nosotras y miro al cielo. Otra tormenta repentina se ha tragado a la luna, toda la cala ha quedado bañada por una palpitante oscuridad plateada, el cielo ha decidido cerrarse antes de que la magia comience.

Analizo las nubes. En la distancia empiezan a formarse los relámpagos. Esto es bueno. Necesitaré toda la energía que pueda reunir. Mi corazón comienza a galopar mientras ese cosquilleo familiar corre por mis venas y me calienta desde los pies hasta la cabeza. Elevo las manos hacia el cielo y siento cómo la carga de la tormenta en ciernes llega hasta la punta de mis dedos.

—¡Evie, DETENTE!

Giro. Pero solo porque la voz es la de Nik.

Está de pie en la arena a menos de cinco metros de nosotras; el

fino bordado de su chaqueta y la corona sobre su cabeza relucen, brillantes bajo la luz de la luna. Él cambia su postura y eleva su mentón, en una posición muy similar a la que utiliza en sus apariciones públicas. Es su armadura ensayada y la reconozco al instante. Las palabras siguientes no son tuyas; son de la corona.

—Los guardias están en camino. Annemette, si no te has marchado de Havnestad para su llegada, te forzarán a volver al agua. Eres una amenaza para Havnestad y todos los reinos Øresund.

Nik cree en mí. Él la recuerda. En cuanto mis palabras salieron de mi boca él ha debido de recordar su rescate y su cola de sirena.

Y eso lo ha echado a perder todo para ambas.

No hay posibilidades de que nos ayude ahora. Aunque sería capaz de mantenerlo aquí con mi magia, ahora que sabe la verdad no querrá tener nada que ver con ella de todas formas. Pero si él ha creído mi verdad sobre ella, también ha de creer su verdad sobre mí. Y en el fondo de su corazón sé que lo hace. Querrá protegerme, pero no puede.

Escucho acercarse los pasos sobre los adoquines, *pum, pum, pum*, los guardias del rey Asger se aproximan. Vienen a por nosotras. La mirada de Annemette vuelve al mar. Sus hombros comienzan a temblar de nuevo, solloza sin lágrimas que salen deprisa, pero ella se rehúsa a moverse.

Lanzo una última mirada hacia Nik, allí de pie tan majestuoso, tan bueno, tan amable, pero ya he tomado mi decisión. Vuelvo hacia Annemette, con mi mano extendida.

—¡Levántate! ¡Vámonos! ¿No quieres vivir?

Nik avanza hacia mí, su fachada se desmorona.

—Eve, por favor, no lo hagas. —Toma mi mano y me atrae hacia

él para que lo encare, hay desesperación en su movimiento y en la mirada de sus ojos. Él sabe que si me ve haciendo magia (confirmando la acusación de Annemette) entonces no podrá protegerme. Estaremos realmente en lados opuestos.

Pero siempre lo hemos estado; solo era yo la que no lo había entendido.

—Evie, por favor no lo hagas —repite, y casi llevo un dedo a sus labios para detener su temblor, a pesar de mi frustración.

—Nik, tú me has forzado a que tenga que recurrir a esta magia. Annemette *morirá* si no la invoco —exclamo—. Si le hubieras entregado tu corazón habría sido tan simple...

—Evie, tú no lo entiendes. No puedo entregar mi corazón porque no me pertenece.

Aprieta mi mano y, a pesar del anhelo en sus ojos, espero que ahora diga algo acerca de la nobleza, acerca del deber; todas las cosas que los Øldenburg estiman más que sus propios sentimientos. Pero no lo hace.

—Mi corazón siempre ha sido tuyo, Evie..., siempre. Desde la muerte de Anna. Desde los castillos de arena y las princesas de palo. —Su voz se quiebra y las lágrimas amenazan con derramarse de sus ojos—. Siempre he estado enamorado de ti. Cada día. Mi corazón no es mío para entregarlo porque ya te pertenece a ti.

La verdad me atraviesa como una ola invernal.

Todo este tiempo lo he sabido. La verdad. Siempre he tenido dificultad para afrontar la verdad y la he evitado mintiéndome, mintiéndole a Nik o mintiéndonos a ambos. Pero su verdad es la verdad que alberga mi corazón también.

Y entonces lo beso.

Rápido como el romper de un rayo, presiono mis labios contra los

suyos con tanta fuerza que él da un paso atrás para evitar que caigamos hacia la playa.

En ese breve instante, todo lo que nos rodea se detiene: la tristeza, la magia, el sonido de los pasos sobre las rocas, todo.

Sus labios son cálidos, sus manos son gentiles mientras se despliegan sobre las mías. Es delicado y fuerte al mismo tiempo, sus caricias se combinan con intensidad de un modo que no sabía que fuera posible. De un modo que no quiero que termine.

Sí, yo también estoy enamorada de él. Lo he estado todo este tiempo, como él lo ha estado de mí. Es solo que me he pasado gran parte de mi vida, gran parte de la última semana, fingiendo que no era verdad. Para que no resultáramos heridos. Para que no sufriéramos en manos de las expectativas y las clases sociales.

Pero el amor no funciona así.

Y, entonces comprendo, cuando siento que mi conmocionado corazón se hunde, que he estado engañando a Annemette desde el principio. He sido yo la que ha recibido su beso de amor verdadero.

—Aléjate de él, bruja.

La voz de Iker penetra mis pensamientos y es Nik el que se aparta, aunque la orden era para mí. Iker no necesita una prueba para saber lo que soy; aun así, su reacción resulta dolorosa.

El mundo vuelve a mí; hay veinte soldados armados en la playa, formados detrás de Iker. Detrás del único chico que había besado antes. Los ojos de Iker tienen sed de venganza y los hombres que lo respaldan no dudarán en cumplir sus órdenes si decide hacer algo al respecto.

Las manos de Nik se cierran sobre las mías mientras afirma sus pies para protegerme de su primo. Miro rápidamente a

Annemette. Ella está de pie ahora, en el agua. Nuevas nubes se reúnen, el viento ha aumentado y se arremolina alrededor de su largo pelo, un adorno de coral lo mantiene controlado. Hay algo en su rostro (miedo, furia, urgencia) que ha endurecido lo que antes solo había sido un sollozo de resignación.

—¡Levanta el hechizo que hayas ejercido sobre él! —Los ojos de Iker son como el hielo. Es como si ya hubiera olvidado quién soy. O como si nunca le hubiera importado en realidad. Me rehúso a pensar de esta manera; y entrelazo mis dedos sobre los de Nik, así que ahora soy yo la que lo sostiene a él.

—¡Ella no ha lanzado ningún hechizo sobre mí! —grita Nik—. ¡Lo sabes tan bien como yo!

Iker no parpadea. No reconoce sus palabras.

—Bruja, el rey ha dado órdenes de dispararte al instante.

Echo un vistazo a Annemette. Espero que ella entienda lo que debemos hacer. Que no nos retrase.

Presiono la mano de Nik y espero que mis dedos recuerden su tacto, sin importar lo que pase.

Entones, susurro en su oído.

—Te quiero, Nik.

Y tan pronto como su nombre está en el aire, lo empujo hacia la arena con todas mis fuerzas. Tomo la mano de Annemette y me sumerjo en el agua.

—Al banco de arena.

Al decirlo, veo la sombra de un gesto de dolor, pero después Annemette respira con fuerza y nada hacia delante. Anna y yo nunca alcanzamos aquel banco de arena, pero sé que Annemette y yo alcanzaremos este.

Nadamos más allá de Picnic Rock y nos adentramos en las aguas

abiertas de la cala mientras Iker y los guardias levantan a Nik del suelo, todos ellos inactivos por la sorpresa. Son lentos para cargar sus rifles, no han comprobado sus municiones; nadie había esperado una cacería esta noche.

Asumo que Annemette se aferrará a mí, como lo hizo con Nik esta tarde. Pero la situación ha borrado todo rastro de miedo en ella y avanza con una nueva resolución. Mueve sus piernas y nada como si realmente supiera hacerlo.

Cubrimos la distancia en apenas unos minutos, los guardias finalmente comienzan a disparar, sus balas saltan en el agua. Una roza mi hombro, calor y sangre fluyen hacia el agua mientras yo continúo nadando.

Pero soy más fuerte que el dolor.

Llegamos al banco de arena. La luna está en su punto perfecto y sé que solo nos queda un momento. Mi corazón está agitado y mi brazo izquierdo está cubierto de sangre por el disparo, pero intento mantener la tranquilidad. Me elevo sobre la delgada porción de arena y levanto a Annemette. La mitad de los soldados ha saltado al agua, con dagas en sus dientes, mientras sus compañeros recargan.

—¿Lista? —Con mis manos en sus hombros, mis ojos se elevan al cielo.

Ella asiente, me mira, la esperanza amenaza con escaparse por sus ojos azules.

—*Skipta* —invoco a Urda y al poder de las olas agitadas que se forman debajo de nosotras. *Cambia esta vida por el alma que has tomado.*

Una brisa se eleva, y un destello de relámpagos lejanos responde.

—*Skipta*. —Una explosión de truenos.

La actividad de la tormenta parece irradiar de mis manos, la

chispa de energía se dispara desde mi corazón.

—*Skipta*. —El viento se eleva. Los truenos y los relámpagos se acercan. Puedo sentir la magia en mis huesos. Annemette ocupa mis pensamientos, tengo toda mi concentración puesta en ella. En cambiar la voluntad del mar, en forzarlo a cumplir con lo que le pido.

—*Skipta*.

—Niña, ¿qué crees que estás haciendo? —grita *tante* Hansa desde la costa. La escucho sobre los disparos. Sobre los hombres que salpican en el agua. Sobre los truenos. Es como si tuviera un amplificador que llega directamente a mis oídos. Aun así, no me doy la vuelta hacia ella.

Annemette. Quiero a Annemette. Quiero que mi Anna vuelva.

—¡Niña! Evelyn, escúchame. Escucha a mi edad y a mis errores. La magia nacida del orgullo y la pena es inmanejable. ¡Es demasiado para tus pequeñas manos!

Mis manos no son pequeñas, son poderosas.

No soy nada de eso, tante Hansa. Provengo del amor.

Los truenos resuenan y la magia quema mis venas con cada chasquido de luz en el cielo. La magia nace desde las palmas de mis manos.

Esto está bien, será suficiente.

Desde la playa, *tante* Hansa vuelve a gritar, aunque mis oídos ya no registran sus palabras. Los hombres del rey ya casi nos alcanzan, pero las intensas olas de la tormenta los mantienen a raya durante el tiempo suficiente.

Invoco a la magia una vez más.

—*Skipta*.

Veo el rostro de Anna a los once años. Veo a Annemette en mi

futuro.

Me concentro con todas mis fuerzas en esto. Toda mi concentración. Todo mi poder.

Dirijo todo mi poder hacia Urda. Determinado. Listo.

La tormenta ruge. Mi concentración es inquebrantable.

Pero entonces, un rayo atraviesa el cielo, tan brillante que mis ojos se abren sorprendidos.

Y veo que Annemette está sonriendo.

No solo sonriendo.

Está riéndose.

Sus manos toman mis muñecas y las apartan de sus hombros. Su fuerza es sorprendente. Sus labios forman una sonrisa burlona.

—Has estudiado, has probado, has planeado ¿y tu solución es simplemente pedirle un intercambio a la magia? ¿Como si quisieras un vestido azul en lugar de uno rojo?

La magia se eleva hasta que está girando a nuestro alrededor. Chispea y ondula. Sé que no es mía. No toda mía, en todo caso. La tormenta nunca ha sido mía; se parece a la tormenta del cumpleaños de Nik. A la del barco de Iker esta tarde. Las tormentas son Annemette.

No consigo ver nada durante un breve instante y después siento cómo la fría magia de Annemette brota desde la boca de mi estómago, a través de mis pulmones y hasta alcanzar mi corazón. Cuando recupero la visión, un cono de agua nos rodea y nos escuda de la playa.

Pensarán que lo he hecho yo.

Las manos de Annemette me aprietan con fuerza mientras se inclina en mi oído, tan cerca como Nik ha estado apenas hace unos minutos.

—¿Sabes lo que pienso? Creo que no querías salvarme en realidad. No querías salvarme esta vez, más de lo que querías que sobreviviera hace cuatro años.

Un jadeo escapa de mis labios. *Anna*. Mi Anna. Pero hay un tono punzante en sus palabras que mi Anna no tenía.

Entre el amor de Nik y el resentimiento de Anna, mi corazón deja de latir durante un momento.

Vuelve a la vida, las lágrimas queman mis ojos mientras intento tomar su cara, su pelo, mi amiga. La he echado tanto de menos durante todo este tiempo. Incluso con todas mis pérdidas personales, no puedo imaginar su dolor. Pero sus manos solo aprietan más y no puedo tocarla.

—Anna. Ah, Anna. Quería que sobrevivieras. Hice un hechizo ese día, pero yo...

Su sonrisa se convierte en desprecio.

—Fallaste. Has fallado porque no lo comprendías y has estropeado todo esto también. —Sus dientes están expuestos; ya no reconozco su rostro. La fuerza de su agarre en mis manos está cortándome la circulación—. En lugar de proteger mi vida, has provocado la plaga negra con tu magia.

El Tørhed. Los pececillos a mis pies, de cabeza y teñidos de negro, aparecen en mi mente. Muertos por mis lágrimas. Mis lágrimas negras. La mirada en el rostro de Hansa cuando me salvó. El Tørhed no solo comenzó ese verano; comenzó conmigo ese día.

Yo lo provoqué.

Ella tiene razón. Sé que tiene razón. En el fondo lo he sabido durante todo este tiempo.

—He intentado solucionarlo. Este año, la vida del mar ha vuelto...

—¿La vida marina que has arrancado del sitio al que realmente pertenece? ¿El hechizo de abundancia que has lanzado al mar, que mata más rápido que la muerte negra? Si no mueren en redes, mueren de hambre. Porque son demasiados. —Sus manos aprietan más, su fría magia rodea mis muñecas junto con sus dedos—. El mar ya no quiere recibir más tus favores, *bruja*.

—Déjame intentarlo...

—¿Para que falles de nuevo? Ah, no. No. Esta noche se trata de triunfar.

A pesar del cono de agua, un soldado consigue alcanzar con su mano el banco de arena, pero, con un movimiento de su brazo, Anna lo envía de nuevo a las profundidades. No podemos ver a los demás guardias, pero puedo sentir la magia que emana, que los mantiene a todos atrás y fuera de nuestro alcance con una simple palabra por lo bajo. Ni siquiera rompe el contacto visual conmigo. Sus ojos brillan y el filo de sus dientes finalmente se asemeja a una sonrisa.

—Esta noche, Anna Liesel Kamp reclama su vida.

Intento moverme, intento tocarla, suplicarle, pero ha hecho algo y no puedo mover mis brazos. Mis pies. Nada. Ni siquiera mi magia reacciona, congelada en mis venas. Mi corazón comienza a hundirse, lo único que Anna no puede controlar.

—¡Anna, por favor!

—Ah, no, no obtendrás piedad de mí. —Vuelve a reír. El sonido es gutural, amargo—. Has robado mi vida. La robaste con ese reto. La robaste con ese estúpido poder que tienes sobre Nik. Él te eligió a ti. Te salvó a ti. Me falló. Por ti.

—Anna...

—Nada de lo que puedas decir me la devolverá. Nada de lo que

puedas hacer me la devolverá.

Aparta una mano de mi hombro y la lanza hacia atrás, en dirección a la roca que divide la cala. Aunque solo mantiene una mano sobre mí, sigo sin poder moverme. No me permite controlar mi magia. Si tan solo supiera mejor cómo controlarla. Si tan solo hubiera estudiado más. Practicado más. Me sentía tan poderosa hace un momento, y ahora estoy completamente indefensa.

La barrera de agua que nos rodea se abre y algo la atraviesa hacia el espacio en el que nos encontramos. No es un guardia, no..., está deformado, gris, hinchado, con un hueco oscuro en el centro de su cuerpo.

Pero entonces parpadeo y lo reconozco. Jadeo y comienzo a luchar contra el dominio de Annemette. Necesito tocarlo. Necesito asegurarme. Pero en el momento en que ella comienza a reír de nuevo, sé que la pesadilla que toma forma delante de mí es real.

Lo que tengo ante mis ojos es mi padre. *Era* mi padre.

—Aunque tu solución era un hechizo bastante juvenil, la idea era correcta. Una vida para que pueda estar aquí, una vida para que me quede.

Lo veo tan claramente ahora. El amor verdadero nunca habría salvado a Anna; no a la persona en la que se ha convertido. Si es que en verdad había sido una solución desde un principio. Demasiadas mentiras.

Se escucha un rugido desde algún sitio en las nubes y algo se mueve en el agua que nos rodea. Y conozco el lugar que ocupó dentro de su venganza antes de ver el contorno de la pared de agua.

Nuestro mar no me llevó ese día, aunque la elección de Urda estaba allí. Ahora, Anna le ofrece al agua otra oportunidad.

—Y yo seré la vida que tomes para quedarte. —Me obligo a mirarla al decirlo. Mi padre ha pagado el precio de la venganza y ahora yo debo hacer lo mismo.

Ella sonríe; la maldad se refleja en su cara como no la había llegado a ver jamás.

—Ah, no. Tu vida no tiene tanto valor.

Sus manos me liberan. Repentinamente, estoy a la deriva, junto a mi padre, flotando. Aún estoy inmóvil. Mis músculos, la resistencia, la magia, todo es inútil.

Con un movimiento de su cabeza, una ráfaga tan fuerte como un cañón golpea mi pecho. El cuerpo de mi padre y yo salimos disparados a través de la pared de agua, en un arco hacia la tormentosa marea de la cala.

Mientras caigo, tomo mi último aliento. Cierro los ojos.

Y entonces, soy una con el mar.



En la superficie

La sirenita estaba sonriendo. Sonriendo y llorando; el agua salada era el perfecto sustituto de las lágrimas.

Pronto podría volver a llorar verdaderas lágrimas de alegría.

—¡Alto al fuego! —ordenó el chico cuando los guardias apuntaron sus armas hacia la sirenita que avanzaba por las rocas en el agua con sus propios pies. Detrás de ella, en algún sitio, Evie ya había respirado su último aliento. Los guardias que se atrevieron a acercarse también murieron en las profundidades; no podía dejar que arruinaran lo que venía a continuación. No tenía mucho tiempo, pero no quedaba mucho por hacer.

Solo tenía que resistir hasta llevar a cabo la parte final de su plan.

—¡Nik! ¡Nik! ¡Ella lo ha hecho! ¡Ella lo ha conseguido! —La sirenita llegó a la playa; los príncipes y los guardias restantes eran los únicos que quedaban cerca, pero en la boca de la cala había toda una concurrencia de espectadores boquiabiertos. Audiencia. Eso era perfecto—. ¡Ella lo ha hecho, lo recuerdo todo!

La sirenita tomó su mano. Enseñó su ensayada sonrisa delante de la cara impactada del joven.

—Soy Anna. Anna Liesel Kamp. ¡Soy Anna!

—Anneke. —Desde la línea del agua más allá, la sirenita escuchó a su desequilibrada y vieja Oma, en lo correcto por una vez—. Mi Anneke; ¡estás toda mojada! ¡Sal del agua! ¡Sal!

Algunas risas nerviosas siguieron al arrebató de la anciana, pero luego, la voz de Iker resonó sobre todas ellas.

—Primo, aléjate. Ella no es mejor que la bruja, y lo sabes. Es peor. Aléjate.

—No esta vez, Iker —dijo Nik y tocó el rostro de la sirenita. Lo leyó. Y confirmó las sospechas que debería haber tenido desde el momento en que puso sus ojos sobre la «visitante de Odense».

—Si eres realmente Anna, dime esto: ¿qué pasó en el paso Lille Bjerg cuando

tenía diez años?

La sirenita no titubeó; más que eso, su respuesta estuvo llena de alegría y urgencia.

—Te abriste la pierna derecha con una roca; tienes una cicatriz tan larga como el hueso de tu espinilla. Evie y yo tuvimos que llevarte en brazos para bajar la montaña. —Los oscuros ojos del joven se agrandaron y sonrió.

—Eres tú..., realmente eres tú. —Pero entonces, apartó su mirada, sus ojos recorrieron las olas en busca de la chica que ella nunca sería. Él ni siquiera podía darle ese momento de atención. Sí, él merece esto.

—¿Dónde está Evie? Una fuerte ola y... —Sus ojos se alejaron de los de ella, recorrieron las olas.

—Niklas, ¿qué haces? ¡Aléjate de ella! —La reina; la sirenita casi sonríe otra vez. La reina y su devoción. El rey y la nobleza no debían estar muy lejos—. ¿Qué están esperando, cobardes? —gritó hacia los guardias, sus facciones de porcelana marcadas con furia—. ¿Para qué tenéis las armas?, disparad.

Los guardias avanzaron, pero Nik estaba preparado.

—Atrás. Es una orden. —Se dirigió a su madre, la miró por encima de la cabeza de la sirenita—. Tú también, madre.

—Claro que no —respondió el rey, su voz sería al rechazar aquella orden—. Eres mayor, hijo, pero mientras yo viva, tus órdenes serán las de un niño. —Se enfrentó a los guardias restantes—. Rodead al príncipe y matad a la chica.

Esta vez, los guardias no dudaron en avanzar, sus rifles con bayoneta apuntaron directamente hacia la sirenita. El príncipe se detuvo delante de ella, para protegerla de los guardias. Para ocultarla.

El momento era finalmente el indicado. Y no tenía ni un minuto más que perder.

La sirenita se apoyó contra la espalda de él, como para protegerse. Luego llevó una sola mano hacia su cabello. Sus dedos tomaron el adorno de su pelo, con la punta brillante por el reflejo del agua de mar.

—¡Nik!

Esa voz. Evie; había sobrevivido, la pequeña bruja.

El príncipe giró hacia el agua. Miró a su amor verdadero.

La sirenita sonrió, entonces; el príncipe había tomado la decisión equivocada, una vez más.

Sería la última que tomara.

Con toda la fuerza que quedaba en su cuerpo, la sirenita clavó el cuchillo en la espalda del príncipe, directo a su corazón.

Mis ojos se abren en la oscuridad. Todo a mi alrededor es como la medianoche. Triste y sin color. El tiempo no existe. Así que esto es el mar.

El verdadero mar.

La única luz que irradia sobre mí es la de la luna. Mientras mis ojos se adaptan, le dan a la oscuridad algo de color; un rastro azul entre tanta sombra mientras me hundo bajo las olas sobre las arenas frías del fondo del mar. Mi padre yace a mi lado, sus ojos ahuecados y ausentes. El orificio que tiene en mitad del pecho es del tamaño de un arpón. De mi lanza, seguramente. Quiero gritar mientras mi corazón siente dolor. El pulpo de la cala aparece delante de mí, más grande de lo que pensaba.

Pensaba. Pensamientos. Tengo pensamientos.

Estoy viva.

Mis pulmones gritan.

Esperad.

Estoy viva y necesito aire.

Muevo mis brazos. Mis pies. La magia de Anna ha desaparecido de algún modo; puedo moverme.

En un instante, mis pies se ponen en movimiento y mis manos arañan el agua para nadar hacia arriba. El dolor irradia por mi brazo desde el lugar en que la sangre brota hacia el agua.

He recibido un disparo. Sí, he recibido un disparo de los hombres del rey. Y he sobrevivido.

He sobrevivido también a lo que Anna tenía planeado para mí.

Y ahora debo advertirle a Nik. Anna ya no es nuestra amiga; es algo completamente diferente.

Ella es ira.

Mi corazón se acelera, palpita con más fuerza con cada metro que me acerco a la superficie. La sangre empaña cada brazada, mi hombro amenaza con fallar.

Mi visión atraviesa la superficie y, con una agitada respiración, me encuentro avanzando, nadando y después caminando hacia la playa, una vez que mis pies consiguen pisar la arena sumergida. Intento respirar con fuerza, pero mi collar es demasiado ajustado, la perla sigue palpitando. Con cada gramo de energía que me queda, jalo del hilo mágico hasta que la perla se libera y cae con un golpe sobre el agua.

Soy libre ahora. Puedo sentir que mi antigua conexión con Annemette se desvanece. Ella ha debido mantener un hechizo sobre mí todo este tiempo, o tal vez he sido yo la que se ha hechizado a sí misma.

El agua cae por mi cabello hasta mis ojos. Nik. Tengo que encontrarlo.

Él está de pie, alto y majestuoso sobre la playa; protegiendo a Anna de los guardias que se acercan. Mi corazón se acelera. Él está vivo. Pero no por mucho tiempo. Sé que la vida de Nik es la que Anna pretende tomar.

Él está tan cerca.

—¡Nik! —grito.

Atraigo su atención. Pero también la de Anna. Y la de los guardias.

Los disparos comienzan de nuevo y una repentina explosión de dolor atraviesa mi pecho. Me tambaleo hacia atrás, pero consigo mantener el equilibrio. Me llevo los dedos a la herida de mis costillas y me estremezco de dolor. Está caliente y húmeda, mi respiración se vuelve superficial, cada inhalación produce una

nueva punzada de dolor. Pero tengo que seguir moviéndome, arrastrándome por el agua que ahora casi está a la altura de mi cintura.

Nik está paralizado, pero Anna no. Su mano se enreda entre sus cabellos. Tiene un cuchillo en la mano, la hoja se mueve hacia Nik, que está mirándome.

—¡NO! —*¡No lo tendrás a él! ¡No lo tendrás!*

Ahora Iker está gritando, corriendo. Él también lo ha visto.

A pesar de la sangre. A pesar del dolor. A pesar de la distancia, corro lo más rápido que puedo, el agua apenas me llega ya por encima de las rodillas. Mojado, mi vestido pesa más que mi cuerpo, pero eso no me alejará de él. Nada lo hará.

Cinco metros de distancia. Cuatro. Tres.

Pero es demasiado tarde. La hoja de Annemette ya está dibujando un arco descendente. El afilado coral atraviesa a Nik en el preciso momento en que Iker lo alcanza y lo recuesta sobre la arena.

La sangre de Nik está en la playa.

Corre en un hilo desde donde él estaba, hasta donde ha caído y tiñe la arena.

Ah, Urda. No. Nik no.

A pesar de todo, no puedo creer que Anna lo haya hecho, pero no siento compasión por ella. Si cree que es la única que conseguirá su venganza, está completamente equivocada.

—¡Niklas! —lamenta la reina, y corre hacia él. El rey corre también, finalmente ambos llegan para asistir a su único hijo.

Los espectadores están helados; el reconocimiento, el terror y el miedo congelan los rostros de la gente que he conocido durante toda mi vida. Malvina. Ruyven. Cada miembro del personal de las

cocinas del castillo.

Las bonitas facciones de Anna se desfiguran mientras entierra sus pies en la sangre derramada de Nik, entre risas. *Risas.*

—Tú has arruinado mi vida y yo he arruinado la tuya, *mi príncipe.*

Me lanzo a sus pies y la derribo sobre la arena. Me muevo sobre ella y aferro la mano que aún sostiene el cuchillo, rojo con la sangre de Nik. Y grito llamando a mi *tante.*

—¡Hansa! ¡Debes sanar a Nik! —Pero dos guardias retienen a Hansa, mi magia es suficiente para condenarla a ella también. Me dirijo a la única persona con el poder de hacer que cambien de parecer—. Iker, deja que haga su trabajo. ¡Por favor! ¡Ella puede salvarlo!

Mi corazón da un vuelco cuando Iker hace de inmediato lo que le digo; la familia ante todo.

—¡Dejad que la anciana haga su trabajo! —ordena.

Los guardias obedecen. Pero no puedo verla actuar. Mi corazón no podría soportarlo si fallara. Ella es conocida como la Sanadora de Reyes, pero esta noche tendrá que salvar a mi príncipe.

Mientras Hansa trabaja, la magia de Anna jala de los límites de mi fuerza. Sobre nosotras, nuevas nubes de tormenta se reúnen. Retenida bajo mi cuerpo, Anna ríe repentinamente de nuevo. Quiero abofetearla, pero no quiero dejar de sujetarla.

—¡Cállate! —grito—. ¿Cómo has podido? ¡Él te quería! ¡Yo te quería!

Ella escupe sobre mi rostro. Esta persona a la que ya no conozco. Esta persona a la que no puedo reconocer. Esta persona que ha intentado llevarse a Nik. Esta persona que se ha llevado a mi padre.

El viento aumenta y los relámpagos cubren mi visión periférica.

Estallan truenos. Su magia nos cubre y yo hago todo lo que está a mi alcance para mantenerla atrapada bajo mi cuerpo, mi magia brota también con una ligera fuerza mientras sangro.

Ahora ella se está riendo tan fuerte que llora. *Lágrimas de verdad.*

Corren por sus mejillas salpicadas de sangre, mojadas y reales. El terror desgarrar mi corazón mientras se esfuerza por escapar aprovechando el peso de la sangre que emana de mi hombro y de mi pecho.

No, ella no puede ser humana. Ella no merece volver a tener alma. No puede haber ganado. Nik no está muerto.

No puede.

Pero sus lágrimas están allí. Y con ellas, sus ojos giran dramáticamente hacia donde tengo sus manos sujetas contra la arena. Donde está el cuchillo..., no.

No.

Los gritos llegan desde la orilla del mar. Una masa de cuerpos corre hacia nosotros. Guardias también. Todos se dirigen hacia un solo cuerpo, tendido en la playa. Un cuchillo asoma desde su garganta; Annemette ha utilizado la última porción de magia que le quedaba para alcanzar a su objetivo.

No es Nik.

Su padre. El rey, muerto en la arena.

Debe ser solo la sangre real la que importa para la magia; sangre Øldenburg, transmitida por el rey cazador de brujas; porque delante de él se encuentra Iker, levantándose del suelo donde se encontraba agachado. Estaba lo suficientemente bajo como para que el cuchillo de Anna no lo alcanzara. Debería haber sido para él, el personaje clave el día que Anna se había ahogado, pero el rey serviría.

La voz de la reina, aguda y alta, resuena sobre el caos mientras se inclina sobre él.

—*¡Matadlas!*

Los guardias corren. Anna sigue riendo, sus piernas humanas golpean mi cuerpo. Mi sangre ha manchado su vestido, su piel, su pelo. Eso solo la hace reír más fuerte. Tanto que ni siquiera intenta escapar; está disfrutándolo demasiado.

Sobre el ruido, las risas, los pasos de los guardias, los gritos de los lugareños, lo escucho. La voz que siempre he conocido tan bien como la mía.

—Evie.

Nik.

Él está arrastrándose hacia mí con la ayuda de Hansa. La expresión en sus ojos me dice que su magia de curación no puede ayudar; pronto estará muerto, como su padre. Nik lo sabe también, su voz es temblorosa.

—Evie, te quiero. Siento mucho no haberlo dicho hasta este momento. Lamento....

—*Tante*, sujeta a Anna. Por favor. No dejes que se levante. —La magia de Hansa es fuerte y la utiliza para hacer un hechizo de sujeción, como el que Anna ha usado conmigo. Uno que yo nunca llegué a aprender.

De todas formas, solo cuando sé que Hansa tiene a Anna bien sujeta la suelto. Está gritándome, luchando contra la magia de Hansa, pero la ignoro. Mi mano alcanza a Nik y llevo su cuerpo ensangrentado sobre mi pecho. La sangre de nuestras heridas se mezcla y corre unida.

Cierro los ojos, las palabras de mi madre vienen a mí. No necesito tinta de pulpo. No necesito gemas, pociones o encantamientos. Solo

necesito mi voluntad y las palabras.

Soy una bruja. Lo soy, y siempre lo seré. La magia está en mí y es suficiente; supongo que Annemette me ha enseñado eso.

—Te quiero, Nik —repito, y luego comienzo a recitar el hechizo de mi madre. Las palabras surgen como si las hubiera sabido toda mi vida, y tal vez así sea.

—*Líf. Dauði. Minn líf. Seiðr. Minn bjóð. Seiðr. Seiðr.*

Mi piel comienza a arder, es un calor blanco, una temperatura que irradia desde mis huesos hacia afuera, que humea en el aire. Mis ojos derraman lágrimas y sé que son negras. Los ojos de mi madre no hicieron eso, pero yo poseo mi propia clase de magia. Caen sobre la piel de Nik mientras yo comienzo a temblar. Mis ojos giran durante un momento y lo último que veo es el color que vuelve a su piel, sus mejillas se tornan rosadas como si hubiéramos estado juntos en la playa todo el día.

Obligo a mi visión a aclararse. Necesito verlo. Lo necesito.

Sus ojos se abren. Sabe lo que está ocurriendo. Lo sabe como yo lo supe el día en que mi madre murió.

Me aseguraré de que esté a salvo.

De que viva una larga vida.

De que pueda gobernar a su pueblo sin miedo.

Me aseguraré de eso.

Con mis últimas fuerzas, dejo a Nik y presiono mi cuerpo debilitado sobre el de Anna y la oprimo como un corsé. Más fuerte que la magia que Hansa ha utilizado para paralizarla. Mi *tante* se aparta con lágrimas en sus ojos y ayuda a Nik a levantarse. Él está curado casi por completo. Estará bien.

Anna es la única amenaza que queda, pero tengo planes para ella.

Con mi último aliento, me aferro a ella; a la chica que tanto quería, la chica que volvió a mí. Que me utilizó. Que me arruinó. Que arruinó a cada persona que he querido para poder volver a ser humana. Las arruinó por venganza.

Me pongo de pie y la arrastro hacia el agua. Mis manos imprimen huellas en su piel cuando intenta escaparse.

—¿Qué estás haciendo? —exclama. Puedo sentir el palpitar de su corazón contra mi pecho. Contra mi propio corazón.

Las nubes están despejándose en el cielo. El viento se ha calmado. Los relámpagos han cesado. Su magia ya ha empezado a dejar este mundo y, pronto, ella también lo hará.

Sus ojos azules se agrandan. Sabe que ha conseguido lo que quería. Es solo una chica, como lo era antes; y eso la hace vulnerable a personas como yo.

Le sonrío, y no hay compasión en mí. Ni alegría. Tan solo rabia.

—Esta vida no te pertenece.

Con eso, hago lo único que puedo hacer para revertir el último acto mágico de Anna. Para mantener a mis seres queridos a salvo. Para detener su amenaza de una vez.

Devuelvo a Anna al mar.



Bajo la superficie

La marea tomó a las dos chicas, una con rizos de color negro como un cuervo, la otra con ondas de cabello rubio como la mantequilla. Sus aguas eran agitadas, a pesar de ser una noche de verano. Todas las venas de la magia se arremolinaban bajo la superficie, mezcladas con la sangre y la muerte que unían a las chicas.

El corazón de la joven del cabello oscuro estaba fallando. Su tiempo se acababa, había empleado todas sus fuerzas en salvar al chico de la superficie. El joven del que siempre había estado enamorada. Al que siempre había protegido, incluso de ella misma.

Pero ella ganaría; los pulmones de la chica rubia estaban fallando. La chica del cabello oscuro podía sentir que se vaciaban y se cerraban mientras la sostenía con fuerza contra su pecho y las guiaba a ambas hacia abajo, abajo, abajo. Tan profundo como se lo permitiera la cala. Hasta el fondo, hogar del embrujado pulpo, el cuerpo de su padre y los cuerpos frescos de los guardias que la rubia había asesinado con un solo chasquido de sus dedos.

Tantos muertos, pero el príncipe estaba vivo. Su chico. Su propia respiración como un préstamo en el pecho de él. Se había sacrificado por él una vez más.

Mientras los fríos restos de la magia giraban alrededor de ellas, las chicas cayeron al fondo arenoso. La espalda de la rubia quedó tendida en el suelo de la cala, el cuerpo de la joven del cabello oscuro soltaba arroyos de sangre al agua, más vida filtrándose por las heridas de bala.

La luz estaba menguando tan rápido como sus vidas, la intensa luna apenas alcanzaba aquellas profundidades. Aun así, la chica de los rizos negros no se entregaría a la oscuridad. Su corazón apenas latía, pero sus ojos estaban abiertos y observaban cómo su amiga luchaba y no conseguía liberarse.

Ella no moriría primero. No podía.

Necesitaba saber que su chico estaría a salvo (su familia, su hogar) del monstruo bajo sus dedos.

Justo antes de que el corazón de la chica finalmente se detuviera, la rubia se quedó quieta. Sus ojos azules, grandes, vacíos. Sus labios como capullos por siempre abiertos, con agua filtrándose entre ellos.

La chica se había ahogado realmente esta vez. No habría forma de volver para ella.

La joven del cabello oscuro abrió su boca y aceptó al océano. Dejó que se filtrara en ella y tomara sus pulmones junto con la magia que aún cantaba en sus venas. Que aún sobrevolaba por su piel; que viviría más que ella.

Luego, una profunda oscuridad se extendió sobre la luz peltre de su visión. El fin, que terminaría con su agonía.

No.

El pulpo. El gigante. El que acechaba la cala. Su bestia, resultado de su hechizo de abundancia. Un error. Una aberración.

El animal era ligero. Vengativo. Rencoroso.

«Líf... Líf», comenzó a decir la chica, las palabras muertas en su boca, sumergida en agua salada. No sabía qué más decir, además de ordenarle al pulpo que se marchara. Que viviera. Lejos de ese campo de batalla. Que la dejara descansar en paz con su padre.

Pero el pulpo olía la tinta en sus venas y la magia que contenía, y comenzó a alimentarse de ella. Los tentáculos de la bestia temblaron con su poder mientras se deslizaban por sus heridas, mezclados con el agua, con su sangre, con el hechizo que había controlado su vida durante los pasados meses. Los ojos de la chica giraron en sus órbitas cuando una magia fría entró en sus venas.

«Líf. Líf».

Repentinamente, un gran espasmo de luz blanca los rodeó a ambos. Los conectó. Magia tan antigua como el propio mar enlazó la vida del pulpo con la de la chica.

La luz atrajo a la gran bestia más cerca del cuerpo inerte de la joven, que apenas vivía. Apenas era algo. Los tentáculos se deleitaban con su sangre. Intentaban capturarla. La magia que corría por sus venas era como un imán que lo atraía todo

de él hacia ella.

«Líf...», repitió una vez más, sin aliento. El agua de mar hizo bajar la palabra por su tráquea y expulsó el oxígeno de su corazón, de su sangre. Hasta que la chica fue una con el mar. Su alma fue agua en sí misma.

La luz parpadeó y aumentó, los rodeó a ambos, la chica y el pulpo, en su calor, y se disparó a través de la superficie del agua, hacia la luna y la magia que aún flotaba en el aire. Con la luz, llegó una oscuridad proporcional que se filtró por la cala como un manto negro.

Las personas en la arena se dispersaron entonces, conscientes de que no era seguro. Todas menos el chico y su primo, que aún observaban el agua como si las chicas fueran a resurgir. Tantas preguntas en sus labios mientras el agua negra se expandía hacia el estrecho de Øresund.

Y, bajo la superficie, el agua se agitó y giró en grandes remolinos desde lo más profundo de la cala hasta la superficie. Un gas hirviendo desde las profundidades de la tierra salió disparado a través de la arena sofocada, violentos géiseres se formaron entre los remolinos. La arena de la cala comenzó a pudrirse, todo el color se drenó hasta que no quedó nada más que un manto gris. Y, cuando la luz se desvaneció hasta no ser más que del color de la obsidiana del océano, algo peculiar sucedió.

La chica del cabello negro ya no era una chica.

Aún tenía sus rizos oscuros, su belleza y el tronco de una mujer, pero, donde antes habían estado sus piernas, ahora tenía ocho tentáculos, negros como el ónix y brillantes como la seda. Salían de su cintura, diferentes a cualquier cosa que el océano hubiera visto jamás.

Y, con la magia girando a su alrededor, a través de ella, desde ella, la criatura abrió sus ojos.



Epílogo

cincuenta años después

El rey del mar y su pueblo me llaman la Bruja del Mar, aunque aún me sorprende ser algo siquiera.

Estaba lista para morir en el agua aquel día.

Le había entregado mi vida a Nik. Sabía lo que haría el hechizo.

Pero algo ocurrió en aquel remolino de magia: la mía, la de mi madre, la de Hansa y lo que quedaba de la de Annemette. El pulpo que acechaba en la cala tuvo algo que ver también. Todo se combinó para que yo acabara con este cuerpo y siendo lo que soy.

No es el cuerpo de una sirena.

No es el cuerpo de nada que se haya podido ver en estas aguas.

Soy mi propia magia.

Extiendo mis tentáculos debajo de mí: ocho, brillantes, negros y tan voluminosos como uno de los trajes de la reina Charlotte, cada uno de ellos captura un camarón del lecho marino. Soy todo un espectáculo, aunque muy pocos han puesto sus ojos en mí. Estoy vinculada a esta cala, algo me mantiene aquí. La magia, los recuerdos, o ambos.

Mi guarida es ahora una cueva hundida, rodeada de un barrizal burbujeante, un páramo de césped y violentos remolinos. El agua aquí es de un profundo color negro; la bahía de Havnestad ahora no es más que una mancha solar en el mar.

Alrededor de mi cueva, han crecido unos árboles raros, hechos con los huesos de Anna y de los guardias, aunque los de mi padre, enterrados con tanto cuidado, nunca cambian. Estos árboles, *polypi*, son mitad plantas, mitad animales, como serpientes con raíces en la arena gris, con cientos de cabezas donde deberían estar las

ramas.

El Tørhed murió con la magia que me convirtió en esto, dejando al mar libre de la sequía y de la abundancia. Y ahora, los remolinos arrastran a los peces hasta las fauces de los *polypi* y me mantienen bien alimentada sin siquiera tener que cazar.

Alimentándome de las presas de mi raro bosque, estudio magia. He aprendido todo lo posible sobre la brujería que hay bajo las olas, aunque nuevos misterios se me presentan cada día. Y así, mi poder ha crecido, pero también mi reputación.

Las sirenas me temen; el tiempo y las historias se potencian entre sí. Se les advierte que deben mantenerse alejadas de la poderosa bruja que posee magia tanto para arruinar el mar como para salvarlo. El rey del mar conoce mi magia, la muerte negra, la hambruna. También me conoce a mí y a Annemette, cuyos recuerdos resurgen cada vez que pronuncian mi nombre. Aunque eso es algo raro porque nadie se atreve a hacerlo.

También ha transcurrido suficiente tiempo para que nadie en tierra me conozca como Evelyn. Evie. Esa chica.

Conocen la historia de la sirena, la bruja y el rey Niklas. Han oído hablar de una cala rara, la del agua color de tinta y la arena gris como el acero, y aún así se atreven a visitarla. Han renunciado al fuego y cada Sankt Hans Aften arrojan sus pequeñas muñecas hacia la cala. Regalos para la bruja que ha salvado su reino.

Pero no me conocen.

Mi gente ya no está, se fue hace tiempo. O eso he oído a través de pequeños fragmentos de conversaciones que han ido llegando a mí con el paso de los años.

Tante Hansa murió por su edad; vivió el resto de su vida en Havnestad a pesar de su magia. Segura del exilio por el papel que

había jugado al salvar a Nik aquel terrible día. Hansa me estuvo enviando regalos hasta el final; encantaba sus libros mágicos para que fueran a prueba de agua antes de arrojarlos a la cala. Todos los secretos que no se había atrevido a enseñarme cuando era humana, ahora estaban en mis manos. Casi como si supiera que yo vivía debajo del fango. Y quizás lo supiera, aunque no puedo salir a la superficie.

Iker: perdido en el Mar del Norte. Víctima de las ballenas, cansadas de ser sus presas.

Nik también se ha ido ya, pero vivió sus días como debió hacerlo. Como yo esperaba que lo hiciera. Matrimonio, hijos, un reinado exitoso y querido por todos.

Lo echo de menos. Los echo de menos a todos. Curiosamente, la extraño a ella también algunas veces; Anna, Annemette, quienquiera que fuera.

Sola, bajo estas aguas hay un silencio que nadie en la superficie podrá conocer jamás. Un silencio que me hace echar de menos incluso el más doloroso sonido.

Pero un día, recibo una visita. No de la tierra, sino del mar.

Una sirenita. Una niña valiente con ondas doradas, coronadas por un adorno de lilas marinas y una piel tan clara como la leche fresca. Tiene las mejillas rosadas y sus ojos son de un azul profundo; tan helado como los fiordos del norte.

Tan helado como fue el de los ojos de Iker alguna vez.

Pero, más que la confianza que había en los ojos de él, los de ella muestran determinación en conflicto con el miedo. Ante tan temible criatura en la que me he convertido.

Así que de inmediato lo sé.

Sí, solo una cosa podía hacer que una sirenita como ella se

atreviera a buscarme.

La miro mientras se acerca, con los tentáculos flotando por debajo de mí —un trono, si alguna vez hubo uno—, una red de rizos de un gris fantasmal vuela alrededor de mi rostro. Su cola serpentea bajo el peso de ocho ostras, cada una muestra su rango. Durante un momento, creo que retrocederá, pero en cambio, ella extiende sus brazos, en sus manos sujeta un ramo de rosas rojas como la sangre.

—Por favor, acepte estas flores crecidas en mi jardín, una ofrenda para la gran Bruja del Mar...

Con un solo movimiento de mi cabeza, su voz se corta de inmediato. Me arrastro hacia ella y, en su favor, ella se mantiene firme.

—Sé lo que quieres —afirmo, y los ojos de la chica brillan ante mis palabras. Sus brazos caen, las rosas se hunden hasta el fondo del mar—. Quieres perseguir el amor de un humano con tus propias piernas.

—Él ya me quiere, estoy segura —responde de inmediato. Dudoso.

—¿Y tú conoces el nombre del chico?

—No el oficial; es largo y prolongado, cinco nombres en uno, pero los demás marineros lo llaman Niklas.

Príncipe Heredero Asger Niklas Bryniulf Øldenburg V.

El nieto de Nik.

Presiono los dientes, endurezco mi mentón y miro por encima de mi nariz a la chica que tengo delante de mí. Una princesa. Una de las dulces cantantes que suelen dar presentaciones en el palacio. Espectáculos a los que nunca me invitan. Pero puedo escuchar la música, el castillo del rey no está lejos. Si miro con detenimiento a través de mi raro bosque, puedo ver el peculiar brillo azul que

rodea las tierras del palacio. Es como si un fragmento de cielo despejado hubiera caído desde el firmamento hacia las profundidades del mar para fusionarse con el agua salada.

—Por favor —continúa la chica cuando yo no digo nada. A pesar de estar desesperada, hay una expresión reflexiva en su rostro; hay valor en su corazón y en su mente—. Usted es la única que posee la magia para cambiarme; ha estado prohibida por mucho tiempo. Por favor, aunque solo sea durante un día, debo verlo. Mi corazón no puede soportar estar lejos de mi Niklas.

Mirándola a los ojos, vuelvo a tener dieciséis años y a descubrir el amor de Nik por primera vez en aquella playa. A besarlo antes de que nuestras vidas cambiasen para siempre.

Pero ahora ya tengo edad suficiente como saber que es mejor no escuchar a mis recuerdos.

Y sé que ella no se hace una idea de lo que está pidiendo en realidad. El precio: el coste para su familia, sus seres queridos, la magia. El dolor: físico, mental, familiar, mágico. Es demasiado.

—El corazón puede soportar muchas cosas, niña, el amor es una de ellas.

La Sirenita se extiende para tomar mi mano, pero recapacita en el último momento. Como si mi tacto fuera a quemarla. Tal vez lo haga.

—Por favor; haré lo que sea.

Vuelvo a pensar en Nik. En su risa. Su amor. Cuánto tiempo ha estado allí, esperando a que lo viera. Allí, en sus ojos oscuros.

Antes de morir, Nik me visitaba ocasionalmente, caminaba por la cala, con sus elegantes botas teñidas por mis aguas negras. Después me contaba historias del mundo en la superficie y confiaba en que la marea me trajera sus palabras. Quizás él

también supiera que yo estaba viva. Un amigo, un amor, hasta el final.

Sostengo la mirada de la chica. En sus ojos ya no encuentro miedo, sino determinación y urgencia. Es impresionante, supongo; nadie hasta ahora se había atrevido a entrar en mi guarida con semejante petición. Ella lo desea, más que nada.

Más que cualquier cosa que pueda prometerme.

Pero necesitaré algo más a cambio. Puede que la magia ya no demande una vida, pero aún requiere un sacrificio. En los años transcurridos he aprendido eso y muchas cosas más.

Y sé lo que debo tomar.

—Debo estar segura de que en la superficie solo hablarás con la verdad —digo finalmente.

La Sirenita está tan sorprendida que le toma un momento comprender lo que quiero decir: que la ayudaré. Cuando lo hace, responde de inmediato.

—Yo...

—No respondas tan rápidamente. Lo que pides es algo serio. — La chica cede, sus labios se cierran, con contemplación impresa en sus facciones. Bien—. Una vez que te hayas convertido en humana, nunca podrás volver a ser una sirena. Nunca podrás volver a ver el palacio. A tu padre. A tu madre. A tus hermanas. Todo lo que conoces y amas, a excepción del rey, dejará de ser tuyo.

La chica palidece. Sus ojos azules se pierden en la distancia. Durante todo el tiempo que ha pasado pensando si debía hacer esta petición, arrancando esas flores de su jardín, reuniendo el coraje para nadar más allá del *polypi* y sobre el páramo, todo lo que le acabo de decir nunca había pasado por su mente. He oído que el rey del mar ha destruido sus registros con la historia de la reina

Mette, para esconderla, de modo que no se convirtiera en el futuro. Esta chica es prueba de ello. Si hubiera podido investigar más, lo habría hecho.

Después de un momento, su mirada vuelve a mi cara. Resuelta.

—Lo haré.

—Muy bien. Pero también debo recibir un pago; y no son nimiedades lo que pido.

La chica se entusiasma.

—Puedo darle todo lo que desee —afirma—. Gemas, joyas, las perlas más finas, por favor. —Los privilegios y las *cosas* definen toda esa vida que ella pretende dejar atrás.

No necesito perlas. La que tuve tiempo atrás contenía suficientes falsas promesas como para toda una vida.

—Solo pido una cosa: tu voz.

—¿Mi voz? —Los dedos de la chica vuelan de inmediato hacia su garganta.

—Es imperativo que no digas ni una sola mentira en la superficie.

—No mentaré.

La miro con una ceja en alto.

—No podrás hacerlo si no tienes voz, ¿no? Y, si se te ocurre escribir una mentira mientras estás en la superficie, se te caerán los dedos de las manos.

La chica inhala profundamente.

—Si el precio es mi voz..., aunque *no debo decir mentiras...* ¿cómo... cómo?

—Tendrás tu bonita figura, tu grácil caminar y tu expresiva mirada —respondo, y bajo el tono como lo hacía *tante* Hansa hace mucho tiempo atrás—. Seguramente, si estás dispuesta a

enfrentarte a mi oscura magia y a dejar a tu familia y amigos sin decir nada, podrás comunicarte con tu verdadero amor sin decir una palabra también.

Los labios de la Sirenita se cierran en un instante, mientras su mente busca furiosamente otro camino.

—¿A menos que creas que su amor no es verdadero? —Mis cejas se arquean más alto.

—¡Lo es! Lo es. Él es mi amor verdadero. ¡Tome mi voz! ¡Tómela! ¡Vale la pena!

Deslizo un tentáculo hacia su rostro y elevo su mentón. Hay algo más en sus ojos; no solo miedo, anhelo o amor.

—¿Estás enamorada de él en serio, o es que amas la idea de ser humana?

Las pupilas de la chica se dilatan y su mentón se endurece. Finalmente, la audaz criatura habla sin apartar la vista.

—¿Cómo es... ser humana?

No voy a darle una bolsa de regaliz salado y a contarle una maravillosa historia; no soy su abuela. Pero si lo fuera, podría decirle que es como el fuerte aroma del vino de verano y el resonar de las voces que llegan cuando atraca un nuevo barco en los muelles. Como la esencia a sal y limas y el destello en los ojos de un joven justo antes de un beso bajo la luz de la luna.

Pero no le digo nada de eso. No puedo hacerlo.

Si ella pierde la voz para probar su amor, que así sea.

—Muy bien. —Deslizo mi tentáculo hacia su cintura y la acerco más a mí. Y, repentinamente, es como si la voz de la chica ya se hubiera esfumado, sus labios se abren, pero ningún sonido sale de ellos. Llevo mis dedos a su garganta desnuda, luminosa y elegante incluso en la débil luz de mi hogar; una perla que brilla en las

turbias profundidades. Su pulso tiembla debajo de su cálida piel, el primer latido real que he sentido desde el día en el que Anna murió en mis manos—. Dime exactamente qué es lo que amas de ese Niklas.

—¿Usted... usted solo quiere que hable?

—Solo tendrás tu voz por un breve momento más, mi niña. Úsala con sabiduría.

La chica toma aire con fuerza una vez más.

—La primera vez que lo vi fue el día en el que cumplía quince años. Podría llamarse amor a primera vista; pero había visto su rostro antes. En una estatua que ha estado en los jardines del palacio desde que tengo diez años. Esas flores rojas que le he traído, ellas crecen...

—Sí, los Øldenburg adoran sus estatuas —interrumpo y, una vez más, vuelvo a parecerme a mi *tante* Hansa—. Pero no hay amor en esta historia. Solo coincidencia y horticultura.

La chica pasa la lengua por sus labios y continúa con su relato.

—Permanecí junto al barco toda la noche, observando a este chico. Luego, después de la medianoche, llegó una gran tormenta, las olas golpeaban con tanta fuerza que el barco volcó de lado. Los marineros cayeron al agua, pero no podía ver al chico. —Entonces, su voz se agudiza—. Me sumergí hasta que lo encontré. Le habían fallado las piernas y sus ojos estaban cerrados. Lo llevé a la superficie y sostuve su cabeza fuera del agua. Nos mantuvimos así durante toda la noche. Y, cuando salió el sol y el océano se calmó, besé su frente y lo llevé hasta tierra.

Reflexiva, mi tentáculo aprieta su cintura cuando todo su relato me recuerda a Annemette, aunque haya leído lo suficiente como para conocer esa misma historia de memoria. Una tormenta, un

naufragio, un salvador.

—¿Y entonces? —pregunto.

—Lo llevé a una playa junto a un gran edificio. Me quedé a observar, escondida entre unas rocas, cubierta de espuma de mar. Pronto, una chica muy bonita lo encontró y sonó la alarma. Entonces, supe que él viviría. Él despertó y le sonrió a la chica.

—¿Ninguna sonrisa para ti?

—No. —La determinación vuelve a su voz—. Pero yo deseaba esa sonrisa; la deseo ahora. Quiero que él sepa que yo lo salvé. Que estoy enamorada de él. Y quiero que él se enamore de mí también.

Ah, ella me ha mentido.

—Pero has dicho que él ya estaba enamorado de ti.

La chica aparta la vista. Finalmente, continúa.

—Lo he estado observando durante todo este año. Y sé que si tan solo pudiera ser humana, él se enamoraría de mí. Él cree que está enamorado de la chica de la playa, pero yo lo salvé. Yo salvé a Niklas.

Al igual que Anna, esta chica cree merecer algo y está dispuesta a arriesgar su vida y todo lo que conoce por ello. Pero esta chica no ansía venganza.

Ella quiere su «felicidad para siempre».

Y no puedo culparla. Incluso después de todos estos años, yo aún anhelo el mío.

—Es muy estúpido de tu parte —digo finalmente—, pero tendrás lo que desees.

Y, con eso, invoco el hechizo con el que mi madre murió. El que utilizó para salvarme.

—*Gefa*.

Los ojos de la Sirenita se agrandan. Se sacude hacia atrás; no

llega a ningún sitio bajo el agarre de mis tentáculos y sus pálidos dedos sujetan su garganta. Una invisible pesadez se reúne entre mis manos; su bonita voz es densa sobre las líneas que se entretajan en mis palmas. Corazón, vida, destino.

La libero y giro hacia mi caldero, hecho de arena y magia.

Arrojo la voz de la chica en su interior, una brillante luz blanca en la oscuridad.

El caldero brilla. Retiro la hoja de un pez espada de mi cueva y la sostengo sobre el vapor para esterilizarla. Soy solitaria, pero limpia. Después, inclinada sobre el burbujeante caldero, penetro la piel de mi pecho, justo sobre mi corazón. Ya no se requiere una vida, es verdad, pero esta magia negra aún necesita de un sacrificio. Como cualquier poder.

Sangre tan negra como la medianoche brota en la oscuridad. La melaza se escabulle de la olla y despacio serpentea a través de la luz blanca de la voz de la chica. Mientras se mezclan, en conjunto calientan la olla y elevan la temperatura hasta que el caldero en sí mismo es como una bola de fuego. Como un cometa que se ha estrellado en el fondo de la cala.

El vapor se eleva, arremolinado sobre el brillo. Mientras lo hace, da vueltas y danza formando sombras como todo lo que se oculta en la noche. El bosque de *polypi* se abre para dar paso a las horribles formas que no permiten restricciones a su magia.

Preparo las palabras que he aprendido, las que Anna utilizó para recuperar sus piernas y buscar venganza. Unas que no funcionarían para mí, rara magia soy, atada a esta cala.

—*Líf. Dauði. Minn líf. Minn bjoð. Seiðr. Seiðr. Seiðr.*

El caldero comienza a temblar, su contenido da vueltas y vueltas bajo una gran presión. Brota como la propia vida.

Una explosión como la de una estrella sale disparada en oleadas a través de la cala, con tanto calor que el agua se evapora de un solo plumazo. Una espuma blanca se instala a nuestro alrededor en un paño que cubre todo mi hogar. Todo huele a sulfuro, un hedor tan fuerte que quema mi nariz y el fondo de mi garganta. Cuando la espuma y la luz se aclaran, veo a la Sirenita inclinada sobre su propio cuerpo, con los brazos sobre su cabeza para protegerse. No la culpo.

Sumerjo una pequeña botella dentro del caldero; otro antiguo presente de *tante* Hansa. El líquido brilla como la luna y el sol atrapados detrás de un cristal.

—Aquí lo tienes —anuncio, y se la ofrezco a la chica. Ella baja sus brazos ante el sonido, gira, tan asustada que no se había dado cuenta de lo que sucedía hasta que yo he hablado—. Bébetelo y tendrás piernas durante cuatro días. Si tu amor es verdadero, tanto que hará que tu príncipe se enamore de ti con toda su alma, conservarás tu forma humana durante el resto de tu vida. Si no ganas su amor, no serás más que espuma en la marea.

Los labios de la chica se abren para responder y su lengua comienza a moverse. Le lleva un momento darse cuenta de que ha perdido su voz y nunca volverá a salir sonido alguno de su boca. Mi pecho se llena de arrepentimiento, pero cuando mis tentáculos aparecen ante mis ojos, se dispersa de inmediato.

Las mentiras arruinaron mi vida tanto como la de Anna. La de Nik.

Con dedos temblorosos, la chica toma la botella. El miedo ha vuelto a sus ojos, pero el trato está hecho. Solo su determinación y el amor podrán salvarla de todo esto.

—Bebe el contenido en aguas bajas. Sería un desperdicio que te

ahogaras antes de poder llegar a tierra. —La chica asiente—. Ve ahora. Visita a tu familia una última vez. No lamentarás haberte despedido. —Una vez más, asiente, y sé que lo hará. Saber que va a perderlos ha sido una sorpresa tan grande como perder su voz. Incluso hasta su vida.

Gira para marcharse, pero entonces la llamo para que se detenga.

Nadie me conoce, eso es verdad, pero sigo siendo Evie. Y, a pesar de mi temible reputación, de todos mis años y mi soledad, no soy despiadada.

Tomo de la cala un vestido de tiempo atrás; uno de un arcón que encontré sumergido allí después de mi llegada. En ese entonces, la fría esencia de la magia de Annemette aún envolvía la madera y los cerrojos, y tal vez por eso la tela ha permanecido intacta. Rápidamente susurro un hechizo que lo mantendrá seco hasta que ella salga a la superficie.

—Lleva esto contigo. Te servirá si tienes la misma talla.

Es todo lo que puedo hacer.

Con suerte, la magia será amable.

Ahora conozco la magia lo suficientemente bien como para no esperar un final feliz. Los cuentos de hadas de mi infancia son la excepción, no la regla. Es un misterio que no haya más criaturas como yo en este mundo.

Y así, vuelvo a mi cueva, de nuevo el silencio resuena en mis oídos. De algún modo, es más doloroso que antes. Como si haber escuchado una nueva voz y haber vuelto a recobrar mi humanidad por un breve momento, hubiera abierto la herida de mi soledad. La ha dejado abierta. Supurando. Infectada.

Pero en realidad, no estoy sola. No, los *polypi* viven y respiran en este oscuro sitio, nacidos de los espíritus que han intentado

matarme. Mi oscura vida está ligada a sus almas.

El caldero está recubierto de una capa de brillante luz, lo que ha quedado de mi pago. La voz de la chica. Solo he necesitado una gota para la poción, su cuerpo pagó el precio por el resto de la magia.

Paso mis manos por el vientre del caldero para recolectar la voz hasta que su peso vuelve a mis manos. La luz blanca danza, su brillo se refleja por toda la cala, ilumina mi bosque, mi cueva, mi propia forma oscura.

Es algo especial realmente.

Quizás sea el nuevo silencio o los recuerdos que cruzan por mi mente. Quizás sea que ha pasado demasiado tiempo.

Pero sé exactamente lo que haré con este regalo.

Y así, me dirijo al más extenso *polypi*. El que crece junto a mi cueva. El último cuerpo que se hundió.

Al dar la orden, sé que la magia escuchará. Que sabrá lo que quiero. Siento cómo su poder fluye desde las puntas de mis tentáculos hasta las raíces de mi cabello.

«Líf. Líf».

La voz de la chica avanza y sube, sube y sube, hasta establecerse en la cima del tronco del árbol raro, donde las ramas se extienden hacia la lúgubre y plana oscuridad.

Allí se establece y se convierte en una con el *polypi*. Y, después de un momento, una profunda respiración, todas las cabezas de las ramas inhalan agua de mar a la vez. Y luego la voz de la Sirenita habla, con los pensamientos de otra sirenita de tiempo atrás. Una atada a mí en silencio, cincuenta años desde que a mi cintura le crecieron tentáculos.

Cuando la voz habla, es directa y se concentra en lo que acaba de

ocurrir. Le quedan siglos para desenterrar lo sucedido cuando éramos humanas.

—Ella fallará. Él está enamorado de otra. No conseguirá mover esa montaña en tan solo cuatro días.

—Lo sé. —Y así es. Espero que ella no falle, pero tampoco puedo olvidar lo que mi madre hizo por mí. Lo que yo hice por Nik. Lo que la familia de Anna habría hecho por ella si hubiera tenido la oportunidad—. Pero su familia no la dejará ir tan fácilmente. —Vendrán a rogarme que encuentre alguna forma de salvarla.

Cuando vuelvo de mi guarida con una mortal extensión de coral, Anna lo entiende.

—Hazlo afilado. La sangre debe caer a sus pies; si es que llega a usarlo.

Y así, preparo el cuchillo. Porque, aunque la magia puede moldear la vida y la muerte, el amor es lo único que no es capaz de controlar.



Agradecimientos

Desde que mis padres me presentaron *Cuna de gato*, siempre me ha atraído la idea del «karass» de Kurt Vonnegut; un grupo de personas que están relacionadas cósmica e inevitablemente. Sí, sé que es un término acuñado como parte de una religión falsa y algo tonta, pero la verdad es que creo que el destino reúne a las personas por una razón. Llámese *karass* o algo completamente diferente, pero los siguientes seres humanos están en mi vida por una razón y los adoro a cada uno a su manera. Sin ellos, mi vida estaría mucho menos completa.

A mi adorable editora, Maria Barbo, cuya mágica imaginación ha hecho posible el mundo de Evie. No puedo darte las gracias lo suficiente por tu fe en mí.

A Katherine Tegen, nuestra valiente líder; Rebecca Aronson, con sus interrogatorios y sus rostros sonrientes; a la correctora, Maya Myers, por su mirada aguda y su habilidad por aplacar mi odio hacia la coma de Oxford (¡periodistas unidos!); a la editora de producción, Emily Rader, por su mano firme; a Heather Daugherty y Amy Ryan por su bonito diseño; a Anna Dittmann por su increíble/inquietante/perfecta representación de Evie; y al resto del equipo de Katherine Tegen Books y HarperCollins.

A Rachel Ekstrom, mi agente/animadora y cable a tierra, que siempre nos recibe a mí y a mi trabajo con orientación y entusiasmo. Y al resto de la familia IGLA, más especialmente a Barbara Poelle, por su apoyo, su humor y su fe en mí.

A Joy Callaway, mi rayo de eterna luz de sol; has marcado la diferencia para mí cada día. Sabes exactamente cuándo escribir, cuándo llamar, cuándo hacerme reír. Tu gracia y tu amistad son

realmente inspiradoras.

A Renée Ahdieh, líder de mi manada; la más lista, elegante y altruista estrella de rock de este mundo. Eres en parte una hermana, en parte un hada madrina y 100% polvo de diamante.

A Rebecca Coffindaffer, que tiene el hábito de asesinar a mis personajes antes incluso de que yo me dé cuenta de que debería haber sangre en mis manos. A Natalie Parker y Tessa Gratton, mis predecesoras en el aquelarre, que han revisado mi sistema mágico con sabiduría, astucia y frío LaCroix. Además, a todos los escritores de Kansas a los que soy tan afortunada de conocer. El tiempo que pasamos juntos es como lo mejor de la universidad: noches transcurridas diseccionando el arte de la escritura en las formas más delicadas e interesantes. Además, todos tienen un increíble gusto para los bocadillos.

A Julie Tollefson, Christie Hall y Christy Little por las horas y horas que pasaron conmigo, acurrucadas en los helados pero bonitos confines de T. Loft. A Marie Hogebrant por su apoyo con el nórdico antiguo.

A Kellye Garrett, mi hermana de armas ficcionalmente asesina, siempre a un mensaje de distancia. A Randy Shemanski, que me ha mantenido cuerda por e-mail durante veinte años y seguimos sumando. A Whitney Schneider, Nicole Green, Laurie Euler, Coleen Shaw-Voeks, Colinda Warner y mi aluvión de Trail Hawks por los interminables kilómetros empapados en sudor y los abrazos incluso más sudorosos. A Jennifer Gunby y Cory «Cass Anaya» Johnson, que despertó tempranamente mi imaginación y nunca dejó que siguiera adelante con una escena aburrida.

A Ricki Schultz, Danielle Paige, Zoraida Córdova, Dhonielle Clayton, Brenda Drake, las Sarahs; Lemon, Cannon, Jae-Jones,

Smarsh, Blair, Fox, y a todas las demás personas de mi vida, por sus breves apariciones durante este viaje sobre la colina y a través del bosque. De formas grandes y pequeñas mantienen mi cordura con humor, amor y luz.

A mis padres, Craig y Mary Warren, por ser los mejores facilitadores de sueños. Me envolvieron en cartulina cuando mis «libros» eran dibujos hechos con ceras compilados todos juntos y nunca me abandonaron cuando las verdaderas palabras encontraron su camino hacia la página. No habría llegado a ningún sitio sin vosotros. A Nate, Amalia y Emmie, y a las historias que están desplegando delante de nuestros ojos. A Meagan, la pieza que nos falta. Así es.

Y, finalmente, a Justin. Mi departamento de informática, mi proveedor de *pretzels* de chocolate, mi niño cowboy. Mi corazón. Sin ti, literalmente nada de esto sería posible. Me alegra mucho que estés conmigo en este viaje. No podría imaginarme navegando con nadie más.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escribenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA



/MundoPuck



/Puck_Ed



/Puck.Ed

LATINOAMÉRICA



/PuckLatam



/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

» PUCK «